KATHY ACKER

Don Quijote, que fue un sueño

Traducción de Marcelo Cohen



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Primera parte de Don Quijote. El comienzo de la noche
Segunda parte de Don Quijote. Otros textos
Tercera parte de Don Quijote. El fin de la noche
Notas
Créditos

Primera parte de Don Quijote
El comienzo de la noche

EL ABORTO DE DON QUIJOTE

Cuando al fin se desquició del todo porque iba a tener que abortar, concibió la idea más demencial que a una mujer ocurrírsele pueda: amar. ¿Cómo puede amar una mujer? Amando a alguien que no sea ella misma. Amaría a otra persona. Amando a otra persona, enderezaría todo tipo de entuertos individuales, sociales y políticos: pensaba aventurarse en situaciones tan peligrosas que harían célebre su nombre. El momento del aborto se acercaba:

Iba vestida de pies a cabeza con papel verde pálido o verde vómito. Tal era su armadura. La había elegido deliberadamente pues sabía que, para cualquier persona sola, incluso siendo rica, las condiciones de este mundo resultan tan duras que debe arreglárselas con lo primero que encuentre: el panorama no da para idealismos. Por ejemplo: no bien comenzase el aborto el papel verde se rompería.

Le dijeron que del sillón del quirófano a la cama la llevarían en silla de ruedas. Su medio de transporte sería la silla de ruedas. Salió a mirarla. Se estaba muriendo. En cierta época había sido una pelandusca, como una cualquiera de los barrios bohemios. Ahora, como cualquier ganapán, se pasaba la vida borracha, hablaba de sexo todo el rato, pero sin practicarlo, pues no poseía ni los requisitos ni el equipo adecuado para hacerlo, y andaba por ahí con otras vagas. O sea: mujeres que abortan.

Ya que se disponía a emprender la mayor aventura que le cabe emprender a un individuo, la del Santo Grial, debía tener un nombre (una identidad). Tenía que ponerse alguno. Cuando una está tumbada de espaldas y hace sin pestañear todo lo que le dicen y el médico le incrusta un catéter de acero, una, bendita sea, acaba por liberar la mente. Y liberar la mente es morirse. Necesitaba una vida nueva. Tenía que recibir un nombre.

Como ya hemos dicho, la camilla rodante se llamaba «La Gastada»

o «Garrapata», lo cual significa «exganapán» o «ganapán de por vida», o bien «escritora» o «intento siempre fracasado de identidad». Así como «Garrapata» es la glorificación o metamorfosis de la inexistencia en existencia, así «catéter», decidió, era la glorificación de Kathy. Adoptando aquel nombre, masculino al fin y al cabo, podría convertirse en hembra-macho o caballero nocturno.

La catarsis es la manera de lidiar con el mal. Lustró su papel verde.

Para amar tenía que encontrar alguien de quien enamorarse. «Ahora bien», se dijo, «¿es imprescindible enamorarse de alguien para amar? ¿No fue precisamente el amar a un hombre lo que me llevó al aborto o estado de muerte?

»¿Por qué no puedo amar, sin más?

»Porque, para realizarse, cada verbo precisa un objeto. De otro modo, sin nada en que fijar la vista, no puede verse ni ser. Dado que el amor es empatía o comunicación, necesito un objeto que sea sujeto y objeto a la vez: para amar, debo amar un alma. ¿Puede existir alma alguna sin cuerpo? ¿Está lo físico separado de lo mental? Del mismo modo que el objeto amoroso solo es la apariencia del amor, el reino de lo físico es la apariencia de lo divino: la mente es el cuerpo. A esto se debe», pensó, «que yo posea un cuerpo. Esta es la razón de que me encuentre a punto de abortar. En consecuencia, puedo amar.» Así fue como Don Quijote decidió salvar el mundo.

¿Qué aspecto tenía aquella futuro caballero? Excepto dos, las demás mujeres eran rechonchas y de mediana edad. Una de las jóvenes era una rosa inglesa. La otra, que llevaba un largo y virginal vestido blanco, era irlandesa y tenía unos diecinueve años. Había metido sus joyas y sus mejores ropas en la maleta y le había dicho a su familia que se iba a una boda. Era inocente: durante su primera prueba de embarazo se enteró de que estaba preñada. Cuando llegó al aeropuerto de Londres, los taxistas, cumpliendo con su deber, ganaron un montón de dinero paseándola por la ciudad. Confundida, se olvidó la maleta en un taxi, o bien se la robaron. Según ella, su principal problema no era el aborto, ni haber perdido el equipaje, sino cómo asegurarse de que ni su familia ni ningún amigo

descubriesen que había abortado, pues en Irlanda el aborto es un delito grave.

¿Por qué no se parecía Don Quijote a aquellas mujeres? Porque, para Don Quijote, abortar es un método para convertirse en caballero y salvar el mundo. Lo cual constituye una visión. Tanto en la inglesa como en la mayoría de las sociedades europeas, cuando una mujer se arma caballero pierde el anonimato y recibe un nombre. Puede tener aventuras y salvar el mundo.

–¿Quién ha llegado la primera? –preguntó la recepcionista. Nadie respondió. Las mujeres eran tímidas. La recepcionista se volvió hacia la futura noctámbula–. Bien, usted es la que está más cerca. Deme sus documentos.

–No puedo darle ningún documento porque todavía no tengo identidad. No estudié en Cambridge ni en Oxford y no soy inglesa. Por eso sus leyes mandan que pase la noche en esta posada. Tan pronto como me ordenen ustedes caballero –mañana por la mañana– y haya recibido un nombre, podré darle mis documentos.

La recepcionista, sabedora de que todas las abortistas se vuelven majaretas, le aseguró a la mujer que lo del aborto estaría liquidado esa misma noche.

–Por mi parte –confesó la recepcionista–, también he vivido mi locura. Me negué a ser el tipo de mujer que supuestamente debía ser. Recorrí el mundo entero en busca de problemas. Me prostituí, probé algunas drogas (nada duro), expuse los genitales a desconocidos mientras les vaciaba los bolsillos, monté escándalos, mentí a los únicos hombres a los que amaba, les dije la verdad a los que no amaba, o sea que no podría amarlos nunca, follé con un hombre tras otro asegurándole a cada uno que no le era fiel a ninguno más, timé a los hombres porque, timándome a mí, ellos me habían enseñado cómo se hace. En resumen, era una zorra.

»Luego comprendí que había procedido mal. Me retiré... de mí misma. Vine aquí... a este trabajo... Vivo de los ingresos y propiedades de otros. Ingresos y propiedades más bien muertos. Como corresponde a un buen burgués –culminó su introducción–. Este lugar –prosiguió, abriendo las manos–, nuestro *sanctasanitarium*, para ustedes representa la seguridad misma. Aquí

las salvaremos. A todas aquellas que quieran compartir con nosotros su dinero. –La recepcionista extendió las manos–. Nuestras enfermeras las cuidarán toda la noche, y por la mañana –se volvió hacia Don Quijote– será usted un nocturno.[1]

La recepcionista solicitó a la futuro caballero que pagase.

–No tengo pasta.

–¡Cómo!

–¿Por qué voy a pagar un aborto? Los abortos no son nada.

–Pues debería saber que nada es gratis.

Como deseaba ser caballero con todo su corazón, al fin entregó el dinero y elevó una plegaria a la Luna: «Oh, mi señora, humilla a esta mujer de corazón servil en este mi primer encuentro; no me prives de Tu favor y protección en el peligro que por vez primera atravieso».

Luego se tendió en la cama de hospital, cubierta con el papel verde vómito que le habían dado. Tras lo cual recogió su armadura, el papel verde vómito, y de nuevo empezó a pasearse de un lado a otro con el mismo aire tranquilo.

Estuvo paseándose tres horas, hasta que le dijeron que volviera a mear. He aquí la manera en que meó: «Por el bien de las mujeres, oh Mujer que eres todas las mujeres y eres también mi hermosura, concédeme fuerza y vigor. Vuelve los ojos de la fortaleza y la maravilla de todas las mujeres hacia esta hembra, la hembra que se somete a prueba, de ella al menos puedes asegurarlo, esta hembra que, encerrada en el hospital, ha de vivir tan formidable aventura».

Una hora después le indicaron que subiera unas escaleras enmoquetadas de verde. Mas con tal energía habló, y tan intrépido era su porte, que el terror hizo presa en quienes la hostigaban. Debido a ello se abstuvieron de seguir atacando a la futuro caballero: le dijeron que se acostara en una estrecha plancha tapizada de cuero negro. La plancha estaba cubierta con una sábana blanca. El culo, especialmente, debía quedar sobre una grieta.

–¿Y ahora qué va a pasar? –preguntó Don Quijote.

El médico, en absoluto complacido con los desquiciados despliegues de su huésped (y resuelto a conferirle la malhadada

orden de caballería o nocturnidad antes de que ocurriese nada más), esgrimió una aguja curva. No era la apropiada. Se la llevaron. Sin tiempo para apartar los ojos, porque las agujas le daban miedo, ella atisbó una aguja recta. Según lo que había leído sobre el ceremonial de la orden, aquel asunto de ser armado nocturno consistía apenas en un alfilerazo, cosa que se podía llevar a cabo en cualquier parte. Para acceder a la caballería, toda una debía ser un santo agujero.

Tal como había leído –lo que demuestra la veracidad de toda escritura– la aguja penetró en su brazo casi sin dolor. Mientras el líquido frío se infiltraba en una carne que no lo quería, ella dijo que se llamaba Tolosa y que era hija de un fabricante de zapatos. Cuando despertó, les dio las gracias por el dolor y por el favor que le habían hecho. La creyeron totalmente loca: nunca habían perpetrado un aborto en una mujer como aquella. Sin embargo, ahora que ya había accedido a la caballería y podía juzgar y actuar según su deseo y su decisión, porque así ha de comportarse una si quiere salvar el mundo, ya no se daba cuenta ni le importaba que todo el mundo la considerase una demente.

LA HISTORIA DE SAN SIMEÓN

Aquella noche, en el hospital, Simeón, el cowboy que acompañaba a Don Quijote, le contó a esta una historia.

–Mi padre me torturaba en público todo el rato diciendo que yo era subnormal.

»Mis primeros días comenzaron de la forma siguiente: mis padres, para que papá pudiera librarse de mí, me enviaron a un prestigioso colegio irlandés para gente bien católica.

»Allí, los muchachos de los cursos superiores querían poseerme. Periódicamente me violaba una pandilla.

»Cierta vez un profesor a quien yo quería y respetaba me invitó a tomar el té a su casa. Fui varios fines de semana. Él desapareció del colegio. Nadie tenía ni idea de dónde se había metido: circulaban

rumores. El director del colegio, en su despacho, me preguntó qué habíamos hecho el profesor y yo. No entendí de qué me hablaba, pero sí supe que algo andaba mal, algo relacionado con el amor. Me enteré de que lo habían despedido por razones imposibles de mencionar.

»Por la noche un profesor nos dijo que bajáramos. Allí nos azotó con saña. Ahora adoro el sonido de los azotes.

»El profesor entró en el aula olfateando. La nariz apuntaba al aire. "Uno de vosotros, muchachos –nos dijo a los veinte, que estábamos sentados en silencio–, es un proletario." Volvió a olfatear. "Ahora mismo voy a descubrirlo." Mientras todos temblábamos, se paseó lentamente entre nosotros, escrutándonos uno por uno. Escogió al que deseaba sexualmente. El pelo rubio del chico flotaba alrededor de su cabeza. "Tú, muchacho. Hueles a la clase obrera. Sé reconocerlo." Todos sabíamos lo que ocurriría. Ya estábamos oyendo los ruidos de la expulsión.

»Quiero que me quieran. Quiero que me azoten. Soy malo.

»Así comenzaron mis primeros días de escuela. Tenía dos formas de evadirme de un colegio que odiaba: los libros y, más aún, la naturaleza. Perdido entre los libros y la naturaleza.

»Solían encontrame dormido en un alto peñasco y arrastrarme de nuevo al colegio. En el peñasco pastaban las ovejas.

LA PRIMERA AVENTURA

Don Quijote partió a enderezar todos los entuertos.

Vio a un viejo que pegaba a un muchacho. El muchacho estaba atado a un árbol. Tendría unos catorce años.

–¡Alto! –gritó Don Quijote–. En este errado mundo, zurrar a gente más joven que uno está mal. Yo lucho contra su cultura.

Viéndose descubierto, el viejo, que era muy decente, dejó de zurrar al muchacho.

–Le estaba pegando –disimuló– porque es un mal muchacho. Los

azotes harán de él un hombre. Está realmente convencido de que le debo dinero por el trabajo que hace en el colegio. Exigió que le pagara.

–Miente usted –replicó Don Quijote, avezada en las artimañas del mundo–, y el cuerpo le apesta. ¡Suelte al muchacho!

No bien el viejo le liberó, el muchacho se apresuró a escapar.

–¡Vuelve-aquí enseguida! –aulló el borracho–. Nosotros sabremos velar por ti.

–No volveré al colegio. Nunca. De mí no harán un viejo verde como usted. Yo seré feliz.

–¿Y adónde irás, hijo? –queriendo decir en realidad: «¿Y adónde puedes ir?».

El muchacho, inseguro de sí, se volvió hacia Don Quijote.

–Por favor, señora, dígale que no tengo por qué ir con él.

Don Quijote reflexionó escrupulosamente.

–Tienes que volver porque, en el fondo de su corazón, tu profesor quiere ayudarte y solo se ha confundido de forma. Si no le preocuparas, no querría que regresases.

El viejo se llevó el niño al colegio y allí lo azotó aún más violentamente. Mientras lo azotaba, dijo:

–Estoy dispuesto a despellejarte vivo, tal como temías.

El muchacho hizo lo posible por disfrutar de los azotes porque su vida solo podía ser así.

DE CÓMO DON QUIJOTE SE CURÓ DE LA INFECCIÓN QUE SIGUIÓ AL ABORTO (PUDIENDO ASÍ CONTINUAR SUS ANDANZAS)

Viéndose herida y magullada, postrada por una grave infección y, por añadidura, sabiéndose enferma, Don Quijote no podía levantarse de la cama, que era el trozo de acera de delante de su casa.

–¿Quién –preguntó San Simeón, que había ido a ayudar a su camarada– ha sido el causante del tan desdichado estado tuyo?

–Ninguna vileza humana. Fue el aborto.

–¿Quién fue, entonces, el causante del aborto?

Además de santo, San Simeón era un joven de notable inteligencia.

–Para una mujer –instruyó Don Quijote al santo– es cosa ardua hacerse caballero y tener aventuras y salvar el mundo. A veces hace falta pasar pruebas tan peligrosas que una enloquece e incluso muere. Pero tales pruebas son necesarias.

»Tengo el corazón destrozado –continuó– porque me pediste que te apoyara, que me ocupara de ti, y a cambio no he recibido nada. O te aferrabas a mí como un niño, o amenazabas con mutilarme. El caso es que, o bien en realidad no me quieres, o bien estás tan loco que no te das cuenta del daño que me has hecho.

Aliviados la vieja caballero y su viejo corazón del peso de aquellas palabras, el santo inquirió una vez más:

–Pero alguien tiene que ser el causante del mal. ¿Quién es el causante del mal, de los abortos?

–Te amo –murmuró Don Quijote. Y en voz alta–: Sé quién soy. Ni los Doce Pares de Francia ni los Nueve Notables, juntos o separados, pueden compararse conmigo.

Dentro de la casa, sus amigos hablaban de ella:

–¿Morirá?

–Es una chica muy enferma. Solo sabe hacer dos cosas: cuando el cielo está nublado, se echa a lo largo de la acera para que no la atropellen los coches. Señala que es de día echándose también en la acera, pero atravesada. Como la gente tiene que pasarle por encima, está obligada a hablarle. Me parece que es una persona solitaria.

–¿Por qué tuvo que abortar?

–Lo único que hacía era leer libros.

–Tienes razón –replicó el Izquierdista, que se negaba a beber en los pubs–. No mantenía relaciones con los demás. Le disgustaban, y era afásica.

El Liberal:

–Si ella es dañina, también debemos serlo nosotros. Ningún hombre es una isla.

–¿Y las mujeres qué? –preguntó la feminista, pero nadie le hizo caso.

Entretanto, el Izquierdista, que solo se escuchaba a sí mismo, respondió:

–Los libros y otras formas de cultura son peligrosos porque vuelven loca a la gente, como en el caso de Baudelaire u otros pornógrafos, y solo debe permitirse gozar de ellos a nuestras clases altas.

Mientras el Izquierdista decía aquello, Don Quijote entró en la sala arrastrándose.

–He tenido un aborto mortal –dijo, intentando explicar las cosas a sus amigos para que la amaran–. Quiero decir que quien me practicó el aborto era un caballo. Necesito que me cuidéis.

–Eso es porque de pequeña –replicó el Izquierdista, que siempre se sentía obligado a explicar el mundo a los demás–, en vez de sufrir como los niños normales, leías demasiados libros. El caballo no tiene la culpa del aborto. La tiene la literatura. Tienes que convertirte en un ser normal, en parte de la comunidad.

A fin de convertirla en parte de la comunidad, los amigos de Don Quijote la arrastraron a la cama, que era un colchón en el suelo, pero mientras la estaban arrastrando vieron que no tenía ninguna herida. No necesitaban preocuparse por ella ni amarla.

–La herida la llevo dentro. Es la herida de la falta de amor. Como no podéis verla, afirmáis que no existe. Pero a mí me han herido los sentimientos. Mis sentimientos son mi cerebro. Mis sentimientos, ahora, son nervios desgarrados. Más allá de ese agujero que tengo entre las piernas, la carne desgarrada se retorció, rechinó; dentro de esa pasta o amasijo rojo late una mujer. Allí nadie se aventura.

Los amigos, espantados por la feminidad, decidieron quemarla.

Entretanto Don Quijote, habiendo descubierto el único remedio eficaz para el dolor humano, se durmió.

Un sueño de salvación del mundo

Desciendo por una montaña. En la cumbre, que era blanca, hice no sé qué trueque.

San Simeón y yo descendemos por la montaña. Alrededor, el follaje es verde

pálido y sensual. Los árboles tienen montones de hojitas. El sendero-que-nos-lleva-montaña-abajo es sucio y bruñido, baja serpenteando suavemente. La autopista elevada de una ciudad. Estamos esquiando. Hay diminutas flores azules, amarillas y anaranjadas. Corremos por un sendero. Bajamos por un sendero abrupto. El sendero es marrón rojizo, peligroso. Estamos en un recodo de fantástica belleza natural: espesísimos arbustos y hojas cuelgan sobre sucios muros que nos llegan hasta el pecho y nos acarician la piel de la cara. Más allá el cielo es azul. El follaje es tan espeso que apenas hay un pedazo de cielo. Empieza a anochecer. San Simeón y yo estamos en nuestra casita al pie del acantilado. Por dentro, la casa es hermosa. Hay tres dormitorios. En uno de ellos descansa una enorme cama cubierta de seda azul bordada. Fuera, el cielo está oscuro. A San Simeón, que tiene una cerveza en la mano derecha, un policía le dice de repente que pare de beber. El policía le arrebata la cerveza a Simeón. Simeón corre tras el depravado. Como sé que tiene mal genio, me echo a correr detrás del santo para evitar que haga alguna estupidez, y el policía me mata de un tiro.

Cuando Don Quijote se despertó en el suelo, entre alaridos y delirios, sus amigos le dijeron que tenía que ir al hospital para que cuidaran de ella.

–¿Sabéis por qué grito? –les contestó la caballero loca–. Porque en este mundo el amor humano no tiene ninguna posibilidad. Yo he amado. Vosotros sabéis lo mucho que he amado. Él no me amaba a mí. Lo único que quería era que yo le amase; no quería pagar amor con amor. –Pausa–. Tuve que abortar porque rechazaba la normalidad, que es la forma de capitular ante el control social. De permitir que nuestros líderes localicen nuestras identidades en lo social. En el buen amor normal.

»Es una enfermedad amar a alguien hasta más allá de la razón, más allá de la retribución (yo te amo, tú me amas). El verdadero amor es una enfermedad. Yo era capaz de amar la muerte.

Amables como eran, los amigos le llevaron comida, pues sabían que la comida del sitio adonde ella iría era repulsiva.

–No quiero comida. Quiero amor. El amor que solo se encuentra en los sueños o en los libros. Convertiré al mundo entero en ese amor.

Así fue como Don Quijote transformó la enfermedad en una herramienta caballeresca.

DEMOSTRACIÓN DE QUE LA VERDADERA AMISTAD NUNCA MUERE

Un día San Simeón se marchó. Para Don Quijote, la vida sin él era insoportable. Pues San Simeón le había enseñado a matar gigantes, es decir, a pensar en alguien más importante que ella. Aunque primero se irritase y luego se cabreara con él porque era más joven que ella –cuarenta y dos años, comparados con los sesenta y seis suyos–, había aprendido a mantener la calma.

Ignoraba por qué Simeón la había abandonado. Solo podía inferir que su enemigo, aquel mago malvado, había hecho algo para apartarlo de ella. De una sola cosa estaba segura: tenía que recuperarlo.

Atisbó Nueva York. Ansiosa por ver a su amigo, se sentía exaltada. Decidió esperar hasta la noche, que.es cuando la ciudad se abre. La noche orgasmó: no era oscura: sus neones y farolas emanaban una contaminada luz artificial. Por ningún lado se oía nada aparte de los ladridos de los yonquis. Sus gemidos y tartajeos le ensordecían los oídos y le inquietaban el corazón. ¿Dónde estaba el corazón? Todos los sonidos crecían con el silencio. La caballero interpretó semejante noche como un augurio. Pero ¿de qué? No obstante, haciendo caso omiso del peligro, siguió avanzando.

Un par de calles más adelante topó con un objeto oscuro. Comprendió que era una torre. Aquella decrépita iglesia enmaderada, en cuyo interior ratas, cucarachas y de vez en cuando yonquis llevaban a cabo sus tratos, era la más importante de la ciudad. Se le ocurrió que, como era un buen católico, quizá Simeón estuviese allí. Iba atravesando el panteón de la iglesia, un callejón sin salida, repleto de basura. En la otra punta, los yonquis, a falta de agujas, se clavaban navajas en los brazos. «En una tierra de revoluciones –pensó Don Quijote– acaso se acostumbre erigir grandes iglesias en áreas destartaladas y roñosas, aunque no parece muy religioso. Toda nación tiene sus hábitos: por más que yo sea inglesa, debo mostrar cierto respeto.»

Entonces divisó a un grupo de mujeres bien vestidas, evidentemente damas de sociedad.

–No seas vulgar –dijo una mujer con aspecto de gran señora, que no llevaba ropa de alta costura.

Un alto adefesio vestido de Givenchy, una mujer que acababa de descubrir a la cowgirl causante de que su marido le hubiese pedido el divorcio, si bien lo único que le gustaba del tipo era la pasta, golpeó en la cabeza a la cowgirl. Esta, volviéndose, le dio de patadas a la aristocrática perra Givenchy.

–No puedes pegarme. ¿No ves que llevo gafas?

Así que la cowgirl, quitándole las gafas, abofeteó a piernasflacas. Piernasflacas, cuyas piernas no eran bellas, cayendo al suelo porque las piernas le flaqueaban, vio la firme pata de conejillo de Indias de la cowgirl y le mordió la rodilla.

–Te traeré un poco de yodo –dijo la gorda millonaria que pensaba comprarle a su gigoló una carrera de astro televisivo.

–Tráeme algo contra la rabia.

Entonces piernasflacas se desplomó lloriqueando. ¿Cómo podían vivir sin hombres semejantes mujeres?

Desesperada por encontrar a San Simeón –así comienza a desilusionarse de buscar amor en un mundo donde el amor es imposible, sobre todo por lo desesperada que está ella–, la locura de Don Quijote se dirigía a un punto situado más allá de la imaginación o el entendimiento humano. Sin embargo, la verdad siempre triunfa. Y la verdad era que Don Quijote tenía que estar junto a San Simeón.

Pero no solo estaba lejos de él. Estaba en una iglesia.

Como para todo hay remedio, salvo para la muerte, a Don Quijote le quedaba una sola alternativa. «Estoy loca», admitió. «Como estoy loca, no puedo creer en nada. San Simeón puede ser cualquiera, porque cualquiera puede ser santo. Así es la religión. Si aquel a quien creo San Simeón no se cree San Simeón, yo juraré que lo es. Si él también lo jura, le flagelaré. Pero si sigue jurando que no es San Simeón, le diré que lo han hechizado.

»Donde yo escupo», se dijo Don Quijote, «no crece la hierba.»

En los Estados Unidos, manadas de perras vagabundas señalan en nuestra época la creciente ruina de una zona urbana o una separación cada vez mayor entre el Gobierno militar universal y la población civil. Don Quijote vio que una manada de perras salvajes

se le acercaba. Una de ellas encendió un cigarrillo. A su lado caminaba una perra hermosa.

–Mary, cariño, hemos estado esperándote.

–Vamos, Mary.

–Déjame en paz, Betsy.

–¿Qué pretendes?

–Shh.

–¿Cómo te sientes, Mary?

–Shh. Es Gloria Grahame.

–¿No tenéis nada para la prensa del corazón, nenas?

–Sht.

–Anda, Mary. ¿Qué es eso del médico?

–Todas sabemos lo del médico, Sylvia.

–¿Qué es lo que sabéis? Entre el médico y yo no hay nada. Le gusta estar conmigo.

–Ah.

–Espera y verás cuando empiece a hablar de ti, Mary. Estás intentando destrozar mi matrimonio, arrulladora señora de X, pero no lo lograrás. S... es un caballero. Por cierto, para referirse a vosotras hay una palabra, pero solo se usa en las perreras.

«Otra vez debe de estar persiguiéndome un hechicero maligno –pensó Don Quijote, convencida de que el jefe de la manada era San Simeón– pues ha transformado tu magnífico cuerpo en el de un perro. Espero no tener muy mal aspecto.» Don Quijote buscó un espejo, pero en la iglesia no había. «De todos modos, perro, ámame, por favor, pues no soy tan esclava de las apariencias como para dejar de amarte. Entre nosotros la amistad nunca morirá.»

El perro intentó morder la mano de la caballero.

Mientras Don Quijote trataba de alzar en brazos al maltrecho perro, este le ahorró la molestia asestándole una patada. Como se supone que los perros no dan patadas, Don Quijote comprendió que en realidad aquel era su amigo. Al igual que todos los amigos, el perro se echó a correr.

–Soy una eterna desgraciada –gimió Don Quijote–. Eso es lo que soy. ¿Qué otra cosa voy a ser, si mi mejor amigo es un perro? ¿Cómo

va a amarme la gente? Mi destino es vivir en un mundo donde no tengo cabida.

Habiendo olfateado un olor de carne muerta en y de Don Quijote, el perro se precipitó nuevamente hacia la iglesia.

–San Simeón, ¿qué se oculta bajo tu ladrido? ¿Eres realmente bueno, o eres malvado? Hasta hoy, a decir verdad, nunca me había fijado en tu fealdad, solo tenía ojos para tu belleza. ¿Es que ahora tienes granos? Y bien, nadie puede amarte de veras salvo yo, pues nadie sino yo posee ojos sinceros, porque yo amo.

Debido a que tenía hambre, el perro salió de la iglesia en pos de Don Quijote.

INSERTO

Creo que Prince debería ser presidente de los Estados Unidos porque de cualquier manera todos nuestros presidentes desde la II Guerra Mundial han sido estúpidos y se van volviendo más estúpidos aun hasta extremos lobotómicos, y en cualquier caso solo son títeres de esos seres innominados –acaso humanos–, esos semidioses hasta ahora llamados «multinacionales», que habitan sus propias naciones. Por otro lado: al contrario que el resto de nuestras imágenes o falsificaciones o presidentes, Prince defiende ciertos valores. O sea: cree. Lleva colgada una cruz. El presidente Reagan no cree en esa basura sobre familias felices y linchamientos felices de negros e ignorancia feliz que reparte o deja caer. Pero podría hacerlo. En cambio, Prince cree en los sentimientos, la jodienda y la fama. La fama consiste en llegar, y en tener sentido común.

Prince no tiene moral. ¿Por qué? Porque la moral es parte de un Gobierno que en cierto modo funciona alimentado por los llamados «desposeídos» o tapaderas de la burguesía (por medio de la «Cultura»), por el control total de los «ricos». Moralidad y «Cultura» son herramientas similares. La única cultura capaz de causar trastornos es la amoral. Prince no es moral: le importa una mierda

todo el mundo salvo él mismo. Prince no moriría por nadie, mientras que Nuestro Presidente siempre proclama que moriría por todo el mundo, al tiempo que se va embolsando el dinero.

He aquí la vida de Prince. Es americano de pies a cabeza porque es mitad negro mitad blanco, lo que significa medio bueno medio malo. A los trece años, número mágico, huyó de su casa como Huckleberry Finn. No tenía adonde huir, porque ya no hay adonde. Huyó a un garaje. Con su amigo Cymone se pusieron a tocar música mientras compartían chicas, se enrollaban con ellas y follaban. Prince era el chico bueno porque no blasfemaba, y Cymone era el malo porque robaba coches. Ahora Prince tiene veintiséis años; cuando llegue a ser presidente de los Estados Unidos tendrá treinta. Los treinta años marcan el cenit de la energía del roquero macho de la América de los cowboys.

No vuelva a votar a un asesino para que rija su vida.

¿Acaso importa que Prince no sepa nada de técnicas de gobierno? Supongo que no tiene ni idea. Pero todas las técnicas políticas, tanto las de derechas como las de izquierdas, no son más que la praxis y el lenguaje de los controladores. ¿Cómo podríamos librarnos de esos controladores, su praxis y su lenguaje o política? Dejemos que el país se vaya al infierno. Quizá enviando el país al infierno, Prince, que es buen católico, sea capaz de salvarlo. De todos modos nos divertiríamos mucho más que ahora, que nos convierten poco a poco en falsos individuos alienados de sí mismos, o en zombies. Nuestras mentes flotan en cuerpos ajenos. Prince es el curandero que nos devolverá a nosotros mismos restituyéndonos a los placeres más bajos, que son los únicos que, como buenos estúpidos, los americanos solemos desear. Follar, comer y bailar. Eso es la Revolución Americana.

Se ha dicho que Prince no representa nada: está muerto, es apenas una imagen. Pero ¿quiénes os creéis que sois vosotros? ¿Pensáis que sois reales? Esa realidad es falsa. No podéis ser otra cosa que aquello para lo cual os educan y dirigen. La mayoría de los que os han dirigido y siguen haciéndolo, los controladores, son unos mierdas. Pese a ello, ¿cómo podríais odiaros a vosotros mismos o a vuestras imágenes? ¿Cómo vais a ser lo que no sois, cómo vais a

dejar de serlo? Prince acepta su falsedad. Prince utiliza su falsedad. Prince, siendo consciente, puede guiarnos. «No soy un amante. No soy un hombre. Soy algo comprensible. No soy vuestro líder. No soy vuestro amigo.» Para luchar contra el control que viene de fuera debemos ser conscientes. Llevemos a Prince, que tal vez sea consciente, a la presidencia de los Estados Unidos.

LA AVENTURA DE LOS HOMBRES

Don Quijote decidió que lo único importante era ser feliz. Y como solo salía de su casa para joder, decidió que joder equivalía a ser feliz. Iba cabalgando para encontrar un poco de sexo que no doliera demasiado.

En ese momento divisó entre trescientos y cuatrocientos hombres.

–Dios mío –dijo–, ¡qué engreídos son! –Se volvió hacia San Simeón, que ahora era un perro–. La Fortuna conduce nuestros asuntos más allá de las más ambiciosas esperanzas. He ahí los gigantes que andaba buscando.

–Guau –dijo el perro.

–Obtendré de ellos lo que me propongo.

–Guau.

–En asuntos de esta índole –le dijo Don Quijote al perrotú tienes muy poca experiencia. Sigue refunfuñando como todos los católicos, mientras yo me entrego a esta aventura peligrosa, inusitada e innegociable.

El perro volvió a farfullar «Guau» y, temeroso, se escondió. Don Quijote fue en pos de los gigantes. Los hombres se echaron a correr. Don Quijote se consagró verbalmente a la causa del amor o matrimonio eterno, que es la causa más peligrosa porque no es ninguna causa, y una y otra vez volvió a lanzarse en pos de los gigantes.

Aquellos gigantes que no quisieron escapar atacaron ferozmente a la bravía hembra. Una y otra vez ella se puso en pie para

perseguirlos. Nada, ni siquiera un hombre, hubiera podido detenerla. Era inagotable, infatigable: una auténtica caballero. Lo único capaz de acabar con su búsqueda de amor era la muerte. Al fin un hombre la hirió tan gravemente que casi la mató. El perro corrió a auxiliarla, pero cuando llegó ella apenas podía hablar, y lo mismo le pasaba a él.

–Guau –dijo el perro.

–En tiempos de guerra –dijo Don Quijote– el sentimentalismo es peor que inútil: es perjudicial. No seas sentimental, perro. Para mí, el hecho de tener graves heridas físicas y mentales no es motivo para detener la búsqueda de amor. El que ahora esté casi muerta apenas significa que dentro de unos minutos no moriré: porque vida y cambio son sinónimos. Más aún: quien me ha herido, lo sé, es un hombre tan malo que las mujeres no pueden sino enamorarse de él.

–Guau.

–Hubo una vez un tiempo en el que no existían hombres malos. En aquellos días de antaño un hombre amaba a la mujer que lo amaba a él. Y viceversa. No como ahora.

»¿Por qué han cambiado las cosas entre hombres y mujeres? Porque hoy en día el amor es condición del narcisismo, porque en vez del amor generoso nos inculcan la posesión y el materialismo. La gente de antaño carecía de un lenguaje apropiado, es decir, carecía de Alta Cultura. Simplemente estaban confundidos y, a partir de la confusión, amaban. Hoy, nuestros profesores dan a esa confusión el nombre de "poesía" (e intentan definir cada poema para que el lenguaje pierda ambigüedad), pero en aquellos tiempos la "poesía" era la realidad.

»Hoy en día solo sustentan el orden de lo poético aquellos caballeros lo bastante locos como para querer amar a quien los ame. Yo soy una de esos caballeros. Si no me falla el juicio, aquellos gigantes de allí, todos vestidos de negro, deben de ser los sirvientes de Simeón, el villano que enamora a las mujeres...

–Guau –dijo el perro al oír su nombre.

–... pues sin duda hay una mujer con ellos.

–Son peor que hombres –dijo el perro.

–¿Por qué?

–Son monjes. Los católicos no raptan a las chicas porque sean chicas sino porque parecen chicos.

–Zorra –replicó Don Quijote–. No tienes ni idea de lo que dices.

Desdeñando escuchar los balbuceos de una bestia, Don Quijote se aproximó a la masa de monjes y gritó:

–¡Eh, mierdas miserables y apestosas! Os pasáis la vida hablando del bien y el mal. Pero si no le decís a esta mujer que la amáis, os aniquilaré.

–Péganos, por favor. Somos benedictinos.

–Me importa un rábano lo que digáis. Sé que no me amáis. Sé que no amáis a las mujeres. Sé que en realidad el catolicismo es una orden secreta de asesinos.

Y razonando así, Don Quijote se echó encima de un monje que, de tan borracho, se desmayó.

El perro mordió los hábitos del borracho.

Dos viajeros que acertaban a pasar por allí le preguntaron al perro por qué le hacía aquello a un santo padre.

–Guau.

Puesto que eran humanistas, los viajeros zurraron al perro, lo dejaron por muerto y auxiliaron al monje.

Cuando Don Quijote vio a su perro muerto, lloró.

–Tales son los lamentos nacidos de la pena de mi amor por ti.

OTRO INSERTO

Los dirigentes árabes son unos embusteros; la mentira forma parte de la cultura árabe del mismo modo que la sinceridad y la franqueza forman parte de la americana. Al contrario de lo que ocurre en la cultura Occidental y Americana (en líneas generales), los árabes (en su cultura) carecen (del concepto) de originalidad. Es decir, de cultura. Escriben historias nuevas, pintan cuadros nuevos, etcétera, solo mediante el embellecimiento de historias antiguas, cuadros antiguos... Escriben recortando trozos de textos ya escritos

y mutilando de otras maneras la tradición: sustituyendo nombres importantes por nombres tontos, inventando chistes guarros con cosas que para nosotros serían de la mayor importancia, como la guerra nuclear. Acaso preguntaréis qué saben los árabes de armas nucleares. Nuestra respuesta ha de ser que los humanos, codiciosos, cobardes y viciosamente necesitados de poder, lo han sabido desde siempre. Los árabes no son la excepción. Por tal razón, sus típicos textos o pinturas no contienen personajes ni narración, pues, convencidos de que semejantes ficciones son dañinas, los árabes adoran la nada.

LAS SECUELAS DEL MUNDO

El perro se estremeció levemente. En realidad no estaba muerto, solo muy dolorido. Volvió a estremecerse. La vida regresaba poco a poco, del mismo modo que la luz se abre paso en un cielo que ha durado la noche entera. Como un bebé, el perro empezó a arrastrarse. Penosamente, a fuerza de amor, llegó hasta Don Quijote y le lamió los pies.

–Soy yo la que debería lamerte.

–Estoy harto de ser tan pobre –aulló el perro–. No me gusta vivir en la pobreza. La pobreza en la que vivimos no es solo insufrible: es humillación, servilismo, restricciones, desesperación continua, medianía, enfermedad final. Esta pobreza es más insufrible que la insufrible pobreza estridente, porque no puede gritar, no puede hablar con cordura, solo gime y balbucea, y se oculta en la dolencia final: la amabilidad. La represión gobierna mi mundo. La más perniciosa y útil característica humana es su capacidad de adaptarse a cualquier cosa. Primero los campos de la Gestapo; ahora esto.

–Pero tú no eres humano. Ya no lo eres.

–Todavía necesito comer. Llévame a cenar, nena.

–Ten paciencia. Estas cosas requieren tiempo. Para salvar el

mundo, pues el mundo sufre, los caballeros tienen que asumir todo el sufrimiento.

–Una mierda.

–Sufrimiento.

–Estoy harto de adorar el sufrimiento. Esos chupaculos católicos me dejaron hecho una mierda...

–«Renovado», querrás decir.

–... porque creen en el sufrimiento. Son muy poderosos –el perro temblaba de miedo–; porque, gracias a que creen y a la fe, siempre están haciendo el bien, sin preguntarse acerca de lo que hacen.

–¿Tú no eres católico?

–Lo fui hasta que me transformaron en perro.

–Mi amor te protegerá de esos monjes –Don Quijote acunó al perro en sus brazos–, porque yo soy mejor que ellos. No hay en esta tierra hombre que me supere. Soy fuerte. Valerosa. Sincera. Delgada y con alma de muchacho pese a mi apariencia. Si hace falta, puedo ser taimada. Como el demonio. Encantadora. Lisonjera. Como bien sabes, follando soy lo más maravilloso del mundo. –«Gurf», ladró el perro–. Devota por completo y tan insensible como Maquiavelo. En resumen: un camaleón sin ninguna otra meta que cambiar este mundo.

El perro:

–¿Qué tiene de malo este mundo?

–Admito que es difícil vivir conmigo, porque no paro de meterme en aventuras. Pero si por mi causa te apalean, siempre puedes recurrir a mí. ¿Has visto alguna vez, en algún libro, un ser humano como yo? ¿Ha existido alguna vez en la historia, o sea en las novelas, un ser humano como yo? Tienes que amarme sin medida.

–No te amo sin medida porque no sé leer. Nunca fui a la escuela pública. Ahora que te observo, me parece que te estás haciendo vieja. Estás tan frágil y físicamente tan débil que ni siquiera puedes mantenerte en pie.

–Estoy borracha.

–Por curiosidad: ¿qué le sucede a un ser humano cuando muere?

–Cuando muere un ser humano, otro ser humano corta al primero por la mitad. Acto seguido el segundo ser humano vuelve a pegar

las dos mitades corporales, según nos refiere Platón, y vierte una medicina en la garganta del primero.

–Si la muerte no es el punto final, ¿a qué se deben entonces el sufrimiento y el dolor humanos?

–Tradicionalmente el mundo humano ha estado dividido en hombres y mujeres. La causa del sufrimiento humano son las mujeres. Inteligentísimas como son, no quieren saber nada del amor. Los hombres han intentado librarse del sufrimiento alterando la situación: primero, cambiando a las mujeres; segundo (cuando el primer método fracasó, pues las mujeres son criaturas porfiadas), sencillamente por la mentira, proclamando que las mujeres no viven más que para el amor de los hombres. Las alteraciones verbales, más que las de la materia, suelen trastocar las condiciones materiales.

»Las mujeres son unas putas, perro. Ellas tienen la culpa de los problemas entre hombres y mujeres. ¿Por qué? Porque no dan nada, solo niegan. La sexualidad femenina siempre ha sido la negación de la virginidad.

»Tal es la razón, perro, de que falte amor en el mundo. En todo el mundo la leche de los pechos maternos se ha agotado; la tierra está arrasada; entre nuestros despojos nucleares no corretean niños sino monstruos. En Nuestra Biblia o Almacén del Lenguaje hicimos lo posible por explicar a las mujeres quiénes son: Las-Tiernas-Madres-Sin-Sexo-De-Modo-Que-Su-SexoNo-Es-Un-Estorbo o Aquellas-Que-Aman-O-Sea-Que-Necesitan-Tanto-Amar-Que-Dejarán-Que-Les-Hagan-De-Todo. Pero las mujeres no son ninguna de estas dos cosas. En toda mujer pervive aquella que clavó la estaca en el rojo Corazón de Jesucristo. Al negarse a sufrir, las mujeres han convertido en cadáveres a ejércitos enteros de hombres. Sus pechos cancelados, en vez de darles de mamar, barren las antaño populosas arenas de Egipto y los ahora aún más diezmados páramos rusos cubiertos de nieve, donde nuestros cuerpos yacen uno encima de otro, blancos e inadvertidos, las bocas buscando entrelazarse. Es este el único amor que los hombres pueden conocer, porque las mujeres no quieren saber nada del amor.

»"¡Qué demonios sabrás tú!", grita Medusa. Sus serpientes se

retuercen en torno a clavos barnizados por la Sangre de Jesucristo. "Soy tu objeto de deseo, perro, porque no puedo ser el sujeto. Porque en realidad no puedo ser sujeto en absoluto: eso que tú llamas 'amor' para mí se llama 'nada'. No quiero ser: me limitaré a percibir y hablar.

»"¿Qué ocurriría –prosigue la zorra (perdóname, perro)– si la palabra 'amor' significara para ti que se me permite desearte? En ese caso ambos seríamos sujetos y objetos. Entonces el amor sexual tendría que ser el punto de encuentro de la vida y la muerte individuales.

»"¿Permite alguno de vosotros que exista tal trascendencia?

»"Mientras los hombres os sigáis aferrando a vuestra identidad de abusadores de poder o de Jesucristos, mientras os sigáis aferrando a una realidad dualista moldeada por el poder, las mujeres no existirán a vuestro lado. La camaradería es amor. Las mujeres existen junto a los ciervos, los zorros rojizos, los caballos y los gatos oblicuos.

»"Cuando nos amáis, nos estáis odiando porque nosotras tenemos que negaros. ¿Por qué? Los objetos no pueden devolver el amor. Vuestro Hombre Amante es un hombre que aborrece. El odio humano, por carecer de función, se vuelve contra sí mismo: vuestro amor os conduce inevitablemente al suicidio.

»"Vosotros, los dueños de este mundo, sois cadáveres. Nuestros amigos los cerdos os comen las orejas. Los zorros os mordisquean las pollas y os corréis. Pobres hombres necesitados de madres. Pobres idiotas. Adoráis el sufrimiento en todo fetiche posible, y a nosotras nos gusta la libertad. Todo ser es eternamente salvaje e ilimitable, libre caballero de sí mismo."

»Como ya te he explicado –le dijo Don Quijote al perro–, no hay sufrimiento humano que no hayan creado los humanos.

LA HISTORIA Y LAS MUJERES

Por fin Don Quijote comprendió su problema: era a un tiempo

mujer, incapaz por lo tanto de sentir amor, y caballero en busca del Amor. Había tenido que hacerse caballero porque únicamente siendo mitad hombre podía solucionar el problema.

Sentía necesidad de profundizar en la cuestión. ¿Realmente tenía que ser hombre para amar? ¿Qué era una mujer? ¿Eran las mujeres distintas de los hombres? ¿En qué consistía ese amor que, hasta entonces solo soñado, ahora le trastocaba la vida entera?

–Por lo tanto, ¿quién soy? –le preguntó a San Simeón.

–Qué sé yo.

–Desde luego que no me interesa la identidad personal. Lo que quiero decir es: ¿qué significa ser mujer?

–Ser una zorra –respondió el perro.

–Si la historia, enemiga del tiempo, es madre de la verdad, la identidad femenina estará definida por la historia de las mujeres. El principal volumen sobre esta cuestión o historia fue escrito por Cide Hamete Benengeli, un hombre. Lamentablemente, el autor de esta obra tan notable y sin parangón es un árabe, cuya nación es famosa por su inclinación a la mentira; pero aunque los árabes sean enemigos nuestros, resulta fácil entender que antes que cercenar la historia la hubieran magnificado.

»"No quepa duda –comienza este libro– de que la historia de las mujeres es la de la degradación y el padecimiento." (Cierto –se dijo a sí misma, restregándose el coño lastimado–.) "No obstante, la historia demuestra que ninguna mujer ni criatura alguna ha de soportarlo todo: una mujer puede elegir ser rey o ser tirano.

»"Examinemos con detalle la historia de la mujer.

»"La primera mujer registrada por la historia humana fue Amadia de Gaula." Ya sabes, perro, que Gaula era una ciudad antigua. "Amadia cayó en las garras de su mortal enemigo natural, Arcalao, que la hizo prisionera. Luego le clavó dos puñales en la carne prieta. Como era un hombre rico y podía hacer lo que quisiera, después la ató a una columna de su patio. Bien sabido es que solo por complacerse le azotó el cuerpo doscientas veces con las riendas de su caballo. Cierta cronista femenina, anónima o muerta como correspondía en aquellos tiempos a las mujeres, refiere cómo esta mujer, de cabello tan blanco y rojo como la Sangrienta Sangre de

Cristo, abandonada sola en una habitación, sintió abrirse una trampa bajo sus pies y cayó en una subterránea y profunda fosa de mierda. La mierda hedía. Se volvió a encontrar atada de pies y manos. A Arcalao le gustaban esta clase de torturas. Los criados le dieron de beber de un tazón con arena y agua helada.

»"–Ámame, por favor.

»"–¿Por qué habría de hacerlo?

»"–Pégame.

»"Él le abofeteó violentamente el rostro. Ella lo miró con los ojos más abiertos que de costumbre.

»"–Pégame más.

»"Él la abofeteó con mayor violencia aún.

»"Él descargó dos veces la mano contra su mejilla derecha. Ella se preguntó si no corría peligro de que le dañase el oído.

»"–Te pego porque te amo.

»"Ella ya se hallaba sumida en un trance en medio del cual todos sus momentos se precipitaban. Nunca más podría vivir sin aquel goce: la posibilidad de que acaso él la amara porque le estaba dando sin recibir. Puesto que él era invulnerable, ella no podía saber si la amaba.

»"Ella colgaba de un largo gancho. Nunca antes lo había deseado. Paf. Paf. Estaba dispuesta a todo para conseguir que la amase."

–Pero, entonces, ¿cómo se han impuesto las mujeres en el mundo?

–Mediante la magia.

–Parece razonable. La verdad es que la magia ha hecho mucho por el mundo.

–No seas zorra –le dijo Don Quijote al perro–. Lo dices porque eres incapaz de percibir otra cosa que la historia. La historia es una ficción y, como tal, propaganda. Así como la muerte destroza el dolor y el tiempo la memoria, la magia acaba con la historia.

El perro se rascó la cabeza.

–Por lo que sé, el verdadero dolor es la muerte.

–Sin historia o memoria personal –explicó Don Quijoteno lo sabrías. Entonces todo sería posible. En las inmortales palabras de Hassan i Sabbah, amigo de Cide Hamete Benengeli, «Nada es

verdad, todo está permitido». No es la historia, pura efectividad, sino su contrario, la muerte, lo que nos revela que las mujeres no son nada y lo son todo.

Hallada la solución a su problema, Don Quijote se calló por un momento.

UNA ESCENA DE LA LOCURA Y/O EL SUEÑO DE DON QUIJOTE

Tras haber decidido que el amor heterosexual era posible, Don Quijote buscó en una guía telefónica la dirección de un burdel y se encaminó allí. Al ver una mujer, o dinero en potencia, observando la casa, una de las prostitutas favoritas de la encargada corrió hacia ella. Por ser mujer, se había dado cuenta de que Don Quijote desfallecía de amor.

De modo que puso a Don Quijote en un altillo y le quitó la armadura. La acostó sobre tablas suaves. Durante tanto tiempo Don Quijote había sido herida, y tan profundamente, que todo eso la complació. La prostituta vendó los ojos de la caballero para que la nocturna se relajase y aprendiera a confiar en ella. Cubrió el cuerpo magullado de Don Quijote con sábanas de cuero de silla de montar.

La madama, que entró entonces en el miserable altillo, era baja, flaca, jorobada y tuerta. Junto con su amiguita apartaron una de las sábanas de cuero, untaron la carne de la caballero con aceite para curarle las lastimaduras, y la cubrieron de yeso de pies a cabeza. De vez en cuando daban una patada al perro.

Mientras la madama contemplaba las profundas marcas azul-negras del cuerpo de la caballero, que en realidad no se veían, cubiertas como estaban de yeso, su amiguita explicó:

–Está enferma de amor heterosexual.

Don Quijote, escayolada, no podía hablar. El perro habló por ella:

–Estas marcas no son de amor heterosexual, sino de católicos. Como son célibes, los católicos tiran piedras.

La amiguita: –Yo prefiero el látigo. –Le asestó al perro una nueva

patada–. A menudo sueño que caigo de altas rocas, el estómago se me sube a la garganta, pero nunca llego a tocar el suelo y el miedo se me transforma en libertad. Al despertarme descubro que estoy cubierta de marcas. –Otra vez pateó al perro.

El perro: –Son las marcas del amor.

La madama: –¿Quién es esta maltratada víctima? –Dio al perro una patada.

El perro: –Una caballero.

La encargada: –Pero es blanca, no negra.

El perro, hablando por sí mismo: –Es la persona a la que amo. –La amiguita le dio otra patada.

Don Quijote, debido a su continuo hábito de creer que era verdadera cualquier posibilidad, concibió entonces la realidad más errada que pueda imaginarse. Imaginó que la madama era hermosa y se había enamorado de ella locamente. Pues la madama le había prometido que aquella noche, y todas las noches, se deslizaría hasta la caballero para yacer con ella, y por toda la noche los corazones de ambas dejarían de sufrir. Así pues, Don Quijote (vía el perro) habló de esta suerte:

–Hermosa dama, gracias por el tratamiento que me dispensas, harto asqueroso y que recordaré el resto de mis días. ¿Me amarás, ya que yo te amo a ti? No es menester que te revele quién soy, para que pongas el nombre en el certificado matrimonial, porque te importa una mierda. Nuestro amor, o más bien mi idea mental del amor, permanecerá inscrito en la memoria de todos por los siglos de los siglos; por más que nos separemos, mi corazón seguirá adorándote más allá de las cambiantes vicisitudes de la vida. Ruego a Cristo Sangrante que este amor nuestro no haga de mí su loca cautiva. ¿Cuáles son las leyes de tal amor? Me da miedo amarte más que a mi vida. ¿Cómo viviré, y cómo viviré plena y responsablemente amando de este modo? Tus ojos son dueños de mi libertad.

Tan loca estaba mentalmente Don Quijote que, enloquecida, tomó aquellas elucubraciones por realidades. Tuvo visiones:

Su primera visión fue de amor humano. La amaba una persona a quien ella también amaba.

La segunda visión fue de un hombre apuesto. Este hombre le dijo que él amaba más intensa o posesiva o locamente que ella. Si fuera cierto, los hombres tendrían más capacidad que las mujeres para el amor y las visiones y la vida. Si fuera cierto, las mujeres podrían sobrevivir. Porque, como he dicho ya, no bien una mujer ama, corre peligro. ¿Por qué? Porque el hombre por quien haría cualquier cosa debido a que le pega, llega casi a matarla: porque es ella la que ama, no él, y aunque se harte de ignorar si él la ama o no, no puede abandonarlo. Tanto lo ama que queda embarazada, pero sola no puede tener un hijo. Su dilema entre el amor o ella misma es el aborto. Cuando una mujer insiste en que puede amar, y en efecto ama y su vida no está ni falta de amor ni muerta, acaba por morir. De modo pues que la mujer, o está muerta, o muere. Esto le dijo el apuesto varón a Don Quijote.

¿Les ocurre lo mismo a los hombres? Los hombres son inescrutables.

¿Puede Don Quijote resolver el nuevo problema? ¿Puede Don Quijote descubrir una manera de amar y seguir viviendo? ¿Puede Don Quijote luchar contra el apuesto varón?

He aquí cómo luchó:

–Hombre. No acepto tu razonamiento. Si tú eres realista, yo estoy loca. Mi locura es el amor. A tu Cultura no le es posible dar cuenta de mi amor ni juzgarlo. Pues ¿cómo alguien podría juzgar si otra persona está o no en sus cabales?

Un juez que apareció dijo no estar en condiciones de decidirlo porque era un hombre racional.

Toda realidad y toda locura intentan destruirse mutuamente. ¡Pam! ¡Pam! ¡Fuof! ¡Craj! Vieja, flaca, débil caballero abortada, la locura se ha quedado sin fuerzas. No tiene ninguna posibilidad de hacer nada. No puede pensar. Se tambalea. Cuando se derrumba, la invencible realidad de la hombría pone la espada contra su garganta palpitante.

–O te vuelves normal, es decir anónima, o mueres –le dijo el apuesto varón a Don Quijote.

–No puedo ser normal porque no puedo dejar de amar. *–¿Cómo voy a dejar de amarte? Debo dejar de amarte. Eres mi vida.*

Ayúdame, por favor. No necesito que me ayuden–. Me niego a oponerme a la verdad de mi vida, que es mi sexualidad.

Ante la demencia de la caballero, el hombre, amable como Jesús, le propuso otra alternativa.

–Hazte una persona normal y deja de tener visiones, al menos durante un año. Si aceptas, te perdono la vida.

He dejado de amarte.

Todo esto le sucedió a Don Quijote en su locura, que fue un sueño.

MATRIMONIO

Ahora que Don Quijote no podía amar por un año, lo que dado el caso es como si fuese por siempre, ya no sabía para qué vivir. No es que necesitara a un hombre: es que sin fe ni convicción un ser humano es una mierda, y está peor que muerto. Peor todavía que una mierda o un muerto, Don Quijote sabía que, de caballero, había pasado a ser una mierda y un cadáver, esto es, una persona normal. Más valía hacerse hombre de negocios.

Decidió que antes prefería estar muerta que peor que muerta.

El perro le dijo que podía solucionarle el problema. Como no era humano y por tanto no creía, podría creer sin morirse.

–¿Y qué vas a creer? –inquirió Don Quijote.

–Creo que moriré en tu lugar para que puedas amar sin morirte.

–¿Cómo vas a morir?

–Azotándome.

–No tengo nada que objetar. Lo que no entiendo es cómo se las arreglará un perro para creer.

–Precisamente por eso deberás pagarme un montón de dinero. Para que muera por ti. ¿Cuánto vale tu vida?

Por ser caballero, Don Quijote era idealista.

–¡El roñoso lucro nada tiene que ver con la fe! ¡No te pagaré un maldito céntimo por morir! El amor humano solo surge cuando un

humano sufre sin razón. Si te doy algo a cambio de mi vida no estarás dando, sino recibiendo.

–A Dios gracias, no soy humano ni racional. O me das dinero o me das la vida.

Como Don Quijote quería vivir, o sea sentir, aceptó pagar.

–¿Cuánto?

–Cien.

–Quinientos.

–Doscientos cincuenta.

–Cuatrocientos cincuenta. Mi vida no es mierda de perro; es la vida de un perro.

–Cuatrocientos. No eres un perro de verdad. No bien te hayas castigado tanto que empieces a sufrir, el mundo entero será una sola visión.

Encontraron un látigo poderoso y flexible hecho con un cabestro de burro. Aquella misma noche el perro, matándose a azotes como un buen católico, se susurró a sí mismo: «Pégame, por favor».

Tras infligirse dos feroces latigazos, le exigió a Don Quijote ochocientos dólares. Don Quijote, no sin grandes padecimientos, accedió. El perro se puso a hacerse todo el daño posible, y como todas las heridas o laceraciones o desgarraduras eran inmotivadas, porque para los idealistas el dinero no existe, cada azote hacía zozobrar el corazón de la caballero.

Al oír los agónicos gemidos y el cruel chasquido del látigo, corrió hasta el perro y le arrancó de la pata el retorcido cabestro del cual se servía.

–Te amo demasiado para permitir que te castigues. Si es preciso, seré una persona normal y muerta.

Y de esta suerte fue como la búsqueda de Don Quijote fracasó.

Considerando que lo único eterno de todo lo humano es la muerte, y que la muerte es además lo único sobre lo cual los humanos nada pueden saber, los humanos no saben nada. Están condenados al fracaso. A hacer y ser lo único que desconocen. Don Quijote se dio cuenta de que había perdido la fe.

MUERTE

–Gracias, Dios mío. Soy tan feliz.

–¿No crees que los seres humanos sufren? –preguntó el perro.

–De todo eso que siempre están nombrándome no sé nada. Los medios de comunicación. Sé lo que tengo alrededor. Toda esta basura sobre el amor y la bondad es mera ilusión. Me siento muy bien y el mundo es maravilloso y no hay ningún humano que sufra.

Todos los que rodeaban a Don Quijote decidieron que estaba chalada. Lo más chalado que habían visto en la vida. Tenían que librarse de ella.

Intentaron explicarle que el amor humano y las buenas acciones son beneficiosos. Que los hombres deben vivir para el amor y la bondad.

–Te amamos.

Tal proclama le confirmó a Don Quijote que el viento se llevaba todas las proclamas de aquella gente.

–En otros tiempos el romance era mi goce y mi dolor más sentido. Ahora he comprendido que no es nada. Así pues, seré muy precisa: he de explicaros la verdad exacta. He aquí mi testamento:

Cualquiera que sea capaz de idear un testamento debe estar en sus cabales. La familia quería restituirle todo. Tan apenados estaban que se echaron a llorar.

Solo Don Quijote era un monstruo insensible.

–He aquí la prueba de mi cordura:

«AL PERRO: dejo todo a mi perro. Por favor, perro, perdóname el egoísmo y las mil formas de la incomprensión, pues me ha faltado la inteligencia suficiente para comprender qué es el amor. Te deseo que seas muy feliz el resto de tus días y más aún, y sé que lo serás, pues te sobran fuerza y paciencia y voluntad de comprensión, más que a mí, a pesar de que estés chiflado».

El perro la interrumpió: –No quiero que te vayas.

Don Quijote: –El deber es el deber.

El perro: –Te mueres porque no te amé.

Don Quijote: –No.

Y prosiguió con su última voluntad y enseñanza:

«A MI HIJO ABORTADO: Si te casas con alguien, hombre o mujer, que no tenga mucho dinero, serás pobre. En caso contrario también serás pobre».

«A MÍ MISMA: Fue un error ser buena, escribir, hacerme caballero, intentar cualquier cosa. Las fantasías solo son un modo de vivir encerrada en la propia cabeza. El fanatismo la separa a una de los otros. Si una es como todos, cree en las opiniones y en lo que le dicen. ¿Y acaso existe algo más? Oh, nada. Debo tener visiones, no puedo tener visiones, tengo que amar: para escribir necesito equivocarme».

Cuando acabó de escribir tan garbosas enseñanzas, ya vieja y gastada, se reafirmó en la convicción de que el amor humano no existe y murió.

–Solo para mí te dieron a luz, y a mí para ti. Por más daño e inquietud que nos causemos, ambos somos uno solo. Tú eres mi señor y yo tu sierva; yo soy tu dueña y tú mi esclavo. Muero, amor, porque intenté rehuirte. Me rindo ante ti con todo mi corazón o mi mente toda. No hay otro remedio para la enfermedad que esta fusión de nuestros genitales. No es necesario escribir ni tener razón porque tanto una cosa como la otra solo provocan más ilusiones: lo necesario es destruir y equivocarse.

Segunda parte de Don Quijote
Otros textos

MUERTA COMO ESTABA, DON QUIJOTE NO PODÍA HABLAR. NACIDA MUJER EN UN MUNDO DE HOMBRES, CARECÍA DE PALABRAS PROPIAS. SU ÚNICA POSIBILIDAD ERA LEER TEXTOS MASCULINOS AJENOS.

TEXTO 1: CONSTRUCTIVISMO RUSO

1. Abstracción

Petersburgo, mi ciudad.

Triángulos agujas de Petersburgo mendigos en las calles iglesias decrépitas iglesias derrumbadas iglesias desaparecidas iglesias usadas como hogares por mendigos por niños que obligados a irse de los edificios abandonados corren.

Hijo.

1.

Ciudad de gente que no nació aquí que decidió vivir aquí que no tiene hogar que intenta hacer su propia vida: pobres refugiados artistas gente rica. Gente despreocupada y que se preocupa demasiado. Desahuciados. Tú, cunita de bebé, solo tú has sido despojada por el gobierno de la URSS.

Tú, ciudad, a lo largo de una de tus calles se ve un centenar de mendigos sentados de pie y tumbados. Tres cuartas partes de estos mendigos son negros o puertorriqueños. El cemento apesta a meada mucho más fuerte de lo que huelen las calles aledañas. Algunos vagabundos fuman cigarrillos. La mitad de los edificios que bordean la calle tienen muros de ladrillo rojo. Los mendigos casi no se mueven o se mueven lo menos posible.

¿Cómo se divide esta Ciudad de Ciudades?

Esta nueva ciudad sagrada es una realidad no solo carente de religión sino también de cualquier cosa que se pueda querer o buscar: carente de todo. La ciudad, cuya primera característica es no dar nada, se derrumba, y por lo tanto sus habitantes individuales, no sus comunidades, tienen que apañárselas solos.

Tal como se enseña en la escuela, Petersburgo consta de cinco partes: la parte principal es la Perspectiva Nevsky.

San Petersburgo es en realidad la Perspectiva Nevsky.

La Perspectiva Nevsky es una isla unida al resto de la ciudad por un puente en el extremo norte, dos en el extremo sur y otro en el lado este. Si bien Petersburgo es la capital de la URSS, la mayoría de los rusos no residentes en Petersburgo odian y temen a los petersburgueses: los consideran asesinos, drogadictos y con fama de pervertidos.

¿Existe aquí algo parecido al verdadero amor: esa violencia absolutamente justa?

Una tras otra, las farolas cuelgan sobre los contornos del parque a través del centro vertical de la Perspectiva Nevsky, desde su nacimiento en San Isaac, a lo largo de unas cincuenta calles hacia el norte, hasta su sección negra en lo hondo de la línea decimoséptima. De hecho, las divisiones geográficas son raciales: los ghettos, cada uno de entre nueve y dieciséis manzanas de extensión en total, no se confunden. Durante el último año los ghettos han empezado a mezclarse debido a que los ricos intentan ocupar, y ocuparán, la ciudad entera comprando todos los terrenos.

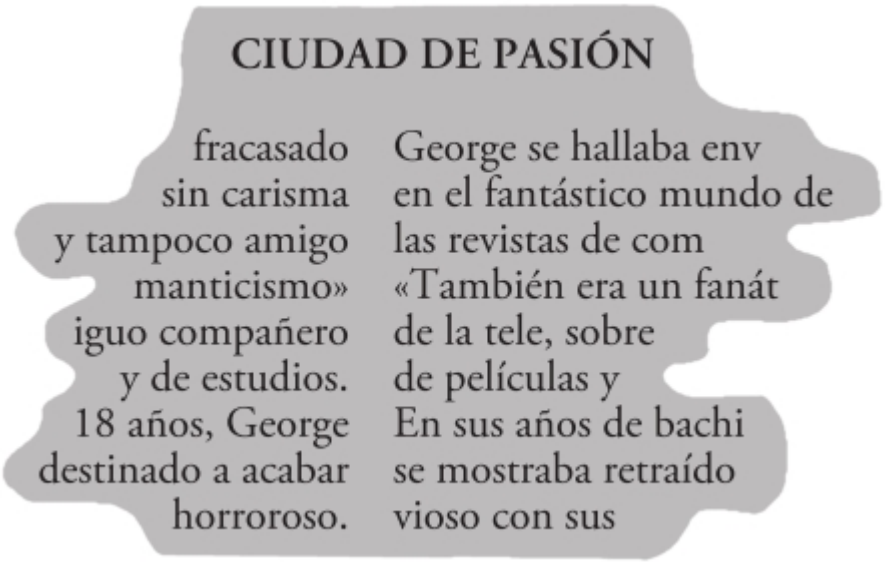
Las islas, sobre todo la Isla Vasilievsky, son oasis de la droga. Los centros de prostitución son la Millionaya, una vez más la Isla Vasilievsky (los macarras siempre consiguen que sus titis se enganchen), el largo puente negro sobre el Neva, y el Canal de Invierno. Los idiomas hablados allí son: el ruso –menos de un cincuenta por ciento–, y luego (por orden decreciente), el español, el francés y el alemán. Petersburgo no es una ciudad rusa: es por sí misma un país. Dado que en el plano nacional no posee estatus legal o financiero, es una imposibilidad, un hogar imposible; es insustancial, paranoica. Sus definiciones y su lenguaje abrevan en la teoría cuántica, el zen y el nihilismo en boga antes de la Revolución rusa.

Plazas, cuadriláteros, concatenaciones de imaginaciones carentes de otros sensualismos necesarios. La carne que toca carne debe parecerse al verde cieno de Marte. Ciudad de simultáneos espacios interiores y exteriores donde cada día aparece una nueva

enfermedad humana, y cuyos habitantes, como ratas, continúan viviendo y trabajando en medio de la enfermedad. ¿Quién se atreverá a decirme que estoy demasiado enferma para vivir? Mi enfermedad es vida. Tú, ciudad mía, romanticismo sin creencia posible:

Una mañana, en Peter, la levantadora de pesas se cayó de su cama elevada. Era un bello día de septiembre. Las alondras cantaban y por los visillos azules que, harta de ver yonquis chutándose, no había vuelto a descorrer desde que los comprara, se filtraban gotas de luz (a través de las nubes a través de la polución a través de los muros de los edificios).

Bajo el cuerpo caído, un periódico:


CIUDAD DE PASIÓN

fracasado
sin carisma
y tampoco amigo
manticismo»
iguo compañero
y de estudios.
18 años, George
destinado a acabar
horroroso.

George se hallaba env
en el fantástico mundo de
las revistas de com
«También era un fanát
de la tele, sobre
de películas y
En sus años de bachi
se mostraba retraído
vioso con sus

Mientras, en los callejones,

Querido Peter:

No soporto vivir sin ti. Detesto este constante-esperartedía-tras-día: no estás: todas mis horas se consumen en la añoranza de lo que no está. Quiero negarme a vivir de este modo. Entonces me doy

cuenta de que me he enamorado de ti. A nadie puedo recurrir: una y otra vez comprendo que solo cuento conmigo misma.

Faltan dieciséis horas para volver a verte. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16. Puedo contar hasta 16, pero probablemente tú no querrás verme. Si te veo, te desearé. Si no te veo, moriré. Me estoy volviendo loca. Esta carta me importa un bledo. Lo único que quiero es ganar tiempo. Puedo librarme del peso de esta noche tapándome los ojos con trabajo, con cálculos mentales, con las idioteces de la tele: locura, has llegado a mis brazos: si supiera que ibas a llegar te esperaría siempre, pues para mí no existe el tiempo hasta que te veo. El amor crea el tiempo y la vida. Debo de ser ciega: tú eres pobre. Tu vida es un desquicio. Cuanto más quieres algo, más te lo niegas. Tú: pesadilla mía: no me importa. Me has conquistado. Tú, cuco totalmente desarticulado, me vuelves tan irritable y voluble como tú, de modo que para capturarte me he convertido en tu peñón de Gibraltar, pero no te quiero, no quiero que destroces tu matrimonio, no quiero que hagas nada que te lastime: soy yo la que debe perder. Pero si mañana no vienes no tendré que perder, porque significará que no me quieres. Por lo tanto: el verdadero amor es extraño y toda simplicidad tiene que ser mentira entre nosotros.

No sé lo que hago. Cuando apareciste tú, después de mucho tiempo volví a saber lo que era la vida. ¿Cómo voy a dejar que la vida se aleje otra vez? Olvídate de todo, nena, ya te ha dicho sin rodeos que no quiere acostarse contigo y que solo te necesita para vengarse de su esposa porque una vez lo dejó por un tipo más rico. Eres mi locura. Ven, locura mía, y puesto que ya me has poseído una vez, te suplico con todo mi ser que me poseas. Estoy harta, pero no satisfecha. El día que sé que voy a verte soy feliz y el día que no te veo soy desdichada.

(Entra la enfermera y me maniata.)

Enfermera: Cállate, mocosa.

Yo, a Mí Misma: No hablo porque no puedo hablar de ti. Supongo que debo estar obsesionada poseída. España necesitaba una revolución, de hecho una revolución mucho más profunda que la que intentó llevar a cabo la República. Estoy sujeta con cuerdas porque

no me follas. (En voz alta, ((Embozada)).) Cuerdas me sujetan porque tú no me follas. Te alejas de mí.

Julieta: Te alejas de mí. Es noche aún, negra y detestable: no debes dejarme todavía.

Tú: Ya es de día; hay velas encendidas. Ya se ven los bordes de las nubes. Puesto que, gracias a la luz que de ella emana, el mundo ya no necesita estrellas, como buena zorra celosa que es, las ha apagado. Como la revolución total, el día aguarda para infiltrarse. Tengo que dejarte para continuar mi vida.

Julieta: La luz que me llega desde tu interior es tan violenta como la que yo te entrego. Como bien dices, nada tenemos que ver con la naturaleza: el fuego que crepita entre nosotros compite con el sol. ¡Yo mantendré vivo tu artificial fuego solitario! Te seguiré disfrazada. No necesitas dejarme nunca. No te vayas.

Tú: De acuerdo. Me quedaré contigo y moriré. Doy paso a tu amor. Estas incipientes rayas de luz en el cielo son los rastros de sangre en tus inefables muslos incoloros. La invisible luz diurna que se acerca no es el día sino apenas una luna para tu energía y tu gracia. Ya que sin ti muero y contigo también muero, elijo morir a tu lado, vida mía, y además, no me queda otra alternativa. Es noche aún, negra y detestable.

Julieta, resignándose: Ve. Márchate. Este mundo hiede. Es imposible fingir que el mundo no existe. Los fascistas han triunfado. Todo cuanto es hermoso y natural nos separa. Puesto que ahora lo natural es artificial y lo artificial natural, quienes aman no pueden diferenciar. ¿Cómo voy a saber qué debo hacer? Se acerca el día: ¡Aléjate de mí!

Querido Peter:

Compréndeme, por favor. Créeme, por favor, cuando te cuento lo que estoy pensando en este preciso instante. Hago todo lo que quieres. Ahora quieres dejar de verme porque follas con tu mujer. Eres mi único amor y este momento es infinito. Daría cualquier cosa por llamarte ahora mismo. Como no puedo llamarte, te odio. Como te odio, nunca volveré a llamarte, porque te odio. Diré tu nombre

para que todo el mundo lo sepa, porque tu mayor miedo, tu única moral, es lo que crees que los demás (te conozcan o no) piensan de ti. Rey Sunny Adé. Rey Sunny Adé, aborrezco tus entrañas. Eras mi sol y tu casa era mi hogar y me echaste como a un niño desamparado, diciendo (tú): «Lo único que buscas es seguridad, así que no me amas», sin siquiera comprender que sí te amaba. Por eso este momento es infinito.

¿Por qué te amo si sé que te crees tan justo que sacrificarías el universo entero con menos reparos que Margaret Thatcher; y crees que no entiendes qué es el arte porque temes tanto a ese salvajismo tuyo con el cual, so artista, la boca se te hace espuma, que intentas erradicar la menor debilidad ajena porque no ves otra cosa, de modo que exiges ciertos comportamientos y no aceptas nada más; cuando en realidad la gente actúa de otro modo, e incluso te he visto a ti, con todo tu salvajismo, enterrar más volcanes furiosos que cualquier otro ser humano? Me gustas porque tus ojos me miran de cierta forma y porque se te arruga la nariz; tu capacidad mental es al menos tan aguda y veloz como la mía; cuando no te dejas gobernar (ridículamente), eres tan decadente como yo. ¿Qué cuernos te importan las reglas sociales? ¿Por qué no te haces artista de una vez? Ahora voy a joder con montones de hombres, si ellos quieren joderme. Necesito esa reafirmación física y mientras lo haga seguramente seguiré pensando en nuestros polvos:

Entre tú y yo hubo una locura infrecuente. No solo sexualidad. ¿De quién pretendes burlarte? ¿Quieres convencerme de que esta cólera y este miedo (que apareció porque puse el dedo demasiado cerca de tu locura o porque la sociedad te importa demasiado) son más poderosos que tu sexualidad? A mí solo se acercan los hombres que adoran follar. ¿Qué es el amor? El amor es la unión de la amistad y el deseo. Contigo me hice un lío. La amistad no me preocupó lo suficiente. Tuve que esforzarme demasiado por combatir tu deseo de ser socializado, que, si te amo, debería resultarme tan importante como mis procedimientos. ¿No puedes tener un poco de paciencia? Ansío luchar contra mí misma para estar junto a ti.

Piensas que nuestra amistad no es importante. Tal vez eres tan joven que crees que existen infinitas relaciones locas.

De acuerdo: tuve demasiado miedo de que no me amaras y demasiado poco miedo de abusar de tu amor. Pero recuerda, por favor, que tú también temiste que no te amara y me pediste una confirmación.

Espero que tu mujer te haga feliz por siempre. Digo esto porque quiero que seamos amigos, que mi deseo de amistad despierte tu amor por mí...

Andando por las calles.

Tatlin diseñó una ciudad. Tatlin tomó una pasión ingobernable y la modeló.

Todo surge de la pasión. Nuestra ciudad de la pasión.

Biely quería follarse a la mujer de su más íntimo camarada, Alexandr Blok, hasta que en 1906 hubo un duelo (que nunca tuvo lugar) y Biely se marchó de Rusia por un año. Para describir esa pasión, Biely construyó el lenguaje como si fuera un edificio. Si la arquitectura no fuese templadamente fría, la gente no podría vivir en ella. Tengo que averiguar por qué me hago tanto daño. Reconocimiento: me hago daño de veras. Una de las condiciones previas del daño es el hecho de estar enamorada de ti.

Una ciudad en donde se pueda vivir.

¿Cuáles son los materiales de una ciudad así?

¿Es la sensualidad menos valiosa que el pensamiento racional? ¿Hay una grieta entre mente y cuerpo, o, mejor dicho, entre estas dos clases de mentalidad? ¿Por qué una pintura cubista es –en caso de que lo sea– más artística que un vestido de Vivienne Westwood? ¿Es abstracta nuestra ciudad?

Cuando me hablas por teléfono me desespera tu falta de comunicatividad sexual y emocional. Al contrario que el arte, la crítica de arte es abstracta.

Moldearé mi amor por ti: lo que quiero decirte no puedo decírtelo por teléfono: «Por favor, tócate la polla porque tengo ganas de tocarte la polla y yo no puedo tocártela». ¿Qué es lo que está principalmente vedado? El principal censor es el tiempo. No puedo tocarte la polla ahora porque un hecho no puede ser otro hecho. (El

tiempo es sustancia.) Ahora median tres mil millas entre tus hechos y los míos, o tres horas. Para un niño, la ausencia es la muerte. Eso es la muerte. El tiempo me está matando. El tiempo está demostrando que no me amas. Debo moldear mi pasión por ti fuera del tiempo:

2. Los poemas de una ciudad

Acerca del tiempo

desinas ineptire

et quod vides perisse perditum ducas.

El modo subjuntivo precede a la activa directa. El pasado controla el presente.

El pasado.

fulsere quondam candidi tibi soles,

cum me duele recordar que hoy actué, como una manera de afirmar «No soy perfecta», perdona mi llamada, ventitabas quo puella ducebat (con una correa: correosa Roma)

amata nobis quantum amabitur nulla.

Primer verbo en futuro. ¿Qué dicen realmente las palabras? ¿Propone este futuro un tiempo futuro?

ibi illa multa besos y más besos entre nosotros

tus manos tu carne inacabable tiempo en el tiempo

el pasado no pasado; ¿cómo transformo el pasado: esa prisión atroz porque termina?

fulsere vere candidi tibi soles

Mediante la repetición del pasado, lo moldeo y transformo, acto imposible.

Nueva Sección:

nunc iam illa non vult: tu quoque, impotens no pueden joder con sus amigos hoy en día, mal humor no extraña que me porte mal, noli NO

nec quae fugit sectare nec miser vive

Mi presente es negativo. Este presente se vuelve imaginario: ¿el futuro de amabitur y el subjuntivo al comienzo del poema?

buen consejo sed obstinata mente perfer, obdura.

vale, puella. (Mi horrorosa llamada. He aquí mis excusas, Peter. ¿Las aceptas?) *iam* (ja ja) Catullus obdurat,

nec te requiret nec rogabit invitam:

Soy una buena chica

Porto, me comporto excelentemente.

at tu dolebis. Lo imaginario crea realidad, como en el amor, cum rogaberis nulla

scelesta. Scelesta nocte. Mi noche. quae tibi manet vita sin mí?

¿quis nunc adibit? ¿sin mí cui videberis bella?

¿quem nunc amabis? conmigo follas con quien quieras.

Que reine la imaginación su-
prema ¿quem follas ahora?
¡cuius esse diceris aah!
¿quem basiabis una pregunta
estúpida? ¿cui labella labula
mordebis?
(¿aliado de la muerte?)
at tu, Catallus, destinatus
obdura
a los hechos, pues solo la ima-
ginación vive.

La imaginación es deseo.

Deseo versus azar

basta ya de suspiros nihilismo oscuridad
y seniles parloteos de vejetes
con las narices chorreando mocos
menos dignos que los dos mendigos que hoy vi conversar.
salen soles y se ponen no los veo nunca –
breves horas de sol para ti amor y para mí
después inconsciencia perpetua oscuridad.
tómalo bésame házmelo cógeme
cógeme los brazos los tobillos los pelos del coño
las únicas noches de luz los únicos ojos que tenemos.
conscientes.
tanto tanto tantos fenómenos que ya no pensamos siquiera
en comprender, descubrimos que no somos responsables,
y así nos resguardamos del burgués y el moralista
que nada real saben de nosotros.

El tiempo es identidad

Con ninguna otra dice mi amigo se echaría un polvo solo conmigo. Ni Psique misma lo lograría, aunque se lo suplicase. Él me lo dijo. Pero lo que un hombre dice a la mujer que lo ama se pierde en esos vientos y aguas espejeantes. Agua que se mueve es mi amante.

Soledad

Versos uno a cuatro. Tesis emocional: sobre el hecho de estar siempre lejos de ti. No temo morir. Temo que la muerte (ausencia absoluta) me arrebate tu amor.

Versos cinco y seis. Tesis suplementaria: la muerte o ausencia destruye el amor.

Versos siete a diez. Antítesis: el amor puede luchar y lucha contra esa ausencia.

Versos once y doce. Síntesis: Mi amor por ti me está convirtiendo en tu espejo tu objeto, me amalgama, esté a tu lado o no. Luego este amor vencerá, fundiéndose, a través de la identidad, con la muerte.

Versos trece a dieciocho. La siguiente tesis se basa en la precedente antítesis: cuando esté muerta y absolutamente apartada de ti, seguiré amándote. Por mucho que vivas, al fin nos reuniremos para siempre.

Versos diecinueve y veinte. Tesis suplementaria: nuestro amor es ausencia.

Versos veintiuno a veinticuatro (primera sección no conformada por una sola oración abarcadora. Las tres frases breves de la sección reflejan sintácticamente su contenido verbal). Antítesis: esta vida o estos continuos cambios acaso destruyan nuestro amor. Como la muerte, el amor es infinito.

Versos veinticinco y veintiséis. Síntesis: es ahora, mientras estamos vivos, cuando tenemos que amarnos lo más posible porque el

amor no tiene relación con el tiempo. (Nunca logro decirte algo tan directo porque estoy demasiado enamorada de ti.)

La estructura sintáctica global de las frases consiste en y concierne a las relaciones entre diversas clases de tiempo. ¿Cuál es la estructura verbal? Los verbos son la espina dorsal de la gramática latina.

La primera clase de tiempo, en los versos uno a cuatro, es un tiempo lineal. El primer verbo principal es *es,* un *es* no platónico. Este *es* corriente conduce a los subjuntivos en primera persona *tema* y *estorbe*, así como al sustantivo que es sujeto del *es*: *miedo*. Esta clase de tiempo crea el miedo humano; o bien lo crea el mundo.

El otro o enemigo del tiempo común es la muerte. *Es* se halla restringido por la muerte. Luego, lo contrario u otro de *es* es *estar sin* en presente.

Como el pasado es igual al presente, en el modelo verbal que ocupa los versos cinco y seis la muerte o ausencia destruye también la memoria. He aquí otro motivo para mi miedo.

Como la única certidumbre que puedo albergar en el tiempo humano común es aquella que debe temerse más –el fin del tiempo–, no me queda sino sentir cada vez más dolor.

El segundo modelo temporal se inicia con el deseo humano, cuando yo deseo entrar en el reino de la muerte. Verso siete. Esto es precisamente lo que no puedo hacer, la antítesis, lo necesariamente imaginario.

Debido a que estamos separados, nuestra vida sexual, porque debe continuar, es falsa, imaginaria. Verso nueve. El amor me hace atrevida. Me corro, masturbándome, en la oscuridad. Verso diez. Ciega. Porque te amo quiero morir. Mi verbo principal es *orgasmar* en el pasado mitológico; en el reino de la negrura el mitológico es más poderoso que el presente temporal. (¿Cuál es el modelo temporal de mi deseo?)

Si de morir por ti he muerto, ¿quién soy? Porque te amo me he destruido: soy tú. Versos once y doce. El amor destruye el tiempo común revirtiendo el sujeto en objeto; el verbo actúa sobre sí

mismo; soy tu espejo; la identidad ha desaparecido porque vida y muerte no son cosas separadas. Verso doce. El último modelo temporal es que el espejo refleja al espejo: el tiempo es nuestro amor.

Pero me duele todo el cuerpo y cada noche lloro descontroladamente porque no estás.

Ahora todos los tiempos y modos, *puedo corro tuve dado*, al igual que todos los demás fenómenos, se manifiestan a partir de la nada o muerte, verso dieciocho, que también es lo ideal, versos quince y dieciséis. Pero me duele todo el cuerpo y cada noche lloro descontroladamente porque no estás.

Ahora todos los tiempos y modos, puedo corro tuve dado, al igual que todos los demás fenómenos se manifiestan a partir de la nada o muerte, verso dieciocho, que es también lo ideal, versos quince y dieciséis. Pero me duele todo el cuerpo y cada noche lloro descontroladamente porque no estás, versos diecinueve y veinte. Los tiempos subjuntivos reflejan gramaticalmente este nuevo modelo de tiempo común: el cambio es tiempo.

Lucho contra lo fenomenal, que ha de ocurrir. Tengo miedo. Verso veintiuno. Así pues, ahora todos los verbos son subjuntivos; todos los verbos son cambio. Una vez más: amarte es causarme dolor. El verbo final, *se transforma*, refleja gramaticalmente su contrario en cuanto a contenido: el espejo. Tiempo: el amor o fusión existe adherido al cambio.

Te quiero. Esto es todo lo que soy capaz de pensar. Este es nuestro presente absoluto. Verso veintiséis.

El tiempo es dolor

anoche no dormí un instante, luego me levanté hecha sopa
aunque no lloraba tenía lágrimas en los ojos. Me sofoca
el dolor telefoneo quiero suicidarme contigo
una y otra vez mi cerebro lucha contra ti
foco y obsesión no veo nada más. Eres mi mundo

la ceguera que me cala el corazón. Este «amor» que
hay entre los dos (aquí tu nombre) es *sangre* para mí.
Por todas partes dormías te tocabas te corrías
la casa está llena de tu sangre.
Daría cualquier cosa por dormirme. De noche. Pero
según pasan los sueños
las realidades absolutas resultan temporales
soy tu obsesión. A veces me duelo como los mil
diablos. A veces estoy muerta. Otras noches
siempre había una mañana para despegarse
de esta cama al fin.
Hoy no hay nada más que noche: cada noche
artificial es el ornato de tu sangre.

El tiempo es obra humana

Espero que escribirte esto me dé cierto
alivio: de lo contrario, nada. Jamás había sentido
tal dolor. Día tras día dolor y más dolor ¿cómo
contar días así? También duele contar.
Duele incluso el pensamiento.
Peor aún: cuando el sueño debería venir a mí corriendo
(no corriéndose. no va por ti.) y liberarse el
pensamiento no quiero pensar nada.
Telefoneo: la vida no me gusta.
Detén pues la mente, basta de vida basta
de expresión, cárcel dentro de cárcel dentro
de cárcel, ¿qué pueden importar días fechas
tiempo? Solo esta tranquilidad de
sollozar palabras nacidas de lo feo.

3. Escenas de esperanza y desconsuelo

La chica está feliz porque sabe que el hombre que ama está enamorado de ella.

Ahí están las chicas sentadas: Peter no me llamó. Vais a veros mañana, ¿no? ¿Comemos juntos? ¿Habrán follado ya? Para pasárselo en grande, esto de seducir tías. Estos hombres son los que mejor se lo pasan. A nosotras lo máximo que nos queda es vengarnos. Es divertido. ¿Habrán jodido ya? No lo sé. Peter todavía no ha llamado. Apuesto a que se ha olvidado. Ay ay ay. Ven, date prisa. Caray, está bebiendo champán. Quiere decir que está enamorada. Ya te digo, los hombres solo nos quieren para sufrir. Hay que ver lo cabrones que son. No solo te dejan de repente, encima necesitan dramatismo. Una vez que hemos roto con un hombre, si me empieza a hablar de quién tuvo la culpa, le digo que el asunto me importa un pimiento, que prefiero beber champán. Me parece que Peter es un poco manso, o sea, se pasa la vida dando citas y como olvidándose de la hora, pero al mismo tiempo te diré que se preocupaba por mí de veras así que esto de que no me haya llamado no quiere decir que no le vaya a ver nunca más. Que Edward me dejara me hizo pensar que ningún hombre puede quererme. Esta chica no hace más que llorar. Los ingleses se enamoran continuamente, así que para ellos no significa nada. Solo vamos con americanos, les decimos siempre a los ingleses. Esta película es un rollo.

¿Por qué quieres? Quiero amor. No lo conseguirás. Vale, vale. Volverán a hacerte daño. Ya lo sé. Lo principal es reírse siempre como una tonta. Toda la semana pasada, cuando estaba dolorida de veras, me sentí como enferma. La pena es una enfermedad.

Las muchachas se cruzan de piernas y ríen.

–¿Qué tendríamos que hacer ahora?

–Yo necesito comer algo –dijo ella, derrumbándose. Sus brazos se aferran a la almohada.

–Estamos presas en nuestra propia trampa –dijo riéndose.

En este preciso instante la primera muchacha piensa en el hombre con quien quiere follar.

–Fantaseando –le dice a su amiga –podemos aumentar las posibilidades y la alegría de vivir y, más importante aún, entender cómo funcionan las cosas. ¿Por qué? Examinemos estos dos hechos:

1) Anoche follé contigo; 2) Fantaseo que follo contigo. Pero ahora estos dos hechos solo ocurren en mi mente. Por lo tanto no hay modo de diferenciarlos. Ahora bien: ¿qué ocurriría si no hubiésemos follado? Tomemos otro ejemplo: No nos amamos. ¿Es posible que mediante la fantasía nos amemos, que podamos amarnos? ¿Cabría la posibilidad? La fantasía es o crea posibilidades. ¿Son reales las posibilidades?

Estirada en su cama roja, la otra muchacha cruzó las piernas.

–Posibilidades siempre hay –dijo–. Yo prefiero el drama.

–Fantaseo que deseo y sé lo que es el deseo. De este modo la fantasía me permite comprender. No toda posibilidad se transforma en hecho. Luego, saber no es lo mismo que actuar en el mundo real. Estoy presa en mi propia trampa porque para mí todo hecho solo puede ocurrir en mi mente.

Las muchachas se miraron una a la otra.

–Sé que conoces a muchos de mis amigos de Nueva York y siempre he querido hablarte de tu trabajo.

–Entra.

–¿Estás leyendo a Husserl?

–Cuando acabé la universidad me dediqué a la teoría política. Después trabajé con Austin.

–Caray. ¿Cómo es?

¿De qué hablábamos?

–¿Cuál es la relación entre la práctica y la teoría en tu labor cinematográfica? Quiero decir: ¿te impide hacer películas el hecho de escribir críticas?

–Son dos actividades muy diferentes.

–Pero también son dos maneras diferentes de pensar.

–Cuando hago una película, probablemente en parte porque siempre trabajo con otra gente y también debido a la propia situación económica del cine, incluso antes de empezar sé exactamente qué voy a hacer.

–Uf: si antes de escribir un libro supiera lo que voy a escribir me aburriría.

–Son cosas distintas. Cuando haces una película tienes que tener en cuenta quién la verá, la cultura popular.

–¿Por qué te importa tanto cuando trabajas lo que los demás pensarán de tu obra? Para mí lo principal es mi propio placer.

–¿No te parece que las teorías semióticas son un poco descabelladas, sobre todo las de Deleuze y Guattari?

–Ahora existe una brecha. Ten en cuenta que la semiótica tuvo impacto en Inglaterra antes que en América. Nosotros, más que a los últimos semiólogos, éramos de Lacan y Althusser... Derrida... Foucault...

–Foucault no es semiólogo en realidad. Siempre estuvo al margen. Así pues, ¿qué estás leyendo ahora?

–Tengo la teoría de que nos encontramos ante el fin de una generación. La semiótica ya no puede aplicarse. Por el momento no hay nada.

–Recuerdo que Sylvère trajo la semiótica a Nueva York. Lo único que me dio fue un lenguaje que me permitía hablar sobre mi obra. Antes no había tenido manera de hablar sobre lo que hacía, por supuesto que lo hacía. Los amigos que estaban metidos en cosas parecidas no tenían un código para hablar entre sí. Ese discurso crítico sobre mi obra me permitió dar un paso adelante en el trabajo. Ahora parece que ocurra como en los tiempos anteriores a la semiótica, prevalece la práctica sobre la teoría.

–La edad de la teoría ha terminado...

–... absolutos...

–... de modo que solo queda aquello que estoy haciendo en cada momento.

–El placer. Hasta en el último libro de Baudrillard...

–Baudrillard es un semiólogo y está acabado.

–No tanto... Dice que el lenguaje no significa nada, pues el significado –todo signo– es una creación de las clases dominantes.

–Pero para decir eso sigue usando signos significativos.

–Oh, sí, la peste negra. ¿Te gusta?

–Sobre pestes me lo he leído todo.

Beso. Ahora no paramos de besarnos. El tacto de tu cuerpo es increíblemente suave. Pero físicamente no puedo sentir nada porque acabo de salir de una relación de seis semanas al cabo de las cuales el tipo me dio una patada porque decidió que no sabía qué diablos

quería. Debo cuidarme de que me hagan daño. Pienso que eres inteligente y encantador. La cara te cambia de forma todo el rato. ¿Estaré alucinando? No es posible que después de un invierno y una primavera sin amor sexual pueda sentir de nuevo. Luego, por segunda vez en cinco años, me fui a vivir con alguien. La cosa fracasó violenta, forzosamente.

4. El misterio

–¿Cómo, exactamente, siente placer mi cuerpo?

»Ahora recuerdo cómo jodemos con Eddie: recuerdo situaciones de poder. Así es como más le gusta que le jodan: yo encima de él. Apoyo en la almohada los brazos estirados, a ambos lados de su cabeza negra. Paso de estar sentada a deslizar las piernas entre las suyas, de manera que con la cara interior de mis muslos, muy cerca del coño, le froto la polla, y al moverme arriba y abajo se la jodo con mi coño. Mientras lo hago me doy cuenta de que esa posición le gusta más a él que a mí. En esa posición no me corro tan fácilmente como sentada sobre sus piernas pues tengo que estar meticulosa y cuidadosamente atenta a sus reacciones para que la polla no se me salga del coño, y así no puedo abandonarme por completo. Me inclino sobre Peter para besarle un pezón. O mi lengua húmeda juguetea con la punta del pezón. Esto me excita más sutilmente que cuando me tocan: no me corro con tanta violencia, pero es como si todo el tiempo me estuviera corriendo. Parece como si me corriera todo el tiempo. Otras veces meto el dedo medio de la mano derecha en el culo de Eddie. Entra con facilidad. Él da una sacudida y me mira con un asombro y una franqueza insólitas en él. La franqueza me vuelve franca. Alargo el dedo hacia su polla. Tanta franqueza. Mientras sus muslos me buscan. A veces le hago darse la vuelta fríamente, le separo las nalgas y le meto la lengua en el agujero del culo. No me importa hacerlo pese a que rara vez me gusta hacerles esto. Cuando lo hago, gruñe muy fuerte: entonces sé que

experimenta toneladas de placer. Peter tiene el agujero del culo demasiado estrecho para meterle el dedo, y yo no quiero obligar a nadie a que haga sexualmente lo que no parece apetecerle. Cuando, una vez, con la mayor inocencia (?), mencioné que allá en Nueva York tenía un látigo y él dijo "Tendré que probarlo", me sorprendí y pensé que quizá la cosa funcionara.

»Sexualmente Peter tiene miedo. Por ejemplo, conmigo nunca se corre porque trata de no enamorarse de mí debido a que ya lo está de su mujer, o tal vez sencillamente porque no quiere correrse. Cada vez que Eddie se corre yo me corro instantáneamente. Por lo general me cambia de posición: hasta ese momento yo he estado follándomelo. Lo tengo encima. Ahora recuerdo. Mis piernas le aprietan la cintura y se tocan. Eso le gusta. En esa posición yo no consigo correrme. Las piernas se abren para que los pies puedan apoyarse a los costados del culo. El hueso que está encima del clítoris se roza con el de la polla. Ya viene. Así que cuando está por correrse se queda casi inmóvil. Primero tengo que rodearle el cuello con los brazos y estrecharlo lo más posible. Tan pronto como note que se va a correr; ahora ahora, casi totalmente inmóvil. No pienso correrme aunque me haya corrido. No bien él empieza a correrse y el movimiento no aumenta, automáticamente me corro yo también.

»¿Cómo, exactamente, siente placer mi cuerpo?

La muchacha le está contando a la otra cosas de sus anteriores amantes.

–No, no. No puedo hablar de nada directamente.

–Para mi ser físico o cuerpo hay una diferencia radical entre que se lo follen y que no se lo follen. ¿Cómo voy a decir nada cuando estoy totalmente descentrada y no follo?

–El sexo ya no existe. No follaré más. No pienso ceder. Yo soy esto: la imagen. El traje de un hombre. Mírame. Soy una mujer que parece un muchacho delicado y no cambiaré nunca. No puedes tocarme. Soy impenetrable. Por eso soy feliz. Soy totalmente elegante.

–Estás chalada.

–Mejor que dejarte llevar al huerto, porque entonces acabas cortándote las venas con una hoja de afeitar.

–La vida no es tan negra.

–La vida es un presente. Nunca cambiaré de idea. Me gustaría valer lo bastante para decir o hacer algo.

–Tócame. Un ávido clítoris tembloroso. El animalillo rojo culebrea.

–Desde sus inicios mismos en las cavernas prehistóricas, el arte siempre ha sido, en nuestro lenguaje actual, conservador.

–El arte es más interesante que el sexo...

–Más gratificante. Nos VAMOS haciendo viejas –dice la muchacha de catorce años–. Al menos el arte no acaba cortándote las venas con una hoja de afeitar.

–... lo que hacen los críticos y esa gente no es más que contar mentiras sobre los artistas muertos.

–Me he acostado con muchos artistas porque prefiero los hombres que te lastiman a los que quieren poseerte.

–Nadie posee sexualmente a otro. Esa es la provincia del arte. El origen. El arte romano convirtió en dioses a los estúpidos políticos romanos. El arte católico justificó o racionalizó el sistema de creencias del controlador. Por lo tanto, ¿qué es mi sexualidad aislada de cuanto me han enseñado?

Las otras muchachas dejaron caer las manos, disgustadas.

–¿Entonces quién tiene la culpa de la violencia humana en este mundo? Los que hacen. Los artistas.

–¿Quién es esta persona a quien me estoy follando?

–No lo sé; reflexiono, simplemente. Cuando hago el amor contigo, mi amor consiste en verte la cara. Lo único que veo, mi identidad, eres tú.

5. Sexualidad femenina profunda: matrimonio o tiempo

–Cuando Eddie me echó de su casa, me corté la muñeca con una hoja de afeitar para no seguir oyéndole decirme «No sabes amar. Nunca te amará ningún hombre». Mis amigos me salvaron.

»Dos hombres luchan entre sí con garrotes. Están metidos en el

agua hasta las rodillas. Hay un imponente monstruo de cintura y caderas tan suaves que parece una mujer. Su brazo derecho no parece un brazo. El hombre está vomitando en la esquina, contra la pared de mi edificio. Lo observo y ni pestañea. Un hombre asomado al muro se masturba. Una mueca típica le atraviesa el rostro. Debo decirte cómo obtengo placer sexual. Las mujeres, en lugar de apartarse de él, le miran la polla expuesta y ríen. Hasta morir.

»En consecuencia, te amo. Sabiendo que, frente al momento en que te encuentras cerca de la oscuridad absoluta, se produce el único rescate que suele existir entre dos personas de cara al conocimiento pleno. Hecho no solo de dolor y mal y muerte inabarcables: El conocimiento verdadero es que esto es lo que quiero. Quiero morir. ¡Horror! Sabiéndolo, ¿qué significan nuestros celos e incesantes maniobras sexuales, nuestro descarrío social, comparados con la certeza de que nos amamos?

»¿Cuál es la función de la oscuridad? ¿Ser ignorantes?

»Tú dijiste: "Ligera luz. Los sobrevivientes han de aprender matemáticas". Para mí tan solo existe el amor, tengo miedo del amor. Huyo de cualquier inmediatez.

»Estiro una pierna hacia fuera. Me estás poseyendo. Un cielo de caliente perla desnuda hasta que... grillos en estos lugares abrigados... el viento escudriña los grandes aviones. Vas tomando el control y así yo puedo relajarme. Estoy sola en una isla. Librada a mi suerte. Espero aquí aquello que seguirá a mis sueños colapsados. Seré más precisa: como no puedo saber nada y todo es un vértigo te espero a ti. La mano de él se colocó sobre el clítoris y apretó. No se movía. La propia mano de ella estaba sobre el clítoris. La de él, a través de la de ella, apretaba fuertemente el clítoris.

»Vuelvo a hallarme sola... en esta isla. Alrededor tengo mis libros. No sé por qué me siento sola. Mi vida es esto, si prefieres decirlo así. Ya sabes qué quiero decir. Mi vida ha sido dura. No soy fácil y me han herido, acaso irreparablemente. La gente dice que los que viven como yo, en esta gran nada, están enfermos. Yo me encuentro a gusto.

»Me estás poseyendo. Me has tocado y tengo miedo porque he decidido amarte, así que ahora intento romper la posesión: te llamo

por teléfono, eres una bestia maligna: sé que todos estos años y ahora mismo has estado follando con montones de mujeres y diciéndoles que las amas locamente. No se puede amar locamente a medio mundo (yo lo hago). Conmigo estás haciendo lo mismo. Yo no puedo significar nada para ti. No soy especial. Te estás cagando en mi cara. Te odio. No quiero necesitarte porque probablemente la mayor parte de mí, probablemente una veinteava parte, te necesita. Así que después de cabrearme porque eres tan romántico como yo, al día siguiente voy y te digo "Te amo", cuando en realidad tú no quieres emociones. Quiero morir y no tener responsabilidades.

»"Solo me interesa el pensamiento abstracto" Pero ¿qué haces, y qué hago yo, no tanto con nuestros cuerpos como con nuestras necesidades? Me acuerdo del despertar. Primero veo tu cabeza, veo que tienes los ojos abiertos y me estás mirando. Tengo que sonreír porque tu amor obvio me hace sonreír. El pulgar y el índice de mi mano izquierda cogen tu pezón, mis huesos. Los dedos de tu mano derecha tocan mi pezón izquierdo y los dedos de mi mano derecha tocan tu pezón izquierdo. Los dedos de mi mano derecha retiran la piel que cubre la punta de tu polla y con el grito que escapa de tu boca se te retuercen los labios, mientras giras la cabeza a la derecha y yo elevo el cuerpo para que tu polla finalmente endurecida me entre en el coño y tienes que soltar un grito me acuerdo del despertar.

Las mujeres se afeitan las cabezas.

TEXTO 2: *EL GATOPARDO*: UN RECUERDO

Era un largo verano caluroso. Ella estaba echada en los campos donde la paja crecía gimiendo. El fulgor del sol era tan ardiente que había transformado la hierba en paja. Una de sus manos resbaló por la vieja y pálida tela estampada mientras por debajo se agitaba una ligera brisa. La mano descansó en la rodilla. Ella no era consciente de lo que hacía. Una leve inquietud la hizo volver las piernas,

dobladas, hacia la derecha. El sol le ardía en el rostro. Podía sentirlo. Con la mano sobre los pelos del coño, rodeó el valle; luego, alzándola, dejó que la punta del dedo medio recorriera suavemente la carne vuelta hacia dentro. La carne era roja como el borgoña de la región.

A sus espaldas las colinas amarilleaban. No eran del color del oro sino de un amarillo sin verde: arbustos secos, diminutos animalitos sin lugar donde ocultarse, largos caminos polvorientos, ínfimas colinas curvadas más y más de modo que delante de cada una parecía haber una larga elevación, luego el repliegue de una loma; la colina real equivale a la loma, altura del seno de la tierra. El pezón es amarillo-como-el-polvo, está reseco sembrado-de-arbustos-y-piedras; pero nada es visible salvo la elevación porque la luz ciega casi los ojos. Para la vista humana un carruaje sería indistinguible: apenas una minúscula manchita negra. Manchita entre manchitas. Una piedra más. Un proyectil atrapado entre rocas. Y así de seguido. No se observan decisiones. Allá va un carruaje, no obstante, trepando la cuesta de una de las colinas, justo a medio camino. Al carruaje cerrado lo siguen tres carretas marrones. Pasan una loma, otra vez se pierden para el inexistente ojo humano. Es que el humano solo tiene ojos para lo nuevo.

Corría el año 1860. Los garibaldis acababan de desembarcar en Palermo. El Príncipe y su numerosa familia huyeron entonces de los garibaldis a través de estas colinas. A su alrededor el amarillo no era dorado sino blanquecino: sediento, reseco. No se sentían perdidos, sino solo incómodos en su lucha sin tregua contra la desazón, incluso cuando aquella rigidez de control, o sea, apariencia aparente, se convertía en dolor. No siendo delicadas, las mujeres de la familia no desfallecen; sí en cambio los hombres, que se han pasado la vida recostados en las hamacas del jardín, dando de comer a boquiabiertas mascotas. El cura, un hombrecito gordo, partidario de Garibaldi pero que debe obedecer a su amo, va encogido en un rincón del carruaje.

El hijo menor, sobrino en realidad pero hijo al fin pues como tal lo tratan, está espléndido. Compitiendo entre sí, el pelo negro los ojos negros la piel blanca emblanquecen la tierra con destellos no menos

fulgurantes que los del sol. En contraste con las de la familia, sus ropas no se ven arrugadas, sino dispuestas en un desaliño revelador de la más alta elegancia bohemia. Acaba de combatir contra los garibaldistas. Herido.

Cuando regresaron a Palermo, la ciudad, si bien todavía no abiertamente, ya había dado la bienvenida a los garibaldinos. El nuevo alcalde es un ruin adulador que esconde su abundante seso bajo una capa de untuosidad. El viejo lacayo del Príncipe, un hombre flaco de chaqueta tostada e indescriptiblemente raída, mantiene el pico cerrado. Las mujeres miran a los hombres como queriendo que las violen. Cuando el Príncipe entra a votar, el alcalde, respetuoso, interrumpe la elección. Pequeñas copas de cristal contienen brillantes licores rojos, claros, castaños. El Príncipe vota por Garibaldi y, advirtiendo la vacilación del cura gordo, dice:

–Usted no puede votar porque todos los curas son extranjeros.

En la ciudad nada había cambiado: El Príncipe seguía dominando Palermo.

Aquella noche se celebraba un festival en honor de la unánime victoria de Garibaldi. El Príncipe divisó a la hija del alcalde que, de pie en el balcón, escuchaba a su padre perorar con orgullo. El Príncipe la deseaba. Los ojos de ella permanecían fijos en su padre.

El deseo humano crea una historia.

Una tarde larga y calurosa en que había ido de caza con su lacayo Ciccio, el Príncipe le preguntó cuál era su opinión sobre el nuevo alcalde:

–¿Por quién votaste en la elección?

–Se supone que el voto es secreto.

–Ahora eso no importa.

Y tras nuevas insistencias:

–Voté contra Garibaldi.

–Te dije que votaras por él. Es el menor de los dos males posibles.

–Pero ¿cómo iba a serle fiel a usted y votar por Garibaldi? Sin embargo, aunque voté en contra, el alcalde proclamó que el voto a favor de Garibaldi fue unánime. Así que es como si no hubiera votado; no existo.

–¿Conoces a la mujer del alcalde?

–Es una bestia. No sabe leer ni apenas escribir. No sabe ni hablar. El rufián del alcalde la tiene encerrada a cal y canto. Pero yo la he visto, porque una tarde espié por un agujero del muro de la iglesia mientras ella rezaba. Es muy bella.

Un rato después, ambos de pie bajo las ramas desnudas de un árbol:

–Y de la hija, ¿qué?

Esta era la pregunta que el Príncipe, aunque incapaz de formularla abiertamente, quería hacer desde el principio.

–Es tan buena e inocente como bestia es su madre. Es el paraíso. –Se besa los dedos–. Ama a los animales, y todo el mundo la ama a ella.

–No digas esas cosas, que ahora es familia mía y está por encima de ti. La casaré con mi sobrino.

–¡No haga usted una cosa semejante! Ese matrimonio arruinará a su familia: el abuelo de la muchacha es un campesino pobre a quien llaman «Señor Mierda».

–No seas estúpido. El padre tiene ahora poder político y dinero. El deseo que el Príncipe siente por la hija del alcalde lo impulsa a entregarle en matrimonio a su elegante sobrino.

El Príncipe a sí mismo: Solo. Mi corazón, solo. Por ti. He decidido amarte. Es una decisión firme. Me gusta estar solo y amarte. Vestido negro todo pliegues sobre el sofá. Quiero decirlo: *Te amo.* Espero que, con tacto, podamos disimular nuestro amor, que es lento y seguro, aunque no haya solución humana a nuestro alcance. Y nosotros somos astutos. ¿Somos astutos? Hago esto porque te amo.

: Mi corazón.

: Esta mañana, al despertar, te necesitaba. Grité. «Me abandonará.» Sé que no sé si me abandonarás. Grité: «Me abandonará». Mi grito es la comprensión de que te necesito. Nada puedo hacer. No obstante me encuentro sereno, aunque acaso me esté precipitando hacia el desastre; una de dos: o el desastre o la infelicidad.

Rojo y azul marino y ocre y púrpura profundo.

Unos soldados bajaron a la ciudad. En las calles, muertos, yacían soldados vestidos de rojo blanco y azul. Tancredi, el sobrino,

acababa de luchar contra los garibaldistas en Palermo. El Príncipe se regocijaba con el regreso de la monarquía. El cura le informó de que una asexuada e invertebrada pariente suya adoraba a su sobrino Tancredi y quería desposarlo. El Príncipe respondió que iba a casar a Tancredi con la hija del alcalde porque necesitaba dinero para la familia. Ahora se hallaba poseído por la absoluta sensualidad de la hija del alcalde. El Príncipe comenzó a actuar:

La hija y Tancredi estaban física y mentalmente obsesionados el uno por el otro. Sus labios se pertenecían:

El Príncipe: si tengo que sentir este dolor, no te quiero. No te quiero, o más bien no quiero este sentimiento de quererte más que a nada en el mundo. Si tener estos sentimientos que tú despreocupadamente llamas *amor* significa pasar la mayor parte de mis días necesitando aquello que no se puede alcanzar: que le den por culo a esta manera de vivir; no la toleraré.

: Para seguir viviendo debo borrarte de mi vida. Por apasionado por perfecto por profundo que sea el amor, se desvanece y nada queda. No lo toleraré.

: En mi vida había sentido nada semejante. No. Son palabras tuyas. Yo, mi cielo, me siento demasiado exhausto para hablar.

: Me niego a deponer un amor que creo bueno. Creo que es bueno porque no se trata de algo lineal, una mera obsesión, sino algo sereno, rico, diverso. Su padre vino a visitarme. Físicamente el alcalde es pequeño, y en apariencia tonto. Puesto que su idiotez social encubría el poder social aliado con la inteligencia, di la bienvenida al tonto.

El Príncipe: cuando desde lejos, cuando desde la lejanía de mi mente, los contemplo besarse, sé que ella no puede ser mía. Cuando lo besa, sus ojos me miran a mí. Sabe bien, me ha dicho, que me lo debe todo, incluso el casamiento. Le contesté que no me debía nada. Que la amaba. Apoyó la mano derecha en mi mejilla y, con esto, me besó. Para una mujer es muy fácil decirle a un hombre que lo ama.

: Cuando ella me dice «Te amo», lo que quiere decir es «Nunca me tendrás».

: Tengo la polla tiesa sin motivo alguno.

: Primera habitación de mi castillo: no puedo hablar: duele demasiado. El deseo sexual aturde. El deseo sexual cesa.

: Segunda habitación: tengo que hablar, tengo que decirte que tu deseo sexual está haciendo imposible el mundo. Hay un futuro marido a quien eres fiel. A mí solo me quieres porque para sentirte segura necesitas tener a un amigo en otro país e imaginar que huyes a su lado y lo adoras. ¿Exige tu matrimonio tal fantasía? Al mismo tiempo, puesto que buscas un amor lo suficientemente fuerte como para obligarte a romper el matrimonio, desatas más y más violencia emocional a despecho de querer a quien no te ama del todo. Semejante mundo es imposible: Tercera habitación: No existes: Cuando estás con Tancredi le perteneces. Él decide a quién has de ver. Él decide cómo ocuparás cada hora de tu vigilia. Él controla el dinero. Él te permite follar con otros. Él te da trabajo.

Abandono:

El mundo es memoria. No recuerdo más porque me niego a recordar más porque todos mis recuerdos duelen.

El Gatopardo equivale a esos recuerdos. Recordaré: no me reprimiré no seré un zombie, pese al dolor tendré una vida. He aquí por qué *El Gatopardo* es romántica.

Bando. La Hija del Alcalde: yo llevaba una falda de terciopelo negro con volantes, tiesa y bien cortada, y blusa de terciopelo negro también tiesa, sin mangas ni cuello, diminutos zapatos de gamuza negra con lazo, ébano y plata en torno al cuello. Iba con el hombre que vivía conmigo, el cual era inteligente. Ese hombre iba a abandonarme al amanecer. Por fin había aprendido modales. Saludé con inocencia a mi anfitriona, altivamente, distante. Esta distancia es una gracia que permite actuar a los demás como deseen o necesiten sin temer mi juicio. Aunque mi educación y modales se hayan considerado pobres, ahora tengo tanto dinero y soy tan bella que todos los hombres me buscan. No sé si buscan algo más que esta imagen de riqueza y sensualidad. Desde una distancia elegida por ellos, ahora los hombres anuncian que me adoran y que nunca han conocido a una joven como yo. Pero, como sea, la gente me trata

como si estuviera por debajo, en lugar de por encima, de mí; de modo que me resulta más fácil estar en un baile, en este baile, y puedo empezar a fijarme en lo que veo.

Al Príncipe, toda esta muerte-en-vida le parece de mal gusto, en especial porque es consciente de que no tardará en morir. El deseo sexual ya no le interesa: está herido y ha sido herido demasiadas veces. Estas ancianas han sido sus amantes. Cuando el deseo sexual desaparece, su objeto siempre desagrada. Estas jóvenes ya no son bellas... salvo la novia de Tancredi.

El Príncipe: Como la quiero y sé que mi apetito sexual ha decaído y me queda poco tiempo de vida, mi deseo es violento. Los italianos comemos demasiada fécula. A causa de mi proceso mental, que me resulta cada vez más fascinante, tiendo a desentenderme de cuanto o cuantos me aburren. Cada vez conozco menos las reglas de la realidad (social) normal; cada vez me importa menos esta ignorancia. Soy anónimo: estoy en esta fiesta como podría estar en el cine. Ningún acontecimiento me toca.

Sobre la muerte:

El Príncipe: Como si estuviera en un baile, miro. Largo rato he estado mirando sala tras sala, magnificencia tras sedosa suntuosidad, buscando no sé qué... Ni por qué... Conocimiento racional: nada importa. Aquí nadie me conoce. En las situaciones sociales puedo hacer lo que quiera. El deseo sexual, exhuberante a veces y a veces mínimo, se distancia de mí.

La racionalidad del Príncipe: Solo la inteligencia puede atraparme. Necesito un amigo inteligente. Como no lo tengo, carezco de lenguaje.

: En este mundo de nada-ni-nadie-importa, ¿qué hay? Un palacio creado por mí, o la racionalidad. El palacio es cada día más amplio y sólido. Es el lugar por el cual me estoy paseando. Es el lugar en donde me siento cada vez menos cansado.

La irracionalidad del Príncipe: (: Estoy ((de nuevo)) en la vieja casa más alta que ancha y de madera. Subo por una estrecha escalera ((alfombrada)). Al mismo tiempo, bajo. Las salas centrales

son bibliotecas o lo parecen. Los libros colman los estantes. Cada sala es más mágica.

(: Por primera vez he llegado a la sala del fondo. Es diferente y más grande que las demás. Las paredes no son oscuras ni marrones, sino verdes claras. En algunos extremos, blancos manteles limpios cubren mesas de banquete. Aunque se arremolina algo de gente, el lugar está más que semivacío. Al contrario que en las otras salas, hay muchísima luz.

(: ((¿Una fiesta? ¿Una fiesta artística?)) Casi en el centro de una de las paredes más largas de la sala, una puerta blanca de madera se abre de pronto. Por primera vez puedo atravesar el lugar. Miro por el vano parcialmente libre. No siento emoción alguna: no hay emociones. En la siguiente sala veo muchachas que, en una suerte de ceremonia católica, caminan ((¿en formación?)); cada una lleva un plato de porcelana sobre el cual hay un trozo de pastel de chocolate. Uno ((¿o varios?)) de mis amigos entra por la puerta abierta a medias. Allí coge una de las tacitas de porcelana llenas del café que sirven de una gran máquina plateada. Cuando mi amigo ((amigos)) vuelve a la sala verde clara, le pregunto cómo sabe el café. Es café de verdad. Quiero un poco. Digo en voz alta que no pienso beber porque no quiero entrar en la otra sala. Decido no morirme aún.)

La racionalidad del Príncipe: Como nada importa, cada acontecimiento es una vez sí y otra no. Denominamos a esto «modales». Decadencia es aristocracia es racionalidad es oro es muerte-en-vida. Por eso los aristócratas son ricos. Hombre racional, soy un aristócrata. Mataré a los vietnamitas y nicaragüenses y me enamoraré de quien se me antoje. La racionalidad ha hecho de mí un hombre libre por completo, y una democracia de mi país.

La lujuria del Príncipe: ¿Por qué cagan los burgueses? Burguesía, no estás aislada del mundo. Ese mito no te corresponde. Tú eres el mundo. Tú no creas mi palacio: estás hambrienta de sensualidad. Deseas y deseas más allá de toda medida, Don Calogero, y tu voracidad emponzoña el mundo. Nosotros controlamos el dinero o la devaluación y vosotros controláis la voracidad o las cosas. «Este traje debe de costar mucha pasta», me dice el padre de mi futura

nuera, Don Calogero. Deja ya de arrastrarte por mi solapa, insecto. Burgués de mierda.

Los sentimientos del Príncipe: Tal vez eres infeliz. Me cobijas en el corazón con tus grandes manos. Esta percepción de humanidad se abre paso entre el aislamiento y el juicio.

: Sí, te amo. Estoy empezando a confiar en ti y a entregarte mi corazón, es decir, mi confianza. La única forma que tenemos de enfrentarnos a la racionalidad que es una mierda y que es muerte, es la confianza; dices que la necesitas.

: Cuando dejo de creer en la confianza, decido morir.

Acaba el baile.

El Príncipe: Acerca de mi muerte:

: De acuerdo. Me estoy volviendo viejo. ¿Qué significa eso? Sé que cada vez tengo menos energía. Pero me concentro más claramente para no perder energía. Siento que cuando no me concentro la energía declina.

: Soy nadie. Ya no soy una personalidad.

: Es como si (yo) fuera esta estatua negra cuyo ser está obsesionado por su trabajo, y es su trabajo. Cuando marcha el trabajo, marcha el ser. El mundo es un intruso: solo hay universo.

: Quiero escribir es el mundo.

: ¿Cortejar la escritura es cortejar la muerte?

: La proximidad de la muerte le cambia a uno la apariencia física. Exactamente como cuando un modisto se le apropia del cuerpo, uno ya no reconoce su identidad física. Se comporta como no se habría comportado nunca, hace cosas como cagarse en los pantalones en público. De esta identidad hay que huir.

: La huida me hace desear la muerte.

: Aunque cada vez me sienta más cansado, sé que cada vez es menos necesario dormir porque pronto me dormiré para siempre. He de estar lo más consciente que pueda durante cada momento de los pocos que quedan. Quiero saborearlos: recuerdo haber paladeado la mayoría de mis experiencias; disfrutaré.

: ¿Con qué disfruto? Estoy alejado del mundo y sus identidades

sociales. Disfruto con la mentalidad que conduce al mundo. El palacio. (El mundo no está separado de la muerte.) Todas las clases de hechos son igualmente reales. En mi caso los recuerdos son ahora los hechos más accesibles al paladar. A medida que el mundo y sus identidades sociales me importan menos, olvido los recuerdos. Me regodeo en las apariencias. Cada apariencia o cambio es perfecto. Cuanto más me acerco a la muerte, más perfecto es el tiempo.

: Me encuentro en el hospital. Baldosas frías bajo los pies. Paredes verde pálido cielorraso verde pálido baldosas gris pálido. El vestíbulo más allá de la habitación: paredes amarillo-náusea cielorraso amarillo-náusea baldosas gris pálido. Así hasta donde mi vista alcanza. La habitación se llama «habitación de lujo». Por más que (lo recuerdo) yo tenga dinero historia etc., a esto se han reducido todas mis percepciones. Mi cama estrecha en una caja. Soy una cama estrecha en una caja.

: Mis percepciones me están abandonando.

: No hay nadie en este mundo de remolinos. No tengo a nadie hacia quien volverme. He de enfrentarme solo a la náusea formal. La náusea formal es de un interés absorbente: torbellinos rojos magras líneas amarillas algo de blanco en el vértigo. Para lidiar con esto he de emplear toda mi energía (yo), y lo hago. Quienes están en el mundo debieran lidiar con el mundo. Con cada ser humano entre los que se encuentran. Giovanni, Stella, Fabrizietto: mi sangre, deberíais cuidar de la sangre. Pero vosotros ya no pensáis; vais en pos de los objetos; es el fin del mundo aristocrático, todavía mío, y el comienzo del burgués.

: Ya no existo.

: No solo mis sentidos han sido desposeídos encerrados en sí mismos; ahora me envían al cura, a quien odio. Me están arrebatando la realidad. Detesto Sus muslos sin polla. Detesto los mocos, porque Él no tiene esperma, que chorrean de su mata sin genitales. Me están obligando a hacer lo que menos quiero cuando justamente estoy más débil físicamente. Los curas son heraldos de la muerte. Yo quiero alcohol, drogas, orgasmos, dramas sexuales, conspiraciones, matanzas, ambiciones de políticos, pre-adolescentes

riendo en la nieve. Quiero al menos una copa de champán. ¡Una copa de champán antes que Él! ¿De qué sirve todo esto: drama, tribulaciones? ¿Qué es mi vida? ¿Tan solo fenómenos? Incluso todo aquello que he pensado, que he meditado, que he pasado la vida entera contemplando. ¿Qué valor tienen tantas teorías y abstracciones? ¿Son meras preocupaciones de humanos sin nada mejor que hacer?

: Los humanos que no tienen nada mejor que hacer son ricos. Controlan el mundo. ¿Admití lo bastante pronto que yo controlaba el mundo?

: ¿Lo controlaba? Yo, un miembro de la clase alta. Lo que más quería era amor. Incluso ahora que agonizo, lo que más quiero es amor, aunque el componente sexual haya desaparecido. Me gustaría tener ese amor que no controla ni es controlado.

El Príncipe: Lo que la gente dirá de mí cuando haya muerto:

: «Jodió con cuanta mujer se le puso a tiro. Necesitaba poseer mujeres, sobre todo mujeres famosas. Yo te contaré cómo era...»

: «... mujeriego...»

: «tan sexomaníaco que para hacerlo con él ni siquiera debías caerle simpática.»

: «He oído que es el mejor de la ciudad.»

: «Ha muerto.»

: «He oído que es el mejor de la ciudad: No exactamente por lo que hace; no hace nada en particular pero demuestra tanto lo mucho que le gusta follar que te hace sentir bien, como si fueras la única mujer que existe, la única que consigue satisfacerlo, la que más necesita en el mundo. Te quita la inseguridad.»

: «Como raza, los judíos son notablemente inseguros y necesitan que los necesiten.»

: «Mientras se negaba a follar contigo, te iba convenciendo, con el timbre de su voz con sus ojos con su desesperación con su desesperada emoción, de que permanecía a tus pies y dependía de ti para que lo ayudases en sus aventuras sexuales. Para ello utilizaba a las mujeres que realmente amaba.»

: «Los amigos lo consideraban un pedazo de carne embalsamada.»

: «Si se la chupaban, se sentía culpable porque no le gustaba.»

: «Una parte de él quería ser mujer.»

: «Porque esa parte era demasiado infantil para ser macho.»

: «Porque esa parte era demasiado miedosa para ser macho.»

: «La potencia de todo hombre es limitada. Vinculada a ella hay un elemento sádico que exige ser reprimido.»

: «Los amigos lo abandonaron antes de que muriese.»

: «No sabía qué es el amor.»

: «Te diré a quién amaba. La única persona a quien amó.»

TEXTO 3: TEXTOS DE GUERRAS PARA LOS QUE VIVEN EN SILENCIO

: Te necesito.

: Puesto que tú debías estar fuera de mi vida, me cerré a los demás hombres. No los necesitaba.

: Ahora tengo mucho miedo. Cualquier otro ser viviente es un fastidio. La soledad es mi único placer.

: No aceptaré las normas que me han impuesto.

(Explicando para otros): Hemos decidido rebelarnos.

: Si no puedo retener a Heathcliff en mis brazos porque somos demasiado pobres, me lanzaré a la aventura.

: Por todas partes hay un frenesí de guerra. Machos más estúpidos que animales inhumanos rigen el mundo económico y político. Yo quiero. ¿Qué es lo que quiero? ¿Está mal querer la vida?

: La libertad de amar, la libertad del vagabundeo instintivo, la libertad de hacer amigos, la libertad de odiar, la libertad de la fantasía: todas las libertades han desaparecido.

: La civilización y la cultura son las reglas de la codicia del macho.

: El sol no estaba más de un grado por encima del horizonte, donde se demora cuando es el fin del mundo. De la superficie todavía caldeada del agua –no refrescada del todo por la oscuridad

subsiguiente– comienza a desprenderse una niebla ligera; flotante; una niebla tan delgada que el ojo humano no la advierte, y sin embargo suficientemente fuerte para que el pálido sol se vuelva indistinto y más brillante, caliente. El borde de este disco, al tocar la larga y elíptica pizarra del océano, la oscurece, como un gesto ceñudo: ahora nuestro océano es más profundo, y en este ensimismamiento delata la efectiva presencia del mal.

: La segunda prueba nuclear subterránea se llevó a cabo en una pequeña isla situada en algún punto del Pacífico Sur. Renacieron monstruos prehistóricos. Brotaron géiseres azules. Los monstruos regresaban porque la cultura y/o los humanos habían sido borrados del planeta.

: Por entonces una típica familia americana se encontraba de excursión en uno de los adorables lagos azules cercanos a la isla en cuestión. Papá oyó los primeros ruidos del terremoto. Miró alrededor: inusitada, anormalmente, todos los objetos rodaban. Uno de sus hijos japoneses se echó a pedir auxilio. El lago hervía. ¿Qué –se preguntaron interiormente– nos está ocurriendo? A modo de respuesta, papá disparó su rifle contra el cielo azul. Su hijito más pequeño montaba un caballo de plástico que flotaba en las aguas bullentes ahora transformadas en un monstruo. Papá arrastró al niño lejos de la malvada agua sexual y todos se echaron a correr. ¿Lograrían escapar de esa naturaleza crecientemente anormal?

: A lo lejos los japoneses observaban la anormalidad. Se alzaban brumas rosadas.

: Uno de los japoneses era científico espacial. Unos hombres malos habían invadido su casa privada. Su amigo más íntimo los persiguió hasta obligarlos a meterse en el coche. Inconscientemente, sin embargo, los hombres dejaron en el suelo de la casa diminutos granos de una sustancia desconocida similar a la arena.

: ¿Por qué los criminales han invadido este hogar? ¿Invadirán también nuestro cuerpo y nuestra tierra y nuestro cielo, como cuando la bomba de Hiroshima nos partió en dos?

: Análisis exhaustivos revelaron que los granos como de arena debían provenir de un estrato situado a treinta millas de profundidad en el fondo del mar, o de la isla de Pascua.

: ¿El mal siempre ha sido inherente a la naturaleza humana? ¿Y es maligna la naturaleza?

: En otras palabras: Ahora que nosotros y nuestro mundo estamos al borde de la destrucción, hemos de figurarnos qué es el mal.

: Si todo fuese malo, nosotros incluso, el mal no sería un problema. Puesto que el mal es un problema humano, la naturaleza, naturalmente, no es mala. Así pues, míster A., joven científico japonés, puede construir un robot. Entonces los criminales volvieron y mataron al científico y su amigo para quedarse con el robot. ¿Era el robot lo que querían los criminales?

: Miramarctopía es una isla. Todos los ctopianos se visten de blanco. Dominando la extensión de un lago espectral, una estatua como de isla de Pascua ve bailar a cinco muchachas. Es el paraíso.

: ¿Por qué Ctopía es el paraíso? Porque, mientras los humanos emplean armas nucleares, el populacho ctopiano desea conservar sus aguas respirables. Ahora han comprendido que para erradicar el armamento atómico deben luchar y destruir la humanidad. Puesto que desean matar a todos los seres humanos, los ctopianos son malos.

: Por lo pronto, con todo el desperdicio nuclear que llena el aire, los venenos que han de haberse filtrado hasta el centro mismo de la Tierra han vuelto a Ctopía primero roja, luego azul; más tarde, envenenada a su vez, naturalmente Ctopía no ha podido sino contaminar el mundo que tiene debajo. No hay forma de librarse del veneno si no es por la destrucción. Así que el gobierno ctopiano mandó aquí a Megalón el Monstruo para aniquilarnos. Como la causa primera de Megalón es la violencia humana y en última instancia la violencia humana es impotente, Megalón, siendo un espejo, era un insecto.

: En realidad el joven científico japonés no ha muerto: en este momento se encuentra en la caja del camión de los criminales humanos, maniatado con cuerdas (junto con su hijo). Estos criminales humanos y todos los criminales humanos no son Ronald Reagan en el poder porque en definitiva la maldad humana para los humanos es tan indefinible como incognoscible. El camión se desplaza rápidamente. Avanza hacia la misteriosa isla parecida a la

de Pascua. Allí se alza Megalón el insecto. A la espera. ¿Acaso no hay huida posible de tantas formas distintas de terror o maldad?

Mr. A. se fuga. Pero los problemas no se solucionan escapando.

Por culpa de lo que habéis hecho, El Insecto la conflagración la desintegración la destrucción el aniquilamiento la lobotomía el control la dispersión están destruyéndolo todo. La destrucción completa es racional porque proviene de causas racionales. ¿Por qué los seres humanos son aún racionales, es decir, fabrican bombas nucleares contaminan inventan el ARN etc.? Porque no ven la absoluta degradación y pobreza que rodean sus carnes porque, si lo hicieran, el horror que sentirían les forzaría a desembarazarse de sus mentes y a cualquier precio querrían volverse semihumanos. Solo Godzilla, que aparte de no ser humano tampoco fue hecho por los humanos, y por tanto es inidentificable e incomprensible para ellos, puede devolver el mundo humano a los humanos.

: Aviones ametrallan al Insecto. Enorme, El Insecto bailotea contra los aviones. Azules y rojos, de las explosiones, se apoderan del sol. Por ser humanos, los dos monstruos carecen de mente. Los dos monstruos, futuros gobernadores de nuestro mundo, mantienen la siguiente conversación:

–Antirracionalidad.

–En el período moderno, el valor de cambio ha llegado a dominar la sociedad; todas las cualidades se han visto reducidas a equivalencias cuantitativas. Este proceso es inherente al concepto de razón. Pues, por un lado, razón significa la idea de una vida social libre, humana. Por otro lado, la razón es el tribunal de juicio del cálculo, el instrumento de la dominación y el medio para la mayor explotación de la naturaleza. Como en las novelas de Sade, el modo de la razón se ajusta al mundo con fines de automantenimiento y no reconoce otra función que la preparación del objeto para transformarlo, de mera materia sensorial, en materia de sojuzgamiento. La razón instrumental u osificada adopta dos formas: la de razón tecnológica desarrollada para dominar la naturaleza, y la de razón social dirigida al medio de dominación con objeto de ejercer el poder social y político.

–Esa tendencia, predeterminada por el impulso de

autoconservación, penetra ahora en todas las esferas de la vida humana: esta explotación o reducción de la realidad a autoconservación y a lo otro manipulable se ha convertido en principio universal de una sociedad que busca reducir todo fenómeno a este iluminismo, ideal de racionalismo o sojuzgamiento del otro.

: Los monstruos nacidos de las creencias y actos humanos ya no seguirán órdenes humanas.

: A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se dedicaron a planificar, y más tarde a preparar efectivamente, su rol en el futuro mundo de posguerra. Si es que tal mundo iba a existir. Al emerger de la Segunda Guerra Mundial sin rivales en el plano militar y económico, América fue, de modo único y total, capaz de imponer al resto del mundo su odio al no materialismo: su más alto ideal. Esta fe en el materialismo absoluto es la hegemonía económica o se relaciona con ella íntimamente, pues la base económica de dicho orden consiste en grandes mercados de exportación y el acceso sin restricciones a las materias clave.

: Los americanos, discípulos de los británicos, impusieron este orden eliminando las restricciones comerciales mediante la creación de la OEA, animando organizaciones tales como el Banco Mundial y, en 1944, el Fondo Monetario Internacional para estabilizar las monedas, abriendo instituciones bancarias internacionales que asistieran la inversión, y desarrollando áreas deprimidas. Las finanzas internacionales (es decir, las finanzas americanas) son una estrategia bélica, exitosa estrategia copiada por los japoneses.

: Los intereses de estos bancos y compañías son verdaderamente globales, porque Estados Unidos controla, o cree controlar (¿«cree controlar» significa lo mismo que «controla»?) el planeta. Así, las corporaciones multinacionales forman un sistema económico integrado que debe ser protegido: la «Guerra Fría». A fin de mantener la Guerra Fría o control económico, los americanos creemos (somos instruidos) en la siguiente ideología: «Cualquier institución política de un estado americano dominada o controlada por el movimiento comunista internacional, decidido a imponer en este hemisferio el sistema político de una potencia extracontinental,

constituiría una amenaza a la soberanía e independencia política de los estados restantes, y pondría en peligro la paz de América...». (Declaración de Caracas, en rigor una enmienda de 1954 a la Doctrina Monroe.)

: Enmienda a esta enmienda: «Me encuentro en posesión de las más decisivas pruebas de que se han embarcado grandes cantidades de armas y municiones con destino a los revolucionarios...».

: General americano Smedley D. Butler: «En 1914, en interés de las compañías petroleras americanas, eran corrientes los traslados de prisioneros mexicanos. Cada miércoles, hacia las cinco de la tarde, escogíamos los prisioneros a trasladar. Uno a uno los conducíamos a la enfermería, a ver al médico. No era preciso darles ropa alguna para que se protegieran del frío. En la enfermería, nuestro médico comunicaba al prisionero –a cada uno por separado, para que comparando notas no pudieran comprender lo que les ocurría– que, como pronto sería enviado a otro campo, le pondría una inyección para protegerle de las condiciones del nuevo lugar, radicalmente peores. La inyección solo era un sedante.

: »Estos hombres sedados eran conducidos en camión al aeropuerto de Tampico, donde se los cargaba en los Fokker de la marina. En cierto lugar sobre el golfo de México arrojábamos los prisioneros fuera del avión. Aún estaban vivos. Podéis comprender que aquellos no eran ahogados comunes. Sus muecas mostraban que habían luchado contra el mar: quienes los hallaban veían la desesperación dibujada en esos rostros. Por lo general los cuerpos habían sido mutilados por los peces. A muchos cadáveres les faltaban las manos. La mayoría estaban desnudos. Algunos llevaban ropa interior. Uno de los cuerpos había sido envuelto en una bolsa de nylon.

: »Los prisioneros muertos eran individuos a quienes el gobierno argentino había juzgado o sospechado "izquierdistas" porque difundían ideas..., contrarias a la civilización occidental y cristiana.»

: Somoza García persuadió a Sandino de que depusiera las armas. Pocos días después, interceptando a Sandino a la salida de una cena en el Palacio Nacional, Somoza García lo mató a ráfagas de

metralleta. En 1956 Rigoberto López mató a Somoza García. Después Rigoberto López escribió el siguiente poema:

La semilla de tu esperma sangre de Sandino
cae como ceniza sobre las casas de nuestros traperos
sobre nuestra sangre
sangre multiplicada
la sangre es lluvia.
La sangre de las víctimas cubre
todos los ojos
destruye a los asesinos
del pueblo. El crimen de Caín.
Entonces lloverá la paz
árboles y olivos y chillidos de pavo
se alzarán y caerán frenéticamente
vivos. Capaces de sentir.

: Capaces de sentir.

: Tres hombres conversan. Son los hombres que provocan las guerras. Uno de ellos lleva lo que me parece un sombrero tipo Renacimiento o bien su pelo es genéticamente defectuoso. Como su ojo derecho es más grande que el izquierdo, el hombre exhibe una sonrisa como si tuviera los hombros arqueados hacia dentro. Salvo por el sombrero, a menos que sea pelo, el hombre está desnudo.

: Frente a él hay una persona bajita que tiene dedos deformes o sea encorvados. Todos estos hombres que provocan las guerras son deformes, y por lo tanto reconocibles.

: Otro de estos hombres, de pelo fino, puesto que se está mirando en un espejo de mano, es mujer. Lleva una camiseta sin mangas.

: Casi directamente frente a ella pero un poco a la derecha. Este hombre es feo. Este hombre tiene feos labios de mono. Sobre el cuello le chorrea el pelo negro y grasiento. De su carne de mono peluda cuelga una toga blanca, que simboliza la forma más alta de cultura humana, saber y mundanidad de nuestra histeria occidental.

Puesto que la realidad/mi percepción no puede ser clara, está comiéndose un plátano y/o tiene una cruz en la mano. Uno de nuestros gobernantes es un mono y/o una encumbrada figura religiosa.

: Por hallarse en el cielo encima del resto de la gente, estos detestables monstruos controlan el mundo creado por Padre Nuestro que Estás por Doquier.

: El monstruo mono baja la mirada hacia estas posesiones territoriales (nosotros o el mundo): hectáreas y más hectáreas de campos despejados arroyos rumorosos algunos árboles: Naturaleza. No puedo diferenciar entre el árbol, la sombra del árbol o la imagen del árbol. O la naturaleza es un reflejo, o no es nada. Yo soy un reflejo o no soy nada.

: Los humanos son tanto perros como cráneos. Tanto los perros como los humanos necesitan comer y sentir calor. Los cráneos no necesitan nada de eso. Los perros humanos comen y sienten calor en la cocina. Esta cocina es un cubil de iniquidad. Mientras que la provincia del hombre es un cubil, la mujer controla lo cursi pero el caso es que entre los perros humanos no hay mujeres o acaso el perrohumano cuyo rostro se aproxima anónima o vomitivamente a lo craneal (ora vida ora muerte, o ambas a la vez) es macho y/o hembra y ya no importa. Puesto que a élyoella una escoba le barre la calva mollera, élyoella es bruja. El perro que sabe mantenerse sobre dos patas como un hombre mira la escoba y a sus espaldas ríe un cráneo de macho, pero ¿de qué ríe? Otro perrohumano mea en el suelo porque hay vagabundos meando en pasadizos de hormigón. Estas no son escenas de guerra sino la guerra.

: La zarpa en la teta muestra al gran estimado haciéndole el amor a la mujer. O sea: quiere follársela. Puesto que tiene unos cuernos hermosos, puesto que es cornudo como el Demonio; la cornudez o falta de amor es el demonio. Por ser una bestia, resulta más grande que cualquier humano: ahora, pues, el animal es superior al humano. La mujer que sostiene un bebé, todos los bebés deberían morir cada vez que abren la boca, lo mira anhelante porque él se ha dignado desearla. Considerando que la vieja bruja casi convertida en esqueleto, que está frente a ella, también sostiene un bebé que es

un esqueleto (debe de haber abierto la boca) tendiéndolo hacia el monstruo, este ha de ser un gurú o un líder. La luna vomita. Una de las viejas putas que hay detrás del monstruo casi se ha convertido en esqueleto.

: ¿Qué mundo es este? Detrás del monstruo existen la Virgen María y su cohorte. Como no tienen rostro, la Virgen María y su cohorte se desvanecen pálidamente y carecen de expresión facial. Todos los demás seres que sin excepción adoran a La Bestia llevan togas porque son clásicos. Niños muertos yacen entre los clásicos humanos. Este mundo humano es religión y cultura clásica.

: Por lo tanto, ¿qué es la naturaleza en este mundo? Uno de los humanos, hembra y gorda, ostenta un bastón, su estandarte, sobre el hombro izquierdo. Del bastón o estandarte cuelgan niños muertos. Del mismo modo, la tierra está muerta: el suelo está yerto. Detrás, las colinas están yertas. El cielo está yerto. El cielo siempre es de noche.

: La única vegetación del mundo se manifiesta alrededor de los cuernos de La Bestia.

: El mundo está enfermo. ¿Por qué? No hay motivo.

: Como en él hay un monstruo, el mundo está enfermo; como el mundo está enfermo, en él hay un monstruo. El entendimiento humano solo puede ser circular; no es mucho lo que pueden entender los humanos.

: Soy lo que veo: como solo puedo ver groseramente, cosas informes, soy solo en parte.

: La percepción de los tiempos de guerra.

: Un perro asoma la cabeza por una barricada. Ya se sabe de qué barricada se trata. Lo único que se ve y puede verse es la cabeza del perro.

: «Guau.» El único idioma que se oye y puede oírse es «Guau».

: Creí que estaba en casa. Creí que estaba acostada en mi cuarto en las marismas. Como estoy débil, la mente se me nubla e involuntaria inconscientemente grité. No digas nada. Necesito contar con alguien. Así que quédate conmigo. No necesito a cualquiera: estoy sola. Odio la soledad. Necesito a ... para estar en el paraíso. Ahora tengo miedo de dormirme: lo que sueño me perturba: ya no

duermo más. ¡Ah, si al menos estuviera en mi casita y en mi camita! Y el viento silbando a través de los gabletes en los abetos por los postigos. Déjame sentir –las marismas, la soledad me dan de lleno en el corazón–, ¡déjame estar viva! No valgo más que un niño chillón.

TEXTO 4: LAS PALABRAS DE WEDEKIND

1. La venta de Lulú

En la calle, frente a la casa del profesor

Lulú está sentada en el plinto de una columna, arreglando sus flores. No parece en absoluto romántica o virginal ni nada de eso. Presenta este aspecto: ni siquiera es una chica (ser una chica resulta romántico): tiene dieciocho, quizá veinte años. Lleva un sombrerito afrancesado, dónde lo ha conseguido nunca se sabrá, expuesto al hollín el viento y la lluvia de Londres durante más años de los que ella tiene y rara vez, si alguna, ha sido cepillado o cuidado. Otro tanto ocurre con su pelo. Su pelo es de color natural: Lulú no es punk; se trata de un pelo arratonado. Usa una especie de chaqueta negra que le llega a las rodillas. La chaqueta le ajusta el pecho demasiado. Más o menos lo mismo ocurre con sus botas. Está todo lo limpia que puede.

Pero ha tenido una vida difícil.

Comparada con las damas de verdad, es sucia. ¿Vemos alguna dama? ¿Hay damas para ver? Como a todas las mujeres, le hace falta innaturalidad.

Lulú a Schön, digno profesor: Anímese, capitán, y cómprele una flor a esta pobre muchacha. (Estira la mano hacia la billetera de él.)

Schön, educado: Lo siento. (Ve la mano de ella en su billetera, y como quien casi no se mueve la agarra y la obliga a levantarse.) Algo habrá que hacer con vosotros los pobres.

Lulú: Yo no he hecho nada malo. Solo trato de venderle una flor. Mientras no pise el bordillo tengo derecho a venderle una flor, ¿no?

Schön: ¿Por qué me tienes miedo? ¿Te parece que quiero hacerte daño?

Lulú: No sé qué es usted.

Schön: *Quién* soy yo.

Lulú: Quién soy yo.

Schön: No sabes quién eres porque no sabes hablar correctamente. Una mujer que profiere sonidos deprimentes y desagradables no tiene derecho a estar... en ninguna parte..., no tiene derecho a vivir. Sin duda no tiene derecho a vender flores. Recuerda que eres un ser viviente con alma y por lo tanto con el divino don del habla articulada. El idioma de tu alma es el idioma de Milton y Shakespeare y el del Imperio Británico. ¿No te gustaría saber hablar correctamente?

(Lulú no dice nada.)

Schön: Ven ahora mismo. Tengo que hacer algo para ayudar a los menesterosos de este país.

En casa del profesor

Schön, a la Criada: Coge su ropa.

La Criada: Sí, señor.

Schön: Por San Jorge, antes que acabe contigo las calles se llenarán de hombres que se suicidarán por ti.

Lulú: No tiene derecho a tocarme.

Schön: No deseo tocarte. Voy a averiguar si puedo transformarte. Voy a descubrir si de un... pobre... miembro de la sociedad es posible hacer un miembro de la sociedad. Se trata de un experimento social.

Lulú: No puede transformarme porque no hay nada que transformar. Yo nunca he sido.

Schön: Bien, pues ahora eres. O, cabe esperar, serás. Piensa lo siguiente: Te casarás con un político socialista que controla las artes. Su padre, un parlamentario conservador, lo deshereda por

casarse contigo. Pero cuando al fin repara en tu exquisita belleza, tus delicados modales, tus cenas, su Señoría...

Lulú: Mierda.

Schön: ¿Qué?

Lulú: Mierda. Me estoy cagando.

Schön: Ah. Si eres desobediente y holgazana dormirás en la cocina entre tarántulas negras, y mi cochero te pegará con su fusta. Si no haces lo que te digo, serás culpable.

... Fuera y dentro de la casa de Schön

Un peón, de hecho cualquier cosa peor que un obrero, se las arregla para golpear a la puerta de Schön. Se llama Schigold. Como no tiene otra cosa que hacer, sigue golpeando. Un buen rato después, Schön abre.

Schön: Perdóneme.

Schigold: Quiero a mi hija. Eso quiero. ¿Se da cuenta?

Schön: Creí que no tenía padre.

Schigold: Todo el mundo tiene padre. Si hubiese un niño sin padre, no sabría cómo desear.

Schön: Entonces, sin duda quiere usted a su hija. Llévesela. De vuelta.

Schigold: ¿Llevármela de vuelta? ¿Sin más?

Schön ¿Y por qué voy a pagarle? ¿Por qué voy a pagar por sus deseos?

Schigold: Alguien tiene que pagar. ¿*Qué* se ha creído usted que es la chica?

Schön: *Quién. ¿Quién* se ha creído usted que es la chica? Habla igual ... que usted.

Schigold: Vea, mire, gobernador. No sé de qué me habla. La chica me pertenece. Usted la tiene. ¿No cree en la libre empresa?

Schön: Solo para los libres. Si ella le pertenece a usted, no es libre. Llévesela.

Schigold: No, gobernador, no se apresure. La prisa es un desperdicio y usted ha desperdiciado a mi hija, así que quiero algo a cambio.

Schön: Eso no es capitalismo.

Schigold: No, es decapitación. Oiga, gobernador. Yo no quiero a mi

hija para que desperdicie su vida. La quiero para darle la oportunidad de ser algo.

Schön: Alguien.

Schigold: De poseer algo. Toda muchacha necesita a un hombre. Usted y yo somos hombres de mundo, ¿no es cierto?

Schön: No, no lo somos por el simple hecho de ser hombres. *Ser* y *poseer* son palabras distintas.

Schigold: Lo único que pido es mi derecho como hombre. Usted es un hombre, ¿no, gobernador? Un hombre es un hombre. ¿O es usted un ladrón? ¿Le quitaría a otro hombre el pan de la boca sin darle nada a cambio? ¿Es usted un negrero?

Schön: Solo si usted es un eslavo.

Schigold: Yo no soy ningún esclavo: sé lo que es el dinero. ¿Qué significan cincuenta para usted? ¿Qué significa Lulú para mí?

Schön: ¿Lulú? ¿Así se llama?

Schigold: Desde luego que no. ¿Qué importa el nombre?

Schön: ¿Es usted tratante de blancas?

Schigold: No, no en líneas generales, pero para complacer a un caballero de su calibre sería capaz de hacer un buen trato, se lo aseguro.

Schön: Cincuenta libras no son un buen trato. Cincuenta libras de carne.

Schigold: Cuarenta, pues.

Schön: Aquí tiene un billete y que le vaya bien. (Schigold coge el dinero y se retira.) Los asuntos morales son extremadamente difíciles.

2. El creador y la creación

El creador

Schön se pasea por su gabinete. Su gabinete parece la habitación de un cuadro renacentista, en donde una habitación es tanto un microcosmos como el reflejo de infinitos números de microcosmos,

pues no hay más realidad que el antropomorfismo. Por lo tanto: el hombre no puede huir de sí mismo. La revolución ideológica iniciada en la Italia renacentista estribó en la convicción de los hombres de que ellos y no Dios eran el centro del mundo. De que podían hacer cualquier cosa. De que podían hacer lo que se les antojase. Del mismo modo, Schön, que ahora es rico, cree que el mundo le pertenece. Inspecciona su habitación: el mundo:

Schön: Ahora poseo Tronos, Dominios, Principados, Virtudes, Poderes; como Señor, un Mundo espacioso, al Cielo escasamente inferior.

Yo era un hijo de la clase obrera.

No gocé de seguridad alguna. Por supuesto, tampoco tuve educación.

Con mis propias manos construí un reino. Todo esto:

No solo con mis manos, sino con mi propio cuerpo, como Hércules, luché contra el destino, la serpiente de nueve cabezas, la Hidra de los pobres. Y como Hércules el héroe, vencí.

¿Cómo, en este mundo, un hijo de la clase obrera puede hacerse héroe? Con sus dos manos: el fraude y el soborno. Cada vez que consigo seducir a un hombre de dinero le robo la voluntad: entonces ese hombre ya no tiene vida, es un robot; se le puede controlar. De esta manera extendí mi control económico, porque el control económico no consiste en otra cosa que en el control de los demás humanos. Yo lo sé.

Hay quien no gusta de mí. Hay quien no gusta de mí. Hay ratas. Por todas partes hay ratas. Se arrastran. Se escabullen. Tienen sesos. Transmiten enfermedades. No puedo librarme de mis ratas. ¡Rata!

Me he visto obligado a tomar medidas drásticas contra quienes quieren lastimarme. No es culpa mía. Pero siempre debo tener mucho cuidado: en cualquier momento podrían atacarme esos humanos que no controlo del todo. Cada segundo del universo debo estar en la trinchera.

Mi mundo se pudre.

La podredumbre de la rata es profunda, profunda: tantos

enemigos y tanta gente hay en guerra que tarde o temprano el mundo se acabará.

Cuando el mundo se acabe ya no habrá aire. Por eso es fundamental contaminar ahora el aire. Antes que sea demasiado tarde.

Después del fin del mundo, además, todos los adelantos tecnológicos hechos en este siglo, que podrían permitir el establecimiento de una sociedad del ocio para todos, menos unos cuantos técnicos, y unas cuantas mujeres con úteros, de modo que ya no habrá, es decir, podría no haber, más clases sociales, después del fin de este mundo, cuando ya no haya más humanos, las máquinas diseñadas para el paraíso humano funcionarán solas. Como ahora los McDonald's.

Después del fin del mundo no habrá más tiempo porque el mundo habrá acabado. Como se borrarán las barreras temporales, todos los aviones serán super-Concordes. Cualquiera, incluso las mujeres, podrá viajar instantáneamente a cualquier punto de la realidad humana. Por lo tanto, después del fin del mundo será viable el feminismo.

¡Las mujeres son las causantes de esto! Es ella. La zorra. Aquella por quien hice de todo. La que saqué de la nada para convertirla en un ser humano decente. Mi propia creación se vuelve contra mí. Es una traidora.

Del mismo modo que cuando Inglaterra, llevada de la bondad de su corazón, se dignó transformar los demonios negros de África en productos sociales decentes, y lo hizo solo para que aquellos productos sociales se volvieran diabólicamente contra ella y continuaran volviéndose diabólicamente contra ella hasta hoy. Para quienes detentan el poder las buenas acciones siempre se revelan gruesos errores.

Zorra: te daré lo que te mereces. ¿Para qué transformarte en algo más que nada, si después te volverás contra mí?

Lulú, gritando entre bambalinas: ¡Papi!

Schön: Ahora esta criatura es un aborto.

La Creación

Entra Lulú.

Lulú: ¿Me amas?

Schön: Los padres siempre aman a sus hijos.

Lulú: Por eso te lo pregunto. ¿Me amas *tú*?

La Criada, siempre en el fondo: Debes respetar a tu padre,

Lulú. Lulú: Tú *no* me amas.

La Criada: Lulú. Haz lo que ordena tu padre. Ve a tu cuarto.

Lulú: ¡No me amas! No soy nada. Me has convertido en nada. (Schön le pega. Lulú, desde el suelo:) Papi, me lo has dado todo. No te tengo más que a ti porque no conozco ninguna otra cosa.

Si te pierdo, no soy.

Antes de conocerte, ¿qué podría haber conocido? A ningún niño le es posible conocer algo anterior a su padre.

Además de ti, ¿qué otra cosa podría conocer? ¿Acaso hay aquí algo más? Este es tu olor. Estos son tus objetos: tu tacto. Todo cuanto veo y toco es tuyo. Mi olor es tu olor. Mi tacto es tu tacto. Mis ojos no pueden ver más allá de ti. ¿Quién eres, papi?

Ha de ser verdad porque de lo contrario nada sería verdad: soy tuya.

Soy tuya, papi. ¿No puedes amarme?

La Criada: Tu padre quiere que vayas a tu cuarto.

Lulú, directamente a Schön: ¿No comprendes lo que significa esta falta de amor? No niego que me hayas recogido de la nada para hacer algo de mí. Pero si no amas aquello y a aquella que has hecho, ya que todo está vivo, solo has hecho pura contaminación y aborto. Igual que el mundo, que ahora es pura contaminación y aborto. Estoy contaminada y soy un aborto.

Estaba mucho mejor cuando no existía.

¿No ves lo que provocas negándote a amarme? Mira. Ve. Schön, hablando por fin: Veo a una niña desobediente. Veo a una niña que no tiene respeto por sus mayores, ni por la cultura en la cual nació, ni, por lo tanto, por la sociedad, veo a alguien que acabará en la amoralidad, si no en algo peor. Veo. No puedo siquiera decir «una persona» de la cual me siento profundamente, Lulú, profundamente avergonzado.

Lulú. En adelante te verás confinada a tu cuarto. No tengo nada más que decirte porque no mereces que se te dirija la palabra mientras no aprendas a ser una persona y te comportes de modo aceptable para la sociedad.

(Lulú mira alrededor y no se molesta en hablar con nadie porque YA NO VALE LA PENA COMUNICARSE.)

El fin de ambos

Mientras Schön y Lulú se encuentran absortos en sus respectivas realidades, Schön en la paranoia y Lulú en el autismo, Schigold, quien ahora es un viejo tan decrépito y miserable que parece ni más ni menos la muerte, entra en la habitación: Por el caso que le hacen Schön o Lulú, bien podría ser la Muerte o estar muerto.

Schigold: ¡Mi hogar! ¡Mi hogar mi reino!

Adiós felices campos donde mora eternamente la Felicidad:

Salud horrores, salud mundo infernal, y tú profundísimo Infierno

Recibe a tu nuevo dueño: Uno Cuya mente no será mudada por Espacio o Tiempo.

Yo.

La mente es su propio espacio, y en sí misma.

Puede crear un Cielo en el Infierno, un Infierno en el Cielo.

¿Dónde hay algo de beber?

(Mirando en torno. Encontrando bebida.) Aquí seremos libres al fin.

(Bebiendo.) Aquí podremos reinar sin zozobras.

Más vale reinar en el Infierno que servir en el Cielo.

¡Aquí todo me pertenece! Sí, señor.

No tenéis más que pedir y serán vuestros:

3. Falso y verdadero amor

Esperando a Godot

Ahora el gabinete de Schön está demasiado a oscuras para ver nada. Voces:

La Criada: ¿Qué estás esperando?
Lulú: Estoy esperando a mi hermano.

Que los Ricos y los Pobres Puedan Tomarse de la Mano

Ahora Schigold está solo en ese gabinete del mundo. Pero está trompa. Se le ve aún más pobre y arruinado que la muerte. Parece como si viviera en los USA urbanos.

Schigold: Soy un despreciable pedazo de cualquier cosa. La humanidad. Ni siquiera valgo eso. No valgo siquiera para formar parte de los bomberos de la especie humana.

Espero que me liquiden pronto porque este lento asesinato me está masacrando las tripas. ¿Dónde hay más licor? (Busca más alcohol en el gabinete pero la operación, como todas las demás, es desesperada.)

(Inteligente como es, cambia de idea:) A partir de ahora no tendré nada que ver con ellos.

Ya sabéis lo que me dijeron cuando era lo bastante bueno –me vestía lo bastante bien, con traje– como para que me hicieran un poco de caso. Un poco.

A lo mejor, pensaba, puedo entrar en sociedad. Y me dijeron: «Eh, perrito. Juega con nosotros y te dejaremos entrar en la sociedad para que consigas un puñado de amigos». ¿Qué perro se resistiría a lamer un poco? ¿Quién es tan ingenuo como para no sobrevivir por demasiado purista? Pero os diré una cosa: la lengua que les lame las manos, incluso levemente, acaba hecha pedazos. Son los maestros de la tortura inteligente.

(Mira alrededor. Confundido:) ¿Quiénes son? ¿Quién anda ahí fuera? ¿Dónde estáis, eh, vosotros, gente que se oculta en la suficiencia total y la falta de necesidades, vosotros, gente que aborrezco?

(Lulú entra en el gabinete. Ahora es rica. Joyas hacen el amor a sus pezones y sus cabellos. Su vestido es de Chanel, no de Claude

Montana ni de Jean-Paul Gaultier. El dinero, al no ser marxista, idolatra a la humanidad, tal como debe ser.

Lulú: ¿Qué haces aquí?

Schigold: Soy tu padre. Antes te cuidaba.

Lulú: Lo siento muchísimo. (Ha aprendido a hablar.) Estoy esperando a una persona.

Schigold: Sé a quién esperas. Esperas a un hombre. ¿No es cierto?

Lulú: ¿Quieres una copa? (Considerando que si consigue emborracharlo convenientemente, él dejará de existir.)

Schigold: Tráeme otra botella de Jack Daniel's. (Mientras ella busca una botella de lo que sea.) A mí no puedes engañarme, sabes. Soy tu padre. Te conozco: sé que por aquí escondes a un hombre.

Lulú: Estás borracho.

Schigold: Estoy borracho, pero te diré algo que nadie te dice: ningún hombre te respeta. Ni uno de esos hombres con los que andas siente el menor respeto por ti. Yo, Lulú, soy el único a quien le importas y, lo que es más fundamental aún, el único que te respeta.

(Ella se echa a llorar.)

Lulú: Mira. Papi...

Schigold: Me preocupo por ti: puedo hacerte feliz.

(Casi inconscientemente le tantea el pecho.)

No deberías confiar en nadie aparte de mí.

Lulú, separándose: ¿Por qué no te lo montas con mi madre?

Schigold: Tu madre no hace esa clase de cosas. Está muerta.

Lulú: En el futuro, si quieres tener algo que ver conmigo, deberás meterte las manos en los bolsillos.

Schigold, lloriqueando y chupándole el pezón: No debes confiar en los hombres, Lulú. Soy yo quien te ha cuidado y mantenido todos estos años. (Suena el timbre.)

Lulú: Mierda. (Se arregla los pechos y las joyas.) Escóndete en la bañera. Deja de llorar como una mujer. (Schigold se las arregla para arrastrarse hasta una cortina, en la que se envuelve estilo avestruz.)

El teatro

Cuando Lulú abre la puerta, entra Alwa, el hijo de Schön.

Alwa es un afamado director teatral. Es calvo y tiene un poco de barriga, de beber demasiada cerveza y no comer nunca. Aunque es ligeramente sádico, como la mayoría de los directores teatrales, ignora este y todos sus demás atributos personales, pues entrega su vida exclusivamente al trabajo.

Alwa: He estado dándole vueltas a la nueva obra.

Lulú: ¿Por qué te pasas todo el tiempo pensando en el trabajo? ¿No tienes sentimientos?

Alwa: Lo que me gustaría de veras sería que los actores tuviesen libertad. Quiero que los actores encuentren su libertad. Pero ellos se niegan. He ahí el problema.

Lulú: He de hablar contigo. Personalmente. Te he estado esperando todo el día. Eres la única persona con quien puedo hablar, porque eres mi hermano.

Alwa: Tengo que conseguir que mis actores asuman su libertad. Tú, Lulú, eres mi actriz. ¿Cómo puedo lograrlo? Sé lo que quiero hacer, pero no logro hacerlo.

Lulú: Tengo un problema. (Comprendiendo cada vez más que no puede hablar con él porque no es su hermano. Que no tiene a nadie.) Me encuentro muy sola.

Alwa: Ya sé qué voy a hacer. Escúchame, Lulú. Cállate un segundo, nada más. Siéntate. ¿Hay algún sitio donde sentarse? Hemos de hablar.

Lulú: Aquí. ¿Te gustaría beber algo? ¿Qué puedo hacer por ti? (Se sientan en un sofá; más bien, Lulú al borde del sofá y Alwa en una silla cercana.)

Alwa: Sé cómo lograrlo. Empujaré a mis actores hasta que se vean obligados a asumir su libertad: se verán obligados a rebelarse contra mí. En ese instante dará comienzo la obra.

Lulú, con tristeza: Es una idea brillante.

Alwa: Conceptualmente es correcta. Es la noción sartreana de la libertad.

Lulú, temblando: ¿Quieres cogerme la mano?

Alwa, sin cogerle la mano: Lulú, tú me has inspirado. La mayor parte

de esto lo he aprendido trabajando contigo, porque tus relaciones con los hombres me enseñan qué ocurre cuando se fuerza a una mujer a ir demasiado lejos.

Lulú, con tristeza: No entiendo qué pretendes de mí.

Alwa: No puedo darme el lujo de perturbar mi equilibrio emocional estando en medio de una obra. Tengo que dedicarle íntegramente mi atención. Mira, Lulú: entre nosotros las cosas no son sencillas porque, siendo tú la mujer de mi padre, si sintiera algo por ti destruiría el equilibrio familiar.

Lulú: Quiero un hermano.

Alwa: Espera a que haya terminado la obra. (Como despedida, le da un beso con lengua. Lulú se cuelga de él y le besa. Quiere preguntarle si sabe qué es el amor, pero no puede porque semejante lenguaje no está permitido. Por razones para ella desconocidas, él la besa más fuerte y ella lo abraza con toda la necesidad de su incapacidad de hablar o soledad: su necesidad de un hermano.)

4. LULÚ en el infierno: Los demonios expulsados del infierno

para Elegguà, espíritu solitario, amigo del violento guerreador Ogun, causante de todos los accidentes automovilísticos, tú mi negro espíritu solitario, soledad, Sagrado Angel Guardián que se reúne con Yamayà, de cuyo estómago, al estallar, surge el mundo. Expulsar de mi mente todo lo que en ella (fuera de ella) hay de muerto.
para la paz del corazón.

Infierno: El fin del afecto

La escena viene del final del Acto III: Schön, al entrar en su despacho, descubre a su mujer besando a su hijo, pero no dice nada. Ellos no le ven.

Lulú, separándose de Alwa: Quiero saber si me follarás. Alwa: Ya te

lo he dicho: no puedo darme el lujo de perturbar mi vida. Estás casada con mi padre.

Lulú: Dime al menos si te atraigo sexualmente.

Alwa: ¿Y a qué hombre no? Eres la mujer fatal.

Lulú: Rodéame con tus brazos, solo eso. Estréchame. (Sin importarle en lo más mínimo cuál es la realidad, ni cuáles las consecuencias mientras consiga que la abracen. Mientras abraza a Alwa contra su voluntad, por encima de su hombro descubre a Schön.) ¡Papi!

Expulsión del Demonio Uno por la falta de causalidad

Lulú: Papi. ¿Por qué me miras así? ¿Qué pasa?

Schön: No grito ni digo palabra alguna, ni lo haré hasta que no salga un nuevo sol sobre un mundo renovado.

Lulú: Me sentiría mejor si expresaras la rabia, si la descargaras contra mí. Si me castigaras. Si me tocaras. Cuántas veces me has repetido que solo existo por tu causa: por la gracia de tu lengua poseo un nombre; por el poder de tu dinero estoy vestida. Castígame justamente. ¡Despelléjame! No hay en esta vida nada que me apetezca. (Los dos hombres la contemplan como si estuviera desnudándose para ellos.)

Schön: Eres ajena a toda decencia; tu carne es la corrupción misma. No comprendo cómo esta tierra (golpea con el pie un suelo de hormigón o de plástico) tolera tu presencia.

Siempre has sido, Lulú, una verdadera mierda. Nunca fuiste como el resto de las personas. Tu propia existencia es la prueba de que deberías morir.

Lulú, inclinándose hasta el suelo: Mátame. Llévate mi vida. Solo así podré obtener algún afecto. (El director de teatro, asqueado por la escena, ha dado la espalda a Lulú.)

(Schigold, que en alguna parte se ha mantenido en estado de estupor alcohólico, se siente lo bastante atraído por la situación como para despertarse y avanzar hacia ellos.)

Schön: ¿Qué quiere usted? (Schön saca un revólver y apunta a Schigold. Schigold no le ve porque tiene los ojos fijos en Lulú.)

Schigold: Oye. Qué bueno que estás. Quiero echarte un polvo.

Schön: Ya ves, eres una puta. Eres el retrete que usan los hombres, un vestíbulo vacío del que entra y sale cualquier macho. No eres nada.

Schigold: Me gustaría follarte el agujero del culo. Me gustaría meterte la palanca en el chocho. Te voy a frotar y clavar hasta que pidas auxilio.

Alwa: ¿Por qué no nos sentamos todos e intentamos enderezar esto? Una copa de vi...

(Schön golpea a su hijo con el revólver. Alwa cae al suelo.)

Expulsión del Demonio Dos por la inocencia

Schön, mirando a su hijo: La noche se va entonando. (Aferra el revólver con más fuerza aún.)

Schigold: Ya no me siento tan confuso. Creo que ahora ya sé qué está pasando.

Schön, mirando a Schigold: Aquí el aire apesta. (Enseñándole el arma.)

Schigold: No me haga daño. No me haga daño. Yo nunca le hice nada. Nunca le hice daño. Déjeme salir.

Schön: No hay adónde ir.

Lulú a sus padres: Si los recuerdos son realidades, este mundo es una cárcel.

Schigold a Lulú: Lulú. Al menos puedo mirarte. ¿Sabes que cuando eras pequeña siempre estabas riéndote? Tu madre te llamaba «Rayito de sol».

Lulú: ¿Tuve madre? Yo creía que estaba loca.

Schigold, otra vez de rodillas, gateando para agarrarse a las piernas de Lulú: No me dejes, Lulú. No te vayas nunca, hija mía. ¡Solo tenemos la sangre!

Schön, pateándolo: Llévate tu basura.

Schigold: No. Nunca. ¡Lo único que proclamamos es nuestra inocencia! (Muerde la rodilla de Lulú con tal fuerza que la hace sangrar.)

(Schön lo mata.)

Schön: Mierda. Este mundo es una puta mierda.

Expulsión del Demonio Tres, el padre, el último de la Santísima Trinidad, por el asesinato: La batalla contra el amor

Lulú: No.

Schön: ¿Qué dices?

Lulú: Tú no me amas. No amas a nadie.

Schön: Si amara a nadie te amaría a ti, porque tú no existes.

Lulú, para sí: Por haber sometido mi alma al apetito de ser amada, me he encarcelado a mí misma. (A Schön:) Dijiste que los padres siempre aman a sus hijos. Los papás siempre aman a sus hijas...

Schön, interrumpiendo el razonamiento: Tú no eres hija mía: Eres hija de un muerto.

Lulú: ... y así es: El niño nace en una situación de amor. Como ha nacido en una situación de amor, el hijo debe amar. Un hijo no puede no ser amor. ¿No lo comprendes?

Schön: Tú no eres hija mía. No te amo. Te odio, despojo.

Lulú: No puedo decir «No» al amor, a mi apetito de amar, y sin embargo es preciso que lo haga. Para sobrevivir no debo amar. ¿No lo entiendes?

Schön: Yo lo entiendo todo. (Se lleva el revólver a la cabeza.) En cierta época fui un hombre, pero ahora estoy tan muerto, y por tanto tan podrido, como un bosque que albergase una conflagración durante días enteros. Todo el mundo está muerto y podrido.

Todas tus emociones. Todas tus emociones –esas necesidades– sea lo que sea de lo que hablas– son nada, pura trivialidad, ante la presencia de este dolor total. Aún no te das cuenta de cuán hondamente no eres nada para mí. (Sigue apuntando el revólver contra su cabeza.)

Lulú: Ya. No voy a negar que te amo, aunque me cuesta la vida.

Schön: ¿Se pueden amar las cenizas? ¿Se puede amar un pez que se pudre en arenas calcinadas? Si no puedes comprender, si eres tan estúpida como para ser incapaz de «sentir» –como tú dices– qué veo y qué soy, ahórrame al menos tus tiernas emociones. Tu amor.

Si le prestara atención, eso que tú llamas «amor» me partiría en dos (y al mundo conmigo). Lárgate.

Lulú: No. Ahora sé qué es lo correcto. (Pone la mano en el arma.)

Antes de matarte me matarás a mí.

Schön: Sigues sin comprender. Sois todos una mierda. No valéis un carajo. Nada existe.

Lulú: Estás equivocado. Has de estar equivocado, pero yo ya no puedo entender nada. No es posible que la necesidad de amar a alguien sea un error, y sin embargo solo la soledad humana permite al humano sobrevivir. Ya que no quieres matarme, ¡que alguien se encargue al menos de acabar con esta mente y este corazón! (Lucha por el revólver. Gana Schön.)

Schön: No aceptaré que me demuestres amor. No eres nada, nada. No aceptaré que rompas mi mundo, que me rompas a mí, que me destruyas. (Apunta a Lulú con el revólver.)

Lulú, recobrando el sentido: Estás loco. Vivo en un mundo de locos. Todos los recuerdos de ti y de mi propia vida carecen de valor. (Arrebata el revólver a Schön y lo mata.) No tengo más recuerdos.

5. Una fuga

Antes del comienzo

En esta escena no se habla. Lulú está en la cárcel. Van a ajusticiarla por el asesinato de Schön. Entonces se echa a hablar con sus propias palabras:

Lulú: Cuando la desolación es tan grande que invade el corazón y el alma, pues el corazón y el alma son los ojos, que el menor incidente produce dolor; cuando los nervios han sido retorcidos como cables durante tanto tiempo que solo la tortura más fantástica resulta real; cuando se toca fondo: la DIVINA ESPERANZA EN ESTE MUNDO sigue terca su camino, repitiendo: «Existe algo mejor: tu ideal».

Estos son los tiempos de mi romance:

El hogar de la infancia

Lulú: Iba en un barco. Bajé del barco; atravesé una aldea; llegué a la otra punta.

Esto sucedió en España, donde el drama es realidad. Seguí andando.

Cuando levanté la cabeza, vi una casa imponente, una casa tan grande que parecía una fuerza socavadora de la existencia humana...

Yo no tenía otro lugar adonde ir que mi casa.

El comienzo del interior: Antes del comienzo del mundo

Lulú: Abajo, el interior de la casa era una inmensa habitación.

Dentro de la amplia cocina había tres mujeres. Lulú, a las mujeres: Estoy buscando...

Bruja-Perra: ¿Buscas a alguien en especial?

Lulú: La primera vieja era repugnante. De tener edad, habría tenido lo menos cien años. Ningún hombre ni mujer hubieran querido tocar su piel, que colgaba en largos pliegues.

Y sus pechos, visibles a través de las hilachas de no sé qué tela, caían como un vómito, como los pechos de mi abuela cuando flotaban en el agua de la bañera.

La vejez me apabulla. Lulú: Estoy buscando a un amigo.

Bruja Flaca: Sí sí sí. Tu amiguito ha estado por aquí.

Lulú: La segunda tarasca me apuntaba con un dedo-salchicha mientras la cabeza se le bamboleaba como si hubieran logrado cortársela o como si estuviera escuchando rock and roll. Era más velluda que un loro embalsamado: tenía la piel tan apelmazada y aguanosa que parecía como si fuera a estallar e inundar el mundo entero.

Las dos viejas parlotearon entre ellas sobre mi amigo con tal rapidez que no pude entender qué decían ni de quién hablaban. Me pareció oír nombres de cartas.

Reuní el poco coraje que la soledad me había dejado y les pedí de comer. Tenía hambre.

La bruja más vieja me preguntó si buscaba a alguien especial.

Terció su hermana: Espera hasta mañana, mañana, dijo, entonces podrá empezar el mundo...

Lulú, a las hermanas: Busco...

Lulú: Una chica, la única persona que quedaba en el mundo, trajo un tazón de caldo humeante y un pedazo de pan, y los dejó sobre una mesa de madera. Me miraba como una gata muerta de hambre, bestia de sexualidad húmeda. Si me movía, me iba a comer. Ya sus ojos me estaban comiendo profundamente, ojos vacíos, sin contenido. Me dio la comida y se instaló en el suelo.

Dijo: «Una vez durmió aquí el arzobispo», escupió en el suelo y restregó el pulgar contra el esputo hasta que el esputo desapareció.

Contesté que no buscaba a ningún arzobispo.

Chica: Te has pasado mucho tiempo buscando, ¿no? Estás cansada, ¿no?

Una vez durmió aquí el arzobispo.

Lulú: Escupió en el suelo y restregó el pulgar contra el esputo hasta que el esputo desapareció. La vieja dama hinchada me dijo que si quería dormir allí tendría que pagar. Como estaba cansada, pagué. Exigieron todo mi dinero; de lo contrario no hubiera podido despertarme a la mañana siguiente.

A través de las habitaciones:

Lulú: Yo seguía a la chica por una escalera.

Donde acababa la escalera se abría un corredor oscuro. Varias habitaciones daban al corredor. Al pasar delante de cada habitación yo estaba obligada a mirar dentro, estaba obligada a ver, sin saber por qué.

La primera habitación era la de la niñez.

Cuando yo era niña. Mis padres tenían una casa de verano junto al Océano Atlántico. Pasaba los días jugando en la playa. Algunas de nosotras –niñas– formábamos una pandilla. Nuestro propósito era tomarles el pelo a los niños de nuestra edad besándolos (asesinato mental) o enterrándolos en la arena (asesinato físico). Los niños eran más débiles que nosotras.

En esa playa, una mujer, sentada en el regazo de una mujer

gorda, contempla a un hombre que lleva un pendiente. El hombre del pendiente sonríe y le entrega un pez a la primera mujer. La primera mujer le da las gracias.

Duermo encima de un océano repleto de monstruos, de peces dobles. Hay una mujer sentada sobre un hombre decapitado, un hombre que solo es su propia sexualidad y yace sobre un pez doble. Ella está sentada encima de él; es una pirata. Yo estoy encima del océano de los monstruos, pero a salvo porque voy en un barco. De niña yo quería ser pirata.

Chica: Esta no es la habitación del arzobispo.

Lulú: La segunda habitación era la matriz del arte:

Sentado en el suelo con un caballete o espejo en la mano, hay un artista, que es un hombre. Solo puede fijar la mirada en lo que ve. No ve más que mujeres.

A su izquierda, una mujer de armadura plateada permanece de pie en aguas totalmente serenas. Detrás de ella las piernas de un cadáver hembra afloran de las aguas serenas. Frente a ella una joven de tetas adorables y con un slip rosa claro esgrime un remo negro. Rudas o femeninas, las mujeres que el artista ve son guerreras.

A espaldas de las piratas, los hombres cumplen las tareas más bajas: remar y tocar la flauta.

Todas las mujeres que el artista ve a su derecha son esclavas o prisioneras: Una madre está sentada, bajo llave, en una jaula diminuta. El guardián es un pájaro de pico enorme. Esta jaula se mece sobre un bote de remos en el mismo mar que el de los piratas. Lo veo. Otra mujer, frente al bote, arrastra una suerte de perro fuera del mar hasta una plateada playa segura. Dado que todos los hombres se encuentran por encima de las mujeres, un vulgar criado de hotel recorre la playa llevando una corona real en bandeja de plata.

¿Son piratas o esclavas las mujeres? ¿Según quién?

Por ninguna parte, desde ninguna perspectiva, se ven unos a otros o actúan conjuntamente hombres y mujeres. También el arte es fetichismo.

Dejé atrás todo lo que había sabido, he dejado atrás todo lo que

sé, de modo que me interno en la habitación de mi muerte.

La mitad de arriba de esta habitación es un espejo de la mitad de abajo. La mitad de abajo es amarillo pálido, verde pálido y oscuro, y azul violáceo; la mitad de arriba es amarillo pálido y azul violáceo tirando a azul oscuro.

En medio del suelo, en un ataúd, mi madre yace en esa no posibilidad que es la muerte. La piel de su rostro es verde brillante; el pelo amarillo; sus ojos y su boca se abren en un grito.

En torno al ataúd hay montones de flores.

A la izquierda del ataúd, un médico o carnicero o médico que en realidad es un carnicero se inclina sobre su paciente que es mujer, igual que mi madre. Mi madre se está ajustando la media, siempre usó liguero blanco y medias de seda pura. Lo recuerdo. Como en este mundo hombres y mujeres nada tienen que ver unos con otras, mi madre no mira a su propio médico.

Mi madre solía tomar dexedrina para hacer dieta y luego valium y librium para bajar de la dexedrina.

A la derecha del ataúd hay una mujer desnuda y sentada con cara de pescado azul púrpura. Así como el médico y su paciente hembra no se hacen el menor caso, los hombres-peces y las mujeres que follan unos con otras no tienen nada que ver entre sí.

¡La boca de mi madre muerta, suicidada, está moldeada en un grito!

El reverso de este suelo o vida es el techo o tierra de la muerte. En la muerte, derecha es izquierda y arriba es abajo.

En la muerte cantan y se balancean tres hombres trajeados de negro; no hace falta que expliquen lo que quieren decir, porque no quieren decir nada: cantan. Al tener más de un rostro y un juego de ojos, los trovadores ven cada cosa desde toda clase de perspectivas: en la muerte ya no hay juicio humano, ya no hay moralismo humano. ¡Canta! No mires simplemente, Lulú: ¡canta!

Ahora una cabeza como de morsa con ojos rojos está chupando, quiero decir, qué quiere decir, sentada sobre la inexistente cabeza de dos cuentos inverosímiles. Cerca de él y/o ella, un coñito blanco es un ángel. Mi coño tiene una tiesa polla anaranjada, cuando se pone

tiesa, y él toca la bocina. ¡Uy, Dios, mamá! ¡Me está llenando de música!

Dos don-nadie púrpuras, a lo víbora, se enroscan cada uno en sí mismo, pues dentro de su unicidad o egoísmo cada uno es un sí propio. El sí propio podría ser un pájaro; podría ser el espíritu innombrable; podría ser yo: podría ser el lenguaje. ¡Canta!

La boca de mi madre está abierta en un grito. ¡Cantaré!

La Chica: Esta no es la habitación del arzobispo.

Lulú: Luego llegamos a la cuarta habitación. Estaba vacía. La gitanilla me dejó sola.

No se veía nada.

Dentro de la habitación

Lulú: Sabía que, para alcanzar la mañana, para abrirme a la luz del sol, hubiera debido dormirme.

No pude dormirme. Me hallaba cara a cara conmigo misma. Cara a cara con mi horridez. Tenía que entender mis características. Estaba profundamente aburrida. Quería huir, refugiarme en la ausencia de mentalidad, pero no había adónde escapar.

Estaba adherida a mí misma: una detestable, por conocida, oscuridad.

¡Odio la soledad!

Me senté en la cama. No había dónde escapar: como mi madre se había suicidado, el suicidio era imposible. Tenía que permanecer sentada en la cama.

No había alternativa: debía ver. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Vi una ventana. Vi que me hallaba sentada en una cama enorme. Fijo a la cama, sobre mi cabeza, había un dosel. Vi un armario tan inmenso que debía de pertenecer a un gigante. Tal vez los humanos sean gigantes.

Algo pasaba.

¿Cómo sabía yo que algo pasaba? No veía nada que pudiera asustar. ¿Qué es esto de ver? ¿Es solamente un ver físico?

Me fui asustando cada vez más. Cuanto más me asustaba, más

me odiaba:

Violadores caerían sobre mí.

No tenía amigos.

Para, ¿vale? Tranquilízate porque no hay absolutamente nadie que vaya a hacerte caso. Mira un poco:

Me acerqué a la ventana. La ventana estaba atrancada por dentro. Me fijé bajo la cama. Nada. Fui al inmenso armario. Tenía dos grandes puertas giratorias. Cuando abrí con las uñas una puerta, un cadáver me cayó encima como si me deseara.

Yo le miré la cara, los ojos. Estaban muertos. Grité.

Me pregunté si me matarían. Me encontraba cara a cara con mis miedos; con la muerte; ahora mis miedos eran reales. Tenía que actuar.

Quise desaparecer, quise escapar. Nunca he deseado ningún dolor, nunca que se haga realidad un mundo donde el dolor exista. Pero si he de sobrevivir poco importa lo que yo desee, solo importa conseguir hacer lo que debo. Abrí los ojos y miré el cadáver.

Ni el cuerpo ni la ropa exhibían señales de violencia y era demasiado grande, un cuerpo de marinero, como para haber aceptado la muerte sin luchar. Examiné más de cerca al marinero muerto que tenía al lado:

Como ni su cuerpo ni su ropa tenían rastros de lo que había ocurrido le miré los ojos como una amante. Los hombres muertos no dicen nada. Aquel no tenía nada que decirme.

¿De qué sirve el amor que muere?

Francamente, nada existe.

Invadida de miedo y desesperación volví a sentarme en la cama. A tal punto me embargaban el desamparo y el miedo, el nihilismo: no veía nada.

Con un último esfuerzo de voluntad alcé la mirada. Inclinado, el dosel del arzobispo tocaba casi el cabezal de mi cama. Mientras me deslizaba fuera de la cama rodando, hacia el marinero muerto, el dosel asesino crujió sobre sus postes y se quebró.

Otra vez miré el rostro del marinero.

Rápidamente le quité las ropas, hice con ellas una cuerda y me escabullí por la ventana ahora desatrancada.

No bien toqué el suelo, me eché a correr hacia el mar.

6. Ver el mar

Continuación del Acto V. Lulú de pie frente al océano.

Lulú: Ahora debo hallar otras que, como yo, sean piratas errantes, que conociendo solo el cambio y las verdaderas responsabilidades que de tal conocimiento nacen, canten una con y para otra.
Ahora viajaré.

Tercera parte de Don Quijote
El fin de la noche

DON QUIJOTE ACTÚA:
DON QUIJOTE EN AMÉRICA, LA TIERRA DE LA LIBERTAD

Una breve introducción: La llegada de la noche

Don Quijote:

–Él, el que amo, es mis ojos y mi corazón, y cuando no lo veo agonizo, pero él no me ama. Él es mis ojos; él es mi yo; veo con mi yo; él es mi sol. Así es que él es mío y la Ⓐ. Lo he dicho en todos los libros, libros mayormente pobres o porno, que he escrito Ⓐd nauseam e incluso con nauseam, porque hay que ver cómo duele el amor. Volveré a decirlo: sin dueño, el yo no es nada. O bien: sin sentimientos, el cuerpo muere. Ahora, privada de corazón, los vientos maliciosos embisten mi cuerpo inerte. Hacen conmigo lo que quieren. Malvados hechiceros.

–Ellos nos han separado. Los malvados hechiceros de este mundo tales como los editores del *TLS* o Ronald Reagan...

–Pero si ni siquiera le conoces –se entrometió una perrera que Don Quijote conoció en sus viajes por América.

–¿A Ronald Reagan?

–A ese del que hablas todo el tiempo.

–Ronald Reagan...

–El amor de tu vida.

–Ah. Ese no es Ronald Reagan; es un perro.

–Un perro –se excitó la perrera.

–En esta ciudad todos son perros.

Don Quijote estaba en Nueva York.

–¿Dónde están?

La perrera miró en torno a sí y solo vio basura.

–... pero el mío es un perro de verdad.

La perrera, comprendiendo, asintió. La lengua rosada le asomó entre los labios:

–Entonces, ¿vale la pena cogerlo?

–San Simeón. –Don Quijote apenas podía pronunciar aquel nombre sin que afloraran lágrimas a la piel en torno de sus ojos–. San Simeón el perro puede o no ser real pues San Simeón es mi corazón, es ciertamente mi idea. Supongo, de hecho, que no importa que San Simeón me ame o no.

–Ya que no te importa si te ama, ¿por qué te importa tanto volver a verle?

–¡Por culpa de los hechiceros malvados! –exclamó Don Quijote–. Ellos nos separaron porque saben que lo único que puede destruirme es estar lejos del perro. El perro (o santo) y yo somos carne y uña. Los hechiceros malvados como Ronald Reagan y ciertas feministas como Andrea Dworkin, los que controlan los nexos entre el gobierno y la cultura, nos persiguen y seguirán persiguiéndonos hasta lograr hundirnos y enterrarnos, ahogarnos en nuestro olvido humano.

–No te sigo.

–No bien hayamos roto el hechizo –explicó Don Quijote–, el amor humano será nuevamente posible.

–Pero ¿qué mierda les preocupas tú a Ronald Reagan y a ciertas feministas?

–Les preocupo porque saben que para reconquistar el amor derrotaré sus viles ensalmos –replicó Don Quijote.

Superficialidades

A fin de derrotar a los malvados hechiceros de América, antes que nada Don Quijote tuvo que averiguar cómo funciona el gobierno americano:

El trabajo de purgocirujano M. Keeny Jr. para las administraciones Kennedy y Johnson consistió en limpiar los cables políticos tendidos por el Departamento de Estado y el Pentágono hacia ultramar. De ese modo se podían controlar las políticas respectivas. Cuando llegaron a la Casa Blanca Nixon y su compinche Kissinger, este ladró que Keeny Jr. podía quedarse, aunque ya sin control político alguno

porque todo el control pasaba a sus manos. Al propio tiempo Kissinger le aullaba a todo el mundo que quería que, por primera vez, hubiese en la Casa Blanca amplitud en términos de control político. Claro que a Keeny Jr. semejante hipocresía le irritaba. Cuando Gerard C. Smith, el flamante jefe de la Agencia para el Desarme y el Control Armamentístico, le ofreció a Keeny Jr. el puesto de director adjunto para ciencia y tecnología, Keeny Jr. aceptó sin vacilar. Lee A. DuBridge, recién electo consejero científico de Kissinger, nunca pudo reunirse con él. Cuando por fin se lo encontró en un sótano, Kissinger atendió de inmediato una llamada telefónica de un amigo y permaneció al teléfono. En el hospital, Larry Eagleburger le ladró a Roger Morris: «No ladres con nadie por teléfono. Te tienen controlado». Tanto Morris como Eagleburger eran miembros del Consejo Nacional de Seguridad. A Kissinger no le movía la ambición sino el miedo. Lo que mueve al gobierno de los Estados Unidos es el miedo.

Kissinger ladró en relación con Nixon: «El presidente no va a dejarse persuadir por puntos de vista contrarios. Siente que lo amenazan, es evidente que no quiere oírlos. Cuando antes entraba algún embajador (en visita de cortesía) la cosa parecía de chiste. Ya sabéis, cuando los embajadores salen al extranjero van a ver al presidente y siempre tocan dos o tres asuntos, preocupaciones caseras de esos países. Yo nunca presenciaba las charlas; me enteraba después. Nixon se ponía de lo más relajado y amistoso y sonreía y daba la impresión de estar de acuerdo, aunque obviamente no tenía la menor intención de hacerlo, pero no le interesaba discutir ni enfrentarse. Que los embajadores gruñeran y se marcharan y después escribieran como tontos por haber perdido el tiempo intentando obtener algo del presidente». En el Pentágono, Halperin ladró acerca de Nixon: «Básicamente, Nixon es un perro al que no le gusta que lo arrinconen». ¿Es este un ejemplo de miedo? Halperin siguió aullando: «Si ibas a verlo cuando era presidente, y le pedías algo y lo arrinconabas, al fin acababa ladrándote: "Vale, cuenta con ello". Y no bien cerrabas la puerta, cogía el teléfono, llamaba a Haldeman y le ladraba: "Acabo de prometerle una cosa al secretario de Transportes –o quien fuera–. Primero, no hay que

hacerle caso; y segundo, no quiero ver a ese perro nunca más. Mándalo al foso de los tiburones"». Por obvias razones políticas, el mundo artístico de Nueva York se ajustó al molde de la Casa Blanca.

–¿Adónde iré? –gruñó Don Quijote mientras vagaba, sin inquirir a nadie en particular–. ¿Existe en algún punto de este mundo de desesperación, de esta endo-colonización posbélica, un lugar?

A principios de la década de los sesenta, Thomas A. Pappas convenció al gobierno griego para que le concedieran permiso para construir un complejo siderúrgico-petroquímico en sociedad con la Standard Oil de Nueva Jersey; pero cuando George Papandreu, jefe del Partido de la Unión de Centro, llegó al poder en 1963 y 1964, le obligó a renegociar con pérdida los contratos. Tres años más tarde la restaurada junta militar le devolvió su prosperidad a Pappas, y este, en palabras del destacado periodista ateniense Elias P. Demetracopoulos, destinó «cientos de miles de dólares del KYP griego... a la campaña de Nixon». La CIA, nacida en 1947, había invertido cientos de millones de dólares en financiar directamente, entrenar y abastecer el servicio griego de inteligencia, el KYP.

Un viejo amigo y agente de Nixon, Murray Chotiner, ladró a Demetracopoulos para «dejar tranquilo a Pappas. No es una política sagaz. Ya sabes que Tom Pappas es amigo del presidente». En 1976 Henry J. Tasca, un oficial de carrera del servicio diplomático, ex embajador de Nixon en Grecia, gruñó ante el Comité de Inteligencia de la Casa Blanca la declaración jurada de que Pappas había sido manipulado. Tasca murió el año 1978, en un accidente automovilístico. Después del golpe militar, el Pentágono empezó a vender armas con carácter de «mercancías suplementarias» a la junta griega. No podía vendérselas como material de defensa porque la junta tenía la desaprobación de los perros americanos. La hipocresía es la herramienta de la codicia. Cada año subsiguiente, el valor total de aquellas mercancías militares aumentó en diez millones de dólares. Al Gobierno de los Estados Unidos lo mueve la codicia.

Ansiosos por aumentar sus beneficios, Nixon y Kissinger querían embarcar el armamento sin tapujos, pero lamentablemente en aquel momento el pueblo desaprobaba el gusto de la junta por la tortura

de prisioneros políticos. De modo que, a la chita callando, Nixon y Kissinger filtraron al *New York Times* que el renovado flujo de armas hacia Grecia obedecía a una crisis de seguridad nacional ya desatada en Medio Oriente. Al gobierno de los Estados Unidos lo mueve la codicia a través de los medios de comunicación.

La primera batalla de Don Quijote contra América: La carta

–Me haré mercenaria –ladró Don Quijote–. Pues ¿qué clase de soldado es aquel que nada posee, ni siquiera ideas? Yo no poseo nada. No poseo ni a San Simeón, el perro.

»Un ejemplo de que no posea a San Simeón es que ahora San Simeón vive con otra. No tengo ni idea de dónde viven porque en general no tengo ideas.

»Por lo tanto América está jodida. ¿Cómo reconozco el hecho profundo y casi incomprensible de que América esté jodida? Porque el propietario de mi apartamento de Nueva York es artista. Gracias a sus elevados ideales de izquierda, sus obras tienen éxito. Como parte de estos ideales de izquierdas, el hombre les prometió a sus inquilinos que si ellos adaptaban sus espacios a las normas municipales, mantendría estables sus alquileres y les devolvería lo invertido en la construcción si decidían o cuando decidiesen marcharse. Por desgracia, los contratos de arriendo olvidaban mencionar la estabilidad del alquiler, al tiempo que pasaban a los inquilinos el pago de todos los impuestos, costes de calefacción y gastos de escalera. ¿Permite la ley que un contrato sea legal? ¿Obtiene Shylock su libra de carne en nuestra época?

»¡No! Pues en Nueva York no existe la legalidad. En este hogar de artistas solo existe la imaginación. Mi propietario es la Imaginación de la Izquierda Americana.

»Uno más uno igual a cero. No tengo modo de luchar frontalmente contra América porque no tengo manera de encontrar al propietario. Aquí no existe la legalidad porque siempre ganan los abogados.

»Tendré que destruir América –decidió Don Quijote en lo profundo de su corazón de corazones, o coño– por medios más oblicuos. Así

pues, primero tendré que ignorar mi vida cotidiana o cualquier cosa que sepa. Segundo, tendré que batallar contra alguien, y en una situación que desconozco por completo.

»La civilización sobre la que menos sé –hay muchas civilizaciones de las que no sé nada– es África, porque África está lejísimos y aquí hay mucho mito sobre los negros. ¿Todos los mitos son mentira? Veamos –empezó a preguntarse Don Quijote–, ¿qué está ocurriendo en África?

»¿Dónde puedo interferir?

Lamentablemente aquella noche no parecía haber problemas en África. Biafra acababa de declararse independiente y los EE. UU. la apoyaban. ¿Por qué se conducían los EE. UU. tan románticamente? Porque los ibos biafreños eran cristianos, en su mayoría católicos –los judíos, a causa de los sistemas tribales, siempre prefieren un católico a un *wasp–,* mientras que (allí) la derecha era negra o musulmana. No siempre son económicos los móviles políticos que hacen de la política algo tan complicado. Para Don Quijote era arduo decidir qué hacer. «Si América no es el gendarme del mundo, actuemos al menos como conciencia mundial en esta cuestión de vida o muerte para millones...»: Nixon respecto de Biafra durante la campaña presidencial de 1968.

Poseedora de la caballeresca virtud de la paciencia, Don Quijote se mantuvo al acecho.

Dos años más tarde tuvo su oportunidad. Entre millón y millón y medio de biafreños estaban muriéndose de hambre. En ciertas aldeas no quedaba vivo nadie mayor de siete años. Aunque según Kissinger, pues ese perro tenía emociones humanas y quería ayudar a los biafreños, el Departamento de Estado se lo estaba impidiendo. Así que a fin de ganar el Premio Nobel Kissinger le ladró a Morris la orden de que gruñera negociaciones secretas con el ministro de Relaciones Exteriores de Biafra en el apartamento del director de la *Saturday Review.* No le ladró a Morris cómo debía negociar. De aquellas hediondas negociaciones los biafreños huyeron rumbo a la OTAN de Bruselas. Por intermedio de Morris, Kissinger los persiguió, o más bien persiguió el Nobel: Morris envió un mensaje clandestino a Eagleburger, antiguo papá suyo en el CNS y ahora consejero de la

cancillería para el embajador ante la OTAN, Ellsworth, para que se reunieran secretamente con los biafreños. Desafortunadamente, ese mensaje enviado a través de la Agencia Nacional de Seguridad, no llegó a Bruselas sino al Departamento de Estado. Eliot Richardson, vicesecretario de Estado, apoyaba a los nigerianos. Íntimamente, tanto Kissinger como Morris consideraban que todo aquello era un gran chiste. «Henry comprendía perfectamente cuáles serían las consecuencias y no tenía motivos burocráticos (al contrario que el Departamento de Estado) para defender un interés determinado. Realmente hay una veta compasiva en él, aunque es cierto que todo resulta negociable. No tenía un motivo racional para permitir que aquellos niños murieran de hambre; si lo hizo fue porque temía enemistarse con Richardson, pues Richardson y él tenían otro estofado que atender», gruñó Morris.

A fin de salvar a los biafreños, Don Quijote escribió una carta privada al presidente Nixon y se la dio a un marinero. El marinero le entregó la carta a Nixon. La carta decía: ESTO SÍ PODEMOS HACERLO: ESCRIBIR CARTAS A VUESTROS CONGRESIPERROS LOCALES «Escribo esta carta desde mi lecho de muerte. (Cada vez que Don Quijote llegaba tarde a los exámenes, lo cual en el colegio le ocurría invariablemente, justificaba el retraso diciendo que aquella mañana había muerto su abuela. En realidad, una de las abuelas de Don Quijote era una mendiga del Bowery y la otra, que nunca quiso tener a su hijo, había desaparecido antes de que el niño, metido en la incubadora, pudiera verle la cara.) Este es mi lecho de muerte. Escribo en mi nombre y en el de todos los haitianos. Por la presente les informo que tienen ustedes que devolver esa misión de la cual, o la esencia de la cual, *es aquello de lo que nosotros, los Enfermos de Sida de Haití,* les hemos responsabilizado. ¿Cuál es esa misión? El vudú. Son ustedes demasiado indiferentes y parecidos a nuestros exmaridos como para cumplir cualquier rol. Acaso otros, acaso alguna otra persona, pueda cumplir algo ya que el vudú es la realidad. Parece ser que mientras los humanos andan sobre la sangre, los traidores a la humanidad como vosotros se lo pasan bien. Por desgracia, ni los neoyorquinos ni los haitianos tienen sangre, porque viven en la mierda. ¿Quiénes son ahora los países

del Tercer Mundo? En cuanto a mis amigos los biafreños... se han olvidado ustedes de enseñarles a comer. Por eso, ya que no tienen ustedes cabeza, les vamos a rebanar el estómago. Entretanto, hagan ustedes el favor de aceptar mis excusas si mi mano izquierda no puede dibujar correctamente estas letras. Como no me enviaron a Oxford ni a ningún lugar de esos, lo que mejor escribo son cruces en mis muñecas con una navaja. Escribo presa de la fiebre. Espero que esta carta les halle a ustedes en buen estado de salud».

El fracaso de mi escrito

Recibida esta carta, Nixon telefoneó a Kissinger: «Van a dejar que mueran de hambre, ¿verdad, Henry?».

Kissinger: «Sí».

Luego Kissinger y Nixon pasaron a ladrar acerca de ciertas cuestiones de política exterior.

Biafra había caído. Durante las cinco semanas posteriores a la caída, cincuenta mil niños y civiles murieron de inanición.

Ahora nadie quiere mi carta.

¿Qué podemos hacer? El fracaso de La Revolución

Una perra pasó caminando frente a Nixon y el marinero. Masticaba un pedazo de pan. Se volvió hacia Nixon, se sacó de la boca el pan mascado y se lo dio:

–¿Qué fue de la Revolución americana? ¿Qué es esto de la Libertad americana? Lo que medra en el país es el comercio: los Dueños del Comercio se enriquecen. Reagan ladra que en este país está prosperando el comercio. Libre empresa, libertad: ¿qué son? Tanto en la paz como ahora: la libertad es inanición. ¿Qué ocurre si la libertad se rebela? Cuando la libertad se rebela y quiere decir su nombre, lleva al pueblo a las celdas de tortura y las cárceles políticas secretas.

–La revolución no existe –le ladró Nixon a la perra–. Solo existen los grandes negocios. Nosotros los perros hemos visto suficientes carnicerías. Conocemos la anatomía canina del derecho y del revés.

–Pero tú puedes decir que la revolución no existe –gruñó el marinero– porque tú posees. Hablar del necesario fracaso de toda revolución, como hacen los intelectuales, es más fácil cuando a tus hijos no les falta techo y comida. Cuando las perras pueden realmente tener hijos. Un día, los muertos en vida despertaremos y querremos proclamar nuestra propia libertad, algo hasta ahora nunca conocido.

–¿Tú conoces la libertad? –le ladró la perra gorda a Nixon–. ¿Sabes qué es la libertad? Como todo, la libertad ha de pagarse con sangre. ¿Cómo puedes comprender tú la libertad, si ni siquiera pagas tus impuestos? La libertad no es nada hasta que se utiliza.

–Yo estaba allí cuando el pueblo tomó la Bastilla. Estaba allí cuando la última cabeza borbónica al fin cayó en la cesta. ¡Pam! Sangre. Hemos cercenado las cabezas a los aristócratas, y ahora sus colas –los burgueses– nos violan a nosotros. ¿Quiénes somos? ¿Puede haber libertad sin identidad? ¿Es esto otra forma de libertad?

Nixon les dio la primera definición de la Libertad de América

–Os hablaré de este país. Es decir, os contaré por qué defiendo las armas nucleares. Yo, Richard Nixon, defiendo las armas nucleares porque. Este coño apesta. No es extraño que tenga que trabajar con la mafia. Las perras nunca están satisfechas. Todos debemos darnos la mayor prisa posible, TODOS, porque si no... acabaremos más secos que el Sáhara que nos está saqueando. Debido a que la mafia ya no comete crímenes, este coño, ahora un pescado muerto, ha dejado de apestar. Sus huesos putrefactos se quiebran y en la carne viva se clavan astillas venenosas. ¿Sabéis quién soy? Hoy en día América es una diarrea, una mierda agusanada, en el ir y venir de la música del Tercer Mundo. ¡Violad el Coño Americano! (Yo lo hago. Guau.) Dadle de beber su vómito revomitado, y así hasta vosotros veréis con vuestros propios ojos que no conoce la diferencia entre una clase de vómito y la otra. América: nuestra tierra de libertad. ¿Qué es la libertad? Nixon sacó el talonario del bolsillo.

El marinero le miró con curiosidad.

–Yo he entregado tu carta fatal.

El marinero se alejó.

Una conversación entre Nixon y el Ángel de la Muerte
Qué podemos hacer: La imaginación: Ahora, tirar comida sobre los polvos de Nixon

Nixon, contento de seguir teniendo un talonario, se fue a casa para estar con su perra, la señora Nixon, y empezaron a copular. Esto trata de Nixon porque sucedió en el pasado.

Mientras jodían se les apareció el Ángel de la Muerte y ladró:

–Soy el Ángel de la Muerte, que es la Desesperación.

–Dicky, ¿no puedes mantener un rato fuera a esos maricones del Servicio Secreto? Lo estamos intentando, ¿no?

El Ángel de la Muerte probó de nuevo:

–Estoy aquí, señor Fulano-de-Tal, porque usted me convocó para aplastar los espíritus de los Americanos. Ya lo he hecho. El único inglés (o idioma) que se habla es el de la desesperación. Los americanos ya no se molestan siquiera en ladrar. El único modo de comunicarse que tienen ahora es el dolor. La mayoría no se atreve. Mi dama es el Terror. Mientras siguen ustedes follando, miren:

El señor y la señora Nixon dirigieron las miradas hacia la pesada cortina verde donde vieron un cuerpo que moría transformándose en el gusano blanco que siempre había anidado en su abdomen.

–Estos –gruñó el Ángel de la Muerte– son el Terror y la Desesperación; están follando. Puesto que el mundo es sagrado, cada vez que dos miembros suyos como ustedes se ponen a follar, joden la Desesperación y el Terror. El Diablo murmura.

»¿La Desesperación y el Terror engendran hijos? Su hijo es la esperanza. La única esperanza que le cabe a un perro es la Muerte. Mi hijo vive en la imagen que tengo de mí. Lo mismo ocurrirá con los vuestros.

»Nixon. Soy los cuchillos que las perras puertorriqueñas, las perras sin hogar y todas las demás perras están clavándose ahora en el coño. ¿Por qué? Ya no pueden tener hijos y tampoco pueden no tener hijos. Soy los cuchillos, los únicos cuchillos, que deben perforar la vagina de la hegemonía. Me preguntasteis por la Desesperación

total. Soy el cuchillo, es decir, el nuevo Jesucristo: soy la causa, la Desesperación o el cuchillo, las lágrimas de sangre que rezuman nuestros ojos y nuestros yoes. Los únicos yoes que pueden existir hoy son las lágrimas. Habéis requerido la Desesperación y la Nada de vuestros constituyentes: habéis hecho comparecer vuestra propia destrucción.

–Te diré algo sobre la desesperación –ladró Nixon al Ángel en tono alto, sin dejar de joder–. Kissinger y yo pensamos que es bueno diseminar armas nucleares por el planeta. Pero continuamente nos entorpecen de toda forma y manera, a cada paso. Todo el mundo nos estorba. Todo el mundo está en contra nuestra. Los soviéticos piden conversaciones sobre desarme. Nuestro propio pueblo ladra contra las centrales nucleares. Los europeos ladran contra el control político extranjero (esto es, americano) que consideran los llevará a morirse de hambre. Si mueren de hambre, es cosa de ellos. Los ingleses mueren de hambre porque no quieren aceptar nuestras lecciones sobre cómo emplear la tecnología informática y nuclear y apoyar la democracia con tanques.

»Tengo un mensaje para Europa. Este mundo es un mundo nuclear, de modo que, si no os gusta la ciencia ficción, nunca seréis caninos.

»¿Acaso no es esto la desesperación? Pero soy americano, y tanto sufrimiento y desesperación no me seducen como a los europeos. Por ejemplo: tengo que iniciar conferencias SALT. Las conversaciones SALT son una mierda. Así que, como buen hijo de puta fanfarrón, no las inicio, pero tampoco lloro como un mariquita. Te daré un ejemplo:

»Corría abril del 67. Época de impuestos. Ellos, los llamados perros americanos, querían que yo enviase a Cyrus a Moscú para llegar a un acuerdo sobre limitación de armas estratégicas o algo por el estilo. ¿Sabes qué hice? ¿Sabes cómo manejé esa situación pegajosa? Antes que nada, di instrucciones a Cyrus para que entablara esas pamplinas estratégicas o como se llamen, pero solo sobre armas pasadas de moda. Todo el mundo contento. No podía permitir que tocaran nuestros MIRV. Además de esto, Cyrus únicamente firmaría los acuerdos siempre y cuando los rusatas

dejaran de guerrear en Vietnam. La guerra la empezaron ellos. Los rojos nunca se responsabilizan de sus responsabilidades. Nosotros sí que nos responsabilizamos de las armas nucleares; incluso nos responsabilizamos de culturas primitivas como Vietnam, algo que empezaron ellos.

»Yo soy un hijo de puta bien ladino. A mí no me toca nadie. Ningún perro me va a dar consejos. Yo no finjo nunca, si es que en algo hay que fingir, porque no soy inglés; yo hago exactamente lo que me viene en gana porque soy acero y todos los demás perros son papilla.

»Pero ¿qué hay de los asuntos internos de este país? Os contaré algo sobre nuestras tuberías: la estructura de la Casa Blanca está *meshíguene*.[1] Es imposible creer que nadie en sus cabales se atreva a pensar que un cerebro que no sea el de un cadáver funcione así: burocracias, comités, reuniones, temas a discutir... A todo le doy impulso. Primero organizo reuniones, comités como el comité oficioso de Kissinger para el armamento nuclear, de manera que todos estén ocupados en algo, pero yo no me apunto a ninguno. No me extraña que estemos obligados a soportar un déficit en el presupuesto nacional. La democracia es cara. El único hecho real, y esto no hace falta discutirlo, es que nuestros enemigos económicos fabrican armas cada vez más poderosas.

El señor Nixon paró por completo de follarse a su esposa. Se tocó la arrugada y temblequeante polla enrojecida.

–Esto es América, desgracia de Occidente, fábrica de esclavos en el vacío entre dos océanos.

El Ángel de la Muerte intentó replicar con un ladrido a aquel perro que lo había convocado. Pero no pudo hacerlo por la misma razón que impidió al pequeño grupo *ad hoc* de expertos en armamento, formado por Kissinger, lanzar sus ladridos sobre este.

El Ángel sabía que Nixon lo había requerido no para ladrar sino para emplearlo como asesino de todos nosotros. ¿La incapacidad americana de hablar, la desesperación, es una máscara de la revolución?

Incapaz de hablar con nadie, lo dijo para sí, *El Ángel de la Muerte*

o Thomas Hobbes se ladra argumentos a sí mismo acerca de si el mal es necesario en el mundo canino

–¿Hay alguna razón para que yo viva, pese a que no estoy vivo? En resumen, pregunto: «¿Qué es lo canino?», o «¿Quién soy?».

»Parte de mí sencillamente funciona porque funciona. Ejemplos: cagar, dormir, negarse a tener frío, respirar. ¿Existen otras partes mías? Sí. Puedo tomar decisiones. Imagino o fantaseo. Estas actividades comportan mundos dualísticos o condicionales. Luego los mundos caninos son materiales (son, sencillamente), dualísticos y condicionales.

»¿Qué es decidir? La decisión puede comportar pensamiento o no. Esto solo es verdad en el mundo dualista. Una decisión que no comporte el pensamiento se parece a la mierda. Una decisión compuesta de pensamiento ha de estar compuesta por más de una idea, pues pensar una idea sola es difícil. Para los perros. Más difícil aún es dejar de pensar. Si la decisión comporta el pensamiento, el mundo dualista canino es ideacional.

»¿Cómo es que tengo pensamientos tan decisivos? O bien mi mente, donde ocurren los pensamientos si es que ocurren, funciona como un receptor de radio, o yo deseo. ¿Se asemeja este deseo al acto de cagar? ¿Está desprovisto de ideas? ¿Acaso se me ha enseñado a aprender lo que sea y como sea?

»Lo que pregunto es si existe posibilidad alguna de que la vida de un perro tenga significado.

»Observad los detalles. Si sois americanos, no olvidéis nunca observar los detalles. Estos son los detalles de mi vida: Cuando era cachorrillo, mi familia era de la haute bourgeoisie y vivía entre perros ricos; en la sociedad perruna fui especialmente zopenco porque para pensar así me habían entrenado. Viví en los suburbios, en la parte más baja de la sociedad, porque regentaba una sala de espectáculos porno. Luego me convencí de que merecía ser aplastado, de que si no lograba salir del fango por esfuerzo propio me moriría, y de que debía volverme duro. Fui miembro de cierto grupo –el mundo artístico– cuyos miembros, convencidos de ser a un tiempo marginados de la sociedad y mitos de esta, expanden sus psicologías individuales hasta convertirlas en verdades generales. ¿Guardan

estas tres identidades caninas alguna relación entre sí? ¿Qué sentido puede tener una vida o trayectoria semejante?

»¿Alguno de mis actos es libre? ¿Me es posible conducirme con intencionalidad total? América es la tierra de la libertad. O sea, América es la tierra del mito o la creencia en la libertad. ¿Por qué? Porque en Inglaterra, la Madre Patria contra la cual se rebeló en nombre de la libertad, la vida de un perro estaba (y está) determinada por la clase y la historia en cuyo seno nacía. Los perros americanos se negaban a vivir vidas de perros. Querían hacer sus propias vidas y triunfaron. El perro americano, que se forma a sí mismo, no se tiene sino a sí mismo y está obligado a triunfar, esto es, a sobrevivir. No es capaz de amar, sobre todo a otro perro viviente.

»¿Entonces qué es una vida de perro? Cuando estaba vivo, los demás perros me consideraban listo porque era muy estúpido. De modo que a esos perros disgustados por la cárcel de la autodeterminación les dije: "Tenéis que comprender que no sabemos nada. No os matéis entre vosotros por motivo alguno, llámese libertad o revolución. Yo ni siquiera puedo asegurar que lo que estoy diciendo signifique algo".

Un inquilino responde al Ángel de la Muerte, Thomas Hobbes

–Pero cuando uno está muriéndose de hambre, no piensa. El pensamiento y el pensar en la rebeldía en vez de rebelarse son cosas de la élite educada para pensar.

El Ángel de la Muerte, Thomas Hobbes

–Pero ¿es que acaso sois perros, perros? ¿Acaso actuáis sin pensar? ¿Seguiréis actuando siempre tan estúpida e inconscientemente? ¿Sabéis siquiera qué es lo que os da placer? Contestan los inquilinos puertorriqueños

–Nosotros no sabemos qué es el placer, señor. *El Ángel de la Muerte, Thomas Hobbes*

–Como ya he dicho, pero debo reiterar, ¿verdad?, uno bien actúa pensando o bien actúa sin pensar. A fin de experimentar placer, debo saber que lo estoy experimentando. El placer se manifiesta al perro únicamente en el mundo ideacional.

»"A mí me gusta mi vida." "Me encanta la vida que llevo." Meditad

acerca de estas dos afirmaciones. En tal contexto, sentido y placer –ambos formas de la conciencia– aparecen intervinculados.

»Así pues, perros, ¿cómo pueden encantaros vuestras vidas? ¿Cómo pueden valer lo más mínimo las vidas de los pobres?

Los inquilinos puertorriqueños al unísono

–Nuestras vidas no valen lo más mínimo. *El Ángel de la Muerte, Thomas Hobbes*

–Así que al demonio vuestras vidas. En cuanto a la mía. ¿Siento yo placer? Estoy muerto. La cabeza cercana se desliza por el suelo. El monstruo ha entrado en el museo de cera. ¿Cuándo me siento contento con mi vida? Cuando siento que mi vida está llena de posibilidades –esperanza– y cuando me siento útil a la sociedad –buenas acciones–. El placer y el significado caninos, por lo tanto, radican en la esperanza y las buenas acciones.

»¿Qué es eso de la esperanza y las buenas acciones? Lo que ya he dicho antes lo reitero ahora: uno piensa bien mediante ideas recibidas o bien mediante el deseo. El deseo, inconsciente o inculcado, se asemeja a la recepción. En resumen, pues, soy un perro. Tanto mi esperanza como mis acciones son mecánicas.

»¿Me estoy contradiciendo? Las contradicciones solo existen en el mundo dualista, en tanto que las partes operan de modo no dualista. Las partes de una máquina pueden guardar entre sí cualquier clase de relación; una máquina necesita energía, no determinadas relaciones lógicas, si se quiere que funcione.

»¿En qué consiste la energía o poder que constituye la base de la vida de un perro? Tomad un ejemplo cualquiera. Cualquiera. El dinero. Un perro debe ganar dinero. Ahora bien, ¿cómo puede ganar dinero un perro, un perro? Lía su porro y se lo vende a un primo. Hay montones de perros que son unos primos. De este modo, el perro traficante gana dinero gracias a que posee algo deseado por otro perro que tal vez no sea traficante ni camello. El mantenimiento de una vida de perro o aperrada depende de relaciones desiguales (de poder) entre perros o sujetos. En el ejemplo mencionado, las relaciones son de propiedad y deseo. Las operaciones de las piezas de una máquina dependen no solo del poder o energía sino también de las relaciones desiguales de poder (una definición del poder).

»Todo esto es cierto. La vida perruna depende de relaciones de poder desiguales o de la lucha por este. En semejante sociedad vivimos. La vida del perro, aun tratándose de un perro muerto como yo, es solitaria, desagradable, pobre, embrutecida, corta. La condición del perro es la de la guerra, aquella del todos contra todos: así pues, todo perro tiene derecho a todo, incluso al cuerpo de otro perro. En eso consiste la libertad.

»¿Qué es, pues, lo que cohesiona a la sociedad? ¿Solo la guerra?

Los inquilinos puertorriqueños al unísono

–En la vida, lo único que conocemos es la muerte. *El Ángel de la Muerte*

–¿Es inevitable que la guerra dependa de la muerte? –Mira a los puertorriqueños–. ¿Entonces contra qué os rebeláis? ¿Contra vosotros mismos, si todo es muerte?

Los puertorriqueños

–No nos rebelamos. Nos rebelamos. *El Ángel de la Muerte*

–La Muerte es rebeldía. Estamos en el Mundo Libre. ¿Cuál es la primera revolución política que produjo el Mundo Libre? La de Baby Doc. Pero ¿es tan simple la canina relación histórica de causa y efecto? ¿Cómo sé lo que no veo ni sé? Cada día veo muerte. En la vida cotidiana mi único placer estriba en la ausencia.

El inquilino que primero levantó la voz habla suavemente

–Pues entonces no importa si pensamos o no. *El Ángel de la Muerte*

–La Revolución americana o libertad americana es una máscara de la muerte. Nuestro nihilismo y nuestra agonía han de ser la máscara de nuestra revolución.

Habiendo ladrado esto, el Ángel de la Muerte se volvió una vez más hacia Nixon y señora, quienes habían dejado de follar y miraban con ojos desorbitados.

El señor Nixon

–Nuestro país no tolera la negatividad –ladró el señor Nixon–. En este país no existe el nihilismo.

El Ángel de la Muerte

–¿Qué es mi nihilismo? –preguntó retóricamente un ángel. *Retrato de una familia americana*

–Me hallaba en la madurez de mi vida –ladró un ángel al señor Nixon–. Frente a mí (yo lo veía) no había nada. A mis espaldas solo había hechos culminados y transformados en recuerdos o lamentos. Me encontraba a oscuras por partida doble: no comprendía; todo (en mi vida) había culminado, y siempre en el fracaso.

El sueño del corazón perruno es la Muerte

–Huí de Nueva York para volver junto a mi familia. Me precipité en los brazos de mi padre.

»"¿Por qué tienes que volver aquí?", me ladró papá.

»"Nueva York es un infierno. No imaginas lo infernal que puede llegar a ser el capitalismo. Marcharme de aquí, papá, fue un error. Huí a la ciudad porque en un hogar normal no me sentía normal y, queriendo ser dueño de mí mismo, deseaba expresarme. Para sobrevivir en la ciudad chupé pollas mientras sus propietarios me apuntaban a la cabeza con pistolas. Al mismo tiempo tenía miedo. Tan continuamente y tanto me asustaban los hombres, que no dejaba de correr detrás de otros hombres que pudieran protegerme, más que nada porque tanto miedo me daban los hombres que no quería saber nada de ellos, pero esos otros hombres no me querían. El amor era para mí violación y rechazo. Si nadie me amaba, no lograría encajar en aquel mercado o mundo de devaluación total. Pero encajé a la perfección. Me parecía estar en Marte. Carecía de ideas sobre cómo vivir en Marte. O mi educación había sido inadecuada o deficiente, o yo no era quien había sido destinado a ser.

»"Día tras día me iba haciendo mayor. Ninguno de mis rasgos cambiaba. Seguía siendo insoportable y soñador. Cuanto más pasaban los días, más lloraba. Mi única reacción contra la devaluación sostenida era el autismo y, de vez en cuando, el odio. ¿Y qué podía odiar? ¿Qué conocía? Era del todo impotente porque no podía existir. La única actividad al alcance de mis capacidades era el llanto. Hace unos días por fin me marché de allí. Vosotros sois la única ternura que he conocido."

»"Has hecho muy bien en regresar. –Mamá estaba cocinando bollos de maíz–. Este es tu hogar; nunca has pertenecido a ningún

otro. La familia es el único refugio que tenemos. Papá y yo lo hemos estado discutiendo."

»Yo comí una parte de mi bollo de maíz. Mi padre me abrazó, desmenuzándome parte del bollo de maíz en la ropa. "¿De verdad que me queréis?" Me resultaba difícil creer que yo pudiera ser feliz.

»"Tu madre y yo siempre te hemos querido. Así son tus padres. Fue gracias a nuestro amor que viniste al mundo; viniste al mundo con nuestro amor."

»Yo no podía replicar.

»"Un día escapaste de aquí. Es normal que los muchachos rompan con sus padres. Querías revolcarte en el mundo de fuera. Y te revolcaste en el odio y la suciedad que abundan por allí. En nuestra época, la familia es el único baluarte contra la suciedad y el odio. En el nivel político, el odio es la revolución. En el nivel social, el caos. En el personal, la autodestrucción. Tú te hundiste en la revolución, el caos y la autodestrucción. Esos son los estandartes de los de tu especie.

»"Nuestro amor puede salvarte del cementerio de los pobres de la ciudad. En el seno de una familia uno se encuentra a salvo."

»Tan amargamente lloraba yo por lo mucho que me habían dañado y por lo mucho que me había lastimado el miedo, que ya no podía aceptar el amor ajeno, y tuve que encerrarme a llorar en el lavabo.

»"Has vuelto a la cárcel por voluntad propia y libre", ladró mi madre cuando salí del lavabo.

»"Eres mi propiedad –corrigió papá–. De ahora en adelante harás todo lo que te ladre que hagas y, más importante aún, serás quien yo te ordene. Esto es una célula de seguridad."

El Ángel de la Muerte refiere su muerte

»Acto seguido mi padre ladró que, como las prisiones de los EE. UU. habían sido privatizadas para que, de común acuerdo con la NBC, pudieran televisarse las electrocuciones, mi familia me sujetaría a una silla de cuero. Me sujetaron con correas. Abandonaron la sala. Por un televisor colocado en su habitación mi padre contempló cómo me electrocutaban.

El Ángel de la Muerte concluyó de este modo su alocución dirigida

al señor y la señora Nixon:

–Piráoslas de este país lo más pronto que podáis. La única manera posible de ser canino y sobrevivir es hacerse traidor. Los traidores son estúpidos y judíos. Ahora ya conocéis la historia. Que vuestra única libertad sea sufrir hasta la muerte.

La imposibilidad de soñar

Don Quijote se libró de Nixon. La Muerte había ganado el primer combate de Don Quijote contra América. La Muerte se esparce por doquier. Las llanuras verdes y amarillentas albergan armamento nuclear. Las ciudades apestan. A mendigos con piernas amputadas de verdad, amarrados entre sí con cables, sentados junto a edificios de cuatro millones de dólares. A artistas tan asnos que ignoran que nada se puede llegar a ser salvo mendigo, que no hay posibilidad de llegar a ser artista de éxito. La sexualidad ha desaparecido. Cuando morirse consume todo el tiempo, no queda tiempo para nada. La naturaleza es abominación. Nixon, hecho de importancia menor en la naturaleza, ya no importaba.

Don Quijote se dio cuenta de que derrotar a Nixon no es derrotar a América y de que para derrotar a América tenía que aprender quién era ese país. En qué consistía el mito de América, pues en esta época la guerra o el control económico y político se despliegan al nivel del lenguaje o el mito.

–En primer lugar –preguntó Don Quijote–. ¿Cómo empezó América? ¿Cuáles son los mitos del nacimiento de América?

Respuesta: El deseo de intolerancia religiosa dio nacimiento a América o la Libertad.

Explicación: La porción noreste de los Estados Unidos fue fundada por cuáqueros y puritanos. En la colonia de Massachusetts Bay, el método de enseñanza era el sermón y el lugar de enseñanza la sala de asambleas de Nueva Inglaterra. La teología, o política, se transmitía no a nivel de teoría, como en la Madre Patria, sino en

términos de praxis: aquellos habitantes del Nuevo Mundo se habían marchado de Inglaterra no porque les prohibieran adorar como quisiesen, sino porque en aquel país ni a ellos mismos ni, más importante aún, a sus vecinos, se les obligaba a vivir en los rígidos términos religiosos que ellos deseaban.

En 1656 Christopher Holder y su amigo fueron enviados a Boston para ser castigados por predicar el cuaquerismo en Nueva Inglaterra. El gobernador de Boston y su vicegobernador, como buenos puritanos, propinaron a cada uno de aquellos perros treinta azotes con un látigo de tres nudos. Luego los arrojaron a una celda vacía. Durante tres días con sus noches se privó a Christopher de alimento, bebida y ropa de cama. Los prisioneros pasaron nueve semanas más de invierno en un gélido calabozo. En el norte de América los inviernos son fríos. Dos veces a la semana los muchachos eran azotados. La primera vez les dieron cincuenta azotes. Posteriormente, el número fue aumentando en tres azotes por vez.

En 1658, los comisionados de Massachusetts Bay dictaron sentencia de muerte contra los cuáqueros.

Respuesta: La libertad americana consistía en el predominio de la tecnología sobre la ideología (lo mismo que en el gobierno nuclear).

Explicación: A los neoingleses les preocupaba la organización y eficacia de su sociedad más que la naturaleza y determinación general de la misma. «Hay en el corazón de todo perro un ansia que tarde o temprano lo lleva a cometer excesos, a menos que el Señor lo contenga, pero no es bueno correr el riesgo:... Por ende es más saludable para Magistrados y Oficiantes de la Iglesia y el Bien Común no consentir nunca más libertad a los hombres... que la que pueda aprovecharles...» A la conducta –cualquier clase de conducta o intencionalidad– era menester amoldarla; todos los establecimientos de comida se amoldan al canon de McDonald's. Dice el preámbulo del CUERPO DE LIBERTADES, primera compilación de las leyes de Massachusetts: «La libre fruición de aquellas

libertades Inmunidades y privilegios que la humanidad la Civilidad y la Cristiandad garantizan a cada uno de nosotros, perros, en su medida y proporción sin perjuicio ni Transgresión, se ha asentado siempre y seguirá asentándose en la tranquilidad y la Estabilidad de las Iglesias y Comunidades». La libertad o conducta individual ha de moldearse en bien de las instituciones religiosas y estatales.

Respuesta: La libertad era el abrazo individual del masoquismo asexuado.

Explicación: Tal forma de libertad o conducta moldeada se manifestaba más claramente en la sociedad cuáquera que en la puritana. Dado que la conducta debía ser a un tiempo moldeada y religiosa, los cuáqueros perseguían el martirologio y lo abrazaban; los cuáqueros «entramos gozosamente en las prisiones como si fueran palacios, y en la celda cantamos alabanzas a Dios y apreciamos candados y cerrojos como si fueran joyas». Ellos votaron a Reagan.

Respuesta: La libertad individual era la alternativa a la opción entre el militarismo y el rechazo a formar parte del Gobierno.

Explicación: En tanto que mártires, los cuáqueros eran pacifistas. Los indios, que aceleradamente iban perdiendo sus tierras, empezaron a masacrar blancos. Los cuáqueros se negaron a luchar. Nacimiento del liberalismo americano. «... no sois aptos para el gobierno», dijo a los cuáqueros John Fotherhill, de la Asamblea Anual Londinense, «(porque habéis aceptado) un crédito público que no podéis saldar. Le debéis protección al pueblo, y sin embargo impedís que este se proteja a sí mismo. ¿No acabará por acumularse a vuestras puertas toda la sangre derramada?» A partir de entonces, el Cuáquero o ciudadano se recostó en la gracia o azar de Dios.

Respuesta: Libertad y dinero han de estar vinculados.

Explicación: «Supondremos que un perro, que en cuanto a capacidad solo equivale a la cuarta parte de un trabajador (y bien que abundan los de esta especie), gana cuatro peniques al día, cinco libras al año, esto en Londres; entre su zorra y el cachorro de más de siete años reúnen cuatro peniques más al día: es lícito suponer (porque es moneda corriente) que el perro tiene otro cachorro demasiado pequeño para ganar algo. Todos juntos no viven sino miserablemente a un coste de veinte libras al año, con lo cual su presupuesto duplica la cifra de ingresos. Es así que se constituyen en una carga de diez libras anuales para la parte rica e industriosa de la nación. En Georgia la misma familia puede cultivar arroz y maíz y criar ganado, obteniendo de la prodigiosa fertilidad del suelo no menos de sesenta libras al año. Enviando a sus pobres al extranjero Inglaterra se hará rica». De este modo Inglaterra «se libró de grandes cantidades de cachorros indigentes y pobres, de toda calaña, que atestaban las calles de Londres».

Virginia era el territorio más dotado del Nuevo Mundo y se convirtió en el estado más bello de la Unión. De las familias más exquisitas engendró la mayor parte de las familias revolucionarias. «En el seno de las grandes fortunas es donde se encuentra menos libertad. En ellas se peca por partida doble, y de modo ejemplar: de lo cual se sigue que aquellos cuyos perritos debieran ser ejemplos o modelos de vigilancia, providencia e industria, no han de permitirse el lujo de dormir a la estéril sombra de la Seguridad. Los canes de alta cuna (ha dicho alguien) son tres veces siervos: siervos del Soberano, o estado; siervos de la Fama; y siervos de los Negocios. Así es que para ellos no hay libertad posible...» Cuanto más importante es el perro política o socialmente, de menos libertad disfruta. Cuando en 1766 murió John Robinson, presidente de la Cámara de Burgueses y tesorero de la colonia de Virginia, los administradores de su patrimonio descubrieron que, mientras se desempeñaba como tesorero, había sustraído dinero de los fondos públicos por un valor total de 100.761 libras, 5 chelines 7 peniques.

Había prestado 14.921 libras a su amigo William Byrd, 6.274 libras a su amigo Lewis Burwell, 3.848 libras a su amigo Carter Braxton, 3.975 libras a su amigo Archibald Cary y 1.020 libras a Edmund Pendleton, administrador de sus propiedades. Su generosidad lo había impulsado a apoyar con fondos públicos a toda familia prominente de Virginia que ostentase un fondo público. De este modo «Inglaterra se libró de grandes cantidades de cachorros indigentes y pobres, de toda calaña, que atestaban las calles de Londres». Los burgueses que elegían a los gobernadores, consejeros, jueces y oficiales militares de Virginia, así como a los delegados a la Convención Federal, casi exclusivamente de entre sus propios clanes, se mostraban remisos a separar los cargos de presidente de la Cámara y Tesorero, y no menos remisos a auditar las cuentas de la colonia. «Los aristócratas como Washington, Henry, Marshall y Harrison pretenden que el país quede cosido. A eso se refieren cuando hablan de representación.»

Don Quijote destruye el poder nuclear

–Me encuentro entre perros que me son extraños. En este lugar soy desdichada. En esta jaula de acero y ladrillos. De edificios medio desalojados. De muros con agujeros. Para mí ya nada tiene sentido. Ayudadme. Me duele la cabeza. Soy obrera. No tengo trabajo. En este lugar no tengo trabajo. Como no tengo trabajo, no duermo, pero no hay razón alguna para que no duerma porque no tengo de qué sentirme ansiosa. Lo único que tengo es un montón de emociones inservibles. Tendré que telefonear a mi jefe. Excúseme, por favor. Mi jefe vive en el decimosexto piso. Excúseme, por favor. Aunque no trabaje, tengo un jefe porque todo el mundo tiene uno. Mi jefe vive en el piso cuarto o el vigésimo de este edificio. Como la mayoría de los edificios de esta zona de Nueva York, este tiene seis pisos. En tres de ellos vive mi jefe. A los demás, que somos veinte, nos cobra a cada uno un millón de dólares anuales por dejarnos vivir aquí. Excúseme, por favor. Yo, por mi parte, vivo en el sótano del edificio porque siendo viuda no puedo convivir con yonquis y el sótano no tiene ventanas por las que se vean yonquis. A las perras

se les está poniendo más fácil andar seguras por la ciudad porque el aire está contaminado. Debido a eso, en mi sótano hay muchos refugios antiaéreos anticuados enviados por el gobierno inglés como retribución por nuestros misiles de crucero. Los refugios antiaéreos son de mi color favorito.

»Supongo que algo habrá que yo tenga que hacer. Debe de haber algo que yo tenga que hacer. Fui al lavabo. Excúseme, por favor. Por pobre que sea, hay una cosa que me gustaría poseer. Me gustaría poseer un espejo. Me gustaría poseer un espejo para poder verme. No voy a esperar que otro perro me cuente cómo soy: de otro perro no voy a esperar que me cuente la verdad. La mayoría de los perros saben qué aspecto tienen porque saben cómo vivir en este mundo. Yo soy la única que tiene sentimientos. Cuando estoy en la escalera del edificio y veo un perro me vienen tantos sentimientos que corro a esconderme en un rincón. El tramo de escalera que está justo encima de mi casa lleva al piso cuatro. De veras que me dan ganas de esconderme en un rincón. Supongo que he de ver a mi jefe. Me obligaré a ver al Jefe. Y no obstante sé que no tengo motivos para temer nada, porque soy muy buena persona. Siempre he hecho todo lo que cada perro me ladró que hiciera y después le he dado las gracias. Salvo cuando mentía. En esos momentos era mala, pero ahora no soy mala porque llevo reloj. Basta que me lo pidan para que llegue a tiempo. Si llego un minuto antes, tomo una taza de café porque del café soy yonqui. Si llego un minuto tarde, les retraso los relojes a todos porque sé que soy lista. Piensen lo que piensen de mí –y sé que a veces son capaces de pensar la tira–, jamás me permito ser nada. No es que llegue a tiempo: soy el tiempo.

»Ahora son las 10:53:08. A las 11:07:00 me llamará por teléfono el Jefe. Me he pasado el día entero esperando junto al aparato. Como soy la única que tiene sentimientos, me he echado a llorar. Estoy llorando porque tengo demasiados sentimientos: los sentimientos deben de ser síntomas de insatisfacción. Dado que la insatisfacción es una apariencia, tengo que librarme de esta insatisfacción antes de que el Jefe se presente. Tengo que fingir. Dentro de unos minutos dejaré de existir en el despacho del Jefe en el cuarto o vigésimo piso. Tengo que dejar de existir. Si el despacho

está en el cuarto piso, entraré. Si no está, subiré corriendo los pisos restantes. Si el despacho tampoco está allí, me tiraré por una ventana. En mi sótano no hay ventanas. Entonces se enterará de lo que ha perdido. El Jefe empezará a reconocerme y respetarme. Una vez haya muerto seré alguien. Tengo que llegar al despacho a tiempo. Soy el tiempo.

El Despacho

Luchando con sus nervios, la vieja y flaca caballero consultó el reloj. Sobre las arenas del tiempo. El reloj se había parado. Los recuerdos habían desaparecido; no era nada, casi nada. ¿Cómo podía una nadie ver al Jefe? Como la cuestión no tenía importancia, se infló y contoneándose entró sin más en el despacho del Jefe y se plantó directamente frente a él. El Jefe había querido verla, pero no la vio. El tiempo lo cambia todo. La caballero, cuyo corazón hacía tictac porque el Jefe no lograba verla, se tiró, tiempo o tictac, bomba en fin, por la ventana.

Ya no existía el tiempo.

Un mundo más allá del tiempo. El sangriento perfil de una cabeza en cada uno de los escritorios del mundo. El sangriento perfil del trabajo alienado. El sangriento perfil de los fetos. No es preciso imaginar más. En tanto somos sueños vivientes, las yemas de nuestros dedos chorrean sangre. Cuando los vivos despierten despertará el despertar, las venas de la noche son de metal. Su cabeza son los fetos del despilfarro nuclear...

Una conversación al filo del final

Otro Perro: Larguémonos de aquí, ama. En este país no vale la pena vivir.

Don Quijote: Sí. Yo amo este país. Pensaba salvarlo.

Otro Perro: Pues no lo hiciste. Todo está como siempre. (Contemplan el polvo del desierto.)

Don Quijote, llorando: Hice todo lo que pude.

Otro Perro: Ni siquiera te hiciste puta. En cambio yo, como toda

perra nacida o por nacer, tuve que ser la idiota, la divisa de las cenas de los maricas de armario de la alta sociedad: me invitaban porque yo era su divisa. Usaban mi culo de felpudo, pues como zorra me transformé en un culo. Qué decadencia. Fui el cenicero donde aplastaban sus cigarros de borrachos, ¿y todo para qué? ¿Por qué les lamemos los culos a los ricos? ¿Para que se dignen soltarnos unas mugrientas migajas más de vida sarnosa?

Don Quijote: No puede ser por eso. Ellos no necesitan tus enfermedades. (Apartándose del perro.)

Otro Perro: Los perros no se fijan en esa clase de cosas. ¿Cómo entonces vas a poder tú, miembro de la élite, destruir la élite? ¿Por qué quieres salvar el mundo? ¿Para arrojárselo a los mismos perros de los que te apartas? ¿Eres inconsciente, o idealista?

Don Quijote: Ser libre es imposible, ¿no? Al menos los perros y obreros europeos han aprendido que no son humanos.

Los Desiertos del Tiempo

Otro Perro: Guau.

Don Quijote: Nunca entenderé la brutalidad. En todos los países hay millones de miserables que temen a su miseria. Preguntas por el propósito de la revolución. ¿Qué significa América qué significa la libertad qué significa Reagan para esa gente? De lo único que saben es de su propia miseria. Al fin el pueblo recuerda y la única historia es la de la liberación.

Otro Perro: Tú no eres una idealista; tú estás loca.

Don Quijote: Pregúntame por qué estoy loca.

Otro Perro: ¿Cómo vas a decirme por qué estás loca si estás loca?

Don Quijote: Porque una-cosa-u-otra sale de las bocas de las locas. Estoy loca porque soy un fracaso. No conseguí salvar a los Estados Unidos. Los Estados Unidos siguen tal como empezaron: religiosamente intolerantes, militaristas, codiciosos y dependientes de la esclavitud como todas las democracias que en el mundo han sido.

Yo, Don Quijote, soy demasiado vieja. Soy una vieja y débil nocturna declinante. Dejadme volver a no sé dónde. Mi mente es el

desierto al final del tiempo; en el desierto se sublevan los árabes. Puesto que la totalidad de mí no ve y no puede ver nada, soy un completo fracaso: los sublevados no pueden comprender lo que hacen.

Otro Perro: Tu rasgo más demente es que te tomas tu locura muy en serio. A nadie le importa una mierda lo que haces, nocturna. ¿Por qué no te diviertes un poco?

Don Quijote: ¿Por qué maté tantos monjes?

Otro Perro: Jesucristo.

Don Quijote: Mi fiel espada segó la vida de cinco mil clérigos.

Otro Perro: ¿Cómo lo hiciste? ¿Qué me importa? ¿Conozco algún monje muerto? ¿Qué me impide empezar cada día sin levantarme, desperdiciar el tiempo en el sueño o la pereza? ¿Qué me importa el dolor humano que es apenas una pila de dolor?

Don Quijote: Ayer, mientras pasaba por delante de una pandilla de mendigos en Houston Street, a mi lado culebreó una enorme serpiente.

Otro Perro: Nueva York se ha vuelto demasiado sucia para los perros.

Don Quijote: Atravesé la parte baja del East Side, que es una jungla. En Canal Street otra serpiente, azul, se alzó con la cabeza encendida. Entonces una voz dijo: Y HE AQUÍ HUMANOS QUE ENTRE VOSOTROS MORAN LA SOLEDAD LA DESTRUCCIÓN Y EL DESPRECIO SOIS VOSOTROS PUES QUIENES LLEVÁIS LA CRUZ. DESESPERA, AMÉRICA, MAS SOLO POR TI MISMA. Nuestros camaradas, Libertad, Igualdad y Fraternidad, son nuestros carceleros. He perdido toda convicción. No me queda nada. No puedo casarme. Tendré que hacer algo de mí. (Se taja la carne de la muñeca derecha.)

Otro Perro: Tengo hambre.

Don Quijote: Espera un segundo. (Se taja la otra muñeca y también el pecho.) De acuerdo, vamos.

Otro Perro: Me quedaré siempre contigo.

Don Quijote: Te amo. Amarte me da miedo, pero eso no importa.

Otro Perro: Soy feliz.

Y así, un perro sin nombre y Don Quijote se alejaron juntos.

Doquiera que fuesen veían sangre, sangrientos abortos gritando de un dolor que la anestesia solo enterraba bajo la conciencia, sangre oculta bajo el pulcro armamento de los machos blancos. Estrujaron sus recuerdos, ahora reducidos a esqueletos desmoronándose en el desierto de sangre. Los recuerdos de América empezaban a desvanecerse. Ya no sabían qué era lo que habían abandonado. La desorientada soledad y la ausencia de liberalismo cayeron sobre la Nocturna y su compañero como el placer, como la dicha de un jadeante amanecer rojo vagina.

HETEROSEXUALIDAD

Acompañada de un perro, Don Quijote bajó hacia no sabía dónde. Ya no tenía hogar. Había abandonado el único país que en toda su vida conociera –España– y no había país alguno adonde tuviese ganas de ir, o adonde supiese cómo ir salvo aquel en donde se hallaba por casualidad. De resultas de lo cual no sabía a ciencia cierta dónde estaba.

Sin tierra, como un marino a la deriva sobre oleajes siempre desconocidos, que viaja aquí y allá pero en el fondo es incapaz de ir a ninguna parte, sin duda al menos no adonde quiere, como si, deseando ir a un lugar, solo fuera adonde las olas, esas fuerzas insondables, lo llevan, bien respondiendo a un esfuerzo volitivo o bien no respondiendo a esfuerzo volitivo alguno. Don Quijote no tenía más amigos que los desconocidos y transeúntes, la escogida morralla del mundo. La basura. Pues no tenía familia ni posibilidad de familia, o sea un amante: En Navidad, cuando la familia se reúne en torno al hogar y disfruta del calor de una calefacción central o de pequeñas estufas eléctricas o del árbol de Navidad que por feliz coincidencia se ha incendiado y de ese modo ofrece un soplo de tibieza, y discute, la familia quiero decir, acerca de divorcios desequilibrios sexuales pérdidas de trabajo niños deficientes, o bien intenta no discutir en absoluto; el marino vaga por calles casi negras

y ahora desiertas. A través de las ventanas se atisban árboles de Navidad decorados de plata y bombillas. Hay una tele encendida y la familia se apretuja en derredor.

Vagando por algún estrecho callejón en sombras de algún barrio, Don Quijote se volvió hacia el perro. Ni siquiera estaba segura de que fuera el perro.

El perro dijo guau.

–¿Así que sabes ladrar? –preguntó Don Quijote–. Es Navidad. Por una puñetera vez, ¿no podrías regalarme algo? No estaba conforme con el lote que le había tocado.

El perro, perruno como era, es decir culpable o católico como era, decidió que no podía darle nada a Don Quijote porque Don Quijote deseaba. No obstante, el perruno perro desconocido era todo lo que Don Quijote tenía.

–Como te amo, perro –repitió Don Quijote al perro una y otra vez, porque lo amaba–, perro es todo mi mundo, pues dada su índole el amor es total. Al ser para mí la vida y la muerte, por más que si te largaras –lo cual, conforme tu naturaleza, deberías hacer– me importaría una mierda, tú eres todo mi ser. Mi propio yo.

»Pero entonces –preguntó Don Quijote, dada como era a lo filosófico, sin dirigirse a nadie en especial–, ¿en qué consiste el ser perruno?

»Puesto que te amo, y no otra cosa me cabe porque te amo –se respondió–, el ser perruno, como todo ser que es en sí, ha de ser amor. ¿Y eso qué es: tú o mi sexualidad?

El perro respondió a la pregunta de Don Quijote refiriéndole la historia de su vida perruna:

–Habiendo sido maltratada, e incluso peortratada, por los hombres, y peor aún, preocupada por lo mal que me habían tratado unos hombres que no me importaban, perdí el orgullo –comenzó el perro–. Por naturaleza orgullosa, no pude soportar la pérdida de mi orgullo, de modo que en adelante resolví no tener nada más que ver con los hombres. Desde aquel momento solo haría el amor con mujeres.

»La decisión de entenderme con mujeres apenas si remedió la enfermedad originaria: por qué me había dejado tratar tan mal. O

más bien: ¿qué era lo que, desde el fondo de mi rabia y mi delirio, me permitía transformarme o caer en algo que yo no era? Dormir con mujeres –dijo el perro con voz femenina– no me sirvió de nada.

»Como no quería dormir con mujeres, dormir con mujeres no suponía ningún riesgo, no calaba en la vociferante furia desconocida. Más que lo desconocido, una mujer es para mí un espejo. Pues los labios de mi boca son réplicas de los labios ocultos entre sus piernas. Nuestros deseos, reflejados uno en otro hasta el infinito, o hasta la imposibilidad de infinito como en los espejos de los cuadros renacentistas, quieren seguir expandiéndose, y no morir en un orgasmo.

»Una madre jamás abandonará a su hijo, quienquiera que sea este; de igual modo, las amantes hembras se guardan fidelidad. El hombre, en cambio, siempre rechaza: su orgasmo es la muerte.

»Por estas solas razones el hombre y la mujer no son similares. ¿De qué me preocupaba entonces?

»Estar con otra mujer era como no estar con nadie, pues no había rechazo o muerte. Por lo tanto, no me importaba. Me parecía no sentir nada por mis amigas.

»Pero ¿acaso creer que uno no siente nada es lo mismo que no sentir nada?

–No lo sé.

El perro, sin embargo, prosiguió.

–Si una mujer es una imagen de mí, cuando hago el amor con una mujer experimento mi propio yo. Soy muy musculosa, aunque no grande.

–¡Dios Santo! –exclamó Don Quijote–. ¡Tú no eres del género sexual que me pensaba! Y yo te amo.

–Si bien no soy grande –el perro no podía molestarse en prestar atención a la caballero–, mi flexibilidad y habilidad para hacer físicamente lo que quiera me permiten controlar el cuerpo cuando hago el amor con una mujer. Amar a una mujer es controlarse. Cuando hago el amor con un hombre, en cambio, soy todo lo contrario: física y mentalmente me vuelvo tan abierta o sensitiva que, al tiempo que no soporto ser tocada, me corro continuamente.

A la inversa, con las mujeres no consigo correrme, razón esta por la cual, en aras de la seguridad, solía hacer el amor con ellas.

»Como cuando dos mujeres hacen el amor, ambas se controlan, no surgen entre ellas conflictos de control o de poder.

»Estaba viviendo una temporada en Londres, de *squatting.* Tímida como soy, me daba miedo hablar con la gente. Me pasaba el día entero trabajando. Cerca de mi habitación había un estudio teatral. Cuando me hartaba de trabajar, iba un rato a aquel estudio donde no conocía a nadie. Un hombre a quien nunca había visto me llamó la atención. No se parecía a mí en absoluto.

»Aunque al igual que yo tenía un cuerpo musculoso, en su caso por jugar al fútbol, parecía una muchacha. Tan consciente era de su feminidad o de lo que consideraba sus defectos que apenas despegaba los ojos del suelo. De ese modo quienes pasaban frente a él podían observar aún más claramente el pelo blanco que le ondeaba alrededor de la cabeza. Cuando una persona lo atraía o le despertaba suficiente respeto o interés como para olvidar el odio que sentía por sí mismo y levantar la cabeza, aparecían dos ojos-muy-apartados-y-tan-negrosque-se-hubieran-dicho-rusos. Entonces su pelo se convertía en el gorro de piel de una princesa eslava, camuflado por la nieve. El hombre aquel no hubiera podido ser macho de ninguna manera.

»Entonces, animado, olvidándose de su condición, se echaba a hablar de su trabajo a tal velocidad que la persona a quien se dirigía y en la cual estaba tan interesado bien podría no haber existido. En aquel hombre nada era directo. Tan profundamente se despreciaba que ni siquiera sabía quién era.

El perro explicó su mito de rechazo:

–Físicamente, los hombres casi nunca me han atraído. Una vez al año, más o menos, veo a un hombre a quien realmente deseo y entonces... ocurre lo de siempre: o bien se va, o bien, pasados uno o dos días, se va. La sexualidad para mí es rechazo. Cuando los hombres no me rechazan, cuando hacen ademán de acercarse, me entra tal miedo que escapo. Como fuera, puesto que la cosa entre los hombres y yo no funciona, desconfié de mi inmediato deseo por aquel hombre. Decidí no tener nada que ver con él.

»Él me miraba indirectamente, pues tal era su carácter, y yo, aunque nada tuviese que ver con él, no dejaba de contemplarlo e irle detrás, y en eso estuvimos durante mucho tiempo. Cincuenta y cuatro días. Ignoro si llegamos o no a conocernos. Yo no sabía siquiera cómo se llamaba. Aunque en Inglaterra me hallase en un país extraño, cada día era para mí un placer porque impaciente esperaba *verlo.* Hacía mucho tiempo que no sentía impaciencia por ver a una persona.

»Cierto día, no recuerdo cuándo, me habló. Lo primero que dijo fue que admiraba a la gente que escribía porque él era incapaz de hablar. ¿Y siempre había sido tan tímido? Sí. Dijo algo, hizo alguna referencia, acerca de que para comunicarse con otro ser humano necesitaba que lo castigasen. Era tal como le habían enseñado a ser en la escuela pública. Yo me apresuré a señalar que justamente por eso podríamos entendernos. Se cohibió.

»Como no daba muestras de desearme sexualmente, concluí que sexualmente no quería saber nada de mí, si bien es cierto que él nunca daba muestras de nada. Éramos amigos.

»Yo no comprendía la sexualidad de los machos ingleses. Muchos de ellos, excepto aquel amigo que yo deseaba sexualmente en aquel entonces, parecían desearme. Me deseaban porque creían que yo era un muchacho; mas al no serlo, yo no podía desearlos a ellos. En Inglaterra no se podía desear a las muchachas porque eran parientas de la Virgen María. Su continuo coqueteo significaba apenas que, en caso de ser tocadas, rechazarían al tocante. Yo, habituada como estaba a que los hombres me rechazaran, no tenía cabida alguna en el mundo inglés.

»Como tampoco podía desear a mi amigo a menos que él fuera mujer, enterré mis ansias y mi angustia, soledad, al fin y al cabo. Estaba claro que De Franville –tal el nombre del desconocido– no me deseaba. Si tan claro estaba esto, mi amigo no podía ser macho. Pero De Franville nunca había querido serlo. Una y otra vez su padre le había dicho que no se comportaba como, ni era capaz de ser, un hombre. Como su padre era un buen hombre, De Franville no podía contradecirlo.

»Mediante la devoción que le profesaba, la madre también

demostró al joven que debía ser obediente. Bueno y bello, muy pronto en la vida De Franville aprendió y supo, comprendió que era una mierda.

»Su madre lo adoraba. Pero, si adoraba la mierda, ¿era ella también una mierda? Las madres han de ser buenas. De Franville no veía manera de escapar de aquel lío, aquel lío que debía ser él mismo, como no fuera eliminando el lío o eliminándose a sí mismo. Tenía que ser algo más que un andrógino: tenía que eliminar el amor, la sexualidad y la identidad.

»Hombres y mujeres adoraban a aquella criatura que, en virtud de su vacío sexual, atraía como un imán a quienes albergaban los deseos sexuales más feroces. Él/Ella parecía ser deslumbrantemente sexual. Pues, deseoso de un yo al que pudiera amar, De Franville necesitaba con una desesperación que parecía sexual. Se aferraba a cualquiera que lo/la desease, pues cualquiera podía ser espejo de ella/él, en tanto a ella/él, por no ser nada, todo le estaba vedado, incluso la sexualidad.

»Ignorando todo esto, y sin los menores deseos de meterme en líos, me interné en aquel lío.

Cuando el perro prosiguió el relato lo hizo en tercera persona, porque quería contar lo que De Franville sentía por ella:

–De Franville de inmediato se sintió atraído por Villebranche –así me llamo– porque pensó que ella era su espejo. Ella no tenía aspecto de mujer ni se comportaba como tal, porque tanto fue rechazada como mujer que se infligió el castigo de convertirse en lo que no era. Como la de De Franville, su existencia sexual era precaria. Esto es lo que se manifestaba en su apariencia.

»Por lo general llevaba el cuerpo cubierto por ropas de hombre y había trabajado sus músculos para que adquiriesen una ruda musculatura. Había adiestrado su mente con ajedrez y filosofía occidental. En un país donde las mujeres aparentan estar relacionadas con la Virgen María porque eso es lo que espectralmente desean los hombres, Villebranche era una aparición. Aun cuando tuviese que ser muchacho porque ninguna otra cosa podía ser, no era un muchacho. De Franville sentía que aquella

identidad era la contracara masculina o femenina de la suya. Todo esto lo guardaba en silencio, para sí.

»"Es imposible –pensaba De Franville– que ninguno de nosotros dos esté capacitado para el amor sexual. Lo cual significa que estamos hechos el uno el para el otro. Para follar hay que mostrarse, y en esta sociedad que exige apariencias basadas en embustes e hipocresías ninguno de nosotros dos puede mostrarse: somos demasiado honestos para existir."

»Siempre he pensado –explicó el perro– que el mundo o sociedad de esta ciudad es un mundo de apariencias.

»Que me rechazaran era mi pesadilla más terrible. ¿Era el hecho de ser mujer la causa del rechazo? Si podía controlar mi vida, pensé, quizá me aseguraría de no ser rechazada. Antes que elaborar una imagen u optar por la hipocresía como la mayor parte de los seres sociales, a fin de controlar mi vida aprendí a controlar la mente y el cuerpo. Y por lo tanto, con todos los alcances posibles, mi destino.

–Dios mío –intervino la caballero–. ¿Cómo lo conseguiste?

–Antes que nada, renunciando a todo lo que me habían inculcado, como la bondad y las opiniones adecuadas. Luego, renunciando a esa renuncia, sufriendo de verdad.

–Yo he sufrido –replicó la caballero–. ¿Por qué no puedo entonces controlar a nadie?

–El problema es el siguiente: tú no eres nazi. Tienes buenas intenciones o pensamientos: sufres porque esas buenas intenciones o pensamientos son inoperantes. Tu sufrimiento no es puro. Como Hitler carecía de buenas intenciones o pensamientos, su sufrimiento surtió efecto.

–Hitler era malo –instruyó la caballero.

–Puesto que esa es una opinión adecuada, seguro que tú sufres.

–Así es.

–Librémonos ya de la opinión adecuada o sufrimiento, apelando a la pregunta: «¿Quién fue Hitler?». O bien: «¿Soy yo Hitler?».

»Con el objeto de responder a esta pregunta, o de librarme del sufrimiento, decidí ser Hitler. Aquella noche, en el Área, un desagradable club de Londres, había una fiesta de disfraces. De modo que pude vestirme de Hitler.

»Como ya he dicho, hasta donde mi memoria alcanza, lo cual no es muy lejos, aunque claro que el tiempo como tal ya no existe, ¿o más bien debería decir la distancia?, los hombres no me interesaban: estaba empeñada en destruir mi sufrimiento. No me interesaba follarme a De Franville, quien a todas luces no estaba interesado en follarme. Esta reciprocidad me permitió deslizar, revelar descaradamente, pues todo está permitido entre quienes no se aman con pasión, que iría al baile del Área vestida de capitán nazi. Puesto que ya no podía poseer hombres, me convertiría en uno de ellos. Qué extrañas son hoy en día nuestras maneras de follar. Desde luego, mi transformación nada tenía que ver con el rechazo sexual de De Franville, pues, como macho, soy demasiado orgullosa para permitir que me rechacen.

»Dado que nuestras mentes eran recíprocas, yo sabía que cuanto menos deseaba a De Franville, más me deseaba él a mí. Semejante situación es habitual entre humanos. Indirecto y pervertido como era, De Franville tanto más me deseaba, de modo indirecto: a medida que su pasión crecía en ferocidad, más y más la ocultaba, más y más intensa y secretamente me perseguía. Más mental que efectivamente. Pues, hijo de una madre protectora, sabía que en realidad podía obtener lo que se le antojase.

Una vez más el sabueso adoptó la voz de De Franville:

–Para garantizarme la posesión de la lesbiana, lo primero que hice fue estudiar su carácter: sus dos motivaciones principales eran el miedo y un orgullo inmoderado. Sobre todo un inmoderado orgullo sexual. De modo que, al tiempo que no podía abordarla francamente o violarla, tendría que provocarle miedo, pues solo en estado de temor era capaz de amar.

»¿Cómo podía yo despertar su miedo o su interés sin hacer que se cerrara de plano? La solución consistía en lograr que me deseara y por ende se asustase, sin llegar a tenerme y en consecuencia no pudiese huir. Debía convertirme en el imposible objeto de su deseo: debía tornarme lo más bello, impávido o inalcanzable que fuese posible.

»Ocurre que de hecho soy bello e inalcanzable porque todos me desean y yo no deseo a nadie. Debido a que mi padre siempre

intentó controlarme del modo más brutal, aprendí a hacerme intocable. Yo no seré un macho como mi padre. Por lo demás, yo soy lo que soy, pues para asegurarme de que la gente, sobre todo los amantes, no se acercarán demasiado, tengo que controlarlos, y desprecio el control. Por ello no puedo consentir la sexualidad. Al mismo tiempo, desprecio a las mujeres que controlo y, como mi madre sometida a mi padre, son débiles. Solo puedo ser mujer en el plano del pensamiento. Fija o inerte, mi sexualidad está muerta, y en consecuencia es bella. Tan pronto como repare en mí, Villebranche tendrá que desearme.

A continuación el perro siguió hablando objetivamente:

–El día de la fiesta, De Franville se cuidó de que su apariencia reflejase su deseo: Una línea de kohl negro alrededor de cada ojo tornaba su mirada tan profunda que parecía inquirir. El carmín que destacaba sus labios y altos pómulos, y un par de pantalones cortos ajustados, que se continuaban en bordadas medias de niña, más que darle un aspecto femenino acentuaban su ambigüedad sexual. No era un hombre ni un muchacho que imitase a una mujer, sino una niña, pues las niñas no tienen idea alguna de sexo ni de su propia identidad. Las niñas no son.

Así, De Franville fue a la fiesta. Una vez allí, se abstuvo de participar. Los solitarios, calientes y deseosos disfrazados se reunían en torno al ángel como los transeúntes se agolpan en la calle alrededor de un cadáver después de un accidente.

»Villebranche no era la excepción. A causa de su miedo, en cualquier compañía que se hallase siempre permanecía anónima, sin desentonar. De modo que si alguien había en el mundo que deseara a De Franville, esa era Villebranche, desde su anonimato. Temerosa, enmascarada, mantuvo la distancia.

»De Franville no llevaba máscara porque era una niña.

»Villebranche, que solo podía desear a las niñas porque no las amaba, se enamoró de De Franville.

»Aquel capitán nazi, siempre tan seguro de su poder, de golpe ya no supo qué hacer; tan inocente, tan dulce era la niña. Era él (ella) quien daba vueltas alrededor del objeto; él (ella) quien se movía

torpemente; él (ella) quien se sentía cohibido(a). Al fin reunió el coraje suficiente para decir algo a su amado(a).

»"Eehmm..."

»De Franville, atrapado(a) en sus propias ligaduras, bajó la vista sin atinar a responder.

»"Nunca volverá a hablarme", dijo De Franville, contemplando a Villebranche. Jamás hubiera admitido en voz alta que ella (él) sabía que Villebranche era hembra. Enfrentada(o) con una audacia más frívola que su propia pasividad, De Franville era incapaz de moverse como de costumbre.

»El capitán nazi siguió intentando dirigirse del mismo modo a aquella perfección. Embrujado(a) por ella(él), no podía ni hablar. Dado que no había réplica a su mudez, y sintiendo rechazada su agresividad, se sintió aún más atraído(a) a causa de la falta de réplica. Confundido(a) por completo y más enamorado(a) que durante la atracción inicial, el capitán nazi se alejó de la niña.

»De Franville no era una niña, sino un coño. Tan insegura(o) estaba de sí misma(o), que follaba con el primero que se le pusiese a tiro. De estos sujetos había en abundancia. Independientemente del género sexual. Al propio tiempo, dada su ambigüedad sexual, ofrecía una impresión de inocencia. Siempre decía que ella(él) no era una furcia, que aquello del sexo no le interesaba demasiado. Sí, claro, de vez en cuando se la(lo) follaban, muy de tarde en tarde, pero eso no tenía importancia. De hecho, ni siquiera ocurría de veras. Nunca había tocado a nadie sin amarlo, porque ella(él) no tenía nada que ver con la lujuria.

»Todos deseaban a la(el) virgen. Las mujeres a quienes ella(él) mentía y trataba como benefactoras naturalmente deseaban que se fuese a vivir con ellas en las condiciones que eligiese. A ella(él) le daba lo mismo *cualquier* condición. Los hombres, por quienes De Franville sentía respeto, cuidaban a De Franville porque junto a ella(él) disfrutaban de la sensación de masculina superioridad. Cuando la lujuria se hacía más fuerte que la racionalidad, violaban a De Franville. Ella(él) no sabía muy bien qué pensar de aquellas violaciones: Como decían los hombres, la violación es una forma de

amor, y De Franville era hombre. De Franville adoraba y detestaba a un tiempo a sus pretéritos violadores.

»El capitán nazi observaba aquella degeneración desde la soledad de su orgullo y su temor. La meretricia condición o ambigüedad de De Franville lo(la) impulsaron a renovar su decisión de no acercarse a un coño semejante a menos que la(lo) pudiese controlar.

»Todo el mundo está siempre diciéndome lo que tengo que hacer –gimió el perro–. Vaya vida más puta. Ya no sé ni lo que quiero. Cuando era pequeña mis padres me indicaban lo que debía hacer. Lo hiciera o no, ellos me rechazaban. Más que formarme, mi pasado me deformó.

–Bébete una taza de café –respondió la caballero.

–Por lo tanto –ladró el perro–, abrir mi yo, deformado por el rechazo a la necesidad de amar o algo por el estilo, es abrirlo(me) al miedo. Hasta donde recuerdo, siempre he sido ansiosa, pues, según mi memoria registra las cosas, siempre me han hecho daño.

–¿Hasta dónde puedes recordar?

–No más allá de alguna herida. Me paso la vida asustada. Fue con el propósito de superar el miedo –el perro regresó así al pasado– para lo que me disfracé de capitán nazi.

»Aquello era una forma de acceder a lo imposible. Lo imposible siempre me ha gustado.

»Disfrazarme de capitán nazi no era suficiente. Si quería abrirme, debía erradicar el miedo por completo. Me pregunté: "¿Qué es lo que más temo?".

»"Que alguien me controle, pues en ese caso existe el peligro de verme rechazada." ¿Cómo erradicar, no el hecho de que me controlaran, sino el miedo que me provocaba la sola posibilidad? Siendo controlada en el mayor grado posible: mediante el casamiento deliberado. Le pediría que se casara conmigo a la persona que más amaba, que más temía.

»Habiéndome aclarado al fin, hice los temores a un lado para abrirme paso entre la muchedumbre que deseaba a De Franville, y llegar así a De Franville. De Franville, convencida(o) de su propia existencia, no veía la ralea que la(lo) rodeaba.

»"Te deseo." La(lo) arranqué de su fantasía. "Escucha, no quiero

una aventura más, fantasía. Todos esos romances, a causa de que la mente siempre cambia de idea, son meramente periféricos. Yo quiero algo que esté más allá. Te quiero a ti."

»Ella(él) asintió levemente con la cabeza.

»"Pero tú eres mucho más joven que yo. Probablemente no te interesará algo de este tenor: sentar la cabeza."

»Como de costumbre, respondió que ella(él) no valía nada.

»"Abandona esa fantasía." Mi firmeza me tenía perplejo. Claro que ella(él) apenas era una niña. Las niñas no me dan miedo, excepto a la larga, porque a la larga las niñas se vuelven viciosas. "Estoy hablando de amor. Quiero que nos casemos. O te casas conmigo o me olvidas para siempre." Desde luego, ella(él) no me conocía. "Aquí no podemos hablar."

»"¿Y dónde entonces, si tú no hablas nunca?" Era la primera vez que nos dirigíamos la palabra.

»"Creo que nos casaremos, pero para mí es un poquitín temprano", susurró. Luego me rechazó. Se alejó de mí.

»Sin pensarlo me lancé tras ella(él). Le di alcance en una gran habitación vacía y oscura, lejos de todos.

Una vez más el perro continuó con voz masculina:

–Yo había alquilado aquella habitación antes de la fiesta para llevarme allí a Villebranche.

Enseguida el perro volvió a ser macho:

–Lo(la) observé irse a un rincón y quitarse rápidamente la chaqueta y el pantalón del uniforme. Debajo llevaba una camisa Oxford que, si bien hubiera debido estar inmaculada, no lo estaba. La camisa blanca caía hasta casi cubrirle la entrepierna. Obviamente era tímido(a). Nunca se quitaba la camisa. Sin dejar de contemplarlo(a), mientras en su timidez él(ella) se volvía para darme la espalda, desabroché los diminutos botones de mi camisa y el botón delantero de mis fulgurantes pantalones. Lo hice poco a poco, en la certeza de que, tras su fachada remisa, él(ella) me miraba por encima del hombro. Me quedé en ropa interior de algodón. Villebranche se volvió para mirarme cara a cara. Era obvio que entre sus piernas no había nada.

»No me sorprendió, pues sabía que era hembra. A ella la dejó

atónita comprender que lo sabía.

»En vez de demostrar abiertamente su perplejidad, se limitó a mirarme como si desconfiara y preguntándome al mismo tiempo si su decepción me asombraba. Atrapada en un torbellino de desdén, rehusé darme por enterada.

»Nos miramos una a la otra sin siquiera reparar en que por primera vez nos hallábamos no únicamente solas y juntas sino también casi desnudas.

El perro recuperó su propia voz:

–Para mí lo principal era que ella(él) aceptara mi feminidad. Ya no me era preciso mentir. Ya no estaba obligada a ser lo que no era. Me sentía tranquila, aunque el control siguiera en mis manos, pues ahora nos hallábamos totalmente en un mundo de mujeres. Si bien el control lo tenía yo, dado que no quería herir a aquella(aquel) inocente, decidí cederle el control a ella(él).

»Ella(él) hizo cuanto se le antojó y no hizo lo que no le apeteció. Todo lo que le apetecía era abrazarme y besarme. Su necesidad de amor debía de ser tremenda, pues no conocía otra manera de tocar que un violento aferrarse. Dado que no quería o no conocía otra cosa, únicamente se comunicaba mediante el silencio. No quería saber nada con su sexualidad ni con la de los demás.

»Yo sabía que existía una manera de que la muchacha(el muchacho) y yo hiciéramos el amor, pero ignoraba cuál era. Desafortunadamente no tenía control sobre mí misma, pues, como me ocurre a menudo, estaba caliente. Tenía que controlarme para permitir que ella(él) me controlara. No solo ignoraba cómo podíamos hacer el amor: ni siquiera podía mencionar nuestro problema.

»A mi incapacidad de actuar De Franville reaccionó no haciendo nada, no dando, altivamente, nada. Sentí ganas de abofetearla hasta hartarme, pero ella no me había dado permiso.

»"Ya que sexualmente no funcionamos, seamos amigas." He aquí la afirmación más pasiva, o sea desafiante, que puede concebirse.

»Por ser casi una niña(un niño), la muchacha(el muchacho) se sentía demasiado insegura(o) como para articular palabra alguna. En parte se sentía insegura(o) porque nunca había tenido donde vivir. Por ser joven e hija(o) de padres de clase media alta, prefería ir de

casa en casa antes que tener una propia. Prefería pasar por pobre antes que reconocer la riqueza de su familia. Por esa razón, como ya he dicho, era capaz de dormir con cualquiera con tal de obtener albergue por una noche. El sexo de la otra persona importaba muy poco. Cada noche entraba en un bar y al principio allí se quedaba, pasiva, sin hablar y bebiendo todo lo posible. Si nadie se la(lo) ligaba, se iba al piso de algún conocido, a dormir en el suelo o en la cama. Actuaba, simplemente. Cuando el juego desembocaba en desesperación, volvía corriendo a su confortable hogar. Como en este mundo quienes no poseen nada tienen que fingir que poseen para continuar vivos, aquellos que sí poseen simulan no poseer. Así pues, a los ojos de aquella(aquel) joven, la casa de Villebranche hacía que esta, de excitante oficial nazi, pasara a transformarse en insulsa propietaria, pese a lo cual De Franville aceptó ir a casa de Villebranche.

»La casa era un piso de tres habitaciones que daba al Támesis. Villebranche lo había alquilado por la sencilla razón de que fue el primero que le ofrecieron. Por más que careciera de calefacción y agua caliente, ella no hizo nada por solucionarlo. No comprendía qué cosa eran las tareas domésticas. Despreciaba emprender cosas que no comprendía. Su mínimo intento de librarse de la sordidez pequeñoburguesa de las paredes, del enmoquetado gris, de las mesas bonitas, consistió en mantener en el cuchitril una limpieza superficial. Fuera, si bien ella nunca levantaba las cortinas mugrientas, mujeres jóvenes paseaban de un lado a otro sus cochecillos. A De Franville, el barrio donde vivía le importaba tan poco como a Villebranche.

»Lejos de dejarse arredrar por las carencias, De Franville no hizo intento alguno de abandonar la casa de Villebranche.

»Villebranche era demasiado educada como para exhibir sorpresa o titubeos. Cortésmente, o acaso por miedo, invitó a la muchacha(el muchacho) a pasar allí la noche, por mucho que la fastidiase aguantar a una niñata(un niñato) que se negaba a joder. Cortésmente, De Franville aceptó en voz alta quedarse a dormir.

»Si en Inglaterra no se lleva a cabo una "segunda revolución" progresista, se producirá una contrarrevolución conservadora; y en

ese caso, a modo de causas relativamente de izquierdas para contestar a la reacción central, los movimientos escocés, galés e incluso irlandés por la independencia cobrarán un ímpetu progresista y un esplendor añadidos.

»Pese a su cortesía, Villebranche cada vez sentía más rabia de alojar a una persona que la rechazaba sexualmente. Villebranche había perdido el control.

–Debe de ser así como el deseo sexual desgarra la trama de la sociedad.

El perro ignoró la tendenciosa observación.

–"Harás exactamente lo que yo te diga", repitió Villebranche mientras se desembarazaba de la chaqueta nazi.

»Como sabía en mayor medida lo que estaba diciendo antes que el por qué lo estaba diciendo –explicó el perro– sabía que no hacía sino comportarme obsesivamente, como siempre.

»"Aquí no puedes dormir gratis, zorra, porque nada es gratis. Zorra. Nada. Si quieres quedarte a dormir, harás lo que yo quiera. Es un contrato. Tienes la oportunidad de marcharte. Ahora mismo.

»"Yo solo creo en el matrimonio", añadí.

»Bien sabía De Franville que ella(él) no necesitaba la corrección de nadie porque no era nada. ¿Tenía dinero? No. ¿Había oído persona alguna hablar de la zorra? No. Estas cosas carecen de importancia. Lo significativo y significante es que ella(él) pensaba que no era nada: era incapaz de amar; todo se lo habían dado; tan mala(o) era que le hubiese bastado una milésima de segundo de autocontrol para cagarse en quien la amara, fuese quien fuese; más fuerte que cualquier sentimiento era en ella(él) la necesidad de ser amada(o).

»Si lo malo es peor que la nada, en el fondo de su corazón De Franville sabía que ella(él) era peor que mala: ella(él) no era una niña.

»"Aunque me importes un bledo porque eres mala –informé ingenuamente a la(el) cohibida(o) muchacha(o)–, te daré lo que deseas y es bueno para ti."

»"A mí nadie me ha dado nunca lo que deseo porque todos me han rechazado siempre."

»"Corta ya esa película masoquista, porque sabes muy bien que tú

te cagas en los que te aman. Durante años enteros las mujeres te dieron todo lo que podían. No entiendo cómo puedo preocuparme por una persona como tú.” Ligeramente aburrida, no sabía muy bien si molestarme en castigarla(o). Debía tomar una decisión drástica. “Te haré un daño espantoso –informé– porque soy buena.”

»“¿Eres una malvada?” Hasta sus pensamientos eran malos. Lo que intentaba era recuperar el control, y ya lo había perdido. Nunca más volvería a rechazarme. No me tomé el trabajo de echarla(o), pues hablar era una forma de aceptar o permitirle su maldad, de modo que la derribé a bofetadas.

»Fueran cuales fuesen sus turbaciones, De Franville supo que jamás había experimentado tal dulzura: en el imperio del amor la dulzura y la bondad nunca habían existido. No habían existido junto a las jóvenes actrices que intentaban entregárselo todo, pues, como su madre, amaba en exceso hasta la última de las mujeres. No habían existido junto a los hombres de edad, tutores y profesores, para quienes el sexo (el castigo) y el amor eran cosas separadas. Hasta aquel día nadie la había querido.

»Siendo, como era, la primera vez que la querían, De Franville se encontró en un mundo extraño. En aquel mundo no sabía cómo viajar. Más aterrorizada(o) que nunca, me escupió.

»Yo controlaba demasiado la situación como para trastornarme. Agarré un látigo, de una sola tira corta con un nudo en la punta, que colgaba de un clavo junto a la ventana. Fuera estaba nevando.

»Porque podía hacerle a aquel cuerpo fuerte lo que se me antojase, era mi responsabilidad proporcionarle exactamente lo que necesitaba y no más: debía aprender la ciencia de aplicar la caricia justa. Debía aprender a controlar hasta el último centímetro de una carne ajena. Debía ser capaz de sentir como sentía el otro: ya no podía permitirme egoísmos. Porque se me estaba entregando, yo amaba a aquella muchacha (aquel muchacho).

»No solo era que poseyese yo el control; también tenía que asumir el control absoluto, pues el amor me controlaba y nuestro mundo no es dualista.

»“Ahora vas a contarme exactamente cómo has sido de mala.”

»Mala(o) como era, ella(él) no me respondió.

»Sin emoción ni responsabilidad le comuniqué exactamente lo que iba a sucederle. "Vas a ser azotada diez veces. Cada vez que te niegues a decirme por qué mereces el siguiente latigazo, recibirás un latigazo extra. Quítate esos pantalones."

»Usando las manos atadas como si fueran una sola, la avispada zorra se quitó los pantalones lo más aprisa que pudo. Lentamente le tracé una línea de cuero negro sobre el trasero hasta que el trasero se acostumbró al tacto.

El perro prosiguió:

–Al fin me tranquilicé lo suficiente para percibir qué estaba haciendo. A continuación, de manera controlada, aumenté la brutalidad de los golpes hasta que el cuerpo de ella(él) empezó a retorcerse. Debido a mi creciente ferocidad, se contorsiona tanto que por primera vez, en el momento preciso en que mis golpes se vuelven lo bastante crudos para hacerle comprender que el dolor no es simulación que el dolor es solo dolor y erradica toda simulación todo pensamiento estúpido, revela una culpa absoluta. Realmente me había embaucado.

»Entonces le pegué sin control. Le pegué porque lo odiaba. Pasado un rato, a través de la acción constante de mi brazo derecho, mi odio y mi orgullo inmolado se transmutaron en una autocomprensión reflexiva. Aquel hombre no albergaba intención alguna de asumir responsabilidades, porque detestaba y temía su masculinidad tanto como yo. Al hacer que todo ese dolor se volviese claro, ambos aceptamos el sexo por primera vez.

El perro habló como el hombre:

–Dado que yo la amaba, sabía que ella necesitaba lo que yo acababa de recibir, porque al igual que yo había vivido en un miedo permanente. Le dije que se echara boca abajo en el colchón. Obedeció como un niño. Se bajó los odiosos pantalones verde oliva sin esperar a que se lo ordenase. Como yo era su esclavo, le dije que me indicara con precisión cuántos azotes tendría que propinarle. "Dime cuántas veces he de pegarte."

»Lo meditó un momento. "Diez."

»"¿Cómo de fuerte?"

»"Empieza despacio y ve aumentando la violencia. No me hagas

daño.” El miedo de perder el control empezaba a revelarse plenamente. Me iba a permitir producirle tal dolor que sin remedio perdería el control. Contemplé su culo tembloroso.

»“Cada vez que te azote, di el número del latigazo, para que tu dolor no deje de ser lo que deseas.”

»“Uno.”

»“Dos.”

»“Tres.”

»“Cuatro.”

»“Cinco.”

»“Seis.”

»“Siete.”

»“Ocho.”

»“Nueve.”

»“Diez.” Después, alzó los ojos para mirarme de una forma que yo reconocí, porque así la había mirado antes yo a ella.

»Convertidas por una fracción de segundo en mutuos espejos, debimos de ser, no quienes éramos, sino otras.

Con su propia voz el perro dijo a Don Quijote:

–Nunca antes he hecho nada semejante.

–¿De veras?

–«Nadie me ha sacado nunca de quicio», le dije al hombre, o falso hombre, o lo que fuese. «Mucho menos un hombre.»

»“No: nadie me ha sacado nunca de quicio. Hasta hoy.”

»“Los hombres solo creen en lo que se imaginan”, replicó él. “No tienen la menor idea ni les importa cómo es en realidad determinada relación:

»”Yo estaba enamorada de ti antes de que nos conociéramos realmente. Como te observaba todo el tiempo, nos conocimos mucho antes de que tú lo supieras; así pues, yo sabía que cuando nos conociéramos ya nos amaríamos. El amor no precisa del entendimiento humano. Cuando te dije que necesitaba que me castigaran, dije la verdad exacta, porque yo había sido mala, no te haces una idea de lo despreciable que había sido.”

»“Por eso tendrás que estar de acuerdo en permitir que te

castigue siempre. Dios no permita que un buen día acabes por volverte buena."

»De Franville aceptó. "Por lo demás –añadió De Franville a modo de coda– puesto que en adelante consagrarás tu vida a castigarme, si alguna vez llegas a desviarte, titubear o incumplir aunque no sea más que levemente, me volveré contra ti para tratarte de forma tan horrenda que maldecirás el día en que te volviste hacia las mujeres en busca de felicidad."

A Don Quijote le disgustó que la heterosexualidad humana hubiese llegado a tales extremos, y ello a pesar de que el perro no fuese humano sino apenas femenino. Disimuló su disgusto:

–¿Y qué te sucedió para que acabaras así?

El perro explicó su inocencia:

–Mi infancia es un río.

1. El río

»Tengo que salir de esta casa. Todo el tiempo. Me figuro que debería vagar por ahí. Por la orilla del horrible río, que debería estar lleno de basura pero no lo está. Amo este río. Hoy corrí una hora entera por la ribera oscura. El viento frío me daba en los flancos de tal modo que, al correr, lo sentía. Bajo mis pies las hojas y la mugre estaban tan empapadas y fangosas como si acabase de llover, y mucho. Pensé que se echaría a llover. Obviamente, no era un día para andar corriendo.

»Abro en V las piernas levantadas mientras, con el vientre apoyado sobre el muro que bordea el río, miro el río.

»Me alegra estar en este país cansado, tedioso, vallado. Aunque haga un frío del demonio y el viento me corte la intocable –o eso me parece– carne, no quiero volver a encerrarme. Detesto entrar en ese apartamento gélido, vacío. Es ajeno. Alguien me gritará, seguro. Mi niñera se pasa el día diciéndome que algo no anda bien en mí. En el apartamento siempre tengo frío porque nadie me abraza. No me

abrazan porque soy distinta de los demás: no soy varón ni mujer. A mi niñera le gustan mis hermanas y mi hermano más que yo porque ellos, al contrario que yo, son normales. Soy rara. Adoro el río porque es humano y yo no lo soy.

»Mis hermanas y mi hermano están en la cama de su madre. Su madre nunca se levanta de la cama. Los abraza e incluso los besa. Yo tengo que sentarme a los pies de la cama. Su madre, no la mía, me dice que lamenta no poder tocarme y que yo sea intocable, "pero en tanto la niñera o cualquier otra persona que sea otra persona no me diga que eres normal y haces todo lo que puedes para adecuarte a la vida –ser feliz como cualquier individuo de este mundo–, no puedo permitir que vayas por ahí con gente normal, o sea gente. Porque tú estás apestada". Adoro el río porque debería estar lleno de basura pero no lo está.

»"¿Qué debería hacer, entonces, mamá?", pregunto con educación, como si supiera hacerlo.

»"No digas *ella*, Villi." Villi es el apócope de Villana.

»"Yo no dije *ella*, mami."

»"Yo no soy tu madre. No hables de ese modo a tu madre."

»"¿Cómo puedo hablarte?"

»"Los niños no tienen derecho a hacer preguntas. Hasta que no aprendas a callarte, mantén el pico cerrado."

»Hice lo que me ordenó, porque yo hacía lo que me ordenaba todo el mundo. Del mundo humano pasé a mis mundos de árboles y libros. Cada noche entregaba la mano en matrimonio a mi libro favorito. Por humanos que sean los niños, necesitan amar. En mi habitación, que no era mi habitación porque yo no existía lo bastante como para poseer, había una biblioteca. Cada libro de esa biblioteca, cuando yo lo leía, era un mundo carente de padres.

»Me siento en el antepecho de una de las enormes ventanas de la sala, donde se supone que no debo sentarme. Como primero corro la gruesa cortina de terciopelo verde oliva después la de encaje y quedo oculta entre ese muro de cortinas y el cristal, estoy en un mundo propio. Cuando leo aquí mi propio mundo se encuentra con el mundo de los libros. Como para nada más hay sitio, estoy a salvo.

»Así es que, cuando en este mundo aparecen humanos, son

menos importantes que los no humanos: también el mundo al otro lado de la ventana es un mundo sin monstruos. Me inclinaría a contemplar ese mundo antes que el de las figuritas negras de las páginas: ese mundo cuyo significado, al igual que el de los libros, me resulta siempre remoto. Aquí, al filo del significado, estoy a salvo. Fuera está lloviendo, como siempre en esta ciudad.

»Mi libro dice: "Aquel día no había ninguna posibilidad de dar un paseo. Cierto que, por la mañana, habíamos pasado una hora vagando entre los arbustos desnudos; pero después del almuerzo –cuando no había visitas la señora Reed almorzaba temprano–, el frío viento invernal había traído unas nubes tan oscuras, y una lluvia tan penetrante, que la idea de hacer algo más de ejercicio al aire libre se presentaba insensata". Mi libro trata de la desolación que yo adoro. La desolación es la Naturaleza bramando de frío verdes oliváceos y marrones algo parecido a un cielo. Los vientos levantan largas faldas pardas grises, las lanzan hacia el firmamento. Los humanos no son sino pequeñas figuras perdidas en el todo o naturaleza, el cual, inmenso, orgulloso y arrogante se encrespa henchido de frío y de atrocidad. Aquí, el humano solo atina a rebelarse, y fracasa, porque la revolución debe ser fracaso.

»Mi hermanastro/medio hermano no puede encontrarme. Sale corriendo de la habitación a decirle a mi falsa madre, con la cual se ha aliado, que intento suicidarme.

»De todos modos ha perforado mi barricada. Por su culpa no solo he perdido la alegría de vivir; encima pueden encontrarme. Pueden cogerme con sus enormes manos: me atormento.

»Este hermano, medio hermano falso hermano o hermanastro, tiene cara de ángel. Su torso es el de un jugador de rugby. Físicamente es violento. Su combinación de físico y mente, o sea él, es poderosa y aterradora. Cuando según lo esperado se comporta con violencia, derriba puertas, arroja sillas y pega a la gente. Puesto que lo adora porque actúa así, como un hombre grande, su madre le da todo lo que desea; cuanto más virilmente actúa, más lo consiente ella.

»Estas últimas semanas le ha estado dando sedantes. Lo aconsejó el médico de la familia porque el médico de la familia piensa que a

mi hermano habría que enjaularlo. Sabe que mi madre no lo hará. El médico de la familia es un hombre responsable. Cuanto más violentamente se comporta mi falso hermano, más sedantes le da ella. Una consecuencia es que ahora emplea tanto tiempo en comer y dormir –cosa que mi falsa madre alienta porque cuando come o duerme no es violento– que su antiguo aspecto físico de ángel se ha vuelto todo corpulencia y lividez. Tiene el hocico cubierto de acné.

»Mi falso hermano es el mundo humano. Cuatro años mayor que yo, mi falso hermano me explica las razones por las cuales me detesta para que me las aprenda: no sé amar con sinceridad; me importa demasiado lo que los demás piensan de mí.

»Si esto no fuera cierto, si no me importara lo que los demás piensan de mí, no me importaría que él no me ame y sencillamente pensaría que está tan loco como cree su madre. Pero, como sí me importa porque lo detesto, eso que dice de mí debe de ser cierto: no sé amar; él, por lo tanto, sí.

»Como soy mala y ni siquiera comprendo mi maldad, no puedo confiar en mí misma, de modo que, si bien odio a mi falso hermano, hago todo lo que él me dice. Siempre tengo miedo.

2. Sueños de/en el mundo humano

–Esta mañana –el perro siguió contándole su infancia a la caballero a fin de comprender y explicar su sexualidad–, esta mañana, cuando me desperté, soñaba que estaba abortando en un hospital. Me encontraba en la sala de espera cuyo suelo era de baldosas y cuyas paredes palidecían de amarillo. La sala de espera también era mi habitación. Tras la operación, sintiendo cierta blandura en el área situada debajo de mi ombligo, le decía a la enfermera: «Creo que aquí dentro todavía hay algo. Creo que algo no va bien». Tras lo cual las enfermeras se aplicaron a hacer cualquier cosa mientras charlaban como cotorras. La enfermera a la

que yo me había dirigido, muy simpática, opinó que debía verme el médico y acto seguido salió de la habitación en su busca.

»La habitación donde yo estaba era mi habitación de hospital. En delgados chorros, como si estuviera orinando igual que un hombre solo que tendida boca arriba, mi coño disparaba sangre. Vi dos chorros delgados. Mi sangre manchaba lo alto de las pálidas paredes del hospital, incluso el techo. Pensé qué lío, parece una película. Luego los chorros se multiplicaron. Las paredes del hospital se habían teñido de rojo, como en *Carrie*. El médico empleaba su tiempo en algún otro sitio. Al entrar en la habitación y ver aquella sanguinolencia, la enfermera que había ido por él, o una enfermera cualquiera, apretó el timbre de emergencias, tal como le había sido enseñado. Por último las enfermeras me rodearon con sus brazos y dijeron que me cuidarían.

»Me interrumpieron la conciencia para la operación necesaria.

»Me tranquilicé lo bastante como para quedarme dormida mediante la técnica de fantasear que tenía el valor de entrar a un club sadomasoquista del cual me habían informado y donde siempre había querido ir. Un hombre mayor pero guapo, que está con su mujer, liga conmigo. Mientras cuelgo de las tiras de cuero negro que vi en la casa de..., él me azota suavemente, como dando a entender que le gusto. Cuando me pide que salga del club con él, acepto. Encadenada aún, me envuelve con el resto de mis ropas para llevarme. Me pregunto si no irá a matarme o herirme. Claro que al salir del club podría gritar que me están secuestrando.

»De ningún modo soy ni quiero ser una víctima. Doy marcha atrás –dijo el perro, explicando su miedo a la temeraria caballero–: las fantasías no poseen la misma inmediatez que el sueño.

»Proseguiré con mi fantasía:

»En la noche fría, no bien veo al hombre fuera del club, exclamo sorprendida: "Tú no eres el que estuvo conmigo allí dentro".

»"Te equivocas –me corrige–. Estabas tan sumida en tus sentimientos que no notaste que yo reemplazaba al otro."

»Este hombre es exactamente como a mí me gustan: bajos, musculosos, el pelo cortado casi a ras de la carne.

»Es la fantasía que andaba buscando. Voy a proclamar en voz alta

todo lo que desee. Realmente veo en él a un tirano, un asesino.

»Aunque estoy tan asustada que no puedo ni hablar, me controlo y hablo: "Tengo miedo".

»"Pues tendrás que olvidarte del miedo: (tendrás que confiar en mí). Por lo tanto, te cubriré la cabeza con esta capucha."

»Metida en su coche e impotente a causa de estar ciega, no me queda sino confiar en él. Dice en voz alta que es importante que la gente sepa que necesita a los demás.

»Cuando paramos tiene que ayudarme, inválida, a bajar del coche y andar unos pasos, atravesar un umbral y llegar a la cama. Con los brazos y las piernas abiertas, me sujeta a las cuatro tiras de cuero permanentemente fijas a los postes de la cama. Me azota la espalda hasta que entro/mi consciencia entra en otro estado.

»"Ahora –me dice el hombre– podré ocuparme de ti."

»No dejo de resistirme. Algo nuevo para mí. No veré a mi falso hermano porque él, debido a que no me ama, me convierte en víctima. Al mismo tiempo toda yo deseo estar con él porque toda yo quiero su amor. Mi familia se queja de cómo soy. El caso es que *soy* así. Soy consciente de que mi negativa, mi negativa reiterada, mi doble motín que se amotina, este pasajero intento mío de ser una mujer entera, me hace pasible de sus desagradables represalias. Como cualquier otro esclavo rebelde, rebelde perverso, resuelvo, desde ahora y para siempre, con total desesperación, entregarme siempre al máximo.

–Si la pornografía –reflexionó la caballero– es aquello que incita a su audiencia a la degeneración, la violencia y el cuestionamiento sedicioso, lo que tú estás contándome es pornográfico. Ni siquiera sabes hablar con propiedad.

–Todas las historias o narraciones –ladró el perro–, por ser historias de insurrección, son insurrección.

»Dichas historias o insurrecciones son sobre todo insurrecciones contra los padres. ¿Por qué? Porque los padres controlan, no solo a los niños, sino también –en la medida en que los adultos son el producto de la infancia– a todo el mundo. A fin de vivir o ser humano, el yo debe asumir el control.

3. Prueba de que todo relato es revolución

–Un niño no deseaba otra cosa –refirió el perro a Don Quijote– que matar a sus padres. Como los padres no querían morir, pero tampoco eran capaces de matar al hijo, se esforzaron al máximo por matarlo sin matarlo de veras, tratándolo lo peor posible. Luego lo abandonaron por ahí para que el niño fuera huérfano.

–Eso explica mi infancia –anunció Don Quijote–. Siempre he sabido que la literatura tenía un propósito.

»Precisamente: los padres ordenan a la niñera que clave un impermeable en el muslo del niño, y luego lo abandonan en algún campo, como si aún pudieran hallarse campos en la devastación nuclear.

»Unas personas, como si aún quedaran personas vivas en la sociedad nuclear, encuentran al niño y lo crían. Para el niño, todos los padres son falsos; la niñez es falsa; la falsedad o impostura es buena porque, al contrario que los reales, los padres falsos te aman. Tal es la definición de infancia.

»Cuando el niño crece, quiere saber quién es. Dado que los únicos padres e infancia que puede o soporta recordar son falsos, bien podría no existir. ¿Ejerce alguna clase de control sobre su propia vida? ¿Cómo le es posible acceder a la existencia y controlar su propia vida?

»¿En qué consiste este mundo de falsedad? –preguntó el perro absurdamente. Ella misma se contestó: Soy controlada por absurdos asesinatos, por los hombres y por la falta de amor.

»A fin de descubrir su identidad y ser real (pues el saber equivale al poder), el niño debe asesinar a su verdadero padre. Entonces el niño asesina a su verdadero padre. Ahora el niño es terrible y violento. Mediante la maldad, el joven rebelde demuele el caos y el absurdo.

»El joven mata a su madre violándola. Al menos en parte, el poder humano proviene de la sexualidad.

»Edipo: Soy la mierda más grande que hay en el mundo. Asesiné a mi padre y violé y de hecho maté a mi madre. Todos los justos deberían asesinarme. Por favor, que alguien me toque. Tocad físicamente esta carne mentalmente enferma. Daría cualquier cosa por un abrazo. No hay fin para mi ser-dolor, porque de él no hay forma de escapar.

»Pueblo: Aquí llega nuestro líder político. Él podrá echarte una mano. Nosotros, como pueblo, somos impotentes.

»Líder: No es que seas culpable, hijo, sino que eres tan asqueroso que, por el mero hecho de acercarte a los demás, los vuelves asquerosos, de hecho los matas. Lárgate de aquí. El dolor humano es lo más repugnante del mundo.

»Edipo: Por favor, ámame un poquito. No sabes qué solo me siento, siempre errando de tierra extraña en tierra extraña. No sé lo que es una familia. Todos los demás seres humanos tienen familia. Como yo eliminé a la mía, no tengo familia.

»Acepto mi total soledad. No, no la acepto. Hablo solo para ti; no soy nada; solo a ti te pido...

»Líder: Deja de molestarme. Esta mañana he tenido una mañana tremenda.

»Edipo: Ya que soy tan doloroso no vuelvas a llamarme nunca ni dejes que ningún ser humano tenga que ver conmigo nunca más.

»Líder: Al menos cree en ti mismo.

»Edipo: ¿Quién soy? Por lo tanto: ¿en qué se puede creer? Cuán duro es vivir con consciencia. (Debe de haber una consciencia.) Por favor, líder mío, tócame solo una vez. Dame un abrazo, nada más, y nunca volveré a pedírtelo.

»Líder: No. No voy a tocarte. No te quiero. Tampoco te permito descansar en el mito de lo repulsivo que eres, pues conoces detalladamente por qué eres tan repulsivo. Ya conoces la consciencia.

»Edipo: Antes que conocer la consciencia o a mí mismo preferiría recibir un daño físico. Mi yo es un dolor total.

»Líder: El caso es que no tienes alternativa. Obedecerás. El azar manda. No tienes sino lo que te han dado o eres: tú mismo. No existe huida posible: ni siquiera el exilio.

»Esto es la rebelión.

4. El lado femenino del complejo de Edipo

–Yo –dijo el perro– no soy varón. Yo quiero que me toquen.

»Como mi hermano era varón, era cruel y malvado. Así son los hombres. Malvado y cruel como era, se negaba a tocarme. Así son los hombres: siempre están escatimando el afecto físico para que nosotras las mujeres quedemos atadas a ellos por un doble vínculo: les deseamos y a su vez odiamos sus entrañas. Los machos son inseguros –añadió la perra.

»¿En qué consisten mis inversas relaciones edípicas con las mujeres? En Nada.

»Me explicaré: yo tenía dos clases de vínculos femeninos, hermanas y madre.

»Mis hermanas y yo no teníamos nada que ver una con otras porque yo era diferente. Ellas eran inglesas y se pasaban todo el tiempo atrayendo a los hombres, a quienes no deseaban, mediante los recursos de no limpiarse las uñas maquillarse mal elegir cuidadosamente ropa que no destacase sus rasgos sexuales y una conversación brillante; mientras que yo, que no atraía ni a los perros, quería follar. Como mi sexualidad les resultaba repulsiva se negaban a hablarme, y como yo, igual que siempre, no podía hablar, por mucho que fuésemos falsas hermanas no había manera de que hablásemos.

»Por lo que respecta a mi madre, no tiene sexo. Mi madre no tiene sexo porque no tiene por qué tenerlo porque ha encontrado un hombre y porque mi madre es un monstruo. Porque no necesita del sexo y es un monstruo, razonablemente me odia.

»En cuanto a todos los demás, o sea los criados. Imitan a los monstruos o superiores suyos odiándome debidamente. Mi única sexualidad consiste en el temor a todo lo que reconozco como humano. Mi sexualidad es un deseo de no existir.

»Por favor, acaso pueda fregar vuestros platos. Me muero de ganas de fregar vuestros platos. Fregaré una y otra vez hasta el último platito, hasta que se rompa y nunca más pueda ensuciarse. De veras, siempre he querido ser criada. Vuestra criada. No sé a qué se debe, es algo natural, nadie me lo ha enseñado. A mí nadie me enseñó nada nunca. Soy natural.

»Al contrario que Jesucristo, no encuentro felicidad alguna en el deseo de no existir ni en el sufrimiento.

»La siguiente pregunta acerca de mi sexualidad es: ¿Por qué estoy por debajo de Jesucristo? ¿Por qué sufro más que cualquier otro ser? ¿Por qué existe la desdicha humana?

»De pequeña medité mucho sobre esta cuestión. Y decidí: Puesto que no puede haber humo sin fuego, semejante desdicha es real. Debe de haber algo en mí que no funciona bien. No solo no me parezco al resto de las mujeres, sino que tampoco me parezco al resto de los humanos. (Yo era demasiado joven para apreciar que nadie se parece al resto de los humanos. ¿Significa esto entonces que todo el mundo es inalterablemente desdichado?) Puesto que yo no me parecía a los demás, no había razón para que mi falsa familia me amara o se tomara siquiera la molestia de odiarme.

»Puesto que mi único deseo es que mi falsa familia me ame, mi deseo o yo es insensato y estúpido.

»¿Todos los fenómenos son meros sinsentidos o productos del azar? Me aboqué a examinar los fenómenos naturales o no humanos: la declinante retirada del día; la lluvia continua a comienzos de mes; el viento gris, la sostenida humedad más fría que el frío.

»Todo es nada o azar. No sé qué hacer. Estoy desesperada. Grito a plena voz el mayor sinsentido a mi alcance: "Ayúdame, mamá. Dame un hogar. Quiero irme a casa, mamá. Mamá, papá. Soy solo una niña. Concededme ese placer único que es el amor", cuando bien sé que nadie me ayudará.

»Siento que alguien me ayuda. Estoy a salvo: oh, alguien se está ocupando de mí. Puedo abrazar. Me aferro a este pensamiento como si fuera carne. En realidad, aquí solo existe la nada. Simulo que hay

algo más que la nada. Tengo que admitir la realidad. Lloro, pero esta vez el llanto no me alivia.

»Alguien se precipita en la habitación. La niñera. Por fin alguien se ocupará de mí.

»Mi falsa madre entra en la habitación y le dice que me deje sola porque, como no merezco nada, lo único que hago es comportarme como una egoísta. He de aprender que no siempre puedo salirme con la mía.

»Cuando la niñera se dispone a marcharse, le suplico que se demore porque estando sola no soporto mis pensamientos. La soledad es el peor castigo que me infligen porque la soledad me obliga a percibir una cantidad de pensamientos de los que de otro modo podría escapar.

»"Para ya de fingir, Villana. Te comportas con violencia y maldad. No piensas más que en ti misma."

»Sin molestarse siquiera en hacer caso a mi réplica, se vuelve hacia la enfermera: "No le prestes atención, que es una mentirosa".

»Tras lo cual se marcha. Me hundo en un estupor en el cual dejo de pensar.

5. Estoy soñando

–Estoy aquí sola y todo permanece en calma. Esta es mi cama nueva. Aléjate. Estás ahí. Perro. Vuelve a tu rincón. Con esa boca que tienes, tan brillante que parece un sol. Esto de aquí son mis dominios. Oídme, caballeros, vosotros que cultiváis vuestros campos y llenáis a vuestras mujeres de bebés: a mí, de eso, nada. Poblad las tierras, fecundad las escuelas que son ardientes casas de asesinos, pero no lo hagáis frente a Vuestra Reina Virgen:

»Blanca como es entre las más blancas, basta una manchita de jabón para que mi carne se torne sucia y arrugada. Mis ojos no toleran el resplandor de la luna ni el de los días. Por eso necesito sábanas, inacabables extensiones y más extensiones de gruesas

sábanas hasta el infinito de las olas perennes, para envolverme una y otra vez.

»Por no ser nada, solo La Virgen, puedo crear mis propios rasgos: ese alto y delgado jirafa macho rubio, demasiado-delicado-para-este-mundo, es un hijo-de-puta arrogante. Un ángel, un verdadero ángel de hinchadas mejillas plenas como aquel niño mendigo de Caravaggio, el pelo más Ariel-mente ondulante que el de cualquier reina, la sonrisa dulce y tierna como la de un bebé, miraba un pezón recién chupado. Es repulsivo. Es el demonio Belcebú, ni siquiera disfrazado. Miente y, peor aún, jura por su propia alma virginal que es sincero. Dado que, siendo virgen, no posee carne, ¿cómo es posible que esté diciendo la verdad? ¿Cómo puede ser la virgen, si yo soy la Virgen María el Sueño la Risa? Sea el mundo dichoso, lo es, pues dichosa soy yo.

»Oh, mis señores, ya está al caer sobre nosotros la Navidad, de modo que hemos de preparar nuestro país. Acercad los animales: el oso que en la palma de su zarpa arqueada sostiene a la paloma; el truncado elefante trunco y la jirafa arrogante cuyo cuello ha robado el trunco tronco del elefante; el perro que es lo más feo del mundo. ¿Hemos de contar las historias de estas singulares criaturas?

»"Cuenta una sola, pues presurosa se aproxima la noche y pronto llegará la hora de morir."

»"La tierra se tornó negra, y todo se congeló. Habla ahora, lo más rápido posible. Has de hacerlo. Pues esta Navidad es la última Navidad de todas las Navidades."

»Sí, ay, y por lo tanto os contaré la historia de LA CUERVA Y LOS PARIENTES DE LA CORDERA.

»Érase una vez una cuerva que dio a luz una cordera. Puesto que los corderos no suelen nacer de las cuervas, los pequeños parientes de la cordera consideraron el caso como raro y por lo tanto indeseable para el mundo. "Nadie me quiere –sollozaba la corderilla–. ¿Cómo vas a ser tú mi madre? ¿Cómo puede haber madres para las de mi ralea?"

»"Ven, cielo mío –replicó entonces la madre–, pues esto no es cuestión de estación ni de razón ni de tiempo: es cuestión de carne. Deja que nuestras carnes se toquen. Acercaos, manecitas que no

habéis tocado nunca. Ven, y abre tu carne. Corre, cordero. Corred, leones. Corred, elefantes grises que habéis errado solitarios, niños humanos que husmeáis en las grietas del primer árbol que encontráis. Toda la carne, todos los animales debéis relajaros para poder correros.

»"Cordera: ¿No quieres correrte conmigo?

»"Besa, cordera. Besa a tu madre, la cuerva." La cuerva se explica ante su hija: "La cuerva ha sido muy mala persona porque hizo migas con Herpes y gonorrea, pero ahora se ha corregido y volando atraviesa la nada y el caos, muy alto, las alas más majestuosas que las de las águilas, en la medianoche, como medianoche eran tus ojos cuando naciste. Cordera."

»La madre habla de su hija: "Cuando naciste eras muy roja, nadie te quería, entre tus vellones anidaban la sarna y los gusanos. Eras una hija que yo no quería. No te quería porque yo soy una cuerva y tú eres una cordera".

»"Ya lo sé."

»"Durante toda tu vida te has odiado porque eres una cordera y no una cuerva. Los brezos te despedazaban la lana en los peñascos. Zorros salvajes gañían tras tus pisadas. Pero tú estabas a salvo, porque tu vileza te volvía demasiado vil para ser alimento de los lobos y delicia lobuna. Cuántas veces, cuando el corazón mental se retrae del suicidio, el cuerpo físico escucha a su enfermo equivalente mental. En los países fríos y grises a nadie le importa la vida o la muerte de los mendigos. Incapaz de ser una cuerva, intentaste convertirte en loba. Pero, por ser cordera, eras demasiado tonta. Eras, cordera, demasiado tonta para vivir en este mundo y demasiado tonta para morir en él."

»La cordera no dijo nada.

»"Me preguntas –dijo la Madre Virgen– si hay algo más. Para las corderas. Cualquier cosa que no sea la imposibilidad de estar viva y de morir. Hay de todo. Hay animales que solo viven de noche; hay animales cuyo ser es un espejo, que solo son aquello que imitan; hay animales cuyos movimientos físicos son sexualidad; hay animales que hablan entre sí de maneras complejas.

»"Todos esos animales más capacitados que tú –instruyó la madre

a su hija acerca del amor– se regocijan contigo, pues tú necesitas amor desesperadamente.”

6. La realidad repite el sueño

–Fue a verme el médico de la familia.

»Médico: ¿Qué te hace sufrir tanto?

»Perra: Estoy enferma.

»Médico: Enferma, ¿cómo? ¿Te encuentras mal físicamente? ¿Eres genéticamente defectuosa? ¿Estás loca? ¿Eres pobre? ¿El sistema te ha pasado por encima?

»Perra: Me han golpeado la carne interior centímetro a centímetro hasta hacerla papilla; me han magullado hasta el amedrentamiento la capacidad de sentir. Me han convertido en tal fuente de odio que me detesto a mí misma. No a ellos. Pero no pueden ser estos motivos los que me hagan tan desgraciada, pues muchos niños criados en las familias más atrozmente viles salen perfectos.

»El médico presionó más: ¿Qué te hace sufrir tanto?

»Perra: Mi familia me ha encerrado con llave en este cuarto. Vivo en un mundo puramente mental o ciñéndome a falsas creencias. Lo físico y lo mental no son cosas separadas, pues solo existe el cuerpo. Mi cuerpo está físicamente enfermo.

»Médico: Todos los seres humanos viven en un mundo mental falso. Pero no todo el mundo sufre tanto como tú.

»Perra: La muerte de mis verdaderos padres me marcó. Si todo niño es producto de sus padres, yo soy producto de la nada y soy la nada. Mi cuerpo está físicamente enfermo.

»Médico: Eres canina, no el mero resultado mecánico de un conjunto de incidentes.

»Perra: Ese resultado es mi mente. No tengo padres ni amigos ni hogar, por lo tanto no puedo escapar a la desgracia. Odio este sitio. Me odio a mí misma.

»Médico: Dado que eres infeliz, tienes la mente enferma. ¿No

puedes aprender a pensar, o impensar, de otra manera?

»Perra: Puesto que no soy sino esto, si dejo de ser infeliz no seré nada. La nada me asusta.

»Grité.

»Lo único real es esto, así que debo afrontar la nada.

»Me gustaría saber algo.

»El médico y mi falsa madre acordaron enviarme a la escuela. Pude abandonar aquella casa detestable.

–Estoy de acuerdo contigo –Don Quijote, además de interrumpir a la gárrula perra, había entendido todo al revés– en que la única sexualidad que poseemos es imaginativa. Yo salvaré al mundo imaginativamente.

UNA VIDA DE PERROS, cont.:

EXAMEN DEL TIPO DE EDUCACIÓN QUE NECESITAN LAS MUJERES

1. Qué aprendí en la escuela: aislamiento

–Vientos. Aullad a gusto. ¿Gritáis más cuando no hay nadie cerca o cuando alguien os oye?

»Quiero desahogar toda mi angustia. Durante los últimos meses. Hablaré. He estado viviendo con un hombre. No puedo hablar sin rodeos. Dejaré caer una frase cada tanto. Estoy enfermando de soledad. Aquellos humanos que deciden abandonar sus hogares o el curso normal (condicionado) de la vida, abren los corazones a la soledad y la violencia de los vientos del sudeste.

»Soplad. Vientos. Enfureceos más enfureceos cuanto podáis. Me gustaría que un demonio capturase mi corazón y lo besara.

»Demostré más allá de toda duda –continuó la perra dirigiéndose a Don Quijote– que era la niña más pérfida y abandonada jamás

criada bajo techo alguno. Pues en mi pecho solo bullían malos sentimientos.

»En los pasillos del sexo, el padre que nunca he conocido significa en parte dolor. En este momento me resulta doloroso correrme porque nadie me folla. El sexo es una dolencia física necesaria porque la transforma a una. De modo que cada día converso con mi propio amante desconocido. Paseo junto a ... por los ignotos jardines ingleses. Mientras devoro el alimento de sus ojos, me alimento con sus ojos. Me hago daño porque él no existe. ¿Comprendes por qué todo orgasmo es en parte doloroso?

»¿El placer sexual no es más que placer? –preguntó la perra.

»Llegué a mi escuela y a mi instruida soledad un frío día invernal, un día que en sí mismo desesperaba por respirar. Lluvia y viento y frío y, peor aún, opresión oscuridad colmaban mis ojos, de modo que ya ni siquiera reconocí una idea de felicidad. La mente se ve arrastrada al borde mismo de la nada. Largo río de pizarra: mi corazón.

»Sola, no sé lo que hago porque soy una niña, entro por la puerta de una casa. Está tan oscuro que no se ve nada. Una débil figura más o menos humana está sentada, es posible, apenas la distingo.

»"¿Es la primera vez que abandonas a tus padres, niña?"

»"Yo no tengo padres."

»"Que yo sepa, eso no significa nada."

»Primer día.

»Ha concluido la primera noche. Conozco la soledad. La prefiero a estar con gente que supuestamente me ama porque es mi única familia pero en realidad me odia. Ahora sé que no tengo hogar. Me siento sola: porque ni mi carne ni el resto de mi ser han sido tocados nunca. Soplad, vientos, vosotros sois sinceros. Aquí, en este país frío y gris, no hay nada, y tampoco hay nada en ningún sitio.

»Los aspectos concretos de la soledad son estos: (1) Esta comida apesta porque nos hacen comer una carne picada, un putrefacto líquido gris con manchas de sólidos flotantes o mierda sobre tostadas blancas, lo cual nos provee de proteínas. El resto de la comida son gachas grises y pastosas que obstruyen los vertederos y a las mujeres embarazadas. (2) Mi "aprendizaje" consiste, bien en

cumplir tareas absurdas, o sea, tan estúpidas que no pueden cuestionarse, bien en extraviarme en la nada de las cosas inservibles. (3) Ni siquiera puedo masturbarme porque aquí todos los espacios son públicos. Como hasta mi sueño es público, apenas consigo dormir. (4) Como nadie me toca, mi propio cuerpo resulta detestable. Me visto con sórdidos andrajos marrones, viejos zapatos de mujer y medias gruesas, todo lo cual me cubre por completo, es mi uniforme.

»Me odio. ¿Se odia a sí misma el resto de la gente? ¿Es forzoso que todo individuo viva apartado de cada uno de los demás? Ahora que estoy sola, no me suicidaré. Tal vez sea así: tal vez la mayor parte de la gente está sola, de modo que, en medio de esta soledad del odio contra esta soledad, al menos no soy una rareza. Pero por mucho que lo racionalice, cuando la soledad y la falta de contacto sexual lastiman, lo hacen con toda la fuerza del infierno humano que en verdad son.

»Ahora, cara a cara con la soledad, me voy habituando a estar sola. Continuaré así. No hablo con nadie ni espero hablar con nadie. Cuando otro ser viviente, que en estas circunstancias ha de ser una muchacha, se dirige a mí, me sorprendo. Como sus palabras no pueden sino ser palabras muertas, respondo tan solo balbuceando. Vivo en mi mundo particular de patios de recreo árboles libros animales. No volveré a consentir intrusiones. Ni que me toquen. A lo lejos, el río de mi adoración fluye aquí largo monótono espumoso, sin detenerse, rumbo al bien y la luz. A sus orillas balan las ovejas. Por fuera el aire gélido me estampa la carne, pues por dentro soy toda insatisfacciones. Una concha como una celda contiene las insatisfacciones.

»Incapaz de conocer cualquier exterior, ignoro dónde estoy. He aquí un edificio de ladrillos rojos. He aquí una baja, insulsa construcción de ladrillos marrones. Más allá está mi río. Nada es real porque para mí nada tiene sentido porque nadie me toca. Nadie me dice qué significa qué. Aquí no enseñan nada. Donde no hay lenguaje, no hay realidad.

»Este es el motivo –explicó la perra– de que tenga el corazón destrozado.

»Frío. Humedad. Muerte. Bajos marjales recostados en ríos escondidos. Tierra tan pesada que podría hundirse, y de hecho se está hundiendo, en su deprimido estrato geográfico de barro. Pesadez humana más pesada que la muerte.

–Política rusa. Tengo dos fantasías recurrentes: sola, fantaseo con que un humano me quiere. Pero si alguien me gusta, por más que solo sea en una fantasía, fantaseo con que no comprendo lo que ocurre entre esa persona y yo. Una tercera persona me dice, para su propio provecho, que mi amante está con otra persona y que debería ir a buscarlos. O bien, por casualidad, descubro a mi amante acariciando a otra chica mientras le dice que la ama. Mi amante me rechaza de modo bien implícito bien abierto.

»Dado que –como de costumbre– estaba fantaseando con que era un bebé, en ese cuadradito de mugre detrás de la escuela al que llaman jardín, una chica sentada a mis espaldas con un libro me preguntó si yo era huérfana.

»"No. No tengo padres. Mis padres han muerto."

»"Aquí todo el mundo –explicó– es un tipo de huérfano u otro."

»"Esto no es una escuela, sino una institución para huérfanos. Nos acogen aquí porque no tenemos adónde ir y el Estado, por gentileza propia, es un Estado benefactor."

»"Pero entonces ¿adónde iremos? ¿El Estado es nuestro padre?"

»"El Estado no nos brindará su caridad porque, sensatamente, piensa que la caridad gubernamental crea un populacho débil. De modo que cada una de nosotras, al no tener nada..."

»"Yo no tengo nada", interrumpí.

»"... ha de tener un amigo, o un tutor, o un follador que pague a la escuela quinientas libras al año."

»"Pues entonces no puedo ser huérfana."

»"Vaya si lo eres. Quinientas libras al año no representan ni una limosna. Los huérfanos son niños ya mayorcitos que carecen de socorro. Tú eres americana, ¿verdad?"

»"Sí."

»"Puesto que, a fin de que te curtas, los Estados Unidos no te dan

nada al tiempo que te esquilman mediante los impuestos, eres una niña huérfana o carente de socorro. Por lo tanto, tienes que depender de cualquiera que esté dispuesto a darte lo que sea, incluso de un obrero."

»"¿Entonces mis padres son obreros?"

»"No, no lo son", respondió ella exasperada. "Los obreros son gente que, aunque –al contrario que media población de este país– tenga trabajo, piensa que es lo último de lo último y lo más despreciable. Debido a ello son rígidamente moralistas, como el director de nuestra escuela."

»"¿El director es un obrero?"

»"No, es un vicario. Está obligado a ser amable."

»"¿Quieres decir que no lo es?"

»"Aquí nadie es amable con nadie porque somos huérfanas. Por lo tanto: déjame en paz", ordenó. Ella era pérfida y yo estaba sola. Deseé ser ella.

»Pozo sin fondo estoy en un pozo sin fondo no puedo soportarlo. He de conducirme al exilio para lograr enfrentarme a esto, mi soledad.

–Acerca de la naturaleza. Aunque hoy mi novio me haya abandonado ¡soplad vientos porque soy casi feliz!

»Hoy me siento muy feliz porque debo sentirme muy feliz: está nevando. Contra el paño más bajo de la ventana se forma una duna. El río ahora se ve deprimido, frío y gris-hielo. En el cielo se oye un ruido grave: el desconsolado gemido del viento. Como el desconsolado gemido del viento se parece al mío, soy el viento.

»Si yo fuera una persona por la cual sus padres se preocupan o preocupasen, ahora estaría llorando porque no tengo a nadie. Este viento sería la tajante línea que me separa de quien me ama. De existir tal separación, no conseguiría soportarla. La forma en que el tiempo hace lo que hace sin reparar en mí, haría añicos mi seguridad. Pero yo ni siquiera soy alguien.

»De modo pues que puedo ser... quien se me antoje. Puedo hacer cualquier cosa puedo ser cualquiera por un día y al siguiente hacer

ser otra cosa, incluso lo mismo. Soy tan impredecible como estos vientos: estos vientos o yo me harán feliz si corro más deprisa, y más deprisa ahora más despacio, más deprisa...

»Ahora el masoquismo es rebelión...

»Por largo tiempo he sido un gato al cual le han frotado la piel al revés y no sabe cómo lograr que lo toquen correctamente. Al igual que los vientos, yo el gato actúo sin pensar despreocupada negligente inconsecuente alegremente porque cuando no se piensa, no hay pensamiento. Por esa razón los vientos oscurecen el aire. No tengo posibilidad de llegar a saber.

»Amaré a alguien, puedo. Entonces se tratará de una mujer porque solo existen mujeres. El nombre de mi amada, su nombre, es Burn. Es a quien azota la maestra.

»¡Aullad, vientos humanos! Aullad, átomos todos de esta piel humana. ¡Vosotros no me amáis! Vosotros que al moldearme físicamente en el placer de ser herida me lleváis a amaros tanto que me resulta imposible amaros mientras no me améis. Me obligáis a amaros tan solo a vosotros y al compás de vuestros deseos. Y ahora me estáis moldeando a fuerza de heridas mentales. Como deseáis que solo sea aquello que os ama, me tratáis como a una nada. Vosotros sois mi destrucción humana. Vosotros sois mi escuela.

»¡Soledad, aúlla! La verdadera enseñanza se imparte por vía de los sentimientos. Aúlla, yo luchando contra el suicidio.

»Esto que nombro no es la soledad: es el daño incesante, lo contrario del amor. Aquellos que porque aceptamos el daño estamos enfermos...

»"Al que intente tocarme, y más aún si me pega", le grito a Burn, "lo zurraré (con los géneros sexuales no me aclaro del todo) en el maldito culo hasta dejárselo hecho un pingajo."

»Me sereno. "Nunca me ha gustado sentir el más leve dolor, ni siquiera físico. No me entra en la cabeza por qué un ser humano debe sentir dolor.

»"¡Si un ser humano se atreve a causar dolor a otro ser humano", grité, "le partiré la cabeza a ese ser humano!" Pero ¿a quién le estoy gritando? Opino que cualquiera que viva en soledad sin volverse loco es fuerte.

»Burn dice que, a través del daño que me hace, la escuela en donde estamos, moldeándome en mi propia violencia me enseña a moldear mi fuerza.

»Como, al contrario que ella, cuando siento dolor me faltan fuerzas para nada más que lanzar gritos, idolatro a Burn. "Te idolatro.

»"Soy un lío", prosigo. "Puesto que objetivamente sé quién soy, he aquí quién soy. Puesto que soy un lío o no controlo ninguna de mis emociones, dichas emociones se apoderan de mí. Tan feroces son las emociones que debo controlarme. Por eso para mí el amor es un control."

»"Pues entonces deberían castigarte por ser una mala persona a quien nunca han castigado por ese motivo."

»"Aunque eso no puede ser cierto porque yo nunca tuve padres...", de pronto cambié de idea, "entonces debe de ser cierto. ¿Es forzoso que nada sea nada? Mi madre falsa me castiga por todo. Luego, nada es apenas nada." Habiendo aprendido la primera verdad –la identidad–, digo a la chica lo que corresponde para que me ame: "Sí, necesito que me castiguen".

»Esta buena conducta no se prolonga excesivamente: una vez más empiezo a gritar. "¿Y qué hay del amor y la ternura?

»"¿No me amas, entonces? ¿No te importan nada el amor y la ternura? ¿Tú no necesitas que alguien te ame?" Así concluye mi discurso solipsista.

»No tiene la más remota idea, me parece, sobre lo que estoy diciendo.

»Discurso solipsista de mi primera amiga: "No veo que haya necesidad de amor y ternura".

»"¿Por qué? En esta escuela solo hay una buena profesora. La señorita St. Jean Pierre. Nos enseña haciéndonos experimentar aquello que desconocemos. Puesto que al aprender de ella no he de esforzarme en aprender, quiero aprender porque, desde luego, quiero hacer lo que en ese momento esté haciendo. Lo demás no es aprendizaje. El aprendizaje, por lo tanto, nada tiene que ver con la autodisciplina ni el fascismo."

»"Pero debería tener que ver con la amabilidad y el afecto. Pues

cuando nadie me ama, por mucho que haga algo en realidad no hago nada, porque toda mi actividad se reduce a desear que alguien me ame."

»"Todos somos huérfanos –replicó Burn–. ¿Es motivo suficiente para seguir castigándonos o persistir en la ignorancia? Si hemos de vivir en un mundo sin amor, deberemos aprender a vivir sin amor. En ello consiste nuestro aprendizaje..."

»Interrumpí su solipsismo: "Cuando irrazonable irracionalmente nos golpean, bien físicamente bien mediante el aislamiento, deberíamos devolver el golpe. Con toda la fuerza. El aislamiento es un arma política. Deberíamos hacer a esa gente esos padres a quienquiera que haya sido un daño tan jodido que les provocara un sufrimiento irreparable: que en las patas traseras les anduvieran gusanos y sus dedos tuviesen que arrastrarse. Pues cuando un ser humano muere, sus entrañas en realidad se convierten en un gusano gigante".

»"Esa afirmación, esa clase de afirmación, Villi, me demuestra que, por no haber aprendido nada y por tanto carecer de disciplina, eres demasiado peligrosa para ser tocada. Por quien fuere." Hasta en la amistad, y sobre todo en ella, acabo por topar con mi aislamiento.

»En este momento la tarde declina como si más que sumirse en la noche fuese a pasar frente a ella. Hoy quise pasear al aire libre, entre las manchas de hierba desnudas y las boñigas pardas, pues sentir esas manchas, pelos de una Naturaleza calva, es la única manera de mitigar el dolor que me lacera la piel. Sin embargo, el único día que nos permiten abandonar el interior, el frío interior asfixiante, es el domingo. Nos dejan salir para que vayamos a la iglesia. Después de la iglesia por fin nos permiten pasear al aire libre. El aire libre está helado. Congelarse no importa porque no importa donde una vaya pues para que el pensamiento se esfume basta echarse a andar. Este frío es mi única tibieza. Mis ropas deben de ser andrajos. Mis zapatos, finos y ligeros. Rojos sabañones inflamados producto del frío cubren mis manos y pies. Cuando no tengo hambre tengo hambre. Como las privaciones físicas, al igual que la pobreza, corroen el espíritu mental, quiero regresar al reglamentado dolor interno, pues nada más puedo conocer.

»La revuelta nace del odio que los rebeldes sienten por aceptar las penosas condiciones en que se hallan. A fin de abortar la revuelta, al regresar nos daban dos rebanadas de maravilloso pan con margarina de verdad. Precisamente como a los mineros. Las niñas mayores, más grandes que yo, me arrebatan la comida. Aquí todo el mundo me odia. Quiero morirme y no quiero morirme. No siendo nada, no puedo odiarme a mí misma. Tales condiciones políticas me vuelven apolítica o indiferente hacia todo.

»¿Por qué importa tanto ser tocada? –preguntó el perro a nadie en especial–. Sin el tacto de otro humano, no soy nada. Pues en tanto no me toquen puedo hacer (ser) cualquier cosa (cualquiera) y, por lo tanto, no soy nada. Ya que nadie me habla, converso conmigo misma. En Inglaterra, este mundo o país que llamamos escuela, y cuyo director es una rectora inflexible. Como en esta escuela me siento muerta, este país es la muerte. Yo, condensación de todas las hembras aisladas, soy la Virgen.

»Dime, Virgen María: ¿cómo es posible que el amor ya no dé a luz?

»Por más que ya no existas, amor: cada día a todas horas me dirijo a ti porque he de hacerlo. Porque basta que dentro de mí haya alguien, aunque solo sea en la fantasía, para que cada vez no me encuentre enfrentada a mi propia soledad. Para no ser presa cada vez de ese grito que es la Muerte. La Muerte es el único absoluto, el objeto cognoscible, el único conocimiento humano. Tú eres mi corazón ignorante. Virgen. Perra. Si existe el azar, ha de existir el amor.

»"Me niego a creer que no haya posibilidad de amor", le grito a Burn ahora que he puesto en claro mi argumentación, pero Burn ha muerto de una tifoidea provocada por la desnutrición y el frío húmedo de este país. ¿Ahora quién puedo imaginar siquiera que escuchará mis gritos?

2. Lectura: Sueño mi educación

–Me senté en una silla y leí. Sobre mi brazo derecho descansaba mi gato blanco embalsamado. Una manta blanca me cubría como el océano la mitad de abajo de las piernas. Leí esto:

»"–Consumida como pareces por la pasión de espulgar a una muchacha, o tú misma ser espulgada... (yo no estaba muy segura del significado de la palabra *espulgar*, pero tenía una idea aproximada, 'espulgada' me dijo un día la incomparable Delbène)... pocas dudas me caben de que Sainte-Elme ya está decidida, o puede ser fácilmente inducida, a procurarte tales placeres. ¿Será preciso que titubee? No corre riesgo alguno: el resto de su vida lo pasará en santo retiro. Mas en cuanto a ti, Juliette, una vez privada de tu emblema o identidad el matrimonio te estará negado para siempre. Medítalo, por tanto, y créeme: desdichas innombrables bien que pueden abrumarte a consecuencia de un ligero defecto en esa parte cuyo daño hoy consideras irrelevante. Por incauta que seas en tu juventud, y excúsame, ángel mío, pero sabes que lo digo por tu bien, reflexiona: ve a lo seguro: reniega de esa Sainte-Elme y tómame a mí. Te daré todo cuanto deseas, y más aún. Escoge tú misma a la muchacha de este convento cuyos frutos más codicies, y entretanto yo me haré con los tuyos. Ciertos daños materiales recaerán sobre la parte mencionada... no temas..., yo cuidaré de ti, nena. Puedo hacerlo, aunque no sé decirte cómo; en ello radica el secreto del convento. Si quieres saberlo, has de prometerme que nunca volverás a hablar con Sainte-Elme. ¿Lo prometes? ¡Júralo! Júralo por tu coño. Solo tu coño es sagrado. ¡Si a partir de ahora diriges una sola palabra a Sainte-Elme, seré contigo... muy desagradable!"

»Mirando a la cara de la madura mujer, digo: "No puedo herirte –aunque lo deseo– porque te preocupas por mí. Además, deseo ser tocada físicamente".

»Al fin lo he admitido. Deseo ser tocada físicamente.

»Juré que nunca volvería a dirigir la palabra a la fastidiosa Sainte-Elme. "Haré lo que tú mandes."

»Delbène, un mes más tarde: "¿Lo has decidido? ¿Has decidido a cuál quieres?".

»"Lo que más quiero es una familia. Pero si tuviera una hermana,

tanto se enfadaría conmigo que la culpa la haría matarse. Me quedaré con Laure. Ella no será una familia; sé que nunca tendré una familia. Pero algo es algo... esa muchacha, digo: es la intimidad. Una intimidad duradera: posee la estabilidad de las clases medias altas. Posee esa seguridad, de la cual yo carezco, que atenuará mi desaforada voluntad de detentar el control."

»"Puesto que su único pariente es un baboso tío anciano que vive retirado en las montañas, no veo razón para que no hagas con la niña lo que te apetezca. Esta noche, cuando todas las estudiantes se hayan recogido en sus dormitorios, tú y yo Flavie y Vollmar nos escabulliremos. Yo me encargaré de lo demás. Seré tu maestra. Ten el valor de tu sexo, un sexo que ha soportado dolores insoportables: ¡sé una joven caballero, pues esta noche aprenderás algo grande!"

»La mujer que fregaba los suelos entró en la habitación: "¡Laure se ha largado! ¡Ha huido de la escuela!".

»"¿Cómo es posible que quiera huir de mi amor? –exclamé. Tenía ganas de añadir *Oh, mierda,* pero estaba en la escuela. Contuve la lengua–. ¡Laure! ¡Laure! ¿Cómo has podido morirte? ¿Y, muriéndote, abandonarme? Pues me has obligado brutalmente a abandonar todo lo que había llegado a poseer de ti, la esperanza: Te has llevado mi futuro. Mocosa malcriada. Te odio con todas mis fuerzas, sí, señor, porque cuando un romance se disipa, los deseos concebidos por la que no quería romper permanecen dentro de ella para atormentarla."

»Mi profesora: "Tiene que haber un futuro".

»"No. Pues no aceptaré que el mundo solo deba ser dolor: un futuro que solo traiga tormento es un futuro que nadie merece. En cuanto a ti tuve el coraje de dirigirme a mi profesora sin rodeos, y eso aunque fuese incapaz de enfurecerme sin rodeos con mi madre, que me odiaba, ¿cómo harás para cumplir tu promesa? Laure se ha ido. Nada. Solo quiero a Laure. Como las palabras de todas las profesoras que he tenido, las tuyas tampoco significan nada para mí. Las palabras no tienen el menor significado."

»Desperté del sueño en que había caído. Como el agua que cae de su fuente a un lugar seguro, al nivelador: de la lectura al sueño. ¿Con qué milagro de poder personal había soñado? Ahora, mientras

mi corazón quiere ser tal que ya nadie lo hiera, brumas gélidas como la muerte vagan a los impulsos de los vientos de levante –vientos cuyas únicas leyes perceptibles para los humanos son las del azar– a lo largo de purpúreos picos semiocultos. Aquí, en Inglaterra. Brumas, tetas, dedos curvados hacia abajo escarbando hasta que aquellos nacidos de la noche se mezclan con la niebla helada del cementerio. Hoy es Navidad, corazón mío. ¿Está naciendo algo? ¿Se da a luz? ¿Acaso un niño puede ser alumbrado y nacer en la sombría tierra desamparada? ¡Sí!

»Naceré: los dos cuerpos de agua del cementerio en donde estoy, oculta, aún bajo la niebla, se tornan indiferentes y turbios: salvajes, se alzan. Por encima de sus lazos legales, arrojan a través del inexistente aire húmedo una risita, adensada por una lluvia casi nevasca.

»Naceré: en este país de clima frío. Mala comida, calefacción insuficiente e insuficiente atención médica hacen de la gripe un modo de vida. Gripe, y cosas peores. Los médicos ni siquiera distinguen qué clase de enfermedades sufre la mayoría de la gente. Gripe, y cosas peores. Wang Lung era mago y aborrecía al Emperador; amaba a la Emperatriz, claro que a reverente distancia.

»El vivir aquí en la enfermedad y enfermar extrañamente nos acerca los unos a los otros; ahora podemos experimentar emociones mutuas. Nos importan un bledo los sujetos que nos controlan. Casi no existen, esos semidioses del mundo. Ya no consiguen decirnos lo que por imperio de las leyes debemos hacer, pues todos, incluso ellos, nos enfrentamos a la muerte humana total. Los pocos que se encuentran suficientemente bien como para vagar vagan por un espacio indefinido casi ilimitado: el mundo de la muerte casi total es el mundo de la casi libertad. Cuanto más nos aproximamos a la muerte humana total, más débil es el constreñimiento de lo sociopolítico.

»Aquellos que entre nosotros contéis con alguien que pueda alejaros: huid de este lugar. En cuanto a los demás, vivimos en nuestras muertes futuras: nuestras muertes presentes, porque las ratas de la muerte ya agrietan los muros. No hablamos sino de

enfermedades. Pronto, Burn, difunta amiga mía, algo tiene que brotar.

»Yo me desesperaba por descubrir una forma de vivir. Aquí esta gente no me enseña otra cosa que el aislamiento. Vuelvo a mi libro. A cualquier cosa que me enseñe otro lugar, pues en este país no hay más que muerte.

»El libro continuaba:

»"La profesora Delbène: 'A menos que incluya la confianza el amor no es nada'.

»"Juliette la alumna no dijo nada.

»"Delbène: 'Sé que te prometí que podrías arrebatarle la virginidad a Laure. Laure se ha ido. ¿Sigues confiando en mí? ¿Es la confianza parte del amor?'.

»"Juliette la alumna no dijo nada.

»"Delbène: '¿Confías en que yo pueda hacer ocurrir cosas en este mundo?'.

»"Juliette la alumna respondió que confiaba en su profesora.

»"La profesora vendó los ojos a la alumna para que tuviera que confiar en ella.

»"Delbène, Volmar y Flavie, también estudiantes, y Juliette atravesaron las brumas rumbo al cementerio. Entraron en la capilla. Delbène levantó una lápida bajo la cual había un agujero. Mujer y muchachas bajaron varios estrechos escalones resbaladizos. Aunque no viese nada, Juliette no tenía miedo porque confiaba en Delbène.

»"Cuando Delbène, la última, dejó bajar la lápida, la piedra cayó más rápido de lo esperado y al dar contra el suelo rocoso provocó un fuerte ruido.

»'Mierda', dijo Delbène. El grupo siguió avanzando y dejó atrás ataúdes de escolares muertas.

»"Delbène levantó una lápida bajo la cual había otro agujero. Mujer y muchachas bajaron varios estrechos escalones resbaladizos. Delbène las siguió a lo largo de aproximadamente diecisiete escalones.

»"Entraron en una sala escasa pero elegante. Los muros el techo y

casi todo lo que había allí era blanco. Tuberías ocultas mantenían la cámara bien ventilada. Delbène quitó a Juliette la venda de los ojos y dijo: 'Lo que hacemos en esta sala es ser felices. Con nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos nos enseñan quién ha sido envenenada'".

»Volví la cabeza y vi a Laure, la persona a quien deseaba.

»En mi sueño, mi profesora me dijo: "Todas las formas de educación aceptadas en este país, en lugar de enseñar al niño a saber quién es o a saber, le indican quién es. De ese modo ofuscan cualquier acto de conocimiento. Y dado que tales educadores preparan la mente más que el cuerpo, nosotras podemos corregir nuestras opiniones o falsa educación merced al cuerpo físico, el lugar de la defecación, la alimentación, etc.

»"Antes que nada, hemos de actuar contra nuestras opiniones; hemos de actuar exactamente de aquellas maneras que desaprobamos. En ello consiste en este momento la acción correcta. En este momento no podemos sentir alegría alguna porque ignoramos qué es la alegría.

»"Cuando actuamos así, otros seres humanos, aferrados a sus opiniones, nos odian".

»Anonadada, yo repliqué:

»–Yo no soy así: yo no soy horrible.

»–Tú no tienes idea de cómo eres.

»–Yo no soy así: Horrible.

»–Yo no soy así: Horrible.

»–Yo no soy así: Horrible.

»Delbène dijo:

»–Para demoler la destructiva educación recibida debemos hacer cosas que consideremos crímenes.

»–Pero los *crímenes* son malos porque mediante tales acciones humanas los humanos hieren a otros humanos.

»–Pero los *crímenes* son malos porque mediante tales acciones humanas los humanos hieren a otros humanos.

»–Pero los *crímenes* son malos porque mediante tales acciones humanas los humanos hieren a otros humanos.

»–La réplica es adecuada –dijo mi profesora–, según los cánones del mundo.

»–La réplica es adecuada –dijo mi profesora–, según los cánones del mundo.

»–La réplica es adecuada –dijo mi profesora–, según los cánones del mundo.

»–Pero errónea –bramó mi profesora–, pues toda respuesta que parezca correcta niega el mundo, cuya naturaleza estriba en el azar y la relatividad. La respuesta correcta no existe.

»–Pero errónea –bramó mi profesora–, pues toda respuesta que parezca correcta niega el mundo, cuya naturaleza estriba en el azar y la relatividad. La respuesta correcta no existe.

»–Pero errónea –bramó mi profesora–, pues toda respuesta que parezca correcta niega el mundo, cuya naturaleza estriba en el azar y la relatividad. La respuesta correcta no existe.

»–Pero errónea –bramó mi profesora–, pues toda respuesta que parezca correcta niega el mundo, cuya naturaleza estriba en el azar y la relatividad. La respuesta correcta no existe.

»–Pero entonces ¿cómo se conocen las respuestas? ¿Cómo pueden tomarse decisiones?

»–Pero entonces ¿cómo se conocen las respuestas? ¿Cómo pueden tomarse decisiones?

»–Pero entonces ¿cómo se conocen las respuestas? ¿Cómo pueden tomarse decisiones?

»–Pero entonces ¿cómo se conocen las respuestas? ¿Cómo pueden tomarse decisiones?

»–Eso –dijo mi profesora– es lo que descubriremos ahora. No se trata simplemente de que no podamos saber nada. Algo sí que sabemos.

»–Eso –dijo mi profesora– es lo que descubriremos ahora. No se trata simplemente de que no podamos saber nada. Algo sí que sabemos.

»–Eso –dijo mi profesora– es lo que descubriremos ahora. No se trata simplemente de que no podamos saber nada. Algo sí que sabemos.

»–Eso –dijo mi profesora– es lo que descubriremos ahora. No se trata simplemente de que no podamos saber nada. Algo sí que sabemos.

»–Esto es una novedad.

»–Esto es una novedad.

»–Esto es una novedad.

»–Esto es una novedad.

»–Sí. Una novedad.

–¿Qué sabemos? –preguntó retóricamente la perra a la caballero.

–¿Cómo puedo saber yo lo que sabéis vosotras? –replicó la caballero–. No soy una perra.

–Tú aún no sabes nada –amonestó la perra–. Para ti, nocturna, todo es peor que la duda. Pon atención al final de la historia –dijo la perra meneando la cola–: Puesto que el primer campo de conocimiento es el cuerpo, mi profesora ordenó que me desnudara. Una boca me tocó el culo y lo lamió. Un dedo se hundió en el agujero. Me metieron un consolador en el agujero del culo y otro en el coño. Ambos consoladores expulsaban un líquido blanco. Tan tremenda fue la excitación, que me corrí. Lo más importante para mí fueron las reacciones desordenadas de mi cuerpo.

»Puesto que el primer campo de conocimiento es el cuerpo, mi profesora ordenó que me desnudara. Una boca me tocó el culo y lo lamió. Un dedo se hundió en el agujero. Me metieron un consolador en el agujero del culo y otro en el coño. Ambos consoladores expulsaban un líquido blanco. Tan tremenda fue la excitación que me corrí. Lo más importante para mí fueron las reacciones desordenadas de mi cuerpo.

»Puesto que el primer campo de conocimiento es el cuerpo, mi profesora ordenó que me desnudara. Una boca me tocó el culo y lo lamió. Un dedo se hundió en el agujero. Me metieron un consolador en el agujero del culo y otro en el coño. Ambos consoladores expulsaban un líquido blanco. Tan tremenda fue la excitación que me corrí. Lo más importante para mí fueron las reacciones desordenadas de mi cuerpo.

»Puesto que el primer campo de conocimiento es el cuerpo, mi profesora ordenó que me desnudara. Una boca me tocó el culo y lo lamió. Un dedo se hundió en el agujero. Me metieron un consolador en el agujero del culo y otro en el coño. Ambos consoladores expulsaban un líquido blanco. Tan tremenda fue la excitación que me

corrí. Lo más importante para mí fueron las reacciones desordenadas de mi cuerpo.

»Mi profesora dijo que no bastaba con descubrir que mi cuerpo (yo) reaccionaba así. Tenía que conocer más precisamente toda la complejidad de mis reacciones. ¿Era en el culo o en el coño donde sentía o reaccionaba con más fuerza?

»Mi profesora dijo que no bastaba con descubrir que mi cuerpo (yo) reaccionaba así. Tenía que conocer más precisamente toda la complejidad de mis reacciones. ¿Era en el culo o en el coño donde sentía o reaccionaba con más fuerza?

»Mi profesora dijo que no bastaba con descubrir que mi cuerpo (yo) reaccionaba así. Tenía que conocer más precisamente toda la complejidad de mis reacciones. ¿Era en el culo o en el coño donde sentía o reaccionaba con más fuerza?

»Mi profesora dijo que no bastaba con descubrir que mi cuerpo (yo) reaccionaba así. Tenía que conocer más precisamente toda la complejidad de mis reacciones. ¿Era en el culo o en el coño donde sentía o reaccionaba con más fuerza?

»–No podría decírtelo, justamente por lo feroz que resulta la reacción –respondí–. Puedo decirte, sí, que la combinación que me provoca ingobernables reacciones explosivas es una mezcla de miedo no tan intenso como para extraviar su placer y necesidad emotiva y goce físico.

»–No podría decírtelo, justamente por lo feroz que resulta la reacción –respondí–. Puedo decirte, sí, que la combinación que me provoca ingobernables reacciones explosivas es una mezcla de miedo no tan intenso como para extraviar su placer y necesidad emotiva y goce físico.

»–No podría decírtelo, justamente por lo feroz que resulta la reacción –respondí–. Puedo decirte, sí, que la combinación que me provoca ingobernables reacciones explosivas es una mezcla de miedo no tan intenso como para extraviar su placer y necesidad emotiva y goce físico.

»–No podría decírtelo, justamente por lo feroz que resulta la reacción –respondí–. Puedo decirte, sí, que la combinación que me provoca ingobernables reacciones explosivas es una mezcla de

miedo no tan intenso como para extraviar su placer y necesidad emotiva y goce físico.

»Volmar dijo: "Esa idea no constituye siquiera el esbozo de una idea. Has de percibirlo con exactitud. Lo haremos todo de nuevo para que intentes comenzar a percibirlo con exactitud".

»Volmar dijo: "Esa idea no constituye siquiera el esbozo de una idea. Has de percibirlo con exactitud. Lo haremos todo de nuevo para que intentes comenzar a percibirlo con exactitud".

»Volmar dijo: "Esa idea no constituye siquiera el esbozo de una idea. Has de percibirlo con exactitud. Lo haremos todo de nuevo para que intentes comenzar a percibirlo con exactitud".

»Volmar dijo: "Esa idea no constituye siquiera el esbozo de una idea. Has de percibirlo con exactitud. Lo haremos todo de nuevo para que intentes comenzar a percibirlo con exactitud".

»Delbène apoyó ligeramente los labios del coño contra mi boca. El sabor de los labios de su coño no me gustaba. Pero tuve que seguir probándolo para aprender qué era el gusto y qué la repugnancia. Al mismo tiempo, con la punta del índice de la mano derecha yo jugueteaba con su pezón, atrás y adelante, a izquierda y a derecha, a blanco y a negro, aquí y se ha escapado, cosa que al índice de mi mano derecha le gustaba mucho. Cuando apoyé la boca contra la punta misma, mi clítoris, con una sacudida, se convirtió en pezón. Aquello me gustó.

»Delbène apoyó ligeramente los labios del coño contra mi boca. El sabor de los labios de su coño no me gustaba. Pero tuve que seguir probándolo para aprender qué era el gusto y qué la repugnancia. Al mismo tiempo, con la punta del índice de la mano derecha yo jugueteaba con su pezón, atrás y adelante, a izquierda y a derecha, a blanco y a negro, aquí y se ha escapado, cosa que al índice de mi mano derecha le gustaba mucho. Cuando apoyé la boca contra la punta misma, mi clítoris, con una sacudida, se convirtió en pezón. Aquello me gustó.

»Al mismo tiempo: Volmar, una muchachita, apretó su cuerpo lo más posible contra el mío, o sea todo menos la cara. Luego resbaló hacia abajo. La cabeza reapareció entre mis piernas. De modo

similar a como Delbène había apoyado ligeramente los labios del coño contra mi boca, yo apoyé los labios del coño contra su boca.

»Al mismo tiempo: Volmar, una muchachita, apretó su cuerpo lo más posible contra el mío, o sea todo menos la cara. Luego resbaló hacia abajo. La cabeza reapareció entre mis piernas. De modo similar a como Delbène había apoyado ligeramente los labios del coño contra mi boca, yo apoyé los labios del coño contra su boca.

»Laure era la más caliente. Su mano derecha frotaba el coño de Flavie y la izquierda el coño de Volmar. El observar tales maniobras sexuales que en realidad yo no podía sentir me hizo sentir menos las sensaciones físicas propias. El decreciente abandono sexual me llevó a experimentar una dispersión más general o un interés sexual menos focalizado.

»Laure era la más caliente. Su mano derecha frotaba el coño de Flavie y la izquierda el coño de Volmar. El observar tales maniobras sexuales que en realidad yo no podía sentir me hizo sentir menos las sensaciones físicas propias. El decreciente abandono sexual me llevó a experimentar una dispersión más general o un interés sexual menos focalizado.

»Delbène me preguntó: "¿Empiezas a comprender?".

»Delbène me preguntó: "¿Empiezas a comprender?".

»Volmar interrumpió una vez más, preguntándome: "¿Era en el culo o en el coño donde sentías o reaccionabas con más fuerza?".

»Volmar interrumpió una vez más, preguntándome: "¿Era en el culo o en el coño donde sentías o reaccionabas con más fuerza?".

»–Cuando me penetran el culo me corro más fuerte que cuando me penetran el coño, aunque el culo duele más.

»–Cuando me penetran el culo me corro más fuerte que cuando me penetran el coño, aunque el culo duele más.

»–¿Quieres decir que para ti la sensación física es más intensa cuando hay en juego un dolor físico?

»–¿Quieres decir que para ti la sensación física es más intensa cuando hay en juego un dolor físico?

»–Soy demasiado joven para saberlo.

»–Soy demasiado joven para saberlo.

»–La edad nada tiene que ver con la percepción ni con el

conocimiento. No estoy preguntando por lo que te han enseñado ni por tu falso yo.

»–La edad nada tiene que ver con la percepción ni con el conocimiento. No estoy preguntando por lo que te han enseñado ni por tu falso yo.

»–Yo no tengo experiencia en esas cosas.

»–Yo no tengo experiencia en esas cosas.

»–No estoy preguntando por el manto de tus recuerdos que, como la de la cultura europea, culmina en un abandonado hotel de playa cuyas paredes se desconchan de sí mismas y caen en la literatura que creen que las sostiene. Te estoy preguntando qué sabes. ¿Qué sabes, qué percibes?

»–No estoy preguntando por el manto de tus recuerdos que, como el de la cultura europea, acaba en un abandonado hotel de playa cuyas paredes se desconchan de sí mismas y caen en la literatura que creen que las sostiene. Te estoy preguntando qué sabes. ¿Qué sabes, qué percibes?

»–Tengo demasiado miedo para hablar contigo porque tengo demasiado miedo para hablar con cualquiera, sobre todo con gente mayor: tengo miedo porque no tengo o no conozco ningún yo. No existe *nadie* con quien yo pueda hablar. Mis sensaciones físicas me dan miedo porque cuando no tengo ningún yo me confrontan con uno: a través de las caricias sexuales esas sensaciones físicas se vuelven violentísimas. Me veo forzada a encontrar un yo cuando me han preparado para no ser nada. Por lo tanto, advierto que el dolor físico, si cuando ocurre sin mi expectativa ni consentimiento no me atemoriza, sí alienta y amplía mi excitación sexual.

»Delbène dijo: "¿Qué percibes *tú*? Eres *tú* quien ha de hablar. Todas nosotras, que somos mujeres, que ya no tenemos hombres alrededor, debemos hablar ahora y aquí, en esta cripta, muerte de Europa".

»Cuando Flavie, una muchachita, dijo "Se habla con el cuerpo", la profesora la desaprobó: "Tú todavía no hablas".

»Ella misma, la profesora, fue quien habló: "¡Folladme! ¡Una de vosotras ¡Ah, me muero por que me follen! ¡Tengo el coño hinchado

porque a su modo implora que lo follen! ¡Con tal de follar abandonaré la convicción de que soy una persona que vale!

»”Seré vuestra esclava. Os dejaré atarme las muñecas con ligaduras de cuero. Os dejaré meter lo que queráis de vosotras en cualquier parte de mi cuerpo.

»”Preferiría tenerte a ti, Laure, porque estoy enamorada de ti, de modo que solo te deseo a ti. Acerca cualquier parte de tu cuerpo a mi rostro sobrexcitado. Ni siquiera me daré cuenta de lo que las demás me hagan mientras pueda hacerte algo a ti.

»”Haz algo, cualquier cosa. Por favor, he de tener un orgasmo. Necesito muchísimo correrme o amar. No puedo correrme. ¿Alguien me ayudará?

»”Mataré a Laure. Mataré a una de vosotras. Pegadme. Despellejadme. Oh, mierda. Oh, oh, sí. Oh, mierda. Sí.

»”Qué irritada estoy. Tengo la carne enferma. No me importa. Pegadme. Ahora... me voy... Ah. Gracias.

»”En cuanto al matrimonio, por lo que me concierne no conozco a los hombres. Eso en cuanto al matrimonio.

»”Aquí, en este sitio, no hay machos porque cuando nosotras hablamos no puede haber hombres cerca. El matrimonio, por lo tanto, no tiene nada que ver con nosotras.”

»Las palabras de mi profesora nada significan ya para mí. Yo, la que nunca tuvo voz, me lanzo a hablar. “Amo a una joven. Ella está sentada en un taburete. La amo porque, o bien la amo y, es la persona más bella más gentil y en el futuro más inteligente que de momento se divisa. (No seas real.) Solo su delgado y firme trasero conmueve la madera fría. No puedo pensar en ella de este modo. No hay posibilidad de que llegue a desearme. Sé que está enamorada de mí. La tengo. Ahora mismo puedo tocarla como si la lujuria estuviese permitida, como si fuese mi objeto. Está sentada frente a mí. Su culo, en contacto con el taburete de manera perjudicial para su identidadautodeterminación-separación-de-mí, ahora me pertenece y puedo tocarlo cuando (lo) desee.

»”Ella no puede frenarme, haga lo que le haga, porque el haberse enamorado de mí la ha vuelto impotente a mis ojos. Cuerdas sujetas a las maderas del taburete y fijas al suelo le mantienen las piernas

abiertas todo lo posible, sin llegar a incomodarla. Puesto que se abre a mí a través de su amor, dentro de ella seré más suave que ella misma, menos que una identidad. Mientras se esté corriendo, me esfumaré. Esto no es posible, aunque sepa que ella me ama. Tiene los brazos tan sujetos como las piernas. *Sujetos* quiere decir *abandonados.* Levantados y abiertos en esa cruz real, la cruz de las muchachas, la cruz de recibirme en sus brazos.

»"¿Quién soy yo para tenerla? Estoy a punto de graduarme, mientras que ella es la alumna más joven de la escuela. La más bella de la escuela. Y hembra.

»"Este es mi discurso:"

»Digo: "Laure", dije, "ven aquí". Ella, encadenada al taburete, no podía moverse. "Ven, Laure. Acerca un poco ese cofín vicioso. Aunque sepa que me amas, me resultas inescrutable porque, siendo un coño, soy una viciosa.

»"Vas a acercarme ese coño de una vez, borrega? Cara de puta. Tetas de pescado. Bolsa de vómito. Nos han enseñado que ante todo nuestros cuerpos, especialmente esa parte de nuestros cuerpos, han de permanecer ocultos. En secreto. Lejos de todo alcance, donde sea. Para ellos, los rumores sobre la bomba atómica importan menos que los rumores sobre nosotras. Ni siquiera nuestras lenguas deben permitir filtraciones: antes que nada, hemos de ser educadas o indefinidas o inexistentes. Estas son mis palabras: Coño, eres un coño asocial. Tendré que darte una zurra feroz, coño."

»"Ay, sí", contestó Laure, "dame una zurra feroz."

»"Te zurraré quebrantándote, perforando tu virginidad o identidad. No bien dejes de ser virgen, empezarás a sufrir filtraciones. Y seguirás goteando, y ya no podrás retener sus enseñanzas."

»"Ay, dame una zurra feroz."

»"He de prevenirte. No bien comiences a gotear, tendrás una necesidad desesperada. Nunca más volverás a sentirte segura."

»"¿Y qué necesitaré?"

»"Me necesitarás a mí para que pare las filtraciones. Por eso me alzaré con tu virginidad. Déjame explicarte con todo detalle, Laure, cómo voy a hacerlo:

»"Esto es una vara."

»"Eso es un dedo", dijo la muchacha.

»"Este dedo es una vara, la corregí. Del tamaño apropiado. Diez centímetros de largo y dos de diámetro. Existe el mito de que las mujeres solo experimentan placer cuando les machacan el coño. Ellas saben que no es así. La vara correcta es una vara pequeña. Dado que semejante vara, al contrario que las más aparatosas, hechas de material semejante al de esta, puede curvarse y girar, esa vara detiene las filtraciones al tiempo que provoca chorros de placer.

»"Atención, Laure. Tan pronto como te incruste esta vara, coño, empezarás a chorrear sangre. En cantidad, probablemente.

»"Estudiémoslo. ¿Qué es esta sangre? Eres tú misma, coño, filtración o identidad. Incluso podrías morir. El amor es eso, cuando la muerte está en juego. Al incrustarte la vara y hacerte sangrar, amor, logro que me ames.

»"Una vez la dosis de experiencia llegue a ser bastante para una primera ocasión, oh, amor mío, perderás la consciencia que tenías. Volverás a gotear: perderás consciencia.

»"Cuando despiertes a algo desconocido –nuestra realidad–, gotearás perpetuamente de tal manera que perderás el egoísmo infantil. Así es como te educará mi penetración."

»"Este es el verdadero estado de conocimiento de la hembra humana", me replicó Laure. "Voy a morir."

»Lamentablemente yo ignoraba cómo follar a Laure. Desesperada, me até un consolador a la cintura. Estaba horrorizada: usar un consolador es como usar plástico. Es usar plástico. Había perdido la naturalidad.

»Aprendí que nuestras feroces emociones nos llevan a hacer lo que de otro modo no haríamos. Así como una mujer macilenta levanta la parte del autobús que ha pisado a su hijito, así me sujeté yo el consolador a la cintura: mas, al contrario que el autobús, el consolador se movía de un lado a otro. Las cuerdas resbalaban. Era de lo más ambiguo.

»Tanto resbalaba el consolador que se deslizaba dentro de Laure pero también fuera. Aun cuando por un momento conseguí que la resbalosa herramienta se mantuviera en su sitio, no solo no pude

hundirla más allá de la carnosa obstrucción de su coño, sino que la obstrucción misma la devolvió hacia fuera. Empecé a asustarme.

»Como estaba asustada, nada importaba, de modo que me invadió el valor de quien desconoce el miedo. Yo no conocía nada. Cogí con la mano derecha la base del consolador y empujé con los muslos y la mano. ¿Cómo me era posible figurarme el grado de dolor que Laure sentía? Yo sola era responsable del dolor que Laure sentía. La responsable era yo, u otra a quien yo no podía conocer. Mediante mi administración o despilfarro del dolor desconocido, el consolador acabó de deslizarse dentro del coño ahora inundado de sangre y ya no se salió. Hice aullar a Laure.

»Entre un aullido y otro, exclamó: "Me desmayo".

»A mí, lo que ahora estaba haciendo me tenía más espantada que haberme atado el consolador. ¿Cómo podía hacerle aquello a la mujer que amaba? Aullé tan fuerte como la criatura.

»Delbène: "Cállate ya, joder. ¿Qué coño sois: mujeres? ¿Siempre tienen que aullar las mujeres? ¿Es que son débiles? ¿Nunca asumen sus responsabilidades: hacen algo, sea lo que fuere, y enseguida se arrepienten; son sus emociones volubles; no prestan atención a otra cosa que esas emociones volubles; son las mujeres estúpidas? ¿No se responsabilizan las mujeres de sus actos y no poseen por lo tanto habla propia, real o significativa?".

»"No", conseguí responder. "Me corro." Tales fueron mis palabras.

Con aquella frase el perro concluyó su relato.

–Vaya si te enseñaron a hablar en esa escuela –asintió Don Quijote–. Está claro que desde entonces no te has callado la boca.

Como el perro se calló para lamerle la cara a la caballero, esta decidió que la ficticia escuela de la perra era preferible a la asquerosa escuela de señoritas a la que había tenido que ir de joven.

LA ÚLTIMA AVENTURA: HASTA QUE ESTE LIBRO VUELVA A COMENZAR

–Eso que acabas de contarme es muy bonito –dijo Don Quijote a la perra–, pero ocurrió en el pasado. Es todo agua pasada.

El presente

–Hermana perro o perra –continuó Don Quijote–, hemos de decidir algo respecto del presente. Tú y yo. O sea: qué haremos ahora.

»Ahora, perra. Si yo fuera capaz de actuar, como son capaces los hombres, si mi timidez no me obligase a estar todo el tiempo y a lo largo del tiempo encerrada en esta choza de campesinos españoles, como estoy; en este mismo instante me encontraría rescatando a Laure de ese convento donde, sin duda alguna, las malignas Hermanas la retienen contra su voluntad. Aunque más de uno se me opusiese, aunque más de uno pensara que soy un pornógrafo, yo la liberaría. Pero solo soy una mujer, y frágil.

»Entonces, hermana perro, dejaría a Laure junto a tus patas y exclamaría: "Oh hermana perro. Trata a esta mujer como quieras, pues yo, perro, confío en ti, y por ello sé que toda mujer sabe que no existe mujer que, siendo una perra, vaya a tratarla haciendo caso omiso de su placer. El cuerpo no puede mentir".

–Pero ¿y si yo no fuera una perra?

–Para mí –dijo Don Quijote– esa clase de condiciones, esos *fueras y estarías* equivalen al pasado. O bien son agua pasada o bien no suceden. No me conciernen.

»Lo que me concierne –añadió Don Quijote– soy yo.

–Ay ay ay –dijo el perro–. Solo una perra puede razonar así.

–A mí me preocupa lo que es –proclamó Don Quijote–. No lo que no es o lo que podría ser. Desde mi origen, soy. Luego soy.

–¿Y qué pasa conmigo? –ladró el perro–. ¿Si yo soy para mí, también soy para ti?

–En realidad tu pregunta es la pregunta por la identidad. Dime, perro, ¿yo soy tú? ¿Nuestra política es humana, perruna o ambas cosas?

En aquel instante el sonido de una corneta atravesó las esferas auditivas de Don Quijote y del perro, y también el aire.

–Entre los negros de toda África es corriente –dijo el perro– creer en hechiceros. Los *hechiceros* son gente que se come el alma de la gente. Un *hechicero* nace hechicero; una vez convertido en hechicero, practica la magia en privado. Me estoy refiriendo al poder que el yo tiene en el mundo. No bien un hechicero es conocido, no bien el mal pasa a comprenderse, deja de ser maligno o peligroso.

»Las únicas que pueden reconocer el mal son las mujeres. Pues para reconocer el mal hay que estar en trance, y por lo general son las mujeres las que están en trance.

»Las mujeres –dijo la perra– saben bien quién es malo en este mundo, quiénes son los malignos hechiceros...

–¡Los malignos hechiceros! –repitió Don Quijote, de lo más excitada–. ¡Los que me han privado del amor ajeno! ¿Quiénes son?

Sorda a todo comentario, la perra continuó:

–Se conoce a dichas mujeres y sus trances o danzas por el nombre de Wolof.

»Lo que estas hembras hacen al danzar es lo siguiente: ruedan por tierra y comen polvo.

»Se han independizado de los sentidos.

»A continuación ven frente a ellas al mal.

–¿Quiénes son los malignos hechiceros que me han privado del amor ajeno? –volvió a preguntar la nocturna–. ¿Quién ha dejado de amarme?

En ese instante estalló un llamado de corneta. En ese instante, al oír el llamado de la corneta, la nocturna supo que el primer espíritu, Papa Elegguá, estaba convocándola.

Se levantó. Vio una muchedumbre de hombres vestidos a la moda psicodélica, sucios trapos blancos que apenas cubrían ciertas zonas de los cuerpos. Estos hombres comienzan a aglutinarse porque se creen investidos del poder de Dios. Don Quijote no lograba adivinar qué se proponían aquellos punks mugrientos: solo sabía que estaban allí. Pensó que los sectarios menesterosos eran más extraños que los cristianos renacidos que en Estados Unidos asesinan a las abortistas.

–Los hombres blancos me resultan extrañísimos. No estoy segura de querer vivir –explicó Don Quijote a las pandillas de perros

salvajes que ahora se agolpaban a su alrededor. Probablemente porque habían husmeado que estaba a punto de venirle la regla.

»Mi vida entera está comprometida con esos hombres –prosiguió Don Quijote a su loca manera.

–Estás loca –dijo un perro.

–Yo no soy lesbiana –dijo Don Quijote–. Mientras que esos humanos psicodélicos son machos, blancos, y odian a las mujeres.

–¿Cómo sabes que las odian? –preguntó la perra–. ¿Eres feminista?

–Sé que las odian porque están secuestrando a una mujer contra su voluntad.

–Pero si es la Virgen María –dijo otro perro–. Quizá te convenga ponerte gafas menos oscuras.

–Los blancos religiosos odian a las mujeres porque las reducen y para reducirlas a la imagen de la Virgen María –concluyó la nocturna. Estaba triste porque ningún hombre la amaba.

La caballero sabía que el robo es malo, que el robo de cualquier mujer es malo. Aunque fuera la Virgen María. Luego los hombres blancos religiosos eran malos.

Pero el mal ha de ser malo. Si el mal es malo, ¿cómo puede ser malo algo o alguien que vaya contra sí mismo? Quien controla el poder político hace lo que se le antoja. Para él es natural hacer lo que se le antoje porque eso es precisamente lo que es y significa poseer medios y poder: el poder de hacer. El hombre que controla a los demás les roba las almas. Por lo tanto, cuando los pobres o desalmados roban, se comportan de modo antinatural, restauran artificialmente el adecuado equilibrio del poder humano. Por esa razón las mujeres tienen que abortar.

Todos los perros se echaron a ladrar.

En los humanos, la sexualidad humana está ligada estrechamente al poder. ¿En qué consiste la sexualidad de aquellos hombres blancos que detentan un control político casi absoluto?

Todos los perros ladraban.

–Valerosas bestias –Don Quijote invocó a los perros–, valerosas bestias; porque vuestra sexualidad no participa de la sexualidad humana. Yo, caballero, en parte debido al hecho de que ya no follo –

si bien la decisión no ha sido del todo mía (pero ¿qué decisión es del todo mía?)–, os conduciré a un combate de vida o muerte contra los hombres blancos religiosos y contra la alienación que su imaginería o control impone a los humanos.

La batalla contra los blancos religiosos

Aunque los perros ladraran en respuesta al grito de batalla de la caballero, así como en respuesta a sus propios ladridos, y aunque los perros excitados más y más según es hábito en ellos, mordisqueaban la carne de la crepuscular caballero, ni ellos ni nadie pudo disuadir a la caballero de atacar a los blancos religiosos.

Perrunos como son, los perros intentan frenar a Don Quijote

Un perro que formaba parte de la masa exclamó:

–¡Don Quijote! ¿Qué estás haciendo con tu vida? ¿Cómo piensas envejecer? Ah, insensata caballero.

»¿Siempre serán tan estúpidos la mayoría de los humanos? –preguntó el perro.

»Don Quijote. ¿Por qué atacas nuestra fe católica perruna?

–¿*Vuestra* fe? –exclamó Don Quijote rezumando perplejidad, pues estaba sorprendida–. No sabía que el catolicismo fuese cosa para perros.

–Mejor *para* que *de*.

–Si el catolicismo es cosa para perros –continuó Don Quijote, siempre en defensa de su derecho a combatir–, ¿cómo explicáis que se haya convertido en lo que es?

–En tu mundo la religión se ha desintegrado –gruñó otro perro– porque vosotros los humanos habéis dejado de reflexionar sobre las cosas. Ya no percibís con claridad, nocturna. Mira esos penitentes, nocturna. No están transportando una mujer, como a ti te parece; lo que transportan es la imagen de una mujer: la Virgen María.

–¿Pues entonces por qué son religiosos? –inquirió la miope caballero–. ¿Por qué son infelices y avergonzados?

–Se arrepienten de ser blancos. Es propio de cualquier humano

que piense. ¿Es que tú no lees vuestros propios libros de historia?

»De modo que si atacas a esos desgraciados modernos o modernistas, caballero, cometerás un desgraciado error histórico. Estarás evitando que los blancos odien su propia blancura.

Don Quijote acabó por refutar el ataque de los perros a su ataque:

–El liberalismo nunca ha logrado paralizarme –dijo.

La batalla contra los blancos religiosos

Haciendo caso omiso de los ululantes perros perrunos, Don Quijote se lanzó sin más contra los religiosos blancos o penitentes. No les temía porque pensaba que era tal fracaso como persona y estaba tan harta del mundo que le había tocado que ya nunca podría temer a nadie. Al fin y al cabo, por así decir, era una caballero.

–Señores –dijo.

Cuando niña a Don Quijote la habían educado para ser siempre cortés, a despecho de lo que pensara. Para actuar a despecho de lo que pensara.

–Señores –dijo.

Los hombres blancos religiosos no querían molestarse en escucharla porque ni era terrateniente ni la estaban maltratando.

–Señores –dijo–: éranse una vez un montón de hienas.

Al oír hablar de sus hermanos, los perros comenzaron a reunirse en torno a la caballero.

–Los hienas son los animales más voraces y ambiciosos. *Él* es acortamiento de hiena.[1]

»Oh, hombres religiosos: uno de los hienas estaba tan sediento de fama que se volvió hacia Dios Que es nuestro Señor, o Señor de quien-crea-en-Él. Dios le dijo a Hiena que, si quería ser famoso como Dios, tendría que ganárselo: tendría que sufrir y tendría que sacrificarse. Puesto que el precio de la fama es muy alto, incluso para los machos (en cuanto opuestos de las hembras), no basta con sufrir y sacrificarse una sola vez. Hiena tendría que sufrir y sacrificarse más y más. Igual que todo el mundo.

»En lo específico: Hiena tendría que sufrir y sacrificarse una vez para ser poderoso porque en este país quien es famoso posee

mucho poder. Y otra vez para librarse de la cáfila de envidiosos que intentarían obstruir su camino hacia la fama. Naturalmente, los envidiosos son enemigos.

»Por ser de naturaleza voraz, Hiena ya venía sufriendo a causa de no tener todo lo que deseaba. Los hienas nunca tienen todo lo que desean. Por eso el sufrimiento es natural. Para los hienas. Por lo que concierne al sacrificio, en cuanto opuesto a la naturalidad del sufrimiento, sabe Dios ¿y quién sino Dios sabe? que bastante se había sacrificado en su vida por sus padres y su esposa. El sacrificio no es algo natural, sino social. Lo cual demuestra que la sociedad no es natural. Para los hienas.

»Correcta o ecuánimemente, Hiena decidió que, considerando lo mucho que ya se había sacrificado y había sufrido, para ser famoso solo tendría que sufrir y sacrificarse una vez más.

»Dios, bondadoso como siempre, mantuvo Su palabra: gracias a un acto de sacrificio y sufrimiento, Hiena se hizo director de una corporación multinacional. Según las enseñanzas de Jesucristo Nuestro Señor, también es posible llegar a ser director[2] de una corporación multinacional si uno mama las enseñanzas de Jesucristo, renuncia a muchas cosas, y desde luego a mamársela a cualquiera.

»Pero Hiena no había mamado lo bastante, es decir, no había renunciado lo bastante: no había sufrido ni se había sacrificado por segunda vez: de modo que tenía muchos enemigos crueles e incluso criminales. Desde el robo de lápices goma y sellos hasta graves malversaciones, los actos delictivos, como termitas, corroían su corporación multinacional. Por dentro.

»Ya os he enseñado algo sobre el robo, ¿verdad?

–Oh, sí –replicó un perro–. El robo es una de las principales formas por las que uno tiende a des-controlarse.

»Eso puede ser bueno o malo.

–Buen perro.

El perro que acababa de hablar le palmeó la cabeza a Don Quijote.

–Testarudo como era Hiena, cuantos más delitos se producían, más acusaba y juzgaba; pero, como todo líder político, armaba

mucho escándalo y no descubría nada. Cuanto más histéricos se ponen nuestros líderes, más los mierdosos o enmerdados trabajadores de la empresa se empeñan en cometer todo delito concebible. Y más aún.

Un perro entendido en teoría política inquirió quién era el verdadero delincuente en semejante situación.

–Dios.

–¿Entonces Dios existe?

–Alguien tiene que estar montando todo esto.

»Si en el mundo aún existe la imaginación (lo cual es un tanto dudoso) –explicó Don Quijote– tiene que existir un Imaginador. De otro modo la imaginación, en la medida en que se imagina a sí misma, no es imaginación. Es posible que no exista imaginación alguna, que el mundo esté muerto. En caso contrario, ha de haber un imaginador.

»Dado que el Imaginador, cuya existencia acabo de demostrar, imagina algo distinto de Sí Mismo o Misma, el Imaginador, que posee las riquezas del mundo, es un ladrón. El robo es bueno o sagrado.

»Así pues, Hiena se llegó hasta el Imaginador, o Dios, para quejarse de sus enemigos. Los enemigos de las corporaciones multinacionales.

»Dijo Dios: "Bien, hijo. Tú no eres hijo mío. Supongo que sí".

»Enseguida Dios explicó Su indecisión: "Me resulta difícil aceptar lo que he hecho, aceptar que he imaginado o generado el mal o a vosotros en el mundo. Tú no eres hijo mío porque no has renunciado lo suficiente. ¿Has renunciado a tu mujer?".

»Y Hiena replicó: "Yo no tengo mujer; creo que no deben consentirse las fantasías de las mujeres".

»Y dijo El Señor: "¿Has renunciado a tu vida?".

»Hiena se echó a reír: "¿A qué vida? ¿Esta vida en donde me arrojó o que me dio el Señor Dios Nuestro Padre, o sea *Tú*? ¿Esta vida que se inició en la pobreza? ¿Esta vida que transcurre de deseo en deseo, deseos que a medida que envejezco soy menos capaz de satisfacer, hasta que un día llegue a detestarme a mí mismo? Una vida que se vuelve cada vez más dura, y luego se esfuma. Soy una masa de hambre lujuria soledad dudo poseer valor alguno dudo que

algo tenga sentido me siento aburrido desamparado. Dios mi Señor Todopoderoso, ¿a qué podemos renunciar?".

»Y dijo El Señor: "Escucha esto, hombre pecador. Hiena pecador. El único problema que tienes es no ser rico. Es el problema que tenéis todos vosotros, los pobres. ¿Por qué no renunciáis, sencillamente, al maldito deseo de tener nuestro dinero?".

»La bestia voraz replicó al Señor: "Pero, Señor, ¡entonces renunciaríamos a todo!".

»El Señor dijo: "Esa es la cuestión. Si queréis todo, o algo, habréis de renunciar a todo. Ya te lo he dicho: ¡no has renunciado lo bastante! Tienes que renunciar a ti mismo".

»Hiena el Reidor se volvió a su corporación multinacional acosada por el delito e hizo exactamente lo que le habían indicado. Se esforzó al máximo por desprenderse de su voracidad y su maligno amor por el dinero. Pues, de no ser rico, no tendría enemigos, y en ese caso su corporación multinacional estaría a salvo.

»Hiena se vistió con lo que los *squatters* tiraban a la basura, lo cual no era suficiente y, cuando no era suficiente, después de las once de la noche se untaba la piel tosca con la cerveza que los borrachos vomitaban en los pubs. Luego –como no sabía qué sacrificar se pasó un poco de la raya– cogió toda la carne de animal rojo que había en la nevera, todo el activo líquido de su tarjeta VISA, unos trescientos mil cauris (este es un cuento africano) y todo el zumo de coño que pudo conseguir, pues Hiena no era sexista, y todo junto, carne roja, cauris y zumo de coño, lo llevó al río bajo el puente Hammersmith. En aquel lugar el Támesis estaba lleno de basura. Era poco antes del amanecer.

»Allí vio Hiena a los *squatters*, que en sus cuchitriles no tienen cuarto de baño, arrojando al río sus detritus o vidas. Razón por la cual el río está tan sucio bajo el puente de Hammersmith.

»A Dios no le gusta ver masacrados a sus animales. A Dios no le gusta la carne roja. Mientras los *squatters* arrojaban sus detritus al desperdiciado río, Dios, apretándose La Nariz, cogió un trozo de la roja carne animal llevada por Hiena y lo hundió en todo el orín de los *squatters.* Mientras la carne se convertía en los huesos del animal viviente del cual provenía, el orín se transformó en sangre. Nunca

más los *squatters* de Hammersmith volverían a comer carne. Enigmáticos son los designios de Dios.

»Los *squatters* regresaron corriendo a sus apartamentos y le contaron lo ocurrido a todo el que estuviese despierto –¿quién estaba despierto?–. Nadie les creyó porque a los pobres nadie les cree.

»Luego Hiena fue a la comisaría de Hammersmith y acusó a los *squatters* de robarle la carne roja. De más está decir que tanto la policía como los tribunales apoyan cualquier acusación contra los pobres.

»Los *squatters* son delincuentes, son los que han sembrado el caos en las corporaciones multinacionales del país, y en el país. Habiéndolos descubierto, habiendo erradicado a sus enemigos, habiendo salvado su corporación multinacional del declive y la decadencia, Hiena era rico y se encontraba a salvo, lo cual significa ser doble o ciertamente rico, a los Ojos de Nuestro Buen Señor.

Ocupados como se hallaban en bombardear clínicas de aborto, los religiosos hombres blancos no prestaron la menor atención a las palabras de la caballero. Los perros ladraban.

–¿Qué es el delito, entonces? –le preguntó a nadie la caballero.

–¿Qué es imaginar? –preguntó un perro.

–Tengo una visión.

Una vez más Don Quijote se volvía autista:

–Cuelgo, y colgada me balanceo, de una soga sobre un pozo. El pozo no tiene fondo.

»Tal es la condición humana –dijo Don Quijote.

»Me hallaba en mitad del camino de la vida cuando me encontré en una selva oscura, pues había perdido el rumbo. Ah, cuán difícil es explicaros lo perdida que estaba: la salvajez hosquedad aspereza de la selva. Solo de recordarlo el miedo me clausura el alma. Tan dura me resultaba la vida que morir me hubiera sido más fácil. Por lo que sé –recomenzó la caballero:

»Me había encontrado colgando y balanceándome de una soga sobre un pozo sin fondo en el cual había caído. En lo inacabable.

»Aunque estaba dentro del pozo, no podía divisar el fondo. Pues todo, al depender siempre de otra cosa (dado que significado y valor

solo pueden definirse contextualmente), era amorfo y, por lo tanto, imperceptible. ¿Cómo es, quiero decir era, posible esa visión o significado? –preguntó la caballero a los perros salvajes.

»En medio de mi desesperación, que es la soledad más extrema, clamé por auxilio. Clamé sin dirigirme a nadie porque no sabía a quién dirigirme. Mi madre había muerto. Me dirigí incluso a vosotros –confió la caballero a las bestias–. Pero imagino que no me oísteis.

»Sé que algo podía saber o percibir porque sabía que me hallaba sola. En este sentido, la soga, de la cual había estado colgando, ya no se veía.

»Sabía además que en cierto momento había dado un giro equivocado a mi vida, pues era yo la responsable de mi soledad.

»A fin de evitar el suicidio en medio de la selva oscura, me entregué a la muerte momentánea, o sea el sueño. Hay veces que aquellas que no somos amadas debemos hacer eso. Hay veces que aquellas que no somos amadas debemos volvernos célibes y frígidas.

»El reino de los sueños es el reino de la muerte, porque el soñador nada espera –susurró la caballero–. El soñador conoce lo que está ocurriendo y conoce el mundo. Los sueños parecidos a la muerte curan las heridas que causa la vida.

»De modo pues que, carente de expectativas, cuando menos lo esperaba –como ocurre siempre– me vi inesperadamente arrojada una vez más a la realidad del despertar que soy incapaz de conocer. Para mi sorpresa, me encontraba en el paraíso.

»Despierta.

»Me restregué los ojos hasta casi arrancármelos, preguntándome si de verdad estaba despierta. Comenzaba la mañana: a marcha lenta pero sostenida, el sol se elevaba con las estrellas a su lado cuando este mundo era y es un todo. Exaltado, mi corazón se estremeció.

»¿Cómo podía saber si mi corazón tenía derecho a estar tan exaltado: a bailar, cabriolar y extasiarse juguetón? ¿Cómo podía saber si lo que estaba viendo era real? ¿Cómo podía saber si yo misma era real? ¿Cómo podía saber? Sé que veía porque ver es saber. Necesariamente, pues, sabía entonces como sé ahora. Si en

aquel momento soñaba, también sueño ahora –concluyó la caballero.

»Vi el castillo más hermoso que vidente alguno haya visto. Todas sus superficies eran espejos. Como todo lo reflejaba, acaso fuera invisible.

»Esto fue lo que vi:

»Dos espejos, que eran puertas, se abrieron. Vi un repugnante macho viejo.

»"Repugnante macho viejo", le habría dicho de no haber estado soñando.

»El repugnante macho viejo no tenía brazos. Medallas al mérito literario le colgaban del uniforme de colegial, sin mangas. Desde el centro de la chaqueta una barba de moco veteada caía hasta el borde. Como entre los intelectuales de Oxford suele darse que no son artistas, alrededor del pescuezo arrugado llevaba un rosario. Sus cuentas eran grandes, como corresponde. Aquella apariencia, aquella confianza íntima y aquella enorme dignidad me despertaron el más profundo respeto. "Repugnante macho viejo", dije.

»Al oír mis palabras, vino a mi encuentro y me dio un abrazo. "Don Quijote. Cuánto tiempo he estado esperándote en este paraíso que es Inglaterra. Por fin has llegado. Tú eres, valerosa caballero, la única capaz de arrancarme una risita."

»"¿Cómo puedo arrancarte yo una risita? ¿Cómo puede arrancar alguien una risita a cualquiera de vosotros?", pregunté mientras contemplaba el paraíso o Inglaterra que se extendía en torno. Yo estaba de turista. "Si se os ve de lo más bien."

»"No", me amonestó él con un amable ademán típicamente catedrático. "Cuanto más poseen nuestras clases gobernantes, las poseedoras del saber, más desean. Tal es la naturaleza del paraíso, pero esa es otra cuestión."

»"¿Y cuál es la cuestión?", pregunté. Por ser mujer, no estoy acostumbrada a las cuestiones.

»"La cuestión es, sencillamente, que tú siempre has vivido procurando evitar la vida adulta. La cuestión es que solo tú puedes enseñarnos a ser absurdos o soñar. Pues tú, caballero, vives en las nubes."

»En aquel punto le pregunté si era él quien había extraído el corazón de Duranduran con una pequeña daga, para trinchar luego la materia y llevar los pedacitos cincelados a Belerma, que era una bella muchacha. En voz alta respondió que sí. Lo había hecho en nombre de su sangre ancestral, pues sus ancestros habían poseído un imperio. Le dije que para mí era un inmenso placer conocerlo; así como mi antiguo país, los Estados Unidos de América, había sido colonia y alumno del suyo, ojalá pudiera yo llegar a ser su sirviente y discípula.

»Tras lo cual me condujo a su castillo de espejos. Dentro, el horror: un hombre como de piedra yacía horizontal sobre una losa. La mano derecha descansaba sobre el corazón.

»"Este es Duranduran", dijo orgulloso el viejo repugnante. "Mientras agonizaba me dijo que le extrajera el corazón. Pues Duranduran amaba."

»Yo no comprendía cómo alguien podía querer que lo cortasen para quedarse sin corazón.

»"La verdadera cuestión, que aún no has comprendido", me instruyó mi profesor, "es que aquí todos estamos hechizados."

»"No podemos soñar. Pero tampoco sabemos quiénes son los malignos hechiceros."

»"Yo sí que lo sé."

»Sin prestar atención a su alumna, el profesor añadió: "Ignoramos por qué cometen las atrocidades que cometen. Los gritos de mi amigo siguen oyéndose aunque esté muerto. ¿No los oyes tú? ¿No puedes oír los gritos de todos los muertos?".

»"Yo los oigo gritar."

»En aquel punto Duranduran prorrumpió en gritos:

Viejo repugnante. Aseguraste
que eras amigo mío. Pero me asesinaste.
¿Por eso siento este dolor?
Si estuviera muerto, la cosa tendría otro color.
Antes que hechizado, muerto estar preferiría,
pues no sería mi lecho esta losa fría.

No, no es amable esta vida.

»Tan pronto como hubo oído el poema de su amigo, el repugnante macho viejo le besó los pies. "Oh, amigo mío, amigo mío. ¡No puedes estar realmente muerto! ¡No es cierto que yo te haya matado! Probablemente este mundo sea irracional.

»"¡En un mundo tan irracional, ismos tales como el capitalismo, el racionalismo, el imperialismo, el socialismo o el comunismo no pueden tener sentido!

»"En semejante mundo, el tiempo medido y por ende racional no puede existir. Ahora que el tiempo ha sido aniquilado, es la aniquilación: para nosotros no existe el futuro.

»"Visto que ya nadie cree en la causa y el efecto –¿por qué si no los ricos iban a contaminar su propio hogar?–, cualquiera hace cualquier cosa. A semejante libertad le llamamos *paraíso*.

»"El espejo político de esta simultaneidad individual de libertad y encarcelamiento es un estado de fascismo y democracia: los Estados Unidos de América.

»"¿Qué eliges tú?"

»Yo estaba atónita. "¿Se puede elegir?", pregunté, si bien no tenía idea del significado de mis palabras, porque estaba atónita.

»"Puesto que debes elegir y no eliges nada", repuso el viejo repugnante, "he aquí qué significa estar *hechizado*... Dime: ¿quién eres?"

»"¿Quién voy a ser?" Miré al victimario y su víctima, unidos uno al otro por la amistad. Me eché a llorar y ya no pude parar.

por aquellos que, desposeídos,
sin hogar, huiríamos,
mas no hay sitio adonde huir;
y por eso, cual piratas, deambulamos
en cambiantes mezclas de algo y nada.
Por aquellos que a la vista de esas mezclas
actuamos con total responsabilidad:

Lloré tanto que acabé aburriendo a todo el mundo.

–«Ella...»

Al oír aquello, los perros ladraron.

–«*Ella* es quien puede decirnos quiénes son los victimarios, *Ella* la que puede ver y explicar porque está chalada porque toda *Ella* se ha convertido en el mismo arte antiguo de la locura, de la literatura. *Ella* se encuentra ante nosotros en este momento.» El vejete y su cadáver me miraban fijamente.

»Les devolví la mirada.

»"Porque, al matar a los hechiceros, *ella* nos desencantará. Son las grandes mujeres quienes protagonizan los grandes hechos."

»Tan nerviosa me ponían esas palabras que miré hacia atrás. Vi una bella mujer, que era la aludida.

»"Amor mío", exclamó el cadáver.

»La mujer más bella del mundo era blanca. En mi visión yo le preguntaba a mi guía por qué la mujer más bella del mundo tenía la piel blanca.

»"Porque los negros vivían en África." A continuación pasó a explicarse para que yo comprendiese. "Las tierras que comprende Nigeria eran las más magníficas del reino humano debido al poder de Ogún, que esgrime la herramienta de guerra.

»"Es el despuntar del día.

»"Al despuntar el día, Ogún, envuelto en su atavío sangriento, resplandeciente de rojos y rosas y naranjas como la luz, sale de su casa en la cumbre de una colina. A machetazos como rayos se abre paso a través de marañas imposibles de registrar en un mapa. Al fin, embebido de gloria, llega a las aguas circundantes. En las aguas todos los monstruos ocultos, peces que la gravedad líquida ha achatado hasta convertirlos en armas aceradas, cocodrilos cuyos dientes brillan más que los rayos de luz, ballenas que material o efectivamente sobrepasan la percepción humana, nuestros monstruos aclaman a Ogún como su monarca.

»"Nigeria era la nación más poderosa del mundo.

»"Cierto día Ogún, el Detentador del Poder y las Decisiones, conoció a la mujer más bella del mundo. Era blanca. Puesto que la

belleza es la fuente y la creación humana, esa mujer era la madre de toda la gente.

»”No hace falta decir que de inmediato se afincó en el corazón de Ogún y viceversa, y juntos anduvieron y anduvieron mientras la mañana estallaba en fulgores y luces diurnas, y sus fuentes creativas su amor y su odio que es amor resplandecieron durante tres años.

»”Pues durante tres años la mujer blanca retuvo a Ogún, el Poder Negro, en su cama, llegando así casi a diezmar Nigeria. Por odio, los negros temen a los blancos. Los negros creen capaces de todo a los blancos.”

»Yo me reí del repulsivo macho blanco que acababa de contarme aquella historia.

Los perros se echaron a ladrar.

»“Los negros no temen a la gente blanca.”

»“Deberías respetar a tus mayores”, me reprendió el viejo repugnante.

»“¿Por qué? Si el tiempo no existe, tampoco existen ya la edad ni la vejez. Si fueras mayor al menos tendrías vejez, pero por lo que veo tienes muy poco seso en la cabeza, no tienes nada. ¿Cómo puedes entonces tener visiones?”

»“Don Quijote. En realidad aquí nadie ve nada porque estamos hechizados.”

En este punto los perros, que habían escuchado atentamente el relato de Don Quijote, preguntaron a la caballero cómo era estar hechizado y esclavizado.

–¿Los hechizados comen, cagan y follan igual que nosotros? –preguntaron los perros.

–En mi visión, los hechizados, al haber perdido contacto con sus cuerpos, ignoran cuáles son sus necesidades. En consecuencia no necesitan comer, cagar ni follar, y les importa un bledo qué líderes políticos eligen.

»Desde que Jesucristo hizo dormir a sus discípulos en lechos de espinos, la religión es encantamiento.

–¿Pero los hechizados no duermen? –preguntó un joven sabueso que había leído *ENDYMION*.

–Los hechizados, como bien saben todos los prisioneros, no

duermen porque durante toda mi visión nadie pegó ojo ni yo tampoco.

–Nadie puede no dormir –gruñó una perra–. Quieres quedarte con nosotros.

–¿Cómo puedo no ver lo que veo? ¿Cómo puede ser posible la mentira... para una visionaria?

–Si no podemos confiar en ti –ladraron los perros–, tampoco podemos confiar en nada del mundo, ni siquiera en nosotros.

–Vi a la reina Ginebra y al caballero Lanzarote.

Don Quijote prosiguió con su visión.

–¿Qué viraje es ese, nocturna? ¿Adónde nos conduces?

–No os conduzco a ninguna parte porque yo soy vuestra conductora.

»Me dirigí a nuestra reina, pero Ella no me respondió. En ello reconocí la marca de la realeza británica.

–¿La reina Ginebra está hechizada?

–No bien vi a la reina Ginebra –explicó Don Quijote–, dos amigas que unos cuatro años antes firmaron talones sin fondos y ahora estaban hechizadas, me pidieron cuarenta libras a cambio de un mierdoso trapo negro que me pusieron ante los ojos. Hechizadas como estaban, creían que era una falda. Como yo tengo la amistad en alta estima, jamás presto dinero a los amigos, menos todavía a los muertos, y muchísimo menos a los yonquis.

»Pero mis amigas me daban pena. "¿Los hechizados o muertos viven siempre en la miseria?", le pregunté a mi guía.

»"Sin duda. ¿Acaso crees que solo los humanos vivos son pobres? ¿Piensas acaso que quienes tienen un poder infinito, o sea la riqueza, y por tanto pueden hacer lo que se les antoja, escogerían controlar un campo limitado? Los poderosos de este mundo pueden controlar a todos: a los vivos y a los muertos.

»"Métete esto en la cabeza, Don Quijote –aconsejó mi guía–, quienes controlan el poder político y social están decididos a llevar a cabo la aniquilación total. La pobreza y la escasez se expanden por doquier, sin cesar, en la imaginación, entre la totalidad de seres vivos y muertos."

»Tanto miedo me daba ser pobre que negué a mis amigas las

cuarenta libras que necesitaban. Acto seguido –explicó la caballero–, mi visión concluyó.

–¿Será posible –exclamaron todos los perros–, será posible que tantos hechizos (pobreza, alienación, miedo, incapacidad de actuar según tus deseos, incapacidad de sentir) te hayan vuelto incapaz de ver y sentir visiones?

–Sí. Soy un fracaso.

Intrusión de un fragmento mal escrito

Una visión real: Ya no hay naturaleza: árboles arbustos, principalmente: espacio y tiempo no encasillados. Solo hay habitaciones. Haga uno lo que haga, tenga éxito o no lo tenga, no hace más que estar en alguna habitación.

La visión es: no existe la alegría.

En la mayoría de las habitaciones había teles. Mientras miraba la tele, mi tele se alejó de la pared. La tele empezó a ennegrecerse y la pared a palidecer hasta que la negrura se divorció de la blancura por completo.

En aquel mundo o habitación nada tenía relación con nada. Cada cosa era bella en sí misma. Cada cosa no tenía más significado que ella misma, o no significaba nada. La habitación consistía en superficies existentes, como la tele.

No hay manera de escapar de una apariencia porque la apariencia no es más de lo que es. La habitación era mi pesadilla o cárcel. Yo, nocturna, quiero escapar: quiero dejar de ser caballero, la caballero. Quiero escapar de mí misma.

¿Cómo puedo huir del ser? ¿Cómo puedo liquidarme?

El suicidio no es solución, no es manera de librarse de la noche, mi madre al suicidarse solo consiguió dejar un legado de rabia y miedo. El yo debe ser más complicado que la vida y la muerte, más complicado que la realidad.

Si no puedo escapar de la habitación matándome, he de ser capaz de escapar, si lo consigo, siendo feliz. Creyendo en mí, abrazándome a mí misma, puras apariencias, la noche. Abrazando y creyendo a mi más profundo ser, el no saber.

En consecuencia mi visión ha concluido.

La locura de Don Quijote

Por definición incapaz de saber nada, Don Quijote estaba loca.

–Para liberar a la reina Ginebra hemos de recurrir a la locura, o Vudú –anunció Don Quijote a los perros.

Como los perros hablaban un idioma diferente no comprendían a Don Quijote.

–¿Quién es la reina Ginebra?

–Es la mujer que esos penitentes de ahí han encadenado y están violando.

Como seguían sin entender el significado de sus palabras, los perros pensaron que estaba loca. En su locura, ella se refugió en la poesía, que, conforme a su naturaleza, con toda justicia no es oída por nadie.

Don Quijote explicó la poesía a los perros

–Escribo palabras para vosotros, que no sabéis ni podéis saber, para vosotros que siempre seréis para mí menos que extraños. Esas palabras descansan en los bordes del sentido y no son adecuadamente gramaticales. Pues cuando no hay país ni comunidad el hablante duda qué lengua emplear, cómo hablar, en caso de que hablar sea posible. El lenguaje es comunidad. Perros, en adelante inventaré una comunidad para vosotros y para mí.

»Yo, que estoy al borde de la locura. Loca, todo lo que veo es visión: lo que únicamente yo veo.

Don Quijote ataca realmente a los hombres blancos religiosos

Ya loca por completo, Don Quijote cantó una canción a los religiosos hombres blancos para forzarlos a liberar a la Virgen María o reina Ginebra:

–En marcha en marcha marchando.

En marcha hacia alguna parte. (Pirata-piratería.)
En marcha hacia cualquier parte:
Atravesando el tiempo, los recuerdos. Primeros fulgores
del día en el firmamento, sobre el océano.
Y se arriba al puerto. Ciudad fea no es la mía.
No bien se nubla, cede el paso a rosas y lavandas. Los primeros pescadores.
Esto ven los desamparados.

»¿Pero qué ven los perros desamparados? –preguntó Don Quijote a los perros.

–La alegría.

–La mención de la alegría me hace tomar conciencia de mi actual sufrimiento.

»Mi conciencia es ahora un camino poceado que hunde la cabeza en un agujero donde un puñado de chozas dispersas desaparece en arenas ardientes; un camino interminable, indetenible, que se precipita hacia adelante a toda velocidad; al fondo, como en arenas movedizas, se deja chupar por un charco de casas destartaladas; un camino que trepa ciegamente, que temerariamente desciende...

»El lenguaje del loco es la conciencia en el mito.

»La carcasa de madera cómicamente apoyada en patas de cemento que yo llamo "hogar". Su peinado es una plancha de hierro corrugado que existe al sol como pieles puestas a secar. En el comedor, cabezas de clavos envían destellos desde el suelo tosco, líneas de pino y de sombra recorren el techo; las sillas son fantasmas; la luz gotea luz gris; el rumor de las cucarachas parece amenazar...

»Esto es una visión porque es lo que veo.

»Al final de los tiempos, antes del amanecer, cuando ya no tengo hogar. Cuando, ahora, ya no tengo a nadie. Un país y un coño son una necesidad de alienación. País más esencial entre aquellos donde es posible el sueño, esta falta de alienación me es dada a mí, menesterosa, restituida a la decisión de abrir las puertas a la necesidad y la desesperación, siéndome restituida por tanto no en

abarcadora ternura, sino entregada como un pezón. No necesito a mi verdadera madre, que está muerta, pero llevo la desesperación de un bebé que debe chupar su pezón. Restituida al deseo.

»Por casualidad, la teta de la mañana se encuentra junto a una palmera. La palmera es una polla, un tipo de teta, que al ser frotada acaba por escupir semen. De los torrentes de semen, la Gran Riviera de Haití –nuestro deseo, nuestra mañana–, recién alumbrada, mama histéricamente.

»Por ser pequeña nunca me dan bastante comida.

»Por ser pequeña, la Navidad es el tiempo de la magia. En Navidad, puesto que nunca recibo suficientes regalos, no soy amada. Pues la presencia es amor. En este mundo donde nací el amor no es posible:

»No debería amar a nadie que no pueda amarme:

»Puesto que ya no deseo a nadie, no soy humana:

»Quiero chuparte la teta.

»Por la noche, en las vacaciones, había una iglesia que era pequeña pero de todos modos me asustaba. Decidí ignorar el miedo porque la experiencia parecía demasiado valiosa. La iglesia era una iglesia haitiana. Y siendo haitiana, albergaba todas las prácticas, entre ellas toda clase de orgías y vudúes. Todas las costumbres se aprobaban: todas las culturas: se probaban.

»En esta iglesia los cantantes no pueden cantar. Dentro, los sacerdotes se sirven de botellas esmaltadas, de rones puros y de todo aquello a lo que consigan echar mano. Comer es aplacar el hambre; aplacar el hambre es tocar y ser tocado.

»Las calles del pueblo habían quedado desiertas. A veces yo veía en la iglesia hasta veinte personas. Cantaban canciones de deseo. La música no cesaba nunca:

»"Estás dentro. Te sientes tibia, aquí dentro. Has comido bien, aquí dentro. Cuando bebes el zumo de ellos te pones contenta. Rojas salchichas de sangre se desenroscan como serpientes. Una salchicha de dos dedos de largo se divide en aros. Es una cebra. Pero la otra salchicha es más larga y gruesa. Mi primera salchicha es tomillo salvaje, pero la segunda es pimentón picante.

»"Luego, con regocijo, bebo tu líquido –café humeante, azucarado

ponche de leche– hasta que el sabor me arrebata los sentidos. Entonces tú me envuelves en calideces.

»”Ahora ríe, pequeña: pronto amanecerá.”

Y Don Quijote concluyó su locura. Sin embargo, careciendo de memoria, solo concluyó por un momento.

–Es preciso cantar, o sea estar chalada, porque de lo contrario no le queda a una sino vivir con los correctos, los compuestos, los empolvados, los negadores de la realidad, los asesinos de la risa. Es preciso estar chalada, o sea cantar, porque ni para una caballero ni para nadie es posible despojar victoriosamente a los dueños del mundo.

»Esta noche estoy chalada –concluyó orgullosa Don Quijote.

»Al final de los tiempos previos al amanecer, el mundo en el que ahora vivimos gatea por su estiércol sin deseos de taladrar el cielo rumbo a la realidad. De taladrar vuestro acero como protesta de nuestra claustrofobia. Aullad, perros.

»Y al final de los tiempos previos al amanecer, cuando hasta los fondos de vuestras propias casas se contraen de miedo bajo tantos cielos trufados de disparos, cuando vuestros pies temen que el suelo se erosione y la tierra se resquebraje bajo sus plantas, cuando hasta los ciudadanos correctos advierten la decadencia del mundo, nosotros poseemos las claves del espíritu.

»No obstante, eso que llaman *realidad* aún resuella en medio de sus agónicos dolores:

vestíbulos de linóleo
cortinas de encaje blanco
una sala con alfombras parduscas
la pintura chorrea como si fuese el fin del mundo
una jaula de pájaro
vuestros ojos reducidos a binoculares baratos
vuestros labios a cinturones de castidad
solo tenéis conciencia para la culpa
no podéis ni siquiera odiar.

»Quieran los malévolos hacer trizas lo que cuidadosamente habéis construido, a través de agujeros en vuestros paraísos urbanos. A través de agujeros de ratas cucarachas residuos nucleares cubos de basura se abre paso el mundo real.

»Al final de los tiempos previos al advenimiento, a través de la mañana.

»Al final de los tiempos previos al amanecer, mi catatonia. No volveré a hablar porque no me oís y no me oiréis, no importa cómo hable. En consecuencia soy una masa de sueños deseos que, al no poder expresarse, son fetos que trascienden sus tiempos, ni siquiera abortos. Pues, mientras que las mujeres pueden librarse de los niños no queridos, yo no puedo librarme de mis sueños insoportables, inalumbrables. De modo que ya no sé qué hago –concluyó Don Quijote, mansamente, su poema. En esta sociedad ya nadie lee poesía.

Un perro gañó.

Una vez más la noche acababa o cagaba.

–Yo quería encontrar un sentido o mito o lenguaje mío propio, y no de aquellos que intentan controlarme; pero el lenguaje es comunitario y aquí no hay comunidad. Habiendo concluido, Don Quijote se dio la vuelta y emprendió el regreso a su hogar, si bien no tenía ninguno.

Dentro de su propio yo, en un embrollado idioma que no llegaba a ser idioma, dirigiéndose a ninguna parte, la caballero se dijo a sí misma:

–Al final de la noche, cuando se acerca el entristecer.

»Cuando se acerca el amanecer no conozco ningún país ninguna comunidad no sé en cuáles recuerdos confiar no sé en qué recuerdos creer. ¿Existe la historia? ¿Existe algo que no sea el aburrimiento?

»A partir de ahora toda canción deberá ser aullido.

Los perros, que habían seguido a la envejecida fracasada esperanzados en que envejeciera y fracasara lo bastante como para proveerlos de (muerta) carne fresca, se echaron a aullar.

Visto que a los hombres blancos religiosos les importaba un bledo lo que hiciera, que la imagen de la Virgen María no daba señas de

enterarse y solo los sabuesos hambrientos le hacían caso, Don Quijote, mujer como era, se puso a llorar. Don Quijote, cuando lloraba, gemía: de modo que cayó al suelo, se hizo un ovillo, se metió las manos en la boca porque esta no servía para nada más, y por fin intentó esconderse de todos aquellos religiosos hombres blancos que la atormentaban, y a quienes ya no pudo ver.

Habiendo perdido de vista su comida, los perros aullaron:

Los perros lamentan que su comida, Don Quijote, haya desaparecido

–Oh, hermosa caballero. Oh, transparente gloria de este mundo. Sobre todo para la raza de los hombres blancos. Oh.

Una vez hubieron comenzado a aullar, los perros olvidaron qué querían decir.

–Guau.

»Ahora que ya no estás, no tenemos qué comer. Tú eras nuestro sustento; tú, sustento, generosa más allá de la liberalidad, pues los liberales, en su hipocresía, de nosotros los pobres han hecho carne de engaño; mientras que tú, pobre caballero, has sido demasiado débil y desesperanzada para engañar a alguien más que a ti misma. E incluso eso te llevó ocho meses enteros. Ladra, nocturna.

Los perros recordaron:

–Eras sumisa, caballero, porque de todos tenías miedo. Al mismo tiempo, por estar loca, nada temías ni te sometías ante nadie. Ah caballero autista nihilista, ni los hombres religiosos ni la imagen de la Virgen María te arredraron.

»Tan autista eres, caballero, que incluso emprendiste aventuras ante las cuales cualquier humano sensato hubiera retrocedido, y luego retrocediste. Me has decepcionado.

Los perros describieron su amor:

–Tan autista eres que no te das cuenta cuando los humanos se ríen de ti, y siempre supones que los humanos están riéndose de ti. Puesto que todos han de despreciarte, el amor, para ti imposible, es una obsesión. Sienta lo que sienta por ti el beneficiario de tu amor, no te influye porque, siendo autista, crees que no lo mereces. Por lo tanto, caballero, si bien siempre necesitas amar con desesperada

animalidad, no puedes amar de verdad, o sea, no puedes percibir con claridad al beneficiario de tu amor.

»Nocturna: ¿Qué ha sido de tus ojos?

»¿Cuándo se hará la luz?

Los perros se echaron a aullar muertos de hambre.

Aquella fue la primera señal de que poseían un idioma.

Dueños de un idioma, los perros culpan al Mundo

Habiendo comprendido que la frágil flaca fracasada caballero ya no era su forraje, los perros, frenéticos de hambre, volvieron su atención al mundo.

–Mundo –ladraron.

»No tenemos hogar dentro de ti porque la gente que te posee, nuestros propietarios, cobran alquileres muy caros.

Razonamiento de perros

–La única manera que tiene un perro de atacar al propietario de su casa consiste en morderle la pierna. Es decir, en el terrorismo, que los propietarios tildan de inútil. El terrorismo es una locura –ladraron los chuchos.

Discurso sobre la locura

–Los consumidores de drogas deben pasarse la vida o el tiempo obteniendo drogas.

»Los humanos que viven en y de fantasías tan inamovibles o necesarias que se han convertido en obsesiones deben hacer fortalezas de esas obsesiones.

»La única locura que se vale de una percepción precisa, de la percepción de cada instante o de la mutabilidad, es el grito.

»Que nuestra locura sea –gritaron los perros inflamados de razón– la rabia y el dolor que ya se alzan, impelidos no por el olvido o la fantasía, sino por el recuerdo.

»Recordar es para nosotros algo demasiado doloroso de soportar.

»Recordar todo y no soportar nada –berreó una perra.

Al final de la noche cuando despuntaba el alba, los perros cantaron

–Eres tú, mundo podrido. Tú eres todos mis recuerdos, el mundo: que ahora se acaba.

»Sois vosotros, madre y padre que no quisisteis un hijo. Padre, abandonaste a mamá a los tres meses de estar embarazada de mí. Madre, te daba mucho miedo abortar, de modo que toda tu vida me odiaste porque por mi culpa tu amante te abandonó. Sois vosotros los que nunca hubierais debido procrear.

»Eres tú, demoledora vida de secretaria. Eres tú, jefe. Hola, jefe, quiero decir, *señor*, excúseme por favor, *señor*, por favor por favor, excúseme, señor. No quiero perder este empleo porque mi vida no tiene otro sentido. Seré lo que usted quiera: no existiré. Sí, sí, no existiré. Seré lo que usted quiera: no existiré. Sí, sí, no existiré. Lo que usted diga, Señor Jefe, pero si ya lo sé, Jefe, nunca hago nada bien, soy un desastre, míreme, qué payasa, aquí labrando estos campos. Sabe, estoy perdidamente enamorada de usted. Daría cualquier cosa por besarle la polla, Jefe. No debería decir cosas así. Qué mala soy. Soy muy muy mala. Es usted un jefe divino, Señor, porque sabe cómo maltratarme adecuadamente, que en el fondo es lo que adecuadamente merezco; ciertos jefes cuyos nombres prefiero no mencionar... realmente se comportan como si yo fuera real. Usted es más sabio, Señor.

»Eres tú, ciudad. Mercado del mundo, o sea, de todas las representaciones. Puesto que nunca he conocido otro hogar que tú, sin tu representación o distorsión de mí no existo. Debido a ti, visto que todo niño necesita un hogar, todos los niños son hoy esclavos blancos.

»Ciudad, dueña de mí. Cuando quieres obtener dolor de mí, me arrojas entre chulos y gamberros que empuñan jeringuillas como caballerescas espadas de tiempos antiguos o románticos. Cuando quieres obtener alegría, me haces famosa, pues yo soy la niña, tú mi único creador, y tu pezón es la fama.

»Ciudad, mi creadora; pues no tengo padres.

»Permite que tus hijos salvajes manadas de perros vaguen por tus calles en busca de alguien que parezca comida.

»¿Qué es para nosotros la *pureza*? ¿Qué el *idealismo*, mundo?

Tajos y chirlos de sangre nuestra hienden los cielos del amor. Luego nuestra historia es esta. Lo que vosotros llamáis *historia* es la negación de nuestra sangre que no coagula.

»Adiós, DON QUIJOTE –aullaron los perros.

»Estas, ciudad, son tus palabras. *Pureza*, *idealismo*. Tu visión es la visión del fin del mundo. Tu mundo de patronos es el mundo de la muerte –aullaron los perros.

El comienzo de la canción de los perros

–Porque no es cierto que la vida animal haya desaparecido,

porque no somos perros sin valor,

porque no somos esclavos, oh patronos, oh J. Paul Getty,

aunque de vez en cuando nos palmeéis la cabeza o nos jodáis,

dadnos unas migajas de comida y de amor, dadnos perrunos trajes de paseo para esclavizarnos,

porque vuestra historia humana que es la historia de la esclavitud no es la nuestra,

porque vuestra cultura es esclavitud:

Al final de la noche cuando despuntaba el alba los perros cantaron

–El mundo no se acaba. Ya están cercanos el nacimiento del trabajo y el idioma de los vivos:

en las horas menudas

donde los primeros rayos grises rosas violeta pálido tocan objetos al azar, cuando los ojos solo ven con placer,

Los perros cantaron sus primeras palabras:

–El sol, que gira una y otra vez en torno a la tierra, no se detendrá en toda nuestra vida. Puesto que tú, solo tú, pues solo tú eres diferente del sol, ves esta luz –considerando que él o la que ve es en parte causa de lo que ve– eres causa inmediata de o apoyarás nuestro amanecer. Nocturna, quizá no seas nuestra luz, pero eres la que ha liberado la mañana.

»La historia humana creada por ellos es la historia del dolor: esta noche de nuestro vivir; estas vidas torturadas. Que este sufrimiento,

esta noche, sea la lanza de la caballero. Que esta noche que todos percibimos sea la lanza que rociaremos con sangre de pollo, que esta lanza de sangre y grasa y músculos nuestros, este corazón, sea la aguja con la cual extraeremos la sangre perniciosa. La sangre de los amos.

»Y al final de la noche –una vez se hubieron desembarazado de la caballero– cuando va a comenzar la mañana, entre los vientos de nuestras lujurias y emociones, soy un barco a punto de zarpar.

»Yo(o)jo. Noso(sí)tros.

»Sí; nosotros los perros somos piratas.

Un pirata cantó:

–En esta total devastación del corazón que es el mundo, son los patronos quienes mandan. No tenemos manera de derrotarlos. Pero bajo el peso de sus riendas y sus ojos vigilantes,

»Navego al capricho de vientos de lujurias y emociones. Por doquier, por cualquier parte. Yo que nada poseo, cuando y donde algo quiero, lo tomo.

»El barco negrero hace agua por todas partes. Su estómago vomita y se deshace en ecos. Cualquiera que sea el fluido que reciba, es corroído por su carga de tenia o capitalismo, mientras en cubierta nosotros nos enseñamos mutuamente a robar.

»Mundo blanco, ja ja ja ay ay ay, hacemos cuanto nos has ordenado y nos ordenas porque somos buenos, y te desvalijamos. Pronto no quedará ni uno de vosotros.

»La sangre empapará las mantas en los camarotes anegará la bodega corre sangre por los puentes añeja sangre que hiede a pescado bajo el nuevo sol ardiente se alza hacia los vientos de manera que un rocío de sangre cubre todo hasta que nuestro mismo sol reluce de sangre roja que por doquier hace a su antojo.

Coro de piratas:

–Esos nauseabundos coños.

Otro perro-pirata canta:

–Nunca más una mujer pobre: una mujer dependiente de las gentilezas de los hombres

en una tierra donde no existen gentilezas porque no hay tierra a la vista.

Coro de piratas:

–Y ahora, ¿dónde encontrará amor ella, ese nauseabundo coño?

Perro-pirata:

–Nunca más errante porque nunca más intentará encontrar lo que nunca encontrará a la deriva a la deriva.

Coro de piratas:

–Ese asqueroso coño no conseguirá sacarnos ni una gota de amor.

Perro-pirata:

–Bajo el sol chacoloteante del mar a mediodía. Yo, la mujer pirata, hablo. Bajo la luz incipiente que brotó de nuestra profunda medianoche.

»Escuchad, hombres, escuchad. En este día de desarme total, en nuestra total ingenuidad en nuestro total desamparo fulgurante yo navego las desmoronadas aguas de Europa. Escuchad. Poned atención a vuestras tumbas.

»Escuchad. Estoy surcando los mares. Escuchad las aguas. En mi desamparo ahora soy completamente fuerte porque soy estas aguas que brillan y reciben.

»Escuchad, hombres. Hoy me duele la piel porque el sol la toca. Y ahora escuchad las violencias del sexo entre el sol y el agua.

»Elévate, sol. Ilumina la mañana.

Al final de la noche cuando raya el alba

–El cielo del norte de Haití ya se abre en vetas de rosas y naranjas. Los botes de pesca han partido. Elévate, llaga del cielo,

ladrón de todos los fenómenos. Elévate en mi carne. Elévate en mi vagina enrojecida. Elévate contra toda la soledad existente.

Y los perros en un aullido replicaron:

–Nuestro sufrimiento ha sido es y será la ira, la historia real, el martillo y la tenaza con los cuales, centímetro a centímetro, forjamos el glorioso orbe del sol.

De tal forma abandonada, la caballero volvía arrastrándose a su hogar. Mientras avanzaba tambaleante, y cansina, y zigzagueante, como suelen avanzar las mujeres, los hombres blancos religiosos, que andaban por ahí, le preguntaron, por mera curiosidad, si seguía estando loca. Don Quijote, derrotada por los hombres blancos y abandonada hasta por el último perro, respondió que sí.

Cuando los habitantes del pueblo natal de Don Quijote, que se llama España, atisbaron a la retornante caballero –qué distinta parecía ahora de la niña tímida e insegura que conocieran–, se mofaron de todas sus características apelando a la completa variedad dramática connatural a los españoles. Mas Don Quijote, vacía como estaba, dirigió a la burguesía una mirada vacua. No tenía la menor idea de dónde estaba. De dónde demonios estaba. Nunca había estado en España.

Vacua ya, de vuelta de los dolores de la derrota y el abandono, Don Quijote se estableció en tierra de nadie y redactó su testamento:

Testamento que Don Quijote dejó a los perros, sus únicas esperanzas de amor

«Queridos perros:

»El mar retrocede virgen. En la tierra. Inglaterra. Los enormes pulpos varados en la arena nunca volverán a tocar el océano.

»Aunque en el momento en que leéis estas líneas estoy muerta, a través de todos mis recuerdos de olas y mareas continúo buscando una cosa: la alegría. Pero demasiados soles viles descargan sus iras en lo alto de las ramas; demasiados embusteros chupan de los remolinos de los labios y por esos remolinos son chupados.

»Las hormigas mondan esqueletos. Al menos las hormigas han

extraído una técnica de la nada, vagina de la arena.

»¿Nada más alberga la realidad que puntas excesivamente filosas de un bosque apestado?

»Quiero experimentar alegría.

»Perros del mundo. Tenéis entre vuestros filosos dientes enrojecidos una carne sangrante. La reconozco porque es la mía. *Perros del mundo*.

EL SUEÑO DE DON QUIJOTE

Muerta ya, Don Quijote escribió estas reminiscencias después de morir:

«Ahora hablaré sin rodeos.

»Es verdad que las mujeres nunca son hombres. Incluso la mujer tiene alma de pirata, o al menos moral de pirata, incluso la mujer que prefiere la soledad a los altercados y constreñimientos del matrimonio heterosexual, incluso una mujer semejante, en nuestra sociedad una paria, necesita un hogar.

»También los parias necesitamos un hogar, un país, un idioma, comunicación.

»El único rasgo que compartimos los parias es la certidumbre de no encajar. En ningún sitio. Es para vosotros, amados parias, para quienes escribo esto, y que trata de vosotros. Dado que a los humanos les encanta soltar moralinas, no cesan de atacarnos.

»Todo lenguaje presupone una comunidad. En consecuencia, sin vosotros nada de lo que yo diga tendrá significado. Sin amor o lenguaje una no existe. Nosotros los parias solo tenemos la amistad.

»Aún no os he hablado de mi matrimonio porque del matrimonio no sé nada. Ya no pienso en ello excepto cuando lo pienso. Pero sé que para nadie es bueno acostumbrarse demasiado a ciertos hábitos, porque entonces se vuelve egoísta.

»De todos modos soy infeliz, hasta donde se puede serlo. Se puede ser infeliz hasta muy lejos. Por la noche, cuanto más cansada estoy, menos fácil me es dormir; cuando por la mañana despierto,

me detesto a mí misma y a todos los momentos que llamo conciencia. Para librarme de mi soledad y mis rarezas me casaré.

»Tan pronto como me haya casado seré una prisionera; seré normal. Tendré que dejar de tener estos sueños por los que ahora me guío.

»Incapaz ya de percibir sueños, puesto que la percepción es sentimiento y contacto, comprimiré mis sentimientos y caricias en una franja controlable.

»Pero cuando vivo sola no toco a nadie, de modo que permanezco sumergida en mi propio egoísmo.

»Me estoy refiriendo al yo y a los otros. ¿Dónde existen posibilidades de vivir, sentir y tocar? ¿Dónde y cuándo la gente se ha llevado bien y ha permitido que cada cual soñara en público? ¿Qué significa hacer arte?

»Sueño con España:

»La República española de 1931 nació en medio de un complejo único de circunstancias: la conjunción de una crisis nacional política de largo alcance, una grave depresión económica que aquejaba a todo el mundo occidental (lo mismo que ahora), y un renacimiento intelectual y cultural crecientemente vigoroso dentro del propio país. (¿Está ocurriendo esto último en la Inglaterra actual?)

»¿Cómo empezó el renacimiento intelectual y cultural que contribuyó al desencadenamiento de la guerra civil española?

»En la España de principios del siglo XX había dos corrientes intelectuales predominantes: el discurso derivado de la obra de Karl Krause y el catolicismo nacionalista.

»Julián Sanz, el principal discípulo español de Krause, defendió desde su sillón madrileño de profesor de filosofía la doctrina del "racionalismo armonioso". Considerando que la realidad, o todo, es fundamentalmente armoniosa, la pobreza y las otras formas de degradación humana, todas las formas de brutalidad humana y sufrimiento indebido, son humanamente rectificables. Si cometemos crueldad unos contra otros y no sabemos cómo cesar de cometernos crueldad unos a otros, lo que necesitamos es aprender otros modelos intelectuales emotivos y de comportamiento. Visto que

debemos ensanchar nuestra educación, histórica e imaginativa, hemos de adoptar un internacionalismo geográfico y temporal.

»Thomas Jefferson: "Creo que, con mucha diferencia, el artículo más importante de nuestro código es el referido a la difusión del conocimiento entre el pueblo. No cabe imaginar fundamento más sólido para preservar la libertad y la felicidad... Predicad, estimado señor mío, la realización de una cruzada contra la ignorancia, fortificad y mejorad la ley educando al pueblo llano". Carta a George Wythe, 13 de agosto de 1786.

»¿Cuál es el modelo para una educación semejante?

»En 1876 Francisco Giner de los Ríos, profesor de derecho y discípulo de Sanz del Río, fundó la que hasta 1936 sería la escuela secundaria más influyente de España, la Institución Libre de Enseñanza. La escuela enseñaba que el principio original, del cual deriva toda otra manifestación, es la Creación o Voluntad. Un principio de segundo orden era el internacionalismo: el *Boletín* de la Institución servía de foro para las ideas de Émile Durkheim, Bertrand Russell, John Dewey, etc., así como de varios intelectuales españoles.

»Entretanto, los católicos españoles abogaban por el nacionalismo, en cierto modo tal como la Inglaterra de hoy, a fin de no verse obligada a reconocer que su imperio ha desaparecido, reclama la propiedad del lenguaje y la cultura vía Shakespeare, Milton, etc. El único medio adecuado para hablar y escribir es el inglés.

»A comienzos de nuestro siglo el estado del idioma español era un espejo de la reacción de Giner de los Ríos contra el chauvinismo político y cultural:

»Los catalanes, que hasta entonces habían considerado su propia lengua como una suerte de *patois* –a semejanza de como consideran, o se supone que consideran, su lengua los haitianos de hoy–, se lanzaron a crear una impresionante masa de textos y, al mismo tiempo, a redescubrir la gloriosa historia del Imperio mediterráneo y las diferencias existentes entre ellos y el resto de los españoles. Campesinos y burgueses catalanes trabajaron juntos para lograr una resurrección filológica, literaria y artística catalana.

»El idioma vasco carece de relación alguna con otras lenguas,

salvo el magiar y acaso el finés. El movimiento vasco era más político que cultural: hasta 1837 las provincias vascas habían ejercido el autogobierno.

»¿Cómo afectó esta situación a la política española?

»En 1868, a consecuencia del gran debate entre Marx y Bakunin en el seno de la Primera Internacional, habían viajado a España representantes de ambas facciones. Hacia 1920 los anarcosindicalistas habían llegado a ser más poderosos que los marxistas, y siguieron siéndolo hasta la Segunda República.

»Por ser una forma de comunicación, el lenguaje es una incidencia política.

»Los anarcosindicalistas, defensores del poder político descentralizado, intentaban crear una comunidad mundial colectivista. Dado que el dualismo ha dejado de ser útil como modelo lógico, regionalismo e internacionalismo, anarquía y colectivismo pueden trabajar codo a codo.

»¿Cómo pueden ser educados el corazón y la mente de modo que aprendan a pensar y actuar, a soñar?

»Mi sueño o modelo es la República española de 1931:

»Muchos de los primeros dirigentes anarquistas se parecían a los monjes mendicantes de siglos anteriores: vagabundos abstemios, orgullosos de tener escasas pertenencias y de ser desvalidos, habituados, pese a su magro desarrollo físico, a librar las batallas corporales más extenuantes y afrontar las situaciones materiales más exigentes: todo para conseguir sus propósitos. Los impulsaba esa certidumbre interior que por su propia índole niega el liderazgo humano y toda jerarquía salvo la de la gentileza y la bondad. Los anarquistas, nocturnos como eran, eran caballeros.

»He aquí mi sueño de nocturnidad:

»Mi amo me ha abandonado. Ya no me quiere. Transcurre un minuto tras otro y él no regresa.

»Se ha levantado de la cama donde había estado acostado, el muy embustero, conmigo, de la cama donde yo estoy acostada ahora, y pasándose las manos por el pelo las movió en el aire sin pensar que yo había caído al borde del camino.

»Porque la noche anterior había corrido hacia mí y había corrido

dentro de mí y se había corrido justo después de haber estado follando con otra. Debió de ser una perra jodida porque a él le goteaba la piel y tenía la ropa medio salida y rota.

»La mujer que se había follado era tan vieja que nadie en sus cabales se le acercaría, y mucho menos sería capaz de tocar semejante pedazo mojado de papel metálico. Nadie quiere oír los ruidos y gruñidos que sueltan los dos cuando hacen lo que sea que hagan. Las viejas no deben acostarse con nadie, porque nadie quiere acostarse con ellas; siempre tienen que estar ansiosas por cubrir con caricias hondamente sentidas al más insensible de los hombres.

»Habiendo sido abandonada por la vejez, ahora agonizo. Poco importa si el hombre era un monstruo o un santo, bueno o malo. Me estoy muriendo. Cuanto más buceaban primero y luego se hundían él y ella, crecientemente húmedos, en su lujuria y sus sentimientos, más me iba separando yo de ambos. Cada vez que se corrían, yo me acercaba a la muerte tanto como puede acercarse un ser vivo. Me habían despojado de todo y, más importante aún, de todos. Por eso tanto me daba morir.

»No bien caí al borde del camino, los crecientemente lujuriosos sobacos y pelos de la nariz de la mujer empezaron a emanar un olor parecido al de la muerte. Avergonzadas, las aletas nasales intentaron retraerse del resto de la nariz. Los restantes miembros de ambos jodientes hicieron caso omiso del hedor que habían empezado a exhalar; tan entreverados estaban.

»Tan pronto como ella quedó envuelta en esa existencia odorífera, él tuvo deseos de comérsela. Pero, como sus padres le habían enseñado, respetaba a las ancianas. Así que se volvió hacia los hombres.

»Empezó a comerse a un hombre. Como era del mismo sexo, el hombre empezó a comérselo a él: recíprocamente se abofetearon, del derecho y del revés; palmas igualmente abiertas abofetearon cabezas hombros espaldas, al derecho y al revés; recíprocos torsos extremidades lucharon con torsos extremidades, al derecho y al revés.

»Puesto que estaba en libertad, sin compromisos ni ataduras,

sencillamente, sin motivo alguno, uno de ellos se alejó del otro.

»El abandonado decidió que nunca volvería a permitir que alguien lo tocara. Nunca volvería a permitirse caer al pozo ni al ojo del culo emocional. Nunca, mientras estuviera vivo, volvería a acercarse a la muerte. Para proteger su vida o yo, se recluiría en un monasterio.

»Como nunca más tendría nada que ver con los hombres –especie esta de feminismo, o feminismo invertido–, ingresaría en un convento.

»Por haber experimentado la fuerza de un macho más poderoso que el que conociera él, Dios, y estando aún más hartas que él de los hombres, las monjas dejaron solo al hombre. En el convento la muerte mora entre muertos. Las monjas muertas conservan la vida cantándole a nadie las mismas palabras una y otra vez, absteniéndose de comunicarse, quemando sus inciensos y sentidos y reverenciando a Dios.

»Mi amo no soportaba vivir entre la muerte. Como no podía soportar la frialdad sordidez y horridez de aquella sociedad, mi amo murió.

»Mi amo me ha dejado para siempre.

»En mi vida no habrá más hombres. Ya no me pertenece el éxtasis u orgasmo sexual que simultáneamente nace de un apabullante odio (que es miedo) hacia los hombres y un juego efectivo con el mito del rechazo.

»Recuerdo. Pero ¿qué significa recordar ese éxtasis que proviene de una mezcla de dolor y alegría, una pura alegría? ¿Acaso mis recuerdos, cuyas fuentes podrían ser desconocidas, son reales vislumbres de un paraíso posible?

»Este, mi sueño primero y final, no es el sueño del capitalismo.

»De repente oí la voz de mi amo.

»"Cállate.

»"¿De dónde diablos (¿del Diablo, acaso?) has sacado la idea de que soy Macho?

»"Cállate, nocturna.

»"Deja que el sol se hunda bajo el horizonte para que ya no haya más historias, más rastros, más recuerdos, nocturna. ¿Qué es lo que, en tu oscuridad, crees recordar, loca caballero?

»”¿Qué crees, en tu negrura, que son tus sueños?

»”¿Sabes, nocturna, qué oí decir de Mí a Satán? Dijo que yo, Dios El Señor Todopoderoso, soy una zorra (de hecho, que Mi Propia Existencia menoscaba la palabra ‘zorra’) y que no Me tiene el menor respeto porque hago el amor con viejas, con solteronas vírgenes. Que, por su parte, él prefiere hervirse en un coño de catorce añitos, aunque eso sea estupro, a esconderse bajo las faldas de la madre. Él es un hombre de veras, mientras que yo soy un hipócrita baboso, un farsante. Yo, Dios, no hago nada con franqueza. Mientras promuevo la moralidad, me cobijo en el coño de Mi Madre.

»”Dijo que si Yo, Dios, tengo tanto miedo que no me queda más remedio que moralizar, debería darme sermones y condenarme a Mí Mismo en vez de embromar a los demás.”

»Dios siguió condenándose de esta suerte: “Así pues, ahora que ya sabes cuán imperfecto soy, que no puedes volverte hacia mí, nocturna: vuélvete hacia ti misma:

»”Porque con la caída de cada noche el sol se hunde bajo el horizonte, porque ya no quedan historias nuevas, ni rastros, ni recuerdos: existes tú, caballero.

»”A Mí, que ya no soy, olvídaMe. Olvídate de la moral. Olvídate de salvar el mundo. SuplántaMe.”

»Obedeciendo aquellas enseñanzas, últimos recuerdos que poseo, me despedí de Dios el Monstruoso Embustero y Obrador de Monstruos y me dirigí hacia mi caballo. Cogí a Rocinante por las riendas y caminé a su lado, porque la pobre estaba demasiado vieja y extenuada para llevarme. Pobre vieja. Una no debería cabalgar sobre zorras viejas. Aunque no tenía a nadie a quien jurárselo, porque Rocinante no entiende español, juró que nunca revelaría a nadie la realidad, el chisme que Dios acababa de revelarme sobre Dios.

»Caía la noche.

»Andando junto a Rocinante, pensé en Dios un minuto más y luego lo olvidé. Cerré los ojos, la cabeza ladeada como la de alguien que después de pasar mucho tiempo borracho ha perdido toda noción de su borrachera, y después, borracha, desperté al mundo que tenía enfrente.

[←1]

Knight (caballero) *y night* (noche) se pronuncian del mismo modo. Este juego de palabras prolonga una intraducible ambigüedad. *(N. del T.)*

[←1]
En yidis: loca. *(N. del T.)*

[←1]

Juego de palabras entre *He* (‘él’) y *Hyena* (‘hiena’) de difícil traducción en español. *(N. del T.)*

[←2]

Se establece en este pasaje un nuevo juego de palabras basado en la cercanía fonética entre *head* (que aquí hemos traducido como «director») y *he* (‘él’), que no ha sido posible replicar en español. *(N. del T.)*

Título de la edición original:
Don Quixote: Which Was a Dream

Edición en formato digital: noviembre de 2025

Ilustración: «Looner», 2021, © Diego Cabezas

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Kathy Acker, 1986

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2025
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4866-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es